



EL SECRETO

DE TU

sonrisa

Raquetita Gómez

BILOGÍA
secretos

EL SECRETO
DE TU
sonrisa

1

Raquelita Gómez

EL SECRETO
DE TU
sonrisa

BILOGÍA

Secretos

El secreto de tu sonrisa.

1º libro de la bilogía “Secretos”.

1ª edición: agosto de 2019.

© 2019 por Raquelita Gómez.

León, España.

ISBN: 9781731550521

Impreso por Independently published, Amazon.

Portada original: Munyx Design.

Queda estrictamente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra mediante cualquier medio o procedimiento, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático sin la autorización previa de la propietaria de los derechos de autor. De igual forma, no se permitirá la distribución de ejemplares no autorizados previamente, quedando bajo las sanciones establecidas en a ley.

Para aquellas personas que creen
en el amor a primera vista.
Y para las que necesitan algo más que palabras.
Y, especialmente, para mi querida Fernanda,
la responsable de mi confianza en este libro
y en todos los demás.

*“Cuando realmente amas a alguien,
la edad, el peso, la distancia y la altura son solo números.”*

PRÓLOGO

Ella era la reina, sin ningún tipo de duda. Aunque la corona estuviera oculta. No la necesitaba.

Yo solo era el campesino que pasaba de cerca todos los días. De tan cerca que a veces creía poder captar su atención.

Ni siquiera sabía cómo se llamaba, ni su edad, ni... Bueno, solo sabía que trabajaba en aquel restaurante. Era una chica de mediana estatura con ojos marrones y el pelo castaño, aunque a veces se veía rubio por los rayos del sol. Algo en ella brillaba más incluso que aquellos rayos: su sonrisa, la cual nunca había visto que perdiera. Excepto una vez.

Tenía el presentimiento de que, en sus días tristes, también se comportaba así con los demás. Tenía curiosidad de saber cómo sería en realidad y no detrás de esa careta del trabajo.

Pocas veces conversábamos. En realidad, solo le hablaba cuando necesitaba algo. Suena egoísta, pero es la verdad, no me atrevía a hablarla en otra ocasión que no fuera su trabajo. Era camarera, y yo visitaba su restaurante todos los días.

Amor a primera sonrisa lo llaman.

Ella fue la que hizo darme cuenta de que ese lugar no era tan malo como yo creía que iba a ser. Había llegado nuevo a la ciudad. En resumen, solo me mudé por la universidad, dejando a mis padres y a mi hermana pequeña en el pueblo donde antes vivía. Aún seguía siendo mi lugar y sabía que me iba a costar adaptarme, pero iba a visitarlos cuando mis estudios me dejaban un espacio libre.

Y eso era... Prácticamente muy pocas veces.

Recuerdo la primera vez que nos vimos. Era un día un poco nublado, igual que mi humor. Ya hacía unos días que había llegado a mi nuevo apartamento e iba directo a las clases. No me importaba levantarme pronto, pero necesitaba algo para despertarme y aún no tenía ni café ni cafetera, por lo que salí antes. A mi amigo y compañero de piso, Steve, le daba igual. Él se levantaba quince minutos antes de su primera clase y siempre llegaba con unos minutos de

antelación. Salí temprano de casa y di un paseo por la avenida, en dirección a la universidad, cuando vi el restaurante. Ese día descubrí que los jueves abría ella a las siete y media de la mañana. Estaba colocando las mesas de fuera cuando yo me dispuse a entrar y ella un poco antes al verme.

—Buenos días. ¿Qué desea? —me preguntó con una sonrisa mientras se ponía detrás de la barra para atenderme. Estaba medio dormido y no me fijé en la chica que tenía delante en ese momento.

—Un café con leche —respondí sin ninguna cortesía por mi parte. Me quedé callado esperando que me sirviera.

—Marchando.

No tardó ni un minuto cuando se acercó y me lo puso delante con su cuchara y el sobre de azúcar. Puse lo que costaba delante de mí y lo cogí sin miramientos. Luego oí que un plástico se movía delante de mí. Esa fue la primera vez que levanté la mirada hacia ella y sus ojos coincidieron con los míos.

—Ten, para animar el día.

Miré bien lo que me había dado y vi que era una magdalena que tenía una sonrisa dibujada en el plástico. No sé cómo pero consiguió arrancarme una de la cara.

—Yo también pienso que es un timo que no esté puesta en la magdalena, pero ha conseguido sacarte una pequeña sonrisa. Y tiene chocolate dentro, eso anima a todo el mundo, ¿no?

—A mí, al menos, sí. Muchas gracias.

—No es nada. Pasa un buen día.

Tan solo me sonrió de nuevo y siguió colocando cosas. Mi mirada se lo había dicho todo en ese pequeño momento. A partir de ese momento, cada vez que olvidaba sonreír, buscaba en mi bolsillo y descubría la magdalena que aún no había comido, y sonreía.

No dudé en volver los días posteriores, el viernes, el sábado un poco más tarde. Así descubrí que el domingo ella no trabajaba, ni por la mañana ni por la tarde; ni el lunes, ni el martes estaba por la mañana, pero sí por la tarde. En su lugar, la chica que había también era simpática, pero no me transmitía lo mismo que ella.

El miércoles cerraba y el jueves volvió a estar ahí. Ese día fui más educado y ella me respondió con la misma sonrisa de todas las mañanas. Hasta mantuvimos una conversación algo más animada. Así días y días y días, ni siquiera conté los que pasaron. Lo único que sabía era que ya no quería

comprar ni cafetera ni café, solo quería volver cada día.

Y al fin me decidí a hablar con ella de algo más que no fuera un café con leche.

Simplemente, creo que ella hizo que cambiara mi visión de la ciudad. Solo deseaba terminar las clases en la universidad para ir camino a casa y pasar por el restaurante. Así fue como ella se convirtió en mis... En mis ánimos de cada mañana; en la presencia de mi amplia sonrisa.

Y sin ni siquiera conocernos.

1. LOCURA

*Nunca creí en una amistad con la locura.
Y aquí estamos,
cogidos de la mano,
riendo sin parar.*

—Buenos días. —Se colocó delante de la barra y me sonrió abiertamente, como de costumbre. Hasta su expresión parecía real, cada vez me sentía más cercano—. ¿Lo de siempre?

—Buenos días. —Me senté en un taburete alto y le devolví la sonrisa—. Y sí, por favor.

Así empezó mi día como las semanas anteriores. Ya habían pasado unas cuantas desde que fui por primera vez aquella mañana. Lo único que había descubierto era que no conocía a la dueña, puesto que había oído a los otros camareros que llevaba tiempo sin ir, pero que seguía al tanto de todo. Era algo así como un Dios omnipresente que lo sabía todo.

Algunos días noté que ella tenía ojeras y otros, las mejillas sonrojadas por el frío. Me seguía pareciendo tan linda como siempre. Hasta hubo una temporada en la que no nos vimos por unas semanas. Supuse que fueran sus vacaciones aunque también creí que se había ido para centrarse más en los estudios o que había sido despedida. Tenía mis dudas, pero no dudé en volver cada día. Uno de ellos, apareció de nuevo y ya no volvió a irse.

Llevaba unos vaqueros azules y una camiseta de manga larga negra. No hacía frío y tampoco calor, el tiempo estaba variando mucho esos días y me estaba volviendo loco. Tenía un delantal rojo que acababa disimulando algunas manchas de café o cualquier otro líquido cuando se secaba.

—Ten. —Me puso el café delante con su cuchara y su sobre de azúcar—. Que lo... —Agachó la cabeza y se tapó la cara con las manos para estornudar. Volvió a sonreírme—. Que lo disfrutes.

—Salud. Parece que has pillado un buen resfriado. Suerte que... —Sonreí y busqué en mi bolso, sabía que tenían que estar por ahí. Ella volvió a

estornudar—. Toma un pañuelo, por si acaso.

—Gracias. —dijo aceptándolo. Su mano rozó la mía, dejándome asombrado por un segundo, pero ella pareció no notarlo ya que lo cogió, me sonrió y siguió con sus tareas.

¿Fui el único que notó toda la magia que había? Aunque seguro que solo lo había notado mi imaginación. Sabía que no podía obsesionarme, pero a veces creía que ya era demasiado tarde. Sus ojos me llamaban de alguna manera. Aún no sabía cómo.

Por las mañanas, estábamos los dos solos, excepto algún día que venía alguna persona más a tomar un café rápido. Por la tarde, que también iba a veces con el ordenador para hacer los trabajos o ejercicios que me mandaban mientras tomaba algo, había bastante gente, pero nunca se le escapaba nadie.

Empecé a ir cuando estaba ella y normalmente llegaba a casa sin el trabajo hecho porque me distraía demasiado en mis pensamientos. La música del ambiente me tranquilizaba y acababa haciendo algo sin importancia.

—Que tengas un lindo día. —dije poniendo el dinero y alguna que otra propina encima de la barra.

—Lo mismo digo.

Siempre sonreía como si me hubiera dado el cielo en tres palabras. Esas palabras que iban a hacer que estuviera esperando a que se terminaran las clases para volver a ir. Esas palabras que iban a hacer que me pasara el día pensando en ella. Y solo eran tres palabras, no me quería imaginar si me hubiera dicho alguna más.

Salí con una sonrisa como hacía todos los días. La universidad no estaba lejos andando, aunque nunca descubrí cómo Steve llegaba antes si se levantaba y salía aún más tarde que yo. Quizá porque tenía coche, pero los atascos empeoraban la situación.

Los recuerdos de la chica hicieron que las agujas del reloj se movieran con rapidez, las asignaturas se pasaran volando y, cuando me di cuenta, ya había terminado mis clases.

—Estás distraído desde que llegaste. ¿Qué te pasa, tío? Decías que ibas a odiar el cambio de ciudad y llevas meses pensando en tus cosas. ¿Quién eres y qué has hecho con el verdadero Kyle? Confiesa de una vez.

Steve me despertó de mis pensamientos y me reí cuando lo escuché. Conducía despacio puesto que en aquella ciudad había muchísimo tráfico. Me miró un segundo y yo rodé los ojos.

—Eres idiota. —Negué con la cabeza—. ¿Sabes la chica de la que te

hablé?

—¿La camarera? —preguntó Steve arrugando la frente. Asentí mirando hacia delante y se rio—. ¿En serio te gusta?

—Solo un poco. Y no empieces con que no sé nada de ella, ni su nombre, ni su edad... Nos comunicamos con la mirada. Su sonrisa me anima el día.

—Sigues yendo a pesar de que ya tenemos cafetera y no la usas siquiera, pero, bueno, no pasa nada. ¿Por qué no le preguntas con tu mirada cómo se llama? —se burló.

Me encogí de hombros y seguí mirando al frente. Muchas veces me lo había preguntado. No lo de preguntárselo con la mirada, eso era imposible, sino lo de decírselo en persona. Nunca salía una respuesta, ni la pregunta. No quería que creyera que quería algo serio con ella porque ni siquiera nos conocíamos, pero sí quería saber algo más, acercarme tan solo un poco.

Más triste que no saber nada de ella y estar así, era que en esa ciudad estaba perdido. El único camino que me sabía era de casa a la universidad, pasando de camino por el restaurante. También sabía ir a la plaza, aunque a veces tenía que dar muchas vueltas porque no estaba seguro de adónde iba. Era un desastre con los lugares.

De repente, pasamos por el restaurante. Tenía la terraza llena de clientes y ella ni siquiera necesitaba una libreta. Su memoria era suficiente. Y su sonrisa siempre estaba presente. Parecía algo mágico.

—Es guapa y parece bastante simpática, pero recuerda que solo conoces de ella la parte de fuera, la que debe mostrar al público. No conoces nada de su interior.

—Lo sé. Me da igual, así estoy a gusto aunque no te miento, quisiera al menos hablar de algo más. Pero no quiero que piense nada malo de mí.

—Estás muy pillado. Ahora entiendo por qué no quieres nada con Cristina. Ella está enamorada de ti, inténtalo.

—No me conoce lo suficiente como para estar enamorada, como yo con esa chica. Solo quiero... No lo sé. Además, ya sabes lo que ocurrió. No quiero nada con nadie, al menos por ahora. Y Cristina no es... Mi tipo, por decirlo de alguna manera. Me cae bien y ya está.

Suspiré. Torció en nuestra esquina y se metió en el aparcamiento que estaba al lado de nuestro apartamento. Cambió de tema, sabía que nunca llegábamos a más allá.

—¿Te vienes a la fiesta de hoy y te dejas de bobadas? Solo has ido a dos desde que llegamos y hacen una cada día. Yo creo que deberías buscar a otra

chica, para ella solo eres un cliente. Hoy va a haber mucha gente, ven conmigo.

—Sabes bien que no me gustan mucho las fiestas. Prefiero estar con mi mantita, un café y un libro o cualquier película y quedarme así toda la tarde y parte de la noche. Supéralo, Steve, no tenemos los mismos gustos.

—Pero te lo pasaste muy bien en las anteriores. Eso no puedes negármelo.

—Soy muy selectivo. Voy cuando tengo ganas. Por ahora estoy saciado, gracias.

Abrí la puerta cuando aparcó y saqué las llaves de mi bolsillo trasero para tenerlas a mano. Esperé a que Steve bajara y anduvimos unos pasos hasta que llegamos a la puerta.

—He quedado ahora con Naira. Piénsatelo, ¿vale?

—No tengo nada que pensar. Pásatelo bien.

Siempre, o al menos lo que llevábamos de amistad, había sabido que éramos el típico dúo que no coincide en muchos gustos, pero que seguía siendo amigos, grandes amigos, puesto que habíamos decidido comenzar nuestra nueva etapa, la Universidad, juntos.

Cuando entré en casa y, en concreto, en mi habitación, vi el envoltorio de la magdalena que me dio la chica el primer día que nos vimos. Me sacó una nueva sonrisa. Ya me la había comido puesto que tenía fecha de caducidad y no quería que se pusiera mala. Lo cogí mientras dejaba la mochila encima de mi cama y recordé un día en especial.

No hacía tanto tiempo de él. Fue un día que entré en silencio en el restaurante por estar viendo una noticia en el móvil. Levanté la mirada y no sentí nada que me iluminara. Su sonrisa no estaba y un pequeño brillo se hizo presente en su mirada. Una lágrima. Volteó a verme, fingí que seguía leyendo y, cuando volví a levantar la cabeza, su sonrisa había reaparecido y sus lágrimas habían desaparecido.

No quise sacar el tema por lo que hice como si fuera un día más. Conseguí que se riera por alguna bobada que dije y me fui satisfecho, solo eso necesitaba. Ese día, yo hice que su sonrisa fuera real, como ella a mí el primer día. Sentía que podíamos llegar a ser algo más. Conocidos, quizá amigos. No necesitaba nada más.

Las preguntas no paraban de rondar en mi cabeza mientras mi subconsciente iba respondiéndolas:

¿Estaba loco? Sí.

¿Mi locura iría a peor? Puede ser.

¿Debería hacer caso a Steve e ir a esa fiesta para perder el control y olvidarme de un sueño imposible? Definitivamente... No, en absoluto.

Debía dar el paso.

Y debía hacerlo ya.

2. NUEVO INTENTO

*Dijeron que no me enamorara de una sonrisa
porque te enganchaba y no te soltaba.
Pero la suya brillaba como una constelación
y su fugaz luz formó una estela
que hizo que me enamorara de ella.*

¿Estaba loco por levantarme temprano un sábado solo para estudiar? Bueno, digamos que iba, mejor dicho, para hacer trabajos (“estudiar”) y consistía más bien en visitar el restaurante. Nunca creí que fuera a otro lugar a hacer las tareas, siempre las había hecho en mi cuarto, pero me gustaba el ambiente que tenía y la concentración que conseguía allí. Incluso comencé a pensar que ya no podría concentrarme en ningún otro lugar que no fuera ese restaurante.

Ni siquiera sabía si podría entablar más conversación de la habitual con ella. Me parecía un poco repentino si de repente preguntaba su nombre súbitamente. O no. No estaba seguro. No sabía cuál sería su reacción.

Ya era tarde para pensárselo dos veces, puesto que ya estaba pasando por la puerta. Entré en el restaurante con mi pequeña mochila donde guardaba el portátil y algunos apuntes y me acerqué a una mesa que estuviera lejos de la entrada. La chica estaba allí, recogiendo varias cosas. Levantó la mirada al instante y yo la desvié al mismo tiempo.

Me apasionaba ese lugar. La barra tenía un color grisáceo que combinaba muy bien con los taburetes altos negros y las paredes de un color crema que me relajaba. Las mesas, en cambio, eran más blancas, y sus sillas oscilaban entre el negro y el gris. Ese contraste me alucinaba.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días. —dijo sorprendida, pero vi que su sonrisa luchaba por salir. Se acercó a donde estaba sentado—. Parece que alguien ha adelantado

su hora de estudio. ¿Qué te puedo ofrecer?

—Necesitaré despertarme. Un café estaría bien —empecé sacando el portátil de la mochila y me giré hacia ella. Tenía la nariz roja y estaba bastante abrigada para estar ahí dentro—. Bueno, que sean dos, por favor. ¿Un pañuelo? —pregunté ofreciéndole el paquete con una sonrisa, pero no tan perfecta como la suya.

—Gracias, pero no, hoy te he adelantado —dijo sacando del bolsillo de su delantal un paquete de pañuelos. Negué con la cabeza ligeramente con una sonrisa y se fue a preparar el café.

Saqué algunos apuntes que trataban de lo que había que hacer en el trabajo que me mandaron hacía apenas unos días y los coloqué encima de la mesa, dejando un pequeño espacio para la taza.

Tardó muy poco en acercarse con su bandeja. Me puso un café en la mesa con un bizcocho de chocolate que nunca me había dado. Fruncí el ceño cuando lo vi.

—Ya no nos traen las magdalenas sonrientes. Te puedo traer una normal pero supuse que querrías algo con chocolate.

—Supusiste bien, aunque me has roto el corazón con esa noticia. —Fingí estar dolido y sonrió mirando a los dos lados. Sacó algo más de su bolsillo y me lo tendió.

No me lo podía creer. Era una de esas magdalenas que me hicieron comenzar a sonreír con tanta facilidad. Se agachó un poco para estar a mi altura y la puso delante de mí, posándola en la mesa.

—Es de las últimas. Los camareros nos las hemos repartido, esta es para ti. Espero que nunca te olvides de sonreír o que, si lo haces, la magdalena te lo recuerde.

—No... No sé qué decir. Gracias.

Carraspeó cuando un cliente pasó a su lado y se puso recta de nuevo, haciendo como que no había pasado. Puso su dedo delante de la boca para decirme que lo mantuviera en secreto y yo puse una cremallera en mi boca, siguiendo su juego.

—El otro café se está haciendo. —Sonrió—. Ahora te lo traigo.

—Ahórratelo, es para ti. Lo necesitas más que yo. ¿Qué tal el resfriado?

—Esperando que se vaya ya, pero bien.

—Suerte. —Le puse el dinero encima de la bandeja y miré su ceño fruncido al contarlo. Sonreí sin poder evitarlo y volví el rostro al portátil—. Quédate con el cambio.

—No vas a pagar los dos si uno es para mí.

—Claro que sí, yo invito.

Noté al mirar de reojo que intentaba reprimir una sonrisa, pero no lo consiguió del todo. Ladeé la cabeza para poder ver su expresión que terminó con una sonrisa de las suyas, aunque aquella pareció mucho más real.

—Está bien, gracias.

Bajó la cabeza y volvió por donde había venido. Vi que cogía su café cuando estuvo listo y lo tomaba mientras hacía otras tareas. Debía de ser cansado encargarse uno solo de una mañana entera un sábado. Más tarde iría una compañera, si mi memoria no iba mal.

Pasamos una hora algo solitaria, solo vinieron dos personas y estuvieron poco tiempo. Yo ya me había tomado dos cafés y siempre me había regalado una pasta o un bizcocho que agradecía siempre. No me había atrevido a hablar más con ella porque no sabía de qué con-versar sin meterme en su vida personal. No quería ser un entrometido, aunque todo lo que habíamos hablado ya me parecía un logro.

Creo que pasé más tiempo pensando en qué podía hablar con ella que haciendo el trabajo de la universidad. Debía hacer la primera parte ese día, pero ni siquiera había empezado. Pasaba más tiempo pensando en mis cosas que haciendo lo que debería. Solo una vez coincidieron nuestros ojos. Le dediqué una sonrisa y ella me hizo lo mismo, desviando la mirada después.

Sobre las doce, su compañera llegó. Se saludaron y se metió en la cocina. La gente fue llegando poco a poco, pero hubo un momento que todos estaban servidos y no había mucho más que hacer. Aún seguía admirando la rapidez con la que hacía todo. Podía estar lleno y ella lo solucionaba rápido. Tomaba pedidos, los memorizaba y no cometía ni un solo fallo. Increíble. Demasiada experiencia. Me preguntaba cuánto tiempo llevaba trabajando.

No quedó mucha gente en el restaurante cuando empezó a llover. No era una lluvia normal, en cualquier momento el agua entraría por la puerta, se convertiría en una ola y nos engulliría a todos. Estaba lloviendo mucho y el frío entraba fuerte cada vez que se abría la puerta para que alguien saliera, al menos la calefacción estaba puesta dentro. Su nariz seguía roja de tanto usar pañuelos, ya le había dado dos más y no me importaba darle otro. Podía quedarse el paquete entero.

—*Wow*, en serio, creo que tienes que quedarte en casa, querida. —Oí decir a su compañera—. Has cogido frío por la mañana, ¿verdad? Te dije que deberías abrigarte y nunca me haces caso, cabezota. Vete a casa, yo me ocupo.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Vete a casa, descansa y vuelves por la tarde. —Oímos un trueno que hizo que diéramos un pequeño salto del susto—. Bueno, quizás deberías quedarte hasta que pase la tormenta, parece que no va a mejorar en un tiempo. Lo que me faltaba, encerradas en el trabajo. Patético.

—Tampoco tenías otra cosa que hacer —murmuró, encogiéndose de hombros mientras aparecía su típica sonrisa en su rostro. Negué con la cabeza y seguí con el trabajo. Ni siquiera sabía cómo seguir con la presentación, y no tenía ni la información que iba a poner. En toda la mañana había hecho la portada y eso ya me parecía mucho. Ni siquiera estaba seguro de que me hubiera quedado bien así que, juntando todo mi valor y respirando profundo, intenté hablarle cuando vino a recoger la taza a mi mesa. Se acercó con paso seguro y guardando el pañuelo que estaba utilizando en su bolso del delantal.

—¿Qué tal lo llevas? Te veo ocupado.

—Creo que no termino de decidirme. ¿Tú qué crees? —pregunté echándome a un lado para que pudiera ver la pantalla con claridad. Cambiaba a dos diseños simultáneamente para que me diese su opinión.

Se apoyó en la mesa y agachó la cabeza, dejando que su pelo la tapara casi por completo por los lados. Frunció el ceño, pero no parecía satisfecha con ninguno.

—¿Qué tienes que hacer?

—Describir con detalle cualquier ciudad. He elegido esta porque... Bueno, en resumen, no se me dificultaba mucho, y lo tengo todo cerca.

—Eso de cerca es discutible.

Sonrió y negó con la cabeza. La ciudad era demasiado grande y había que andar mucho, pero estaba más cerca que eligiendo otra ciudad.

Moví el portátil en su dirección para que le fuera más fácil acceder a él y observó la portada que yo tenía. Tan solo había puesto el título, una pequeña frase debajo y el primer diseño que vi en las opciones de la aplicación. Yo era bueno en los trabajos, pero ese se estaba resistiendo, ya que mi sentido de la orientación era nulo y lo necesitaba si quería hacerlo bien.

Señaló algo en la pantalla y me obligué a desviar la vista hacia eso. Era otro muy distinto que había pasado por alto.

—¿Qué tal este? Puedes jugar con los tipos de letra y con los colores fácilmente. Creo que será mejor que muevas esto de sitio, crea una nueva diapositiva, te irá mejor.

—Sí... —Abrí los ojos como platos cuando me di cuenta que hablaba sin

pensar—. Quiero decir... Me encanta, no me había percatado de ese diseño. Gracias por el consejo —agradecí.

—No es nada, ha sido un placer. —Me miró divertida y con una sonrisa más amplia que antes. Parecía que me hechizaba con ella. Tenía que reprimir la mía porque estaba por salir de mi cara de lo grande que se formaría. Se reincorporó—. ¿Necesitas algo más...?

Nos giramos en cuanto oímos la lluvia caer con más intensidad y eso la interrumpió. Me asusté, pero solo era la puerta que se abría, dejando pasar a alguien que le costó entrar por su pequeña estatura y su mano ocupada, sin mencionar lo abrigada y mojada que estaba. Miró por todo el restaurante y se quedó observando el lugar con una respiración agitada. Se notaba que había llegado corriendo para esconderse de la lluvia. No le había servido de nada pues estaba empapada de pies a cabeza, excepto lo que tenía en la mano, el plástico había salvado el papel que tenía dentro.

—¡Roxy!

Me quedé asombrado cuando me di cuenta de que se refería a la chica que tenía al lado. Ella sonrió de inmediato y cogió en brazos a la niña que acababa de entrar con el papel enrollado en su mano. Era muy linda. Tenía dos coletas morenas, una a cada lado. No aparentaba más de seis o siete años. Llevaba un abrigo que seguro pesaba mucho más que ella. Se veía que la hacía más regordeta.

Se me estrujó el corazón de ternura cuando vi a las dos juntas. Eran como madre e hija. Quizá porque de verdad lo eran.

3. ROXANNE

*Lo siento.
Me atrapaste con tu sonrisa
y yo no hice nada para evitarlo.
Solo me dejé llevar.*

La duda me acabó invadiendo. ¿Y si era su hija de verdad? No había pensado que no sabía nada de su vida privada y podía ser madre, o tener un novio o un esposo que ya le querría tanto como mi mente, siempre tan exagerada y extraña, me estaba haciendo pensar a mí. No tanto, en realidad.

Al menos descubrí su nombre, Roxy. Seguro que era el diminutivo de algo. Busqué por Internet porque no quería confundirme y el nombre que en realidad era me fascinó: Roxanne. Aunque también me salía Roxana. No estaba muy seguro de ello.

—¿Qué haces aquí, Lily?

—Mamá me dijo que te diera esto para el restaurante, pero no sabíamos que iba a llover. —Miró el cartel y sus ojos brillaron—. ¿Puedo ponerlo yo? ¡Por favor!

Ese comentario hizo que sonriera de ternura por el brillo que tenía la niña en los ojos. Aunque, cuando analicé la frase con detenimiento, me di cuenta de que no llamó a Roxy mamá, por lo que no era su hija. Quizá fuera su sobrina. Me daba igual, era tan mona. Me recordaba tanto a mi hermana pequeña que mi sonrisa no desapareció en toda la tarde.

—Claro que puedes. —Se acercó a la barra y sentó a la pequeña allí mientras le quitaba el abrigo—. ¿Mamá te dejó venir sola?

—No, me dejó ir sola desde la esquina cuando se quedó comprando y dijo que hablaría contigo. Dijo algo de que ella no puede hacerlo ese día y que te llamaría a ti. ¿De qué hablaba?

—No me lo puedo creer. —Suspiró quedándose unos segundos parada sin

hacer nada. Pronto rectificó y sonrió a la niña—. De nada importante, cariño. Luego hablo con ella, voy a por el celo para pegarlo en el cristal.

Cogió su abrigo y lo colgó en un perchero mientras que a la niña, o quizá sería mejor llamarla Lily, aunque no sabía su nombre real, se le abrió el cartel. Era de color blanco y morado, y supe de qué era nada más ver los colores, por el día que se acercaba. Lo leí aunque ya sabía de qué se trataba.

"Día de la mujer: 8 de marzo."

En la universidad también había algunos carteles pegados, me parecía que ponía algo de lo que había ese día en la Plaza Mayor. No sabía muy bien el qué. Quizá un discurso de varias personas, quizá alguna actividad... Pero ni siquiera sabía dónde estaba exactamente la plaza así que difícilmente iba a llegar, al menos con vida.

Roxanne o Roxana... Roxy salió de la cocina con celo y cogió en brazos a la niña. Las dos juntas pusieron el cartel en el cristal y Lily aplaudió de lo bien que había quedado. Sonreí, desviando la mirada a la pantalla y negué ligeramente con la cabeza, divertido por la situación.

—Está torcido —dijo la otra camarera.

—Mentira, está genial. —negó Roxanne.

—¿A qué juegas?

Me sorprendí cuando vi a la niña pequeña mirándome con esos ojos verdes que brillaban por la luz del portátil. Sonreí, contento, y cerré la pestaña del trabajo, entrando en Internet para buscar unos juegos a los que siempre jugaba con mi hermana.

—A nada. ¿Quieres jugar tú a algo?

—¡Sí!

Me levanté de la silla y ayudé a que ella subiera mientras esperaba ansiosa a que pusiera un juego. Ella señaló uno de unos muñecos y lo pulsé, haciendo que saltara de la emoción. Me reí mientras veía sus ojos clavados en la pantalla y su enfado al ver que perdió porque no saltó lo suficiente.

—Te quedarás aquí hasta que la torman... ¿Lily?

Su mirada preocupada recorrió todo el espacio, pero su amiga nos señaló y abrió la boca, sorprendida. Nuestra mirada coincidió y ayudó a que su paso fuera más lento, ya que se había apresurado considerablemente. Se veía que no se esperaba que estuviera conmigo. La verdad, yo tampoco lo habría esperado, pero no podía negarle nada a esa pequeña.

—Está haciendo un trabajo, déjale el ordenador.

—Tranquila, no importa —dije con una sonrisa para que no se preocupara

—. No estaba avanzando mucho de todas maneras, no es importante. Además, le gusta y eso la mantendrá entretenida mientras espera.

—Bueno, no creo que su madre tarde mucho. Avísame si molesta o... Algo. Gracias.

Un tirón de la manga de mi camiseta me hizo girarme hacia la pequeña que me miraba, atenta a mí. Señaló la pantalla y vi que había vuelto a la página principal de los juegos. Ya veía que se había cansado del anterior.

Sonreí y me agaché para mirar mejor el ordenador. Pulsé otro juego que estaba señalando. Era de carreras y ella rio contenta. Se cansó rápido y no exagero cuando digo que quizá probó todos los juegos de la página mientras yo recogía las hojas del trabajo que tenía tiradas por la mesa.

Roxanne perdió la mirada en el cristal donde las gotas de lluvia hacían carreras de quién llegaba antes abajo. Estaba tan concentrada que seguramente no se enteraría si alguien le hablara. Desvió la mirada y volvió dentro de la cocina. En unos segundos, salió con un papel y un bolígrafo y se sentó en una mesa cercana a la nuestra, supuse que sería para controlar a la niña.

—¡Mira! He terminado el nivel.

La voz de la pequeña me hizo despertar del pequeño sueño en el que estaba viajando. Me había sentado en una silla al lado de ella para no cansarme de pie. Reí y asentí a la vez. Jugaba al típico juego de *Mario Bros*.

—Sí, ahora te toca el siguiente. Hay muchos y son difíciles. Seguro que te los pasas con varios intentos.

—No sé si podré, este me ha costado mucho.

—De eso trata el juego: de mantener a las niñas ocupadas para que no rompan nada mientras corren por todo el lugar. —contestó la otra camarera que entró en la cocina en cuanto dijo esas palabras.

—Solo lo hizo una vez y fue sin querer, deja a la pobre niña —intervino Roxy despegando la mirada del papel en el que no paraba de escribir—. No le hagas caso, tú no tuviste la culpa. El vaso estaba en el peor lugar en el momento indicado.

—¿Está enfadada? —preguntó tímidamente Lily.

—Claro que no, pero ya sabemos de alguien que no va a tener hijos. —afirmó ella guiñando un ojo a la pequeña y haciendo que su sonrisa apareciera de nuevo. Y la mía también.

Pasamos ahí metidos un poco menos de una hora. Cada vez me reía más con las ideas de la pequeña. Se pasó varios niveles más y se emocionó cuando le daban regalos. Roxy se rio cuando lo hizo y siguió a lo suyo de inmediato. No

sabía de qué trataba, pero llegó a ocupar una cara entera de la hoja.

Desvié la mirada hacia ella y me di cuenta de que lo estaba relejendo por décima vez en lo que llevábamos de hora. Se levantó y dobló la hoja, haciendo que mi vista cayera en el título: "*Discurso día de la mujer*". En ese momento, lo supe. Ella iba a hablar en la reunión que iba a tener lugar en la plaza.

Cogí un papel para disimular que seguía trabajando y ella me miró en ese instante. Desvié la mirada hacia lo que escribía y me atreví a hablar para que no creyera que estaba mirándola descaradamente. No quería que pensara que llevaba todo el rato viéndola, aunque era así en verdad. De todas formas, Lily me llamaba varias veces para que viera lo que hacía.

—¿Te toca hablar ese día?

—Eso parece. —Se puso el bolígrafo detrás de la oreja y miró el cartel que acababan de poner hacía poco—. Creo que me toca sustituir a una amiga. ¿Tenías pensado venir?

—Claro, me gustan esos actos.

—Pues seguro que nos vemos por allí.

—Seguro.

Que no.

Solo se me ocurría a mí afirmar que iba a un acto que no podía negar que me gustaba, pero no tenía ni idea de por dónde ir. Y no, el *Google Maps* tampoco me ayudaba, era horrible para manejar ese cacharro en mi viejo móvil.

Estaba perdido.

—Al fin ha pasado un poco la tormenta. —Señaló la otra camarera mirando por el cristal—. Creía que nos tendríamos que quedar aquí todo el día.

—Es que te tienes que quedar todo el día —indicó Roxy riéndose y entrando en la cocina. Salió con la chaqueta ya seca de Lily y esperó a que bajara de la silla—. Me ha dicho tu madre que va a venir a buscarte ahora, así que tienes que estar preparada, ¿vale?

Ella asintió mientras bajaba y agradeció la ayuda cuando le puso la chaqueta. No podía evitar sonreír inconscientemente.

Me sorprendí cuando mi móvil empezó a sonar y vi el nombre de mi amigo en la pantalla. ¿Habría despertado después de la fiesta que tuvo el día anterior? No me acordaba a qué hora había llegado, pero sabía que era tarde. En fin, estaba acostumbrado a que hiciera eso todos los fines de semana.

—Dime.

—Oye, ¿dónde estás, tío? —preguntó con una voz ronca—. Acaba de caer

una buena tormenta, ¿quieres que vaya a buscarte a algún sitio?

—A buenas horas me lo dices. No, gracias, ya ha pasado, puedo ir solito.

—Creía que te habías perdido, como no te sabes la ciudad... Espera, estás en el restaurante, ¿verdad? ¿Desde cuándo vas los sábados también? Estás loco.

—Desde siempre, solo que no te enteras porque llego antes de que te despiertes. Ya voy para allá, no quiero oír ni una sola palabra sobre el tema, que te conozco.

Oí una carcajada al otro lado de la línea y colgué, suspirando. Mi mejor opción era quedarme todo el día hasta que se le pasara la bobada, pero seguro que iría a buscarme y eso sería vergonzoso porque montaría un espectáculo. Así que, muy a mi pesar, recogí las cosas y me colgué la pequeña mochila del ordenador en el hombro.

La pequeña me miró interrogativa y sonreí. Esa niña era genial y se veía que tenía un corazón tierno y puro dentro. No la había visto nunca por aquí, pero esa mañana nos había sobrado para ser amigos.

—¿Ya te vas? —preguntó sonando un poco... ¿Disgustada? Asentí mientras me acercaba al cristal para mirar fuera—. ¿Y cuándo vuelves? ¿Vas a venir otro día?

—Claro, seguro que nos encontramos más veces.

—¡Vale...! —Se quedó un segundo callada y me miró con sus ojitos verdes—. ¿Cómo te llamas?

—Kyle.

—¡Roxy! ¡Tengo un nuevo amigo! —gritó mientras corría hacia donde se encontraba ella y vi que se echaba a reír, asintiendo.

Su mirada coincidió con la mía y levanté una mano para despedirlas. Roxanne me devolvió el gesto con una amplia sonrisa y pude irme alegre como siempre. Aunque sentí dentro de mí que ese día fue mucho mejor que los anteriores.

4. INESPERADO

*Siempre he creído en el destino,
en la buena suerte y en el karma,
pero tú volviste a abrirme las puertas de la felicidad.
Pude sentirla y creer en ella.
Y en ti.*

—¿Has estado pensando la excusa toda la noche? Anda, Kyle, es domingo, no me fastidies. El restaurante está abierto, por la tarde hay mucha gente... ¿Me estás diciendo que vas a dar un paseo para hacer el trabajo? ¿Te crees que soy tonto?

—No me hagas responderte.

No me levanté temprano ese día, me permití no hacer nada por la mañana si lo hacía todo por la tarde. El interrogatorio del día anterior de Steve fue insoportable, estuve apunto de tirarle algo, pero su sonrisa me decía que solo era curiosidad. No había nada interesante ni ningún avance por lo que no pudo sacarme nada.

Los domingos era el día que terminaba de hacer los trabajos rápidos, o al menos centrarme un poco en ellos, y quería acabar —o empezar— el trabajo largo para tener todo el curso libre y con la mente tranquila de saber que tenía algo menos que hacer. Pero algo me decía que ese trabajo del demonio no iba a dejarme.

Creo que decidí mala ciudad. Teníamos que hacer una descripción detallada de una ciudad grande, describir los lugares más importantes, eventos que ocurrían en fechas especiales... Y yo elegí la ciudad en la que vivía en ese momento y de la que no tenía ni idea de nada. Había mirado cosas por Internet, pero prefería verlo con mis propios ojos para no bajar de mi sobresaliente en la materia. A poder ser, quería sacar matrícula, aunque fuera intentarlo.

Se me hacía difícil ya que no tenía ni idea de cómo se iba ni a la Plaza Mayor.

—Mira, Steve, tengo que hacer el trabajo para no preocuparme más en todo el curso. Y no, no voy a ir al restaurante. Además, tiene el día libre.

—Estás obsesionado.

—Tengo buena memoria y no paro de ir. Yo creo que no es tan raro. —Cogí el móvil y las llaves para meterlas en el bolsillo y le miré—. ¿Ya puedo irme o quieres seguir hablando de alguna otra bobada? Tengo un trabajo pendiente.

—Vale, vale... No te molesto más.

—Gracias. —Cogí una pequeña libreta que metí en el bolsillo de la chaqueta y le miré mientras seguía con la cara de "sé que vas a ver a la chica del restaurante y no me vas a hacer cambiar de opinión"—. Pásalo bien con Naira si quedas con ella y no hagáis nada que haga que los vecinos se quejen, por favor. Luego soy yo el que habla con ellos y es muy vergonzoso.

Se echó a reír a carcajadas y rodé los ojos, no sería la primera vez —ni seguramente la última— que pasaba. De todas maneras, a los vecinos ya les daba un poco igual. Acabarían acostumbrándose a todo eso.

Yo ya lo había hecho.

Abrí la puerta, le despedí con la mano y me fui. Bajé las escaleras del piso, ya que no había un maldito ascensor, y respiré el aire fresco cuando llegué a la calle. Tenía mapas de la ciudad y me sabía varias direcciones para no perderme, pero era imposible. Iba a perderme seguro y yo lo sabía. Aún así, salí tranquilo y con el mapa digital del móvil en la mano.

Las calles estaban repletas de gente. Los pasos de cebra eran imposibles, se amontonaba tanta gente que creía que no iba a salir vivo cuando todos cruzaban. De todas maneras y con mucho esfuerzo de mi parte, llegué a la plaza. Se notaba lo cerca que estaba el día de la mujer, en todo el camino ya había visto varios carteles, pero lo que vi en ese lugar me sorprendió aún más.

Roxy.

Estaba hablando con un hombre mucho más mayor que ella señalando el centro de la plaza. Solo unos segundos después, se despidió de ella con un apretón de manos y se fue. Seguía sonriendo de la misma forma en la que siempre me hipnotizaba y me seguía encantando cómo lo hacía sin importar la hora, el lugar... Solo su sonrisa. Y el secreto que escondía.

En ese momento, se me había olvidado por completo el trabajo. Nunca me había encontrado con ella en ningún lugar que no fuera el restaurante, claramente, no salía mucho de casa porque sabía que estaría perdido en cuanto saliera de mi apartamento. Y ese día, al arriesgarme, encontré lo que no buscaba. Debía salir más de casa, sin duda.

—¡Kyle! —gritó una voz conocida detrás de mí, haciendo que Roxanne también se girara en mi dirección—. ¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? ¡Soy Lily, la de ayer! —chillaba mientras corría hacia mí. Cuando llegó, casi me tira por el abrazo que me dio. Tenía demasiada fuerza.

—Claro que me acuerdo de ti, Lily. ¿Cómo estás?

—¡Bien! —Miró detrás de mí y corrió de nuevo—. ¡Roxy!

—Hola, linda. —Se abrazaron con fuerza—. Siempre te encuentro por aquí, ¿ya no vas al parque?

—¡Sí! Iba ahora, pero mamá se ha quedado hablando con una señora mayor que no conozco y he venido con vosotros. ¿También ibais al parque? Podéis venir conmigo, a mamá no le importará. ¡Vamos! Podemos jugar los tres. ¡Kyle! ¡Ven!

—Pero... —susurré mirando el mapa en el móvil y la libreta que tenía en el bolsillo. Solo tenía dos opciones y no dudé en elegir. Guardé el móvil junto a la libreta y me acerqué a las dos, esa fue mi elección—. Si insistes, iremos. ¿Te deja tu madre?

—¡Sí! Bueno, no lo sé. Creo que sí. ¡Voy a preguntarla! No os mováis de aquí.

Se fue corriendo antes de que pudiéramos contestarla y Roxy negó, divertida, con la cabeza. Vimos cómo se alejaba corriendo y le tiró del vestido a la que seguro que era su madre: una mujer joven, muy joven, que estaba hablando con una señora mayor como había dicho ella. Miré a la chica que tenía a mi lado y su mirada coincidió con la mía.

Mi vida acababa de cobrar sentido.

—Creo que es la primera vez que te veo por aquí. ¿Me equivoco?

—No, no vengo mucho. Sinceramente, es la segunda vez que vengo y la primera fue por error.

Se tapó la boca mientras se reía y desvió la mirada hacia la niña que ya venía corriendo. Ese gesto era adorable.

Ese día, comparado con el anterior, el sol calentaba mucho. La luz que desprendía hacía que algunos de sus mechones se volvieran rubios como por arte de magia. Llevaba unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta blanca de manga corta. Me preguntaba si aún tendría el resfriado, aunque no lo parecía.

—¿Ya te encuentras mejor?

—Sí, gracias. Ya no hay rastro del resfriado. —Me miró de arriba abajo disimuladamente y se giró hacia mí, ofreciéndome una sonrisa—. Creo que

nunca nos hemos presentado oficialmente. Me llamo Roxanne.

¿Estaba soñando?

—Kyle —logré decir después de un gran esfuerzo. Nos dimos dos besos en la mejilla y sentí que mi corazón se aceleraba. Todo gracias a encontrar la Plaza Mayor a tiempo. A partir de ese momento, amaba perderme por la ciudad. En cualquier instante podría encontrarme con alguien, y ella sería la mejor casualidad.

Miré hacia la madre de Lily y vi que estaba haciendo señas a Roxanne, al fin sabía su nombre real, quien las entendía a la perfección. Asintió con la cabeza y se despidieron con la mano. Ese gesto fue el único que había entendido

No me había enterado de nada.

—¡Sí me deja! —Nos cogió de la mano a los dos y nos tiró hacia una calle que desconocía. Aunque no era raro, no tenía ni idea de dónde ir.

Por el camino, Lily nos contó que el día anterior por la tarde hizo dibujos, fue al parque con sus amigos, vio la televisión y leyó un capítulo con ayuda de su madre de un libro del cual olvidé el nombre por completo. Alguno de niños, seguramente.

El parque estaba a unas cuantas calles de allí pero no podía considerarlo como “lejos”. Era un espacio muy amplio, lleno de columpios y también varios bancos en donde se sentaban los que acompañaban a los demás niños. O eso me parecía. Nosotros fuimos con ella a todos los sitios a los que iba. Y cuando digo todos, es todos y cada uno de ellos.

Después de tirarse por el tobogán, balancearse en el columpio y miles de cosas más, se tumbó cansada en la hierba. Nos sentamos a su lado y Roxanne empezó a hacerle cosquillas mientras ella se retorció de risa.

—¡Kyle! ¡Ayúdame! ¡Para! —Fue lo único que logró decir antes de echarse a reír otra vez.

Me quedé unos segundos con una sonrisa en el rostro, pero decidí ayudarla. Le devolví su medicina a Roxanne los suficientes segundos como para que se echara a reír al igual que Lily. No fue difícil encontrarle las cosquillas. La pequeña, al recuperarse, se tiró encima de ella.

—¡Eso no vale! —se quejó ella con la respiración agitada—. Sois dos contra uno. Estoy en desventaja.

—Gracias —dijo Lily alzando la mano. Hice lo mismo y las chocamos por haber sido un buen equipo durante un pequeño momento—. Has empezado tú.

Nos reímos de nuevo y la pequeña se tumbó. Hicimos lo mismo que ella y

empezó a señalar nubes con formas distintas. Varias veces nos echamos a reír por nuestra imaginación. Al menos era mejor eso que hacer un trabajo.

Bueno, todo era mejor que hacer un trabajo. Excepto tener que hacer dos.

Lo peor fue la despedida. Steve volvió a llamarme para que fuera a cenar, que había encargado pizza y ya sabía yo lo que seguía, una noche de juegos a la consola. De esos en los que no parábamos de hacer tantas tonterías que a veces nos sorprendíamos a nosotros mismos.

—Tengo que irme —dije mirando la hora—. Se hace tarde.

—Tenemos que quedar pronto para jugar —condicionó Lily mientras me abrazaba—. ¿Mañana?

—Ya lo veremos, todo depende de los deberes que tengas.

—Los haré rápido.

Asentí contento y nos levantamos de la hierba. Miré por un segundo a Roxanne y acabamos dándonos dos besos en la mejilla de nuevo. Era la mayor cercanía que había tenido desde que la conocí.

—Nos vemos —se despidió con una sonrisa.

Las despedí con la mano mientras iba por una calle cualquiera hasta que perdí de vista el parque. Ellas volvieron a la plaza, donde las esperaba su madre en quince minutos. Eso lo dijo mientras estábamos tumbados y le llegó un mensaje de la madre de Lily, la cual no sabía el nombre.

Volví con la mano en los bolsillos y con una sonrisa en la cara que no se me quitó en toda la noche. Tardé en llegar a casa, pero eso no me importaba. Había pasado uno de mis mejores días de la historia y no lo iba a olvidar tan fácilmente. Al contrario, de tanto pensarlo, llegué a creer que esa noche soñaría con ella.

Pero no me equivoqué. Así fue.

5. SUCESO

*Te di mi ser,
abriste tu alma fantasma
y pasaste de largo a través de mí,
partiéndome en pedazos.
Pero reuní todos los trozos,
formé una piedra y tropezaste.*

Los días posteriores no tuvieron mucha gracia. Ella no abría por la mañana, sino que estaba por la tarde y una buena tormenta me impidió salir de casa los dos días. Tampoco pude avanzar con el trabajo todo lo que yo quería, estaba tan distraído que acabé pasando el rato con Steve, excepto cuando se iba con Naira. La evitaba todo lo que podía.

El miércoles lo tenía todo planeado y nada ni nadie, ni siquiera el mal tiempo, iba a destrozarme los planes. Ese día fui a la universidad con mi amigo ya que el restaurante estaba cerrado y, en la hora libre que tenía, me fui. Gracias al mapa que tenía de la ciudad, pude llegar sin problemas a la plaza, donde se iba a celebrar la charla de ese día.

No sé muy bien si llegué o no a tiempo, pero me fascinaba el ambiente. Todas las personas que había allí tenían un globo de helio morado en la mano. Hasta los niños que estaban con sus padres tenían uno. Era imposible encontrar a alguien entre tanta gente, por lo que me apoyé en una pared para estar cómodo y verlo todo sin problemas.

Justo en la calle que se formaba en la esquina de al lado, llegaron grupos y grupos de niños. Todos tenían un globo como los demás. Corrían felices hacia el centro y todos les dejaban un hueco para pasar. Había adultos para controlarlos, aunque los niños ni se movían de las filas que formaban.

—¡Kyle!

De inmediato sentí unos brazos que me atrapaban la pierna y tuve que

sujetarme con la pared para no caerme. Su globo me sobrepasaba en altura. Sonreí cuando reconocí a Lily y me agaché para devolver su abrazo.

No me podía creer que me encontrara entre tanta gente que había reunida.

—¿Me estabas esperando?

—Eh... Sí, claro.

—¡Lily! Dijimos que nada de separarnos —gritó un hombre acercándose a nosotros. Lily me cogió la mano y me tiró hacia él. No tuve más opción que seguirla.

—Mira, profé, él es Kyle. ¿Puede venir con nosotros?

—Bueno, pero nada de separarse.

—Perdón, no lo volveré a hacer. —Parecía arrepentida de verdad, pero pasó de repente a una expresión de alegría—. ¡Vamos!

Al final tuve que ir al centro con ellos. Lily no me soltó ni una vez de la mano y me presentó a muchos de sus amigos que eran igual de simpáticos que ella. Me saludaron con una sonrisa.

El micrófono sonó y todos levantamos la cabeza. Un hombre apareció en el balcón central de la plaza y sonreí al reconocer a Roxanne a su lado. Lily me tiró de la camiseta y vi que levantaba los brazos hacia mí. No podía negarle ese gesto. Me agaché para cogerla y le subí a mis hombros para que se sentara ahí. Agarraba mi mano para no caerse.

—¡Roxy!

Fijé la mirada en ella y vi que la suya se acercaba. Se detuvo al encontrar al grupo de los colegas. Lily intentó que nos viera levantando el globo y no lo podía creer, lo consiguió. Nos saludó con la mano y una tímida sonrisa, lo cual me bastó para que la mía no se desvaneciera.

—Para finalizar y a propósito del día que se conmemora, quiero invitar a Roxanne —comenzó el hombre que hizo que todo el mundo aplaudiera—. Os dejo con ella.

—Lo primero, gracias por invitarnos. Sé que Noemí, la encargada, debería estar aquí, pero unos asuntos la mantienen ocupada por lo que yo la sustituyo.

Su discurso hizo que toda la plaza guardara silencio por unos minutos. No me cansaría nunca de oírla hablar, lo decía firmemente, sin miedo, con una seguridad que contagiaba, con una mirada que se quedaba clavada en todos y cada uno de nosotros.

—Mi mensaje, resumiendo, es que no hay que retroceder. Cada vez somos más y aunque todo se vea muy lejano, tenemos que seguir luchando. Y ahora, recordémosle al cielo todas las que somos, las que fueron y las que están por

venir.

Toda la plaza se llenó de aplausos. Ella fue la primera en dejar que el viento se llevara su globo. Todos los niños lo dejaron escapar y la plaza ya se llenaba del mismo color. Lily se agachó un poco y vi que el hilo de su globo con el que lo sujetaba se caía por mi hombro.

—Coge del hilo, Kyle, lo tiraremos juntos.

No entendía cómo podía ser tan tierna.

Cogí del hilo como ella me dijo y contó hasta tres. Cuando terminó la cuenta atrás, los dos lo soltamos dando un pequeño impulso al globo para que fuera con los demás. La plaza se llenó de murmullos mientras todos los globos llenaban el cielo de morado y se iban cada vez más lejos. No sabría describir la sensación que tenía en ese momento.

La gente comenzó a irse y los profesores comenzaron a hablar mirando a todos los sitios para comprobar que estaban todos los niños. En ese momento, bajé a Lily de mis hombros y me despedí de ella para que volviera con sus amigos.

—¿Nos veremos pronto?

—Claro que sí.

Nos abrazamos por última vez y se fue con su clase, donde los profesores ya contaban a todos para marcharse de vuelta al colegio.

Y yo, como alumno solitario, volví a la universidad por el mismo camino por el que había ido. Solo tuve una hora más de clase y además inglés, que se me daba bien, por lo que salí contento. Esperé a Steve apoyado en una columna con el bolso del portátil en un hombro. Miré hacia las clases para ver si venía pero no lo vi a él, sino a Naira que no estaba muy feliz.

—¿Dónde estabas en inglés? Teníamos presentación.

—A tu lado —dije rodando los ojos. Ella solo tenía ojos para Steve y pocas veces sabía que existía, por eso no salía con él cuando estaba ella. Y por otras razones—. No soy invisible, aunque ya parece que para ti sí.

—¿Ah sí? No me...

—Mira, Naira, no sé a lo que quieres llegar con esta conversación pero no pienso ser tu pareja en ningún trabajo para que acabe yo haciéndolo todo y mucho menos dejarte algún trabajo para alguna asignatura. —Suspiró poniéndose la bolsa de los libros en el hombro—. ¿He acertado? No me sorprende.

—No siempre lo haces todo tú. Necesito ayuda con el trabajo ese que han mandado. Se puede hacer por grupos si se quiere. ¿Por qué no lo hacemos

juntos?

—Porque no te soporto.

—¿Sigues enfadado por...? —Suspiró, cansada—. Lo que tuvimos no fue nada serio, Kyle, supéralo. Además, sacamos un nueve en el trabajo.

—No me importa que no fuéramos nada serio. Me importa que me utilizaras para hacer el trabajo. No te atrevas a negarlo. Estoy harto de tus mentiras. Y que sepas que se lo conté al profesor, suspendiste la asignatura por el trabajo, no por el examen, pero tú no lo sabes porque ni siquiera fuiste a la revisión.

—¿Se lo dijiste? ¡Chivato!

—Prefiero ser un chivato que jugar con las personas como lo haces tú. Como hagas daño a Steve te las vas a ver conmigo otra vez, así que no te lo recomiendo.

—¿De qué habláis tanto, chicos? —preguntó Steve entrando en la conversación—. Hola, Nai. —Le dio un beso en los labios y me miró—. ¿Todo bien? No se os ve muy animados.

—Odio a tu amigo.

—El sentimiento es mutuo —dije separándome de la columna—. Voy yendo al aparcamiento.

Lancé la última mirada sonriente, irónicamente, a Naira mientras ella me mataba con la suya y bajé despacio hasta el aparcamiento donde los coches se iban yendo poco a poco. En ese momento, Naira estaría poniendo su cara de cachorrito para que Steve le diera la razón, y, claramente, se la iba a dar. Como siempre.

No quería recordar lo que pasó, pero todo volvió a mi mente demasiado rápido. Acababa de conocer a Naira, ella era la guapa y yo el listo, como de costumbre. Lo típico, hice el trabajo con ella de pareja mientras estábamos "juntos" y luego se fue con Steve. No sabía cómo seguía con ella. La rabia me pudo al final de los exámenes y lo que hice fue hablar con el profesor. Le dije que no había hecho nada y le puso la nota que se merecía. No me arrepentía de nada, podía ser un chivato, pero yo tenía la conciencia tranquila.

Sonreí a mi amigo cuando abrió el coche y nos subimos. Sabía que iba a hablarme de ella en cualquier momento y estaba preparado.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Le miré confundido y suspiró mientras arrancaba—. Suspendió por tu culpa.

No me podía creer que me lo estuviera diciendo en serio. Le miré, sin estar seguro si mi amigo era realmente el que estaba a mi lado.

—¿Perdón? Se lo ganó ella. Me utiliza, no hace nada y encima ¿pretendes

que me quede callado? Si es así, no me conoces de nada. Y me da exactamente igual que sea tu novia. Soy una persona y nadie tiene derecho a jugar así conmigo, ni con nadie.

El resto del camino pasó en silencio. Enfadarnos se estaba volviendo en costumbre y eso no me hacía gracia, y menos si era por ella. Quedamos en no enfadarnos o pelearnos por una chica, pero ya veía que era más fácil decirlo que hacerlo.

Cuando llegamos a la calle de nuestra casa, suspiró y se dignó a hablarme.

—Ya que te cae tan mal, intentaré no llevarla tanto a casa. Sé que cuando te decía que venía, ponías cualquier excusa para irte, pero no sabía que seguías tan afectado por eso. Me ha dicho que sigues enfadado con ella, ya se disculpó hace mucho.

—Me iba porque quería dejaros solos. —Abrí la puerta cuando aparcó—. Y sí, estoy enfadado porque su disculpa era muy falsa, tanto como ella cuando estuvo conmigo. No me creo nada de lo que dice. Ya lo aprenderás por las malas. Yo lo hice. —Bajé del coche y cerré de un portazo.

—¿Acaso una persona no puede cambiar?

—Ojalá haya cambiado lo suficiente como para amarte de verdad. — Concluí la conversación alejándome cada vez más de él.

Caminé hacia casa con un paso acelerado mientras oía detrás cerrarse la puerta del coche. Subí a casa, frustrado, pero me tranquilicé rápido al tumbarme en mi cama y ver un plástico encima de mi mesita de noche. La sonrisa de la magdalena. La que me dio Roxanne.

Esa chica se había metido en mi cabeza. Intenté sacarla de ahí toda la tarde, pero, por más que lo intentaba, más recordaba: la sonrisa que me brindó al conocernos, la que nos dirigió en la plaza... Eso se convirtió en un círculo vicioso del cual no pude salir en todo el día.

Por la noche, la cena con Steve fue algo incómoda, pero el ambiente se relajó a medida que veíamos las noticias. Nos gustaba criticarlas y no parábamos de reírnos por algunas que eran ridículas. Luego vimos juntos una comedia y la tensión desapareció.

Volví a la habitación. Dejé los apuntes tirados en el escritorio y deseé que se resolvieran solos por la noche. Ojalá el trabajo se hiciera por arte de magia.

Cuando fui a dormir, di tantas vueltas que parecía una peonza sin escapatoria. Tenía que dormir si no quería que me viera como un zombi recién salido de la tumba por la mañana.

6. ¿PRIMERA CITA?

*Me perdí en un camino de curvas.
Me encontraste
y todo se volvió claro.
Las curvas desaparecieron
e hiciste de ellas, sin darte cuenta,
un camino recto, directo a ti.*

—**B**uenos días —dije alegre mientras me acercaba al restaurante. Ella estaba fuera colocando las mesas y las sillas de la terraza. Se sorprendió, pero sonrió al verme. Esa vez llevaba su pelo recogido en una coleta.

—Tan puntual como siempre —murmuró poniendo la última silla de la mesa—. Buenos días. ¿Lo de siempre? —Asentí y entramos los dos. Ella se puso a hacer el café mientras me apoyaba en la barra—. Ya vi que te encontraste ayer con Lily.

—Digamos que me encontró ella —afirmé ocultando mi emoción. Seguía sin creerme que nos hubiera visto entre tanta gente—. Lo hiciste muy bien. Me encantó.

—Gracias, me alegro. —Me puso el café con una pasta al lado—. ¿No tenías clase?

—Solo perdí una clase sin importancia.

—Todas las clases tienen importancia.

—No si todas se te dan bien y no tienes problemas de recuperar la clase perdida —dije dando vueltas al café. Desvió la mirada como para pensar la respuesta y se rio tímidamente.

—*Touché.*

Yo también me reí ligeramente mirando la espuma del café la cual no quitaba por muchas vueltas que diera con la cuchara. Roxanne siguió con sus cosas en el restaurante mientras, de vez en cuando, nuestra mirada coincidía.

Me tomé de un sorbo rápido el café cuando me di cuenta que se me había ido la hora y dejé el dinero al lado de la taza. Ella estaba colocando varias

sillas en su lugar, pero una tambaleó cuando le dio sin querer con el pie. La puse bien antes de que se cayera y se giró.

—Gracias.

—No es nada. Espero que no se te haga largo el día.

—También lo espero. Suerte en clase. Aunque seguro que no lo necesitas ya que todas se te dan bien.

—No es para tanto. —Sonreí negando con la cabeza, divertido—. Gracias, nos vemos luego.

—Claro, aquí estaré. —Suspiró y rodó los ojos—. No tengo más remedio.

Me contagió su sonrisa y comencé a andar hacia la universidad metido en mis pensamientos. Como siempre. No necesitaba mencionar en quién pensaba porque estaba claro, aunque también me quedé pensando en Lily. Tenía ganas de encontrarme con ella de nuevo, era encantadora.

Llegué justo a tiempo para la primera clase. El día fue como uno más, nada especial en él. Sin contar las miradas de odio que me enviaba Naira a las que yo sonreía y seguía con lo mío. A la salida, lo tomó conmigo y convenció a Steve para que la llevara a casa. Después de que él insistiera en que yo fuera con ellos, me negué todas las veces que hizo falta y volví andando a casa.

Ni siquiera llegué, me lo pensé dos veces y entré en el restaurante de Roxanne. A esa hora había ya unas cuantas personas y a ella la quedaba poco para terminar su turno. Supuse que su compañero ya había llegado.

—Hola, de nuevo. —Se acercó con su típica sonrisa adorable—. ¿Qué te puedo ofrecer? ¿Algo para comer?

—Sí —dije y, sin dejarme terminar, me dio un papel con la comida que había. Solo me centré en los bocadillos, no tenía mucha hambre. Señalé el primero al instante—. Gracias. Dame uno de estos, por favor.

—Está bien. —Le di el papel de vuelta y asintió—. Ahora te lo traigo.

Esperé con el móvil abriendo las conversaciones que no había abierto aún desde el día anterior. No tardó nada en traérmelo y lo comí con tranquilidad. Ni siquiera me percaté de la hora. De todas maneras, ese día no tenía prisa.

Ella se fue diez minutos antes que yo, los jueves tenía las tardes libres. Anduve alegre y despacio hasta casa, subí las escaleras y me sorprendí al oír más voces de las que debería. Eso ya me lo temía. Me asomé al salón donde estaban sentados Steve y Naira y rodé los ojos instintivamente. No era nada nuevo.

Entré en mi habitación y cerré intentando no hacer mucho ruido. Guardé el portátil y los libros, pero recordé la tarea que había y suspiré. Los cogí de

nuevo, los metí en una mochila sencilla que tenía y me obligué a buscar la Biblioteca Nacional esa tarde. Allí tenía que haber lo necesario para hacer el trabajo.

—Tío. ¿Dónde estabas? —preguntó Steve entrando en la habitación—. Te estuvimos esperando.

—Ahora me alegro de no haber venido —susurré, pero no sabía si me había llegado a oír—. Estaba comiendo por ahí. ¿No ibas a llevarla a casa?

—Sí. No sé cómo hemos acabado aquí. En fin, no te importa, ¿verdad?

—¿Por qué me lo preguntas ahora cuando hace meses que viene? —Desvié la mirada hacia él y busqué la agenda donde tenía todo apuntado—. Pero no, no me importa. Solo quiero que, a poder ser, me avises para venir lo menos posible.

—Ya, pero no sé, quizá podríamos hablar y así no habría tanta tensión cuando estemos juntos. Quiero que nos llevemos todos bien.

—¿Eso también te lo ha dicho ella? —Negué con la cabeza y encontré la agenda. La metí junto con mi pequeña libreta y cerré la cremallera—. No empieces otra vez con que ha cambiado y bla, bla, bla... Puede que haya cambiado contigo, pero conmigo no. Para ella soy invisible.

—Eso no es cierto.

—Ayer ni siquiera se dio cuenta de que estaba en clase... A su lado. Es ridículo. —Me colgué la mochila en un hombro y le miré—. Somos dos personas que no... No vamos bien juntas. No te digo que no vayas con ella sino que me avises cuando venga.

—Si lo intentaras... —Suspiró mientras fui al pasillo para coger las llaves que tenía encima de un armario pequeño. Él me siguió de cerca.

—Tío, déjalo, nuestra relación no va a cambiar. —Abrí la puerta para salir e hice un gesto exagerado alzando un brazo—. Voy a perderme por la ciudad a ver si me encuentro con algo interesante. No te preocupes si llego tarde, quizá me haya perdido de verdad. Pasadlo bien.

Cerré la puerta sin dejar que respondiera y bajé las escaleras sonriendo al recordar la cara de Steve. Pasó de querer convencerme a estar sorprendido. Sentía que Naira le estaba comiendo la cabeza, o no, quizá había cambiado. Conmigo no lo estaba demostrando.

Fui solo a la plaza después de ir dos veces por la calle incorrecta y estuve a muy poco de tirarme al suelo y besarlo de la alegría. Llevaba casi medio año en esa ciudad y aún me perdía yendo a la plaza. Era patético. Hice un par de fotos, apunté varios detalles y me di por satisfecho. Cogí la calle que creía que

daba a la biblioteca y empecé a perderme. Otra vez.

—¿Es que a partir de ahora te voy a encontrar siempre por aquí?

Su voz me hizo girar de inmediato y la sonreí mientras ella hacía lo mismo. Ya se había cambiado y estaba aún mejor. Se acercó hasta donde yo estaba y se quedó enfrente esperando mi respuesta.

—Sería demasiada casualidad. ¿Aprovechando tu tiempo libre?

—Tampoco tengo mucho que hacer. ¿Has visto si está Lily en la plaza? —Negué con la cabeza—. Ah, bueno... —Bajó la cabeza y me sonrió otra vez—. ¿Vas a hacer el trabajo?

—O intentarlo sin perderme. ¿Sabes por dónde se va a la Biblioteca Nacional?

—Claro. ¿Pensabas ir por aquí? —preguntó señalando la dirección por donde iba. Intenté que mi sonrisa fuera real y me pasé una mano por el pelo.

—Me he confundido, ¿verdad?

—Es en la otra dirección. —Se tapó la boca para reír y yo con ella acabando los dos a carcajadas. No sabía ni leer un mapa—. Voy a acabar creyendo que no sales mucho de casa. No te sabes la ciudad, ¿verdad?

—Y lo gracioso es que tengo que hacer un trabajo sobre ella. —Eso la hizo reír otra vez. Me encantaba su risa—. ¿Y no podrías...? ¿Guiarme? Con decirme la dirección por la que se va, me serviría.

—Claro, puedo llevarte si quieres.

—No, tendrás más cosas que hacer, no quiero molestarte.

Asintió y empezó a andar hacia la plaza, se volteó al ver que no la seguía y levantó la mano haciendo un gesto para que lo hiciera. Me encogí de hombros cuando continuó andando y me puse a su lado rápidamente en unos cuantos pasos.

Cada vez había más gente en la plaza, siempre había mucha, fuera donde fuera. Iban con demasiada prisa. No entendía el porqué. Había veinticuatro horas en el día, se podía ir con tranquilidad. Vaya mundo más ajetreado.

—Esta ciudad es demasiado grande como para solo guiarte. Y, por lo que veo, no es conveniente darte solo una dirección. No pretendo ofender.

—No, no te preocupes. Créeme, me he perdido más veces de las que pudiera recordar. No se me dan bien las ciudades grandes. Soy un desastre.

—A veces hay que saber perderse para conseguir encontrarse. Seguro que llegaste a algún sitio.

—A un museo —afirmé recordando las veces que quise darme la cabeza contra la pared por no tener ni idea de orientación—. Otro día lo estuve

buscando y acabé en la plaza. Desde ese día, deduje que la ciudad me quería echar a patadas.

—Y aquí sigues. —Sentí que me agarraba de la chaqueta para tirarme hacia otra calle. Me había despistado—. Es por aquí. Al final te pierdes hasta con alguien que te guía.

Negó con la cabeza, divertida, y nos echamos a reír. No pude evitarlo, era un poco torpe. Si iba a encontrarla cada vez que me perdía... A la próxima lo haría a propósito. Aunque seguro que si intentaba perderme, llegaría al lugar que quería encontrar.

En serio, esa ciudad me quería echar.

Quizá fue la suerte quien quiso que la encontrara, o la que quería que me convirtiera en más que en un cliente: en un amigo.

7. DOS LUGARES

*Pensé que era menos predecible,
pero te valió con mirarme a los ojos
para verte en ellos
y darte cuenta
que ya tenías un lugar en mi vida.*

—**S**e que lo he dicho varias veces, pero... ¿Falta mucho?

Se echó a reír por cuarta vez en el camino y su mirada divertida me hizo sonreír. Por cuarta vez también. Su risa ya me había enganchado y sabía que no me iba a soltar tan fácilmente. No me había hablado mucho de ella, solo que la costó aprenderse la ciudad, pero que se la sabía de memoria. Llevaba ahí unos cuantos años viviendo.

—Ya hemos llegado.

Se detuvo frente a una escalinata enorme en la que había dos estatuas y me quedé asombrado al ver ese enorme edificio. Por lo que había leído, esas estatuas eran Alfonso X el Sabio y San Isidoro. Más arriba, flanqueando las puertas de la entrada, había otras cuatro de personajes importantes de la lengua y la literatura, como Miguel de Cervantes o Lope de Vega.

La estructura de la parte de arriba del edificio me recordaba a un templo griego por las columnas y su acabado en un frontón con forma de triángulo.

Había visto fotos, pero en la realidad era mucho más grande de lo que me esperaba, sinceramente. Y muchísimo más hermoso.

—Vaya... Pasada.

—Pues espera a ver por dentro. Hay muchísimas salas para visitar, dependiendo de lo que busques. ¿Tienes el carné para sacar libros?

—No, pero pensaba hacérmelo. ¿No se puede hacer al instante?

—No, tardan unos días en hacerlo y dártelo. A mí me tardó una semana, pero porque se me olvidó ir a buscarlo antes. ¿Es muy urgente? Yo puedo... Ayudarte, pero...

Ya sabía por dónde iba. Quería sacar ella los libros por mí para que los

tuviera ya y poder llevarlos a casa. Se veía en su cara que no estaba muy segura de hacerlo. Lo entendía perfectamente.

—No es tan urgente como para necesitar que los saques por mí, pero algo arriesgado teniendo en cuenta que no sé venir. Sé que no me conoces y no puedes fiarte de mí, por lo que no voy a pedírtelo. Me las arreglaré, no te preocupes.

—Pareces un buen chico, no es no me fie, pero espero que no te importe que dude un poco. Aunque el hecho de que prefieras hacer un trabajo mediante libros y no fiándote de lo que viene en Internet da mucho que decir en los tiempos que corren.

—Estoy de acuerdo, pero no importa. ¿Entramos?

Asintió y comenzamos a subir las escaleras. Abrió la puerta principal y entramos. Había muchas salas por lo que pude ver, pero ella me llevó a una enorme, con grandes estanterías de libros y mesas grandes con varias sillas. Se sentó en una completamente vacía y me puse a su lado.

—¿Qué necesitas? ¿Libros de historia, de la ciudad...? ¿Algo en concreto? —susurró mientras ponía las cosas encima de la mesa.

—Solamente necesito ayuda en cuanto a la información. He pensado en hacer la presentación de doce lugares representativos o los más importantes. El primero será la Plaza Mayor, pero necesito más información de la que viene en Internet.

—¿Por qué doce?

—Es mi número de la suerte.

—¿Y ya sabes cuáles son los otros once lugares?

—No los he pensado aún.

—La biblioteca puede ser el segundo, es uno de los edificios más importantes del país. Podemos buscar libros por historia.

Asintió mientras nos levantábamos y la seguí hasta uno de los pasillos sobre la materia. Ella revisaba una estantería y yo, la del lado contrario. Encontré algo sobre la historia, pero temía que eso contuviera muy poca información que buscaba.

—No estoy seguro de este —dije dándome la vuelta con el libro abierto.

Di varios pasos hacia ella y, cuando se dio la vuelta, casi chocamos. Por acto reflejo, rodeé su muñeca antes de que se diera con la estantería y suspiramos al ver que no había pasado nada. Los libros y nosotros estábamos bien, y no habíamos alertado a nadie, excepto unos cuantos ojos que se habían girado unos instantes.

—Perdón.

—No... No es nada. —Sonrió sinceramente y me separé un paso parpadeando varias veces. Se lo enseñé y me sonrió asintiendo. Si ella lo decía, yo me fiaba.

En unos quince minutos, ya teníamos seis libros sobre la mesa. Insistió en ayudarme y nos pusimos a leer, deteniendo al otro si encontraba algo. El libro del cual no estaba muy seguro de coger tenía toda la información que necesitaba de la Plaza Mayor. Lo dejé a un lado y me puse a leer otro.

—Aquí vienen varios lugares y toda su historia. Te vas a cansar de resumir todo esto.

—No importa, quiero hacer las cosas bien y este trabajo es importante. Sé que los libros me ayudarán, aunque tenga que leerme mil páginas.

—No cambies esa costumbre, es valiosa. —Nuestra mirada coincidió en ese instante, creando magia. Negó con la cabeza ligeramente, agachándola, y me enseñó una página—. Mira aquí, va a ser difícil elegir solo doce. Diez si contamos la plaza y la biblioteca. Creo que con este y... —Cogió el que tenía a su lado—. Este, tienes más que suficiente.

—También reservaré este —dije cogiendo el libro que había elegido antes—. Viene todo sobre la Plaza Mayor. Me será útil.

Lo miré un poco más por encima y me sentí observado. Cuando miré de reojo, ella desvió la mirada con el rostro algo serio. Había cambiado su sonrisa de un momento a otro. Oí que suspiraba y cogió los dos libros que había escogido sin esperármelo. No me enteraba de nada.

Se levantó y me tendió una mano, pero en dirección al libro que tenía en la mano. Fruncí el ceño y lo cerré, dándoselo.

—¿Qué...?

—Te ayudaré, los sacaré por ti y, cuando tengas el carné, los podrás coger prestado tú. Vamos, tienes que dar tus datos para pedirlo. Te diré dónde es.

Me quedé mudo. Se alejó varios pasos y tuve que reaccionar para seguirla. Cogí mis cosas, dejando los libros ahí encima como ponía en un papel, y me enseñó el lugar donde hacerlo mientras ella sacaba los libros. No entendía muy bien el qué la había hecho cambiar de opinión, pero tampoco tenía palabras coherentes que pudieran salir de mí en ese momento.

Y, para decir una bobada, mejor me quedaba callado.

Cuando los dos terminamos lo que estábamos haciendo, salimos fuera, donde el sol nos recibió con un calor de muerte.

—¿Quieres que te acompañe hasta la plaza o necesitas quedarte un rato

más?

—No, iré contigo. No quisiera perderme de vuelta y, ya que tengo los libros, no me importa irme —dije mientras me los entregaba y yo los guardaba en la mochila—. ¿Por qué lo has hecho? No era necesario.

—Lo sé, pero te veo muy centrado y me gusta ayudar si es posible. De todas formas, quiero que me des tu número de teléfono. Te llamaré si desapareces del mapa y daré contigo para matarte.

Lo dijo con un tono demasiado serio, pero su sonrisa posterior hizo que me riera. Me había dado miedo por un segundo. No me imaginaría traicionar a alguien de esa manera. Encima que me hacía ese gran favor, no podía fallarla.

Había más formas de dar conmigo, como acompañándome a casa o buscando mis redes sociales que, en estos tiempos, te enterabas de todo sobre alguien gracias a ellas. Nunca había pensado que me pediría el número para localizarme.

—Claro, si con eso te sientes más segura, te lo daré. Aunque puedo prometerte que no lo haré, te los devolveré. Puedes confiar en mi palabra.

Le di mi número y me dio una llamada perdida para que se le guardase bien el contacto. Le enseñé que tenía la notificación de su llamada y parece que se quedó más tranquila.

En la vuelta, intenté recordar por dónde se iba y a veces señalaba lo que creía que era lo correcto, frecuentemente se reía cuando decía lo contrario, pero me sonreía cuando acertaba. Llegamos a la plaza hablando de Lily, la había conocido cuando era muy pequeña y no habían parado de verse desde entonces. Hablando de la niña, no estaba en la plaza. No sabía si era raro pero Roxanne sí parecía un poco decepcionada. Igualmente, trataba de ocultarlo.

—Llámame pesado, pero gracias por milésima vez. Pienso ponerte como ayudante aunque sea en letra pequeña. No sé qué habría hecho sin ti... Perderme seguramente pero, bueno... Gracias.

—Ha sido un placer, en serio. ¿Nos vemos mañana?

—No lo dudes.

No sabía qué hacer para la despedida... ¿Un abrazo? ¿O un beso? En la mejilla, por supuesto. Hicimos como el otro día que nos encontramos, dos besos en la mejilla y una sonrisa que seguramente no significara nada. Para mí significó todo.

Cada uno fuimos por una calle y fui despacio, perdido en mis pensamientos. Cuando recordé que lo más seguro era que Naira estuviera aún en casa, fui a un parque que había camino a mi casa y me senté en uno de los bancos

mientras revisaba el móvil. Varios mensajes sin importancia.

La noche no tardó mucho en caer, aún estábamos en la estación del año donde el sol se iba demasiado temprano. Cuando eso ocurrió, volví a casa aún sumergido en mis cosas. Subí las escaleras y entré sin percatarme de la presencia de nadie. Fui directo a mi habitación, me tumbé en la cama, hice la tarea que me faltaba rápidamente y cogí el primer libro que pillé de la mochila para empezar a leerlo.

Lo que no me esperaba era que me quedara mirando las páginas sin entender una sola palabra. Pasaba la mirada por las letras sin prestar atención a lo que leía. Me obligué varias veces a centrarme, pero ni eso pudo convencerme por lo que puse la alarma, me puse el pijama y decidí dormir.

Me desperté un segundo antes de que el despertador sonara. Odiaba que me pasara eso. Me duché para abrir bien los ojos y me preparé. En unos minutos ya estaba bajando las escaleras con lo necesario para ese día.

Llegué al restaurante y encontré a Roxanne poniendo pequeños manteles por persona en las mesas. Siempre los ponía luego para los que fueran a desayunar temprano. Me vio de reojo y pareció asustarse.

—Perdona, no pretendía asustarte.

—No es nada, tranquilo. —Puso el último mantel y empezó a hacer el café mientras me sentaba en una silla alta—. ¿Qué tal ayer? ¿Adelantaste el trabajo?

—Si te digo la verdad, no lograba concentrarme. Estaba pasando páginas sin enterarme de lo que leía.

—Suele pasar. ¿Vas a ir hoy a la biblioteca? —preguntó mientras me ponía el café delante y varias pastas.

—No, creo que me quedaré toda la tarde en un lugar donde hay mucha gente, pero estaré bien servido —dije mirando disimuladamente a todo el restaurante y tomando el café. Ella sonrió y negó con la cabeza, divertida.

—Sigo sin saber cómo te concentras aquí dentro. Estoy empezando a pensar que solo vienes a ver a alguien.

Abrí los ojos como platos y coincidí con su mirada segura. Dejé el café en el pequeño plato mientras pensaba qué decir en el poco tiempo que tenía para que no pensara que... Bueno, de todas maneras, si pensaba que iba allí por ella, estaba en lo cierto.

Ella era la mayor de las razones.

8. PILLADO

*Perdí la confianza en las personas.
Me fallaron. Desaparecieron. Caí.
No llegué al fondo,
me sujetaste a tiempo
y volví a creer en la verdadera amistad.*

En realidad, no iba a confesar que iba a verla a ella. Al menos no en aquel momento. Quizá más adelante. O no. En realidad, no había ninguna prisa.

—Sí, a Lily. —Frunció el ceño—. Me cae bien y he pensado que hoy, como es viernes, vendrá a verte. Aunque yo la conocí un sábado.

—No siempre viene. Si no tú la habrías conocido antes.

—Es verdad. ¿No ha venido más veces?

—Sí, pero, al haber más gente, supongo que no la viste. Es algo tímida cuando quiere. Cuando hay poca gente, como el anterior sábado, sí le gusta hacer amigos. Es una niña genial si llegas a conocerla bien. Siéntete afortunado.

—Ya lo hago. —Afortunado de haber avanzado con ella y haber conocido a Lily, pero lo de Roxanne aún no me lo creía. Parecía vivir en una realidad alternativa—. ¿Cuál es su nombre completo? ¿O es ese?

—No, se llama Liliana. Ya no se usa mucho. Aunque te aconsejo que no digas mucho ese nombre. No le gusta demasiado.

—Pues debería, es muy bonito.

Asintió, de acuerdo conmigo, y se me ocurrió mirar la hora. Abrí los ojos de par en par. Si no me daba prisa, llegaría tarde. Tampoco quise parecer apresurado, así que cogí una pasta y puse el dinero encima de la barra. Le sonreí y me despidió con la mano.

Y como yo bien supuse, llegué unos minutos atrasado, pero el profesor me dejó pasar sin objeciones. Le daba igual si llegábamos tarde mientras no

hiciéramos mucho ruido al entrar. Las primeras horas fueron como siempre, algo más metido en mis pensamientos que otras veces y, en la hora libre, me senté en la mesa con los de siempre. Éramos seis... Bueno, siete si Naira se unía cuando quería y le venía en gana.

Esa vez sí lo hizo.

Bostecé un par de veces antes de prestar atención a todo lo que se estaba conversando. El sueño volvía a mí en cuanto pasaban las horas de clase. Y eso que aún me faltaban unas pocas más.

—Estás hecho un desastre —murmuró Steve mientras se sentaba a mi lado. Le miré confundido y los demás siguieron a lo suyo. No entendía el porqué de su comentario—. Ahora tienes sueño por quedarte leyendo hasta tarde. Ni siquiera me oíste entrar. ¿Tan interesante estaba la lectura?

Las chicas de enfrente se empezaron a reír por lo bajo. No me enteraba de lo que hablaban por lo que ignoré su conversación y contesté a mi amigo.

—Si te digo la verdad, ni siquiera estaba pensando en eso. No me enteré de nada de lo que leía. Podrías haberme despertado de mis pensamientos. —Miré a las chicas que se seguían riendo—. ¿Por qué os reís tanto? ¿Qué hace tanta gracia?

—Te vimos ayer. Íbamos a ir a saludarte pero ya estabas bien acompañado —dijo Cristina, la chica a la que se suponía que le gustaba yo, según Steve, y se volvieron a reír—. Y no era de un chico precisamente.

—¿Ah sí? —preguntó mi amigo exagerando la pregunta. Me miró fijamente, acercándose interesado—. ¿Y quién era? O mejor, ¿qué hiciste ayer?

Sentí varias miradas hacia mí, pero la más interesada era la de él. Levanté los brazos a la altura de los hombros antes de que me mataran a preguntas. ¿Ya no se podía hacer una visita a la biblioteca sin que nadie se enterara? Porque parecía que no, y eso que la ciudad era enorme. Era demasiada casualidad que, entre toda la gente que andaba por allí, justo me vieran personas a las que conocía.

—Vale, vale... Me habéis pillado. Fui a la biblioteca con una amiga. No hace falta montar un escándalo. —Las chicas me miraban con el ceño fruncido—. Ya sabéis lo fácil que me pierdo por esta ciudad, no es nada nuevo.

—¿Conocemos a la chica? —preguntó Larry.

—No, trabaja en...

—La chica del restaurante... —murmuró, sorprendido, Steve. Le sonreí ligeramente, me había entendido a la primera—. No puede ser, si no os conocéis de nada. Algo no me cuadra. ¿Qué no me estás contando?

—¡Nada! —Reí—. Nos hemos hecho... Conocidos. No seas tan exagerado.

Quizá no le había contado varios detalles, aunque eso no tenía importancia... ¿No? Quizá sí, porque era mi amigo, pero no había tenido oportunidad de contárselo todo con detalles.

—Siento decirte que no me creo ni una palabra. Ayer... Perdiste una clase, ¿dónde estabas?

—En el discurso del Día de la Mujer que había en la plaza. ¿Esto qué es? ¿Un interrogatorio? —pregunté mientras empezaba a ponerme un poco nervioso.

Todos asintieron mientras se echaron a reír y yo solo deseaba que el tiempo del almuerzo pasara ya. Después le pregunté sobre Naira y acabé descubriendo que se habían convertido oficialmente en pareja. Me hice el indignado por no contármelo, pero él me reprochó todo lo que yo le tenía que contar y acabamos en paz.

Al terminar las clases, esperé a Steve apoyado en la columna y le vi salir acompañado de Naira. Suspiré, rodando los ojos, y esperé a que me dijeran que iban juntos para yo poder ir andando. Era lo mejor. Nos ahorrábamos problemas y tiempo de discusión.

—Nos vemos mañana, Nai. —Me sorprendí y le miré. Estaban a pocos pasos de mí—. Hoy tengo cosas importantes que hacer. Como, por ejemplo, ponerme al día con mi mejor amigo que no me cuenta nada de su vida personal.

—Será porque no haces un hueco en la agenda para mí.

—Acabo de hacerlo y tú también —aseguró señalándome con el dedo.

Sabía lo que venía después de eso. Desvié la mirada rápidamente para no verlos besuquearse y fui hacia el aparcamiento mientras ellos se entretenían a su manera. Me apoyé en su coche para esperarle y se acercó con pasos seguros, como su mirada. Aunque, al pensarlo mejor, si estaba con él, no iría al restaurante. Tenía pensado ver a Lily... Por desgracia, lo tuve que posponer.

Mi amigo quería hablar conmigo. Hasta dejó de lado a Naira una tarde por mí y eso en esos días estaba siendo difícil de conseguir. O yo se lo estaba poniendo difícil por estar tan poco en casa. No, me lo habría dicho. Steve era un chico muy directo.

—¿Qué tal si vamos al cine y comemos algo ligero por ahí? —ideó mientras entrábamos en el coche—. Hay más de lo que has dicho en la cafetería, ¿verdad?

—Quizá. ¿Ahora te interesa?

—Sigo pensando lo mismo solo que cada día estás más loco y se te va a ir la cabeza volando como un globo. ¿Ya has descubierto algo más sobre...?

—Roxanne. —Sus ojos se abrieron más y le sonreí—. Ayer me ayudó a llegar a la biblioteca y sacó los libros que tengo con su carné mientras el mío llega.

—Das pasos de gigante en esta relación, ¿eh?

—No es ninguna relación. Somos... Casi amigos.

Se echó a reír a carcajadas y me uní a él llenando el pequeño espacio del vehículo de risas. A decir verdad, no sabía lo que diferenciaba a los conocidos, de los compañeros y de los amigos oficiales. ¿La cercanía, quizá? ¿Yo qué era exactamente?

Comimos en un restaurante de pasada y fuimos al cine. Tuvimos que esperar un rato en la cola y otro rato hasta que comenzó, pero valió la pena. Vimos la primera película de acción que nos pareció interesante. No sabíamos ni de qué iba, pero fue bastante buena.

—¿Te acuerdas cuando hacíamos el ridículo en público?

—¿En aquel restaurante, por ejemplo? Ese día fue gracioso. Te toca a ti, te recuerdo. Invito a la cena si te pones a aplaudir, gritar o silbar ahora mismo — me dijo mientras la típica canción del final de la película comenzó a sonar.

—Y me levanto si quieres. —Le desafié con la mirada. Se puso cómodo en su asiento y me aguanté la risa mientras me ponía de pie. Tenía que mantener la postura—. ¡Bravo! ¡Qué películón! —grité aplaudiendo lo más fuerte posible. Él se echó a reír a carcajadas mientras me dirigía a las personas que se levantaban para irse porque había terminado—. ¿No se queda a ver los créditos? Son lo mejor de la película —le pregunté a una señora que me miró raro.

—Vale, basta, me estás haciendo pasar demasiada vergüenza ajena. —Me detuvo mi amigo levantándose—. Vámonos antes de que nos echen.

—Vaya, ¿no me vas a dejar ver los créditos? Voy a ponerme a llorar. —Me reí a carcajadas.

Salimos de la sala y bajamos al primer piso por las escaleras automáticas. Él me hablaba de su relación con Naira. Le pidió ser su novia en su casa y, claramente, luego lo celebraron. No quise imaginarme la imagen, pero ya era tarde. Se le notaba bastante emocionado y eso era lo único que necesitaba ver en él.

Me puse una nota mental: *advertir a Naira de su muerte si le hacía algo de lo que se arrepintiera. Prioritario y urgente.*

Una vocecita conocida nos interrumpió y subí la mirada para asegurarme de quién se trataba. No estaba muy seguro de que hubiera sido verdad o solo una imaginación de mi mente. A veces me jugaba malas pasadas como esa.

Tampoco quería decir que tenía alucinaciones, ni mucho menos, pero el perderme en mis pensamientos era peligroso para mi realidad.

—¡Kyle! —gritó Lily al otro lado subiendo las escaleras—. ¡Ahora bajo, espérame ahí!

Mi amigo lucía confundido, por lo que recordé que no le había contado nada de nada sobre aquella pequeña. Bajé varias escaleras por mí mismo y me separé de la gran cola que había para esperar sin problemas de espacio. Vi que Lily se separó de la chica que reconocí como su madre, la que vi en la plaza aquel día, y volvió a subirse a las escaleras en el trayecto contrario.

—¿Quién es? —preguntó Steve a mi lado.

—Una amiga.

Su madre también estaba algo desconcertada cuando desapareció de su vista, pero suavizó la mirada al verme mejor. No estaba del todo seguro si me había reconocido. De cerca ella parecía aún más joven de lo que aparentaba.

Bajó varias escaleras ella sola, escabulléndose entre la gente sin problemas, y saltó el final con energía. Me agaché antes de que llegara a mí y me abrazó fuerte. Levanté su pequeño cuerpo al aire para cogerla en mis brazos y coincidí con su inocente mirada.

—¡No has ido hoy al restaurante! Creía que ya no ibas con Roxy.

—Sí, claro que voy con ella. Ayer te estuvo buscando y no estabas en la plaza. ¿Fuiste hoy a su trabajo?

—Sí, pero estaba muy ocupada y nos fuimos para no molestar. ¿Por qué no fuiste los otros días? Hasta que no te vi en la plaza creía que te habías ido.

—Estaba ocupado y el tiempo era malo. Debes dejar de imaginar cosas malas, no voy a irme. Hoy estoy con un amigo. —Miré hacia atrás, donde él se encontraba algo desconcertado. Bajé a Lily para que se saludaran y ella se acercó—. Se llama Steve.

—¡Hola, Steve! —gritó dándole un abrazo de los suyos. Él tuvo que agacharse para devolvérselo—. ¿Tú también eres amigo de Roxy?

—No, yo no la conozco.

—No lo entiendo. ¿Y por qué no va contigo?

—Porque tiene muchas cosas que hacer, como dormir y hacer el vago en el sofá.

Me abrazó otra vez riéndose y fue corriendo con su madre cuando apareció

a nuestro lado. Cogió su mano y dio unos cuantos tirones para llamar su atención.

Por fin pude fijarme más en ella. Tenía el pelo negro como el carbón y los ojos igualitos a los de su hija. No aparentaba más de treinta años.

—¿Mañana vamos a ver a Roxy? ¡Por favor!

—Va a estar ocupada...

—Puede quedarse conmigo, si no le importa —dije con toda la cortesía que pude—, mañana iré y llevaré el ordenador para jugar. Yo no tengo ningún problema, se lo aseguro.

—¡Por favor! —gritó Lily otra vez tirando aún más fuerte de su agarre.

—Está bien, está bien —cedió su madre—. ¿Estás seguro? No quiero que moleste y sé cómo puede llegar a ser a veces. —Asentí varias veces y la pequeña volvió a correr hacia mí para abrazarme. Ese fue mucho más fuerte y por poco no acabé en el suelo.

—Que no se te olvide. —Negué con la cabeza y me señaló su meñique—. ¿Prometido?

—Prometido.

Unimos nuestros meñiques sellando la promesa.

9. LA PROMESA

*Eras demasiado pequeña
como para ver la realidad profundamente
y darte cuenta de tu entorno.
O eso pensaban.
Sorpréndenos, enana.
Rompe los esquemas, monstruito.*

Estuve riéndome de la cara de Steve todo lo que quedaba de tarde. Estaba entre desconcertado, intrigado y enfadado por decirle a Lily que solo hacía el vago.

Luego se lo expliqué. Le conté, mientras me invitaba a cenar como en una cita romántica, lo que ocurrió el sábado de lluvia encerrados en el restaurante, el día que coincidí con las dos en la plaza y el anterior cuando me encontré con Lily. No di muchos detalles, solo los necesarios. Me dijo varias veces que sabía que algo había pasado y que no se lo había contado. Estaba indignado de verdad.

De nuevo, me volví a reír al ver su expresión.

Ya en casa, vimos varios capítulos de una serie de misterio y asesinatos y nos fuimos cada uno a nuestra habitación cuando ya era la una o dos de la mañana. Al no tener sueño, leí un poco de un libro y apunté lo más importante para hacer el trabajo. Al día siguiente, tendría que empezar seriamente.

El ruido de la puerta abriéndose me despertó de golpe. Sabía quién era desde el principio.

—No, mamá, estamos bien. Mira, que te lo diga Kyle —dijo poniendo el móvil cerca de la cama—. Dile lo bien que nos estamos portando.

—Genial —murmuré medio dormido.

—¿Lo ves? No hay nada de qué preocuparse. —Oí que su madre le hablaba y me miró—. Estaba dormido, me has hecho despertarlo. Pues porque tiene que hacer un trabajo que no se le da bien y se ha quedado leyendo hasta tarde para sacar su sobresaliente.

—Largo de aquí, plasta.

—Ahora me odiará todo el día.

No le faltaba ni un atisbo de razón.

Salió de mi habitación cerrando la puerta tras de él. Escondí el rostro en la almohada y me preparé unos minutos después ya que no pude dormir más. Iba a matar a mi compañero. Esperaba por su bien que me hiciera el desayuno al menos, me lo debía.

Fui a la cocina con una mirada asesina y me encontré con una taza de café en la encimera. Sonreí al instante, mi mente estaba en lo cierto.

—¿Vas a ir a desayunar allí o te vas a quedar con tu amigo que te ha preparado con todo su cariño el café para que no te enfades con él?

—Haré una excepción —respondí cogiendo la taza—. ¿Qué te ha dicho tu madre? ¿Lo de siempre?

—¿Y qué va a ser si no? Pide que vaya a verles algún día de estos. O en Semana Santa que es el siguiente mes. ¿Qué piensas hacer?

—Supongo que iré con mis padres. No tengo nada que hacer aquí. —Levantó una ceja, divertido, y puse los ojos en blanco—. No, no voy a quedarme para ir aún más veces a su restaurante. Mi familia también necesita atención de mi parte.

—Vaya, creía que solo tenías tiempo para las dos princesitas que ahora ocupan tu cabeza —me recriminó, convencido, tomando el café. Se refería a Roxanne y Lily—. O tres si contamos a la que estaba con Lily. ¿Era su madre? —Asentí.

—Aún no he terminado el café y te estás ganando que acabe en tu cara.

Podía haberle devuelto que él también tenía ojos solo para Naira, pues los últimos días comenzaba a venir mucho más que en todo el curso. Lo conocía, me llamaría rencoroso. Solo intentaba no volver a tener de amigos a personas que no valían la pena y que acabarían haciéndome daño.

Yo lo llamaba protección de buenos sentimientos.

Sabía que Steve quería arreglarlo todo entre nosotros y lo entendía, pero no era tan fácil. Sentía que Naira se creía la mejor por tener buen tipo y seducir a los demás para sacar buena nota, aunque solo lo había hecho conmigo, que yo supiera. Con Steve también presumía de novio.

Steve tenía unos ojos azules hermosos y un pelo negro que parecía sacado de un anuncio de champú. Sin mencionar que antes aprovechaba su tiempo libre para ir al gimnasio. Los primeros meses le acompañaba, luego los exámenes me hicieron dejarlo.

—Sigo diciendo que ha cambiado. ¿Por qué no se lo haces más fácil? Siente que ni siquiera lo intentas. Así no avanzaremos nunca.

—Porque las cosas no se consiguen con tanta facilidad como os creéis. El esfuerzo es muy importante y yo lo valoro. Además, desde que se enteró de que le dije al profesor lo poco que hizo, me va a intentar hacer la vida imposible.

—Aunque me sorprende que lo hicieras, pero, bueno, si así te sentiste mejor...

—Sí, tengo la conciencia tranquila, eso te lo aseguro.

Tomé el café y limpié la taza cuando terminé. Él había quedado por la tarde con Naira, cosa que me pareció totalmente normal. Después de jugar a algunos videojuegos, comimos juntos lo primero que cogí y sabía hacer y pusimos una serie de comedia que hizo que casi tirara mi bebida de la risa.

Cogí el portátil y las cosas necesarias para la tarde y le despedí con un abrazo. Abrí la puerta para salir y me asusté al ver a Naira a punto de tocar el timbre. Me di un lado para que entrara y, cuando lo hizo, con su mirada gélida hacia mí, me fui. No tenía tiempo para aguantar esos gestos que tanto me daban igual.

Gracias, destino, por casi hacer que me chocara con ella.

El restaurante estaba casi lleno como de costumbre y Roxanne iba de mesa en mesa sin parar ni un momento quieta, al igual que su amiga que se encargaba de la barra y la cocina. Me senté en una de las pocas mesas que quedaban libres y me puse cómodo dejando una silla libre para Lily.

—Ya creí que no vendrías —me dijo con su sonrisa tan radiante como... Siempre—. ¿Qué tomarás?

—Batido de fresa, por favor.

Asintió con algo de prisa y en pocos segundos volvió con lo que pedí. Creía que iba a volver a su trabajo, pero se sentó en la silla de al lado mirándome fijamente. Desvié la mirada hacia ella y levanté una ceja, confundido. Nunca había hecho eso y no supe lo que esperar de ello.

—Ayer me habló Noemí. —Fruncí el ceño. No me sonaba ese nombre. ¿Noemí?—. La madre de Lily. Gracias por querer ocuparte de ella aun teniendo trabajo que hacer. Lily confía en ti de verdad. Y eso es extraño.

—Noemí no confía en mí, ¿verdad? —deduje y ella negó. Lo entendía. Yo era solo un desconocido.

—Es normal, no te conoce, pero ya le dije que no se preocupara. Puede que tú vigiles a Lily pero yo te vigilaré a ti. —Estuvo un momento seria, pero su

sonrisa la delató—. Si quieres que llame a su madre para que la lleve solo tienes que...

—No hará falta, en serio. —Negué con la cabeza sonriendo—. Sabré arreglármelas bien. Deja que su madre aproveche una tarde para hacer sus cosas. Seguramente lo necesite. O para trabajar. Bueno, para lo que quiera que haga.

—¡Roxanne! —la llamó su compañera.

—¡Voy! —Me dirigió una sonrisa rápida—. Gracias.

Iba a responder pero no me dio tiempo, ya estaba atendiendo a otra mesa. Suspiré, sonriendo como un bobo, e intenté concentrarme en la lectura resumiendo cada texto importante que leía.

Cada vez que abrían la puerta, desviaba la mirada para ver si era ella. Comencé a hacerlo sin querer y a olvidarme otras tantas. Los pasos me hacían saber que no era ella, no se la escucharía tanto. Ya hacía unos minutos que no miraba tanto la puerta cuando me topé con sus rizos oscuros y sus ojos claros mirándome fijamente.

—¡Hola, Kyle! —chilló mientras la cogía en brazos y se sentaba en mi regazo—. Cumpliste la promesa.

—Pues claro, las promesas no pueden romperse.

—¿A qué jugamos hoy?

—A quitarnos la chaqueta —contestó su madre acercándose a la mesa. Lily ni siquiera se levantó, le ayudé a quitársela y se la dio a su madre que la dejó en la otra silla—. Prométeme que te portarás bien y no molestarás mucho. —Asintió repetidas veces—. Si quieres algo para tomar se lo pides a Roxy.

—No se preocupe por nada, yo invito. ¿Qué quieres?

—Un batido de chocolate —contestó ella emocionada. Eso me hizo sonreír.

—Tutéame, por favor. Y no es necesario que...

—Insisto —dije. Me había acostumbrado a tratar de *usted* en aquella ciudad, todos eran tan formales que no sabía ni cómo dirigirme exactamente a cada persona—. Puedes quedarte tranquila, no nos moveremos de aquí. Roxanne te llamará si pasa algo, aunque seguro que no será necesario.

—Bueno, entonces... Pasadlo bien. Y gracias.

Negué con la cabeza, restándole importancia, y se fue a hablar con Roxanne. Lily despidió a su madre con la mano y luego volvió a verme. Su mirada era hipnotizante. Abrió la boca, pero Roxy nos sorprendió cuando dejó el batido encima de la mesa.

—Ten cuidado, que no se te caiga.

Asintió, alzando las manos hacia el vaso, y se lo dio. Encendí el ordenador, entré en una página de juegos distinta a la del otro día y eligió uno en cuanto lo vio. Me dio el vaso cuando terminó y me reí al ver el bigote de chocolate que dejó el batido en su rostro. Lo puse en la mesa para que no se cayera y cogí una servilleta. Ella lo entendió, riéndose mientras la cogía, y se limpió.

Después perdió la mirada en la pantalla. Seguí leyendo con una mano, ya que con la otra sujetaba a Lily para que no se cayera de mi regazo. A veces me miraba o me daba en el brazo para que prestara atención a lo que hacía.

El tiempo se nos pasó volando, al menos a mí. Acabé con el libro que trataba de la plaza y cuando fui a guardarlo, ella me miró curiosa.

—¿Me lo dejas?

—¿Sabes leer? —pregunté cuando se lo di.

—Estoy aprendiendo a ser más rápida, pero he leído muchos libros. La profesora dice que es bueno y a mí me gusta.

—Me alegra mucho oír eso.

La tarde se fue y con ella la gente del restaurante. Poco a poco comenzó a quedarse vacío hasta que solo quedaron varias personas cenando. Me resultaba raro que la madre de Lily no hubiera llegado todavía. Quizá no se había dado cuenta de la hora que era. Aunque a mí no me importaba quedarme un rato más. Estaba empezando a recordarme lo mucho que echaba de menos a mi hermana por las semejanzas con Lily.

—Lily, me ha llamado mamá. Ha tenido un pequeño problema.

10. SOLUCIÓN

*Ni la curiosidad mató al gato.
Ni el gato murió sabiendo.
Yo te lo contaría todo,
y no necesitaría palabras.*

Roxanne se sentó a nuestro lado y la miramos con atención mientras la sonrisa de Lily desaparecía. No sabía qué pensar, pero no lo había dicho en un tono tan bajo como para que pareciera un accidente grave. Más bien una pequeña avería. Debo confesar que consiguió que yo también me asustara.

Ella negó con la cabeza más tranquila y nos miró con una pequeña sonrisa.

—No quería que sonara así, no me pongas esa carita. Ha pillado un atasco y va a tardar en llegar. Yo aún tengo que limpiar y recoger.

—No pasa nada —dijo ella mientras se levantaba de mi regazo para ir al suyo—. ¿Y qué pasa con la cena? Tengo hambre.

—Rochelle se acaba de ir. —Supuse que se refería a su compañera, la cocinera—. No sé qué hacerte, cielo... Y tampoco sé muy bien lo que hay. Podemos pedir algo para comer, pero tienes que esperar a que cierre el restaurante, ¿vale?

—Yo puedo improvisar algo, si me dejas —murmuré mirando a Roxanne, que había levantado la mirada hacia mí—. No soy experto en la cocina pero sé defenderme bastante bien.

Lily dio un salto en sus piernas y le puso ojos de cachorrito mientras sacaba el labio inferior para dar aún más pena. Se le daba muy bien, yo ya habría dicho que sí a esas alturas. Creí que ella tampoco podría resistirse, nos miraba a los dos varias veces como si lo hubiésemos planeado. Suspiró después de unos segundos y asintió.

Lo sabía.

—Pero nada de decírselo a Rochelle o no me volveréis a ver el pelo por aquí. Me mataría. Podéis ir los dos, pero os tocará limpiarlo todo después. Y lo quiero ver todo como estaba.

—¿Algo más, jefa? —pregunté, divertido, mientras yo aprovechaba esos segundos para apagar el ordenador y meter todo en la mochila.

Dejé mis cosas en la barra y seguí a Roxanne dentro. La verdad era que estaba un poco nervioso. Me imaginaba una de esas cocinas enormes y al momento supe que no sabría utilizarla como la de mi casa. Hablaba demasiado pronto y ya no quería decepcionar a Lily. Lo intentaría.

Me sorprendió al ver la cocina era medianamente grande y acogedora. No sabía cómo una persona sola podía con todo eso, pero al menos supe que yo podría hacer algo sencillo sin problemas. Sentó a Lily en una encimera mientras jugaba con un plato que cogió antes de sentarse, echó un vistazo al restaurante y cerró la puerta.

—¿Crees que podrás encargarte?

—Sí... Supongo. Primero tengo que familiarizarme un poco. —Abrí unas cuantas puertas y cogí una bolsa que enseñé a la pequeña—. ¿Te gustan los espaguetis?

—¡Sí!

—Entonces será fácil. —Los dejé a su lado—. Yo me encargo, espero no tardar mucho. ¿Me vas a ayudar, Lily? —pregunté cuando vi que sacaba los espaguetis de la bolsa. Ella sonrió inocentemente y nos reímos.

—Si tienes algún problema, estoy aquí fuera.

Asentí y se fue cerrando la puerta detrás de ella. Miré a Lily y la pillé poniendo los espaguetis en el plato que ella tenía. Me aguanté la risa para mis adentros y empecé a buscar y colocar las cosas que necesitaría.

En unos minutos, ya estábamos esperando a que se hicieran, así que empezamos con el segundo plato. Solo encontré unos filetes de pollo que seguramente le gustarían, también pidió patatas, así que no tuve alternativa. Mientras ella daba vueltas a los espaguetis y los miraba fijamente, yo hacía el segundo plato.

La bajé de la encimera y, cuando fue a abrir la puerta, se abrió sola. Su madre nos sorprendió y Lily saltó de alegría. ¿Cómo no se la acababa la energía? La cogió en brazos y le dio un beso en la mejilla. Sí tenían bastante parecido. Debió tener a la pequeña cuando era apenas una adolescente porque sorprendía lo joven que era.

Aunque quizá era una actriz que aparentaba tener veinte años y en realidad tenía cuarenta.

—¿Qué tal, mi niña? ¿Lo has pasado bien?

—¡Sí! Estábamos haciendo la cena. Ya está lista.

—Pero... —Se topó con mi mirada—. No sabía que ibais a cenar.

—Es que ya empezaba a tener hambre —expliqué—, así que hicimos algo mientras Roxanne se ocupaba de los clientes. Hay comida de sobra, puedes quedarte.

—Pero... —Su hija volvió a poner cara de cachorrito—. Bueno, nos quedaremos.

Asentí y salieron las dos mientras repartía los espaguetis en cuatro platos. Dejé lo demás a fuego lento y salí con dos platos hacia la mesa donde se habían sentado. Roxanne ya la había preparado para los cuatro.

Lily empezó la primera ya que se estaba muriendo de hambre hacía ya unos minutos. Roxanne entró de retirar las mesas de fuera y nos miró.

—Ven, siéntate —dije separando la silla de la mesa para que se sentara—. Ahora vengo. —Fui a la cocina, revisé que todo iba bien y cogí los otros dos platos para llevarlos a la mesa—. Espero que os gusten, los ha hecho Lily.

Ella nos miró y nos reímos al ver que ya estaba manchada de tomate. Menos mal que tenía una servilleta encima de la ropa o también la habría manchado. Me senté entre Roxanne y Lily y comenzamos a comer con tranquilidad.

—Mmm... Están muy buenos —murmuró Noemí.

Terminamos la cena con éxito mientras Lily hablaba de su colegio y de la tarea que la habían mandado. Roxanne y yo nos levantamos simultáneamente, chocándonos cuando fuimos a coger nuestros platos a la vez. Su mirada coincidió con la mía y acabamos riéndonos. No supe muy bien si por incomodidad o por llevarnos bien, pero me gustaba que tuviéramos esa tranquilidad entre nosotros.

No tardamos casi nada en dejar todo como estaba, tal y como nos había mandado Roxanne. Salimos mientras ella cerraba todo con llave y oí bostezar a la pequeña que ya se frotaba los ojos, señal de sueño.

—Mami... Tengo sueño. —Levantó las manos y su madre la cogió en sus brazos, donde se acurrucó para echarse a dormir. Nos lanzó un beso a los dos y se escondió en su cuello.

Al fin el monstruito quería dormir después de no parar quieta todo el día. Así eran los niños. Su madre nos agradeció por cuidarla y se fue con ella en brazos.

Así que quedamos Roxanne y yo.

—¿Ya confía un poquito más en mí?

—Sí, y yo también. —Sonreí en su dirección y desvió la mirada hacia otro

lugar—. No decía en broma lo de vigilarte. Tengo demasiado cariño a Lily como para que la pase algo, pero me ha sorprendido lo que he visto. —Me devolvió la sonrisa—. Acabo de descubrir tu lado más tierno. El día de la lluvia creía que lo hacías por educación, pero es en serio que te gustan los niños.

—¿Tanto se me nota? —pregunté y ella asintió—. Me recuerda a mi hermana. No sé si me gustarían los niños si no fuera por ella.

—¿Tienes una hermanita? ¿Cómo se llama?

—Annie, es muy parecida a Lily. —Mi mirada cayó. Hacía tanto que no la veía. No supe bien cuánto echaría de menos a mi niña cuando acepté ir a esa Universidad. Si hubiera sabido cómo era ese sentimiento antes, me habría pensado dos veces ir tan lejos a estudiar a pesar de las circunstancias.

—No debí preguntar, ¿verdad? Lo siento, a veces soy demasiado entrometida. Pregunto demasiado, perdóname. —se disculpó. Le quité importancia negando la cabeza. No me importaba, solo recordaba sin querer y ella no tenía la culpa—. ¿Quieres...? ¿Dar una vuelta mañana? Saldré con Lily por el parque como el otro día. Si quieres, puedes venir con nosotras. Y... Bueno, puedes llevar los libros si necesitas ayuda.

La sonrisa volvió al instante gracias a sus palabras. En mi cabeza, todos los planes que tenía mañana, aunque en ese momento no recordaba si tenía alguno, quedaron cancelados oficialmente.

No sé qué me hizo acordarme justo en ese instante de que había terminado con un libro. Lo saqué de la mochila y se lo di.

—Me encantaría. Gracias por la invitación. Allí estaré. Y ten, he acabado con este. Cuando puedas podemos visitar la biblioteca de nuevo para devolver los libros. Seguro que la semana que viene ya tienen mi carné.

—Tranquilo, aún queda tiempo para que termine el plazo del préstamo. No me importa tenerlos con mi préstamo hasta que termines con ellos. Ya llevaré este cuando pueda.

—Perfecto. Tienes mi número, ya me dirás los detalles de mañana.

—Claro. Te mando un mensaje de camino para que sepas que soy yo. Mañana nos vemos.

Asentí y, en un segundo incómodo, me dio un beso en la mejilla y se despidió con la mano. Luego, desapareció en la esquina y yo fui despacio hasta casa, yendo en dirección contraria.

Steve estaba tumbado en el sofá, pareciendo el típico familiar que se quedaba esperándote despierto hasta que llegaras de fiesta. Solo que él era mi

amigo y yo no llegaba de ninguna fiesta. Me reí al imaginarme a mí hacerlo de mayor con mis hijos, si es que los tenía. Seguro que me quedaba dormido y no escucharía nada. Iba a ser un desastre.

Cerré la puerta y me miró con una sonrisa algo pervertida, haciendo que rodara los ojos. No veía a Naira por ningún lado. Eso era raro.

—¿Qué tal, Romeo? ¿Julieta se dio cuenta de todos tus encantos?

—No, pero sí lo invitó mañana a dar una vuelta.

—¿En serio?

—Ajá —murmuré mientras sacaba el móvil y recibía la notificación de un número desconocido—. Y acaba de mandarme un mensaje.

—Vaya... Sigo diciendo que estás loco.

Y tenía toda la razón.

No existen los cuerdos. Todos estamos locos.

Unos más que otros.

11. SEGUNDA CITA

*No me gustaba hablar de esos temas,
pero contigo era diferente.
No me importaba decírtelo,
tú me entendías mejor que nadie.
Me volví transparente.*

No estaba nervioso.
Quizá un poco.

No, no lo estaba.

¡Los chicos también tenemos muchos nervios a veces, ¿vale?!

Metí los libros en una mochila pequeña y revisé por segunda vez lo que llevaba, que solo eran un par de cosas. Steve se fue por la mañana con su novia y no creía que volviera hasta el día siguiente, como poco. O que vinieran los dos a pasar la noche, eso también era una opción. Una opción que no quería. Prefería ocupar la cama donde dormía Naira normalmente, o no tanto ya, y dejarlos solos que aguantar tal suceso.

Miré el mensaje que me mandó Roxanne con la hora para ver que todo estaba correcto y salí hacia la plaza perdido en mis pensamientos, como de costumbre. Por las prisas, empecé a perderme —por tercera vez en unos minutos— y acabé preguntando. Llegué con cinco o diez minutos de retraso.

Así se empezaba bien la tarde.

Anduve apresuradamente por la plaza buscando a Roxy y a Lily. No tardé nada en encontrarlas pero, aprovechando que estaban de espaldas, me acerqué sigilosamente e hice cosquillas a Lily. Primero chilló y, cuando me miró, se rio mientras me abrazaba.

—¡Kyle! ¡Me asustaste! —Me dio un golpecito en el brazo y sonreí—. ¡Llegas tarde! ¿Qué te pasó? Me ha dicho Roxy que quizá te habías perdido.

—Pues parece que ha acertado. —Me reí y miré a Roxanne. Su sonrisa no faltaba.

Lily nos dio la mano a los dos al ver que nos habíamos quedado callados

unos segundos mirándonos. Ese tiempo ya era una eternidad para una niña y para mí era solo un instante que deseaba repetir.

—Podíamos haber ido a buscarte.

—No sabemos dónde vive —dijo Roxy—. Anda, vamos al parque. —Tomamos la misma calle que la anterior semana—. Cuéntale a Kyle lo que hiciste esta mañana en el restaurante.

—¡Fui camarera! —Me contó emocionada—. Di las galletas del desayuno a una mesa porque a Marvin se le había olvidado.

—¿Marvin?

Otro nombre que no me sonaba de nada.

—Mi otro compañero.

La pequeña asintió alegre y me contó que un día en el parque se distrajo mirando unos chicos muy altos y se tropezó con un niño. Desde ese momento se convirtieron en grandes amigos y se veían solo allí porque iba a otro colegio.

Amor infantil a distancia. Qué cruel era la vida.

Y de nuevo, como el otro día que fuimos, seguimos a Lily por todos los columpios libres o esperando a que los niños bajaran de uno para poder montarse ella. Todo eso se resumía en una hora muy agotadora pero divertida.

Me sentía viejo por no tener tanta energía como la pequeña. Yo ya no estaba para correr tanto. Necesitaba hacer más ejercicio.

—¡Lily!

—¡George!

Se fue corriendo hacia un niño y me sorprendí cuando se saludaron con un beso en los labios. Roxanne me miró y se echó a reír, supuse que por mi expresión. Yo a su edad hacía montañas de arena con mi cubito de cualquier dibujo que estuviera de moda, no tenía novia. Aunque tampoco me acercaba mucho a las chicas, siempre iba con mi mejor amigo de la infancia. Me daba pena no saber nada de él.

Hay mejores amigos que parecen hermanos separados al nacer. Nosotros éramos de esos.

—¿No decía que era su amigo?

—Quizá se saltó algunos detalles.

—Pienso llamar a mi hermana esta misma noche y preguntarle si tiene novio. Necesito saberlo —comenté. Roxy se echó a reír a carcajadas a mi lado y yo la miré sorprendido—. Lo digo en serio.

—¿Qué tiene de malo? Son niños. —Se encogió de hombros todavía

riéndose y se dio media vuelta para ir hacia la sombra.

—Lo que me preocupa es que yo no estoy ahí para amenazar a su novio si hace algo que no debe, si es que tiene.

Nos sentamos en un banco y me miró divertida. No había parado de reírse desde que dejamos a Lily jugando en el parque con George. Yo también acabé por sonreír, era inevitable. Su risa era contagiosa y amaba escucharla con tanta frecuencia.

—Eso seguro que la deja mucho más tranquila.

—Y al chico también.

Negó con la cabeza alegre y me miró suavizando la mirada. Había pasado de diversión a comprensión y no sabía a qué se debía ese cambio tan repentino. Echó el último vistazo a Lily y volvió a mirarme.

—¿Quieres hablar de ella? —Supe desde el primer momento que se refería a mi hermana. Me encogí de hombros y ella sonrió—. Dime cómo es. ¿Tienes una foto de ella?

Asentí y saqué el móvil para buscar la foto en la galería. Siempre tenía una foto de la familia entera guardada esperando que nunca fuera la última. Aunque sabía que esa era la realidad. Esa foto era nuestro último recuerdo y no terminaba de superarlo.

Estaba la última en una carpeta que nunca acertaba cuál era exactamente. Esa vez la encontré a la primera y se la enseñé. Le di el móvil y ella la miró con una sonrisa.

—Qué lindos. Me encanta. —Me lo devolvió y lo guardé—. Se os ve muy unidos. ¿Cuántos años tiene?

—Diez. —Se asombró, yo también lo hice cuando nació—. Lo sé, hay unos cuantos años de diferencia. Mis padres no esperaban tener una hija, pero aquí está. La verdad es que yo llevaba pidiéndoselo años y años. Cuando llegó Annie a mi vida, dejé todo atrás para estar con ella. No pude evitarlo. Solo que ahora... —Puso una mano encima de la mía y me sonrió, apoyándose para que siguiera—. No veo a mi familia desde vacaciones. Esto está demasiado lejos de mi casa y los estudios no me dejan tiempo para ir. El dinero tampoco es que me sobre, claro está.

—Te... Lo siento.

Negué quitándole importancia. No había nada que pudiera hacer al respecto, solo no pensar mucho en ello. Estuvimos unos segundos en silencio, pero se animó de repente y volvió a cambiar la mirada a una divertida.

—Bueno, ¿qué tal el trabajo? ¿Ya has leído algo más?

Me gustó ese cambio de tema. Asentí mientras abría la mochila y sacaba los dos libros. Ya había puesto un separador por cada sitio que quería visitar para que entrara en mi trabajo. Se los enseñé y ella se acercó para verlos mejor.

—Tienes todos los lugares señalados. Qué rapidez. Has elegido bastante bien. Son sitios muy interesantes. Sobre todo el parque de atracciones. —Nos reímos y pasó varias páginas—. Lo digo de verdad, te va a quedar perfecto. ¿Ya sabes cómo ir a cada sitio?

—Ahí está el dilema —dije rascándome la cabeza y suspirando exageradamente—. No tengo ni idea de cómo ir, así que... ¿Tienes un mapa de esos enormes que tiene todo con detalle y no se puede volver a doblar de la misma forma después de usarlo? Sé que me perdería igual, pero no me gasto nada en intentarlo.

Se echó a reír y negó. Si decía la verdad, tenía ganas de que ella fuera mi guía ya que se sabía la ciudad por lo que me había dicho. Pero no me atrevía a pedirselo, tenía trabajo y seguro que amigos con los que pasar el tiempo libre. No quería molestar en sus planes. Además, no me atrevía a decírselo y tampoco quería molestar en sus planes.

Aunque tampoco me importaría que me incluyera en unos pocos.

—No tengo, pero puedo conseguirte uno. ¿Acaso no sabes usar el *Google Maps*?

—No hasta que me cambie de móvil. Aquí no me funciona muy bien que digamos. —Le mostré el que tenía y volvió a reírse. No era tan antiguo, pero esa aplicación no quería ir bien en mi querido móvil que ya tenía unos cuantos años.

—¿Y un amigo que te ayude?

—¿Te consideras mi amiga? —Me salió sin pensar. Seguí rápidamente para disimular mi despiste—. Los de mi clase están todos con su trabajo. Bueno, hay una chica que me pidió hacerlo juntos, pero prefiero perderme por la ciudad y no volver a encontrar mi casa.

—Eres un exagerado. —Negué con la cabeza exageradamente y nos reímos por ello. Luego cruzó las piernas y cerró el libro que tenía en el regazo. Se volvió seria, asustándome—. Pillo las indirectas, Kyle. Aunque se te ha escapado y la has hecho directa.

Pillado. Esa vez sí que me había pillado bien. No sabía ni qué decir. Me había quedado totalmente en blanco. Miré al suelo. No podía disimularlo más. No negaba que no me gustara un poco, pero tampoco quería casarme con ella

al día siguiente. No quería que creyera nada raro de mí porque sabía bien que no era cierto.

Su mirada me esperaba expectante. No supe descifrarla con exactitud. Esperaba que ella siguiera, pues mi cerebro no tenía planes de comenzar la explicación o lo que fuera que quería que dijera. No, definitivamente no iba a hablar porque se me escaparía cualquier tontería.

—¿Me equivoco?

—¿Respecto a qué? —me atreví a preguntar. Ella tardó unos segundos en encontrar las palabras adecuadas.

—Te gusto.

—Debo decirte que tienes el ego muy subido.

Pareció que esa no se la esperaba pues abrió la boca, fingiendo indignación, y se echó a reír. Su risa era peculiar y contagiosa, aunque en ese momento solo conseguí sonreír. Tenía demasiada tensión acumulada por pensar en lo que decir y no fastidiarla demasiado. De todas formas, su expresión divertida consiguió tranquilizarme.

Se volvió a dirigir a mí y sonrió aún más que antes.

—¿Estás diciendo que me equivoco entonces?

—No del todo, pero te he hecho reír y he quitado tensión de la situación, por lo que el punto es para mí.

—Lo acepto, te lo has ganado.

—En cuanto a... Eso, no quiero que pienses nada raro. La nota del trabajo es importante para mí y mi futuro, pero sé que puedo conseguirlo solo. Igualmente, a veces no está mal pedir que te echen una mano. Por lo que a ti respecta, si puedo serte sincero, me has parecido interesante. Solo quiero ser un amigo más, no necesitamos casarnos mañana. Y, además, me dijiste que te sabes la ciudad...

Su risa volvió a aparecer, aunque con menos intensidad. Descruzó las piernas y se giró para verme de frente. Yo lo vi como una buena señal, pero mi corazón seguía acelerado por creer que, con un solo comentario mal explicado, podría volver hacia atrás.

—Has comprendido en pocos años el secreto de la vida, Kyle. Si hubiera sabido la importancia de pedir ayuda cuando la necesité, quizá no estaría aquí ahora. Me sorprende. Yo también debo confesar que me pareces... Peculiar. — Sonreí. No sabía que pensara eso de mí—. Si te digo la verdad, no sé qué contestarte.

—¿He preguntado algo en concreto?

—Sí, indirectamente. Aunque si lo he entendido mal, puedo hacer como que no has dicho nada y olvidar esta conversación.

—Tampoco hay que ser tan radicales. Solo es... Una propuesta para conocernos. No quiero que te sientas presionada ni nada parecido. Repito que puedo hacer el trabajo por mí mismo, pero agradezco la ayuda, claro.

Me miró unos segundos a los ojos. Sentí que analizaba todas y cada una de mis expresiones, que entraba en mi mente y buscaba cualquier atisbo de duda o mentira. Estaba seguro de que, si lo hiciera, no lo encontraría por ningún lugar. Tenía una mirada misteriosa que me daba mucho que pensar. Se me había clavado en el alma.

Se apoyó de nuevo en el respaldo del banco y abrió el libro por una página aleatoria. Su rostro cambió de estado por cada segundo que pasaba. Su sonrisa acabó desapareciendo. Su mirada cayó y supe que solo fingía leer.

Quizás le estaban invadiendo los recuerdos. Supuse que era así, por lo que me sentí culpable al instante. Las palabras adecuadas para arreglar el momento no querían aparecer por mucho que las buscara por lo que titubeé un poco antes de decir algo.

—Roxanne, no...

—No me importaría ayudarte.

Subí la cabeza hacia ella. Nuestros ojos coincidieron. No habría reconocido su mirada si no supiese que era ella. La seriedad y la seguridad se habían apropiado de su rostro por completo. Dio miedo de verdad.

Tragué saliva. Sabía muy bien que las siguientes frases irían encabezadas por un *pero*. También sabía muy bien que los aceptaría todos. Me preparé igualmente para lo que seguía frunciendo el ceño y feliz por saber que había aceptado. Mis emociones estaban un poco alborotadas en ese momento.

Aunque también tenían otra excusa.

No se creían que ese momento iba a cambiarlo todo.

—Pero no quiero ningún intento, pero cuando digo ninguno es ninguno, de ligar, ¿comprendes?

—Creía que iba a ser algo peor —dije soltando todo el aire que había estado acumulando en los pulmones—. No mentía cuando dije que solo quiero convertir lo nuestro en una amistad.

—Solo quería dejarlo claro. Aunque no entiendo tus razones.

—¿Necesito acaso? ¿No puedo querer conocerte y ya?

—Quizá no saques nada bueno de lo que descubras.

—Me gusta arriesgarme.

—Ya veo. Lo dice el chico que sale de casa sin un mapa siquiera cuando no se sabe la ciudad. Te gusta el riesgo.

La risa me salió sola. Ella sonrió apenas, sabía que había algo detrás de eso, no tenía duda alguna. Y eso era lo que me daba más curiosidad. Había algo esperando a ser descubierto, a ser desencadenado para salir de su cárcel, a ser sacado de su jaula para dejarlo volar, a ser mirado por otros ojos.

No paraba de recordar el día que vi el desvanecimiento de su sonrisa aquella mañana. Solemos echarlo todo y dejar las barreras que nos cubren a un lado cuando creemos estar solos. Lo peor es cuando descubres que quizás no estabas tan solo como tú creías. En ese momento tienes dos opciones: disimular y hacer como que no ha pasado nada, o derrumbarte completamente.

—No confío en la gente tan rápidamente. Voy a disculparme ya y avisarte de que seguramente no encuentres nada más allá de lo que ves. Solo quiero enseñarte la ciudad y hacer que te enamores de ella.

—Esa es una buena meta. —Quise desviar el tema para que su sonrisa volviera a aparecer—. Creía, desde el primer día que vine, que esta ciudad no me quería. He intentado que nos llevemos bien, pero no conectamos del todo.

—Entonces haré que cambies de opinión.

Lo que ella no sabía era que ya lo había conseguido hacía tiempo y sin esforzarse siquiera. Lo descubrí en ese momento, cuando su mirada conectó con la mía y la sonrisa salió sin querer.

—He dicho creía.

*

La conversación se había calmado minutos después. Ella apuntó todos los lugares que había elegido y buscó todos sus datos para poder visitarlos sin problemas. No hablamos demasiado, pero el silencio que había entre nosotros me gustaba. El ambiente de los niños lo completaba con gritos de alegría, algunos de los padres que gritaban para llamarles la atención y el viento moviendo las hojas de los árboles que nos rodeaban. Y nosotros estábamos examinando los lugares. Los lugares que íbamos a visitar.

Los dos.

Juntos.

Necesitaba que alguien me pellizcara.

12. CONFIANZA

*Parecen objetivos distintos,
pero la diana es la misma.
Lanza la flecha al cielo
y hagamos como ella:
perdámonos lejos
y que la realidad nos haga volver.*

Ella tenía sus objetivos, yo tenía los míos. Solo quería que nos lleváramos bien. Además, nos unía Lily. En parte sabía que algún día debía agradecersele. Si no hubiera sido por su cercanía en el restaurante, nunca habría llegado tan lejos. Los niños son maravillosos.

Siempre había creído que el destino jugaba a nuestro favor. Él iba a empujarte donde te merecías, fuera algo bueno o algo malo. Lily era como uno de esos pequeños ángeles que te tiraban hacia donde tenías que ir pero no te atrevías a hacerlo solo. Ojalá en un futuro pudiera hacer yo lo mismo por ella, a pesar de que seguramente no entendería muy bien lo que había hecho por mí.

Quizás algún día se lo explicaría.

Al fin encontramos un horario que nos iba bien a los dos. Ella no trabajaba ni miércoles ni domingo y el jueves solo por la mañana. Esto nos venía muy bien pues yo tenía clases todas las mañanas completas, con alguna hora de descanso en la que no me daba tiempo a hacer nada en realidad. Normalmente iba con mi grupo a tomar algo o a la biblioteca cuando no tenía ganas.

Y los domingos nos acompañaría Lily, lo que me pareció una gran idea, pero tendríamos que clasificar los lugares pues un museo quizá aburriría a la monstruito. El parque de atracciones le encantaría.

Giró la cabeza por cuarta vez hacia la pequeña, pero esa vez no volvió a desviar la mirada sino que se quedó mirando aún más fijamente. Me asustó por un segundo y yo también giré a ver lo que ocurría.

—¿Quiénes son? —preguntó levantándose de golpe.

Había una pareja hablando con Lily y George, pero no me preocupé tanto como ella. Cogí su mano cuando vi que por poco salía corriendo y se giró

sorprendida. Negué con la cabeza y me levanté con ella mientras soltaba nuestro agarre.

—Tranquila, es un amigo mío. Me encontré con Lily el viernes estando con él, por eso se conocen. Estará preguntando por nosotros. —Sonreí irónicamente y ella me devolvió la sonrisa con aparente alivio.

No tardamos en alcanzarlos después de recoger todo.

—¡Kyle! Steve me ha preguntado por ti —dijo Lily acercándose a nosotros corriendo—. No conozco a la chica. ¿Quién es?

—Es su novia Naira. Se ha levantado del sofá por ella. —Le guiñé un ojo y se rio.

Roxanne me miró divertida. Me puse un dedo delante de los labios y la pequeña hizo lo mismo, luego se volvió a reír. Los dos se pusieron a nuestro lado y, cuando George intentó hablar, Lily le tapó la boca e hizo el mismo gesto que yo hice hacía unos segundos. Consiguió hacerme reír.

Mi amigo recorrió, muy disimuladamente, con la mirada a Roxanne mientras ella desviaba la mirada a los niños. Carraspeé a la vez que Naira le daba un codazo y levantó las manos a la altura de los hombros declarándose inocente. Rodé los ojos y me puse en medio de los cuatro. No me acordaba de que era la primera vez que Steve veía a Roxy desde tan cerca, pero tampoco tenía que ser tan descarado.

—Él es mi mejor amigo Steve y su novia, como ya he dicho, Naira. —Luego miré a Roxy que asentía y sonreía como solo ella sabía—. Y ella es Roxanne.

Después de la cutre presentación, que no sabía mejorar, y los saludos, Lily y George se fueron corriendo a seguir jugando al primer columpio que encontraron libre cogidos de la mano. Se dirigieron a un grupo con el que se juntaron. La facilidad de hacer amigos de los niños era espectacular.

Naira disimulaba un poco mal su odio por mí, yo ni lo intenté. Mi mirada se había cansado de hacer como que la gente me caía bien cuando no era así en absoluto. Steve estaba bastante contento aparentemente de haber conocido oficialmente a la chica de la que su querido amigo —yo— no paraba de hablar.

Aunque, cuando lo pensé bien, me di cuenta de que Steve y Naira no eran de los que les gustaba mucho ir a caminar y dar un paseo. Entonces que estuvieran ahí solo podía significar que Steve me buscaba, o se preocupaba de que me hubiera perdido. Quizá me había llamado y no me había enterado. Llevaba como una hora sin mirar el móvil. A Naira no la incluía en aquella

afirmación. Se veía de lejos que estaba obligada a estar allí por su novio.

—No sabía que veníais por aquí. Bueno, mejor dicho, no sabía que ibais a salir de casa.

—Solo pasábamos por aquí. —Se encogió de hombros mi amigo. Qué poco creíble había sonado—. Reconocí a Lily y vinimos a preguntar por ti. ¿Y vuestra excusa? Ni siquiera creía que sabías llegar hasta aquí.

—Es que no sabe —aseguró Roxy. Yo reí mientras asentía con la cabeza—. Cuidamos de Lily.

—Eso tiene más sentido. —Naira desvió la mirada y rodó los ojos después de hablar—. Un placer conocerte, Roxanne. Tenemos que irnos.

—Lo mismo digo.

Mi amigo y yo chocamos los puños y se despidió con una sonrisa y un saludo para Roxanne. Ella también les sonrió y, cuando los perdimos de vista, me miró frunciendo el ceño. Rompió el silencio que había entre nosotros al instante, aunque cuidando sus palabras. Se notaba que lo estaba pensando mucho.

No estaba preparado aún para contarle la historia del enfado con Naira. Sabía que se había dado cuenta. ¿Quién no lo hacía? Aún seguía intentando que pasara todo pero era tan cercana a Steve que no me lo estaba poniendo nada fácil. La tensión seguía estando ahí y ella no paraba de intensificarla. Podríamos llevarnos normal, sin compromisos de amistad, y así conseguir que Steve no tuviera que dividirse todo el rato, pero ni siquiera eso nos salía bien.

—No sé si estoy en lo correcto o si no es de mi incumbencia pero... Naira te ha matado un poco con la mirada. Tú la has fulminado. ¿He hecho algo o...?

—Nada que ver contigo, tranquila. No nos llevamos muy bien que digamos. Lo malo es que como sale con mi mejor amigo y compartimos apartamento pues nos vemos obligados a vernos mucho. ¿Te acuerdas de la chica que te dije que me había pedido hacer el trabajo con ella? Pues acabas de conocerla.

—*Wow...* —Sonrió como si entendiera mis pensamientos—. ¿Y puedo preguntar qué hicisteis para producir esta enemistad?

—Prefiero hablar de ello otro día. Es reciente.

Asintió. Nos quedamos ahí, de pie, en silencio, mirando a los niños que se divertían yendo de un lado a otro sin parar. Los recuerdos volvieron como una marea. No pude pararlos a pesar de querer eliminarlos por completo. Pudo haber sido una experiencia que me hiciera despertar, pero de la cual me arrepentía.

Si crearan una máquina que te borraba los recuerdos que quisieras, estaría

el primero en la fila para probarlo, aunque fuera para ser el conejillo de indias.

—¿Estás bien?

Esa era una de las preguntas más cortas y a la vez más difíciles del mundo.

—Claro. Todo lo bien que se puede estar ahora. Es una pena que no pueda elegir cuándo recordar ciertas cosas. Siempre vuelven en el peor momento.

—Te entiendo.

Los dos perdimos la mirada en el parque. Sabía por cómo miraba todo que ninguno de los dos lo estaba prestando atención, sino que los recuerdos nos nublaban la vista. Naira había sido un bache más en mi vida. Era mi elección si quería volver a tropezarme o seguir adelante. La opción de reconciliación estaba un poco apartada en esos momentos.

Mi curiosidad me hizo preguntarme en qué estaría pensando Roxy. Se veía que me entendía, también necesitaba borrar algunos recuerdos, de eso no tenía ninguna duda. Ojalá pudiera poder cumplírselo. Por desgracia, los recuerdos son solo momentos con los que tienes que convivir porque estarán contigo toda la vida. Y no puedes hacer nada para evitarlo, solo crear recuerdos mejores para que puedan apartarlos.

Con solo mirarla, me di cuenta de que no sabía de ella más que su nombre. Noté el cuidado que tenía con mostrar lo que sentía y pensaba. Siempre que nos habíamos encontrado, en ningún momento habló de ella misma. Se tenía guardada a sí misma en una caja en el fondo de su alma.

Los demás minutos fueron silencio yendo varias veces a ver a Lily cuando nos llamaba. Cuando se fue George, nos quedamos con ella y volvimos a jugar como hicimos al principio. Se nos hizo de noche entre risa y risa. La tensión había desaparecido por completo.

—Ya es tarde. —sentenció Roxy mirando la hora. Bajé a Lily del columpio y asentí de acuerdo—. Mañana tienes clase... Tenéis.

—¿Tú también vas al colegio?

—No, voy a la universidad. Tienes razón, ya debería ir a...

—Déjame llevarte a casa. —Se ofreció—. Tengo el coche al lado de la plaza, podemos llevarte si nos indicas el camino. Además, ni siquiera se ven las estrellas, creo que hoy habrá tormenta y no quiero que te pierdas con la que va a caer.

—No hace falta, en serio. Tengo tiempo hasta que empiece a llover. Además, desde la plaza puedo guiarme un poco mejor.

No insistió más. Anduvimos hasta la plaza mientras el viento comenzaba a

aumentar su fuerza. El suelo comenzó a cambiar de color por las gotas de agua que caían del cielo. Al principio ni siquiera me di cuenta de ellas. Después me cayeron varias en la cabeza y Roxy miró hacia arriba. Se avecinaba una buena tormenta.

Odiaba ese tiempo tan cambiante.

Roxanne cogió a Lily en brazos y me cogió de la mano para tirarme en su dirección. Recorrimos todo el camino hacia no sé qué lugar a paso rápido y corriendo cuando empezó a llover de verdad. Nos paramos en un soportal que nos cubría de la lluvia y Roxanne me dio a Lily para que la cogiera. Lo hice sin rechistar. No entendía dónde nos estaba llevando, pero yo ya me había perdido hacía rato.

Sacó algo de su bolso y le dio a un botón, encendiendo las luces de un coche que estaba a unos metros. Lo comprendí al instante. No iba a dejarme ir así a casa. El problema era que no sabía ir desde allí. Teníamos un gran inconveniente.

—¿Sigues sin querer aceptar mi ofrecimiento? Porque no voy a dejar que vayas solo por ahí a estas horas. Te perderías.

—Me has hecho venir contigo para que no pudiera negarme. Sabías bien que este camino no me suena de nada, y menos de noche.

—Quizás. Esperad aquí.

Corrió hacia el coche mientras Lily se reía con mi pelo mojado. Ella casi no se había mojado, Roxy la había cubierto con su cuerpo y la pequeña chaqueta que llevaba. En unos segundos, su coche apareció a dos pasos de nosotros.

Metí a Lily en el asiento de atrás y yo entré en el lugar del copiloto. Los dos estábamos empapados y me daba pena entrar así en el coche porque acabaría mojándolo todo.

—Y tú querías ir andando a casa. Estás loco —susurró mirándome un segundo. Me puse el cinto y sonreí. Arrancó de nuevo cuando vio que Lily también estaba preparada en su silla homologada—. Tú nos guías.

—Y ahora es cuando te digo que no tengo ni idea de cómo ir. A no ser que vayas a tu restaurante. Sé ir desde allí.

—Menos mal.

Me fiaba de ella. Estábamos yendo por muchos sitios de los cuales no tenía ni idea de ninguno y la noche y la lluvia no mejoraba las cosas, a pesar de la luz que brindaban las farolas. Se veía concentrada y vi que varias veces miraba a Lily. Se había quedado dormida.

Y justo en ese momento, me acordé.

—¿Qué puedo hacer para compensarte?

—No digas tonterías, es un viaje de nada.

—No, no por llevarme, sino por ayudarme en el trabajo. Déjame hacer algo por ti, por favor. —Negó con la cabeza sin dejarme replicar—. Roxanne, tengo tu número, no me hagas ser pesado. Quiero devolverte el favor.

—Que no, no es necesario.

—¿Tienes que limpiar el restaurante por las noches? Puedo hacerlo por ti. Déjame hacer algo. ¿Te hago la cena al salir? Limpio la cocina.

Rodó los ojos y suspiró profundamente. Estaba al ochenta por ciento seguro de que lo había conseguido. Me miró un segundo y sonreí, abriendo y cerrando los ojos para que las pestañas hicieran su trabajo como en las películas. Se tapó la mano para no reírse muy fuerte y no despertar al monstruito de su descanso.

Giró a la izquierda y señaló un lugar conocido. Ya habíamos llegado a su restaurante.

—Gira a la derecha y vete todo recto. Luego la tercera a la izquierda. Es el número 28, tiene un aparcamiento al lado.

Lo hizo sin decir ni una sola palabra y se detuvo justo delante de mi apartamento. Me quité el cinto para marcharme, pero aún no olvidaba que me debía una respuesta. Y no pensaba irme hasta que me la diera.

—¿Y bien?

—Mis turnos terminan tarde, Kyle, no quiero ser la culpable de que duermas poco. Además, limpiar no me cuesta nada.

—Y te quita tiempo de volver antes a casa. Solo quiero ayudar. Si tu jefa se enfada, no lo haré, pero no creo que se queje de un ayudante al que no tiene que pagar.

—No, con eso no hay ningún problema. —Suspiró de nuevo y negó con la cabeza—. Lunes y martes sobre las once en el restaurante. Llega puntual o no volveré a contratarte. ¿Queda claro?

—Como el agua, jefa.

13. CASUALIDAD

*Las buenas casualidades me perseguían poco,
pero parecía que desde que te vi
todas me dirigían a ti.
¿Eso era una casualidad o una alucinación?*

— ¡Arriba, Kyle! Te he avisado dos veces, a la tercera cogeré un cubo de agua fría. No me hagas decirte lo que voy a hacer con él... Bueno, sí, vas a tener que cambiar las sábanas y tú vas a coger un resfriado.

Podría haber hecho como en las películas y gritarle que no se atrevía pero, seamos realistas, era Steve. ¡Pues claro que se atrevía a tirarme un cubo de agua encima! Pero él también debía ver el lado de las consecuencias si lo hacía. Podría llenar un cubo lleno de agua y tirárselo dos segundos antes de salir. Me guardé la idea por si algún día tendría que utilizarla y no dudé ni un momento en levantarme.

— ¡Voy!

Me preparé con lo primero que pillé, como casi siempre. ¿Quién tenía ganas de mirarse miles de veces en el espejo para ver si estaba bien? Yo me miraba una vez para peinarme y, a veces, ni eso. El pelo tenía libertad de expresión y nadie debería negárselo.

Aún no comprendía a las chicas que se maquillaban o se alisaban el pelo cuando se levantaban. ¿De dónde sacaban las ganas? O los chicos que se preparaban mucho por las mañanas. Yo quería saber su secreto, ya me costaba demasiado levantarme de la cama.

Salí con la mochila colgada en un hombro y la tiré en el pasillo, entrando en la cocina directamente. Mi amigo había dejado una taza para mí, la tomé con rapidez y nos encontramos en la entrada. Nos miramos los dos y asentimos, afirmando que estábamos preparados.

— Se os veía muy bien ayer.

— Lo mismo digo — dije mientras íbamos en el coche yendo a la

universidad—. Ahora dime la verdad, ¿qué hacíais ahí?

—Pues buscaros, ¿qué íbamos a hacer si no? —Aparcó lo más cerca posible y miré el reloj. Aún seguía viendo imposible llegar de sobra cuando hacía sólo unos minutos que nos habíamos levantado—. Ya me conoces.

—Lo sé. Solo quería asegurarme.

Economía a primera. Esa asignatura no me disgustaba del todo, al contrario, era una de las que aprobaba sin necesidad de obligarme a estudiar, pero tenerla a primera... Era como poner matemáticas un viernes a última hora. En secundaria me pasó y comencé a odiar los viernes.

No volvió a sacar el tema por la mañana a pesar de que compartíamos todas las asignaturas. Pero era Steve, estaba claro que sacaría el tema cuando menos me lo esperara. Y ese momento fue la hora libre que teníamos para tomar algo. Justo el instante donde todos nuestros amigos nos juntábamos para hablar de lo mucho que teníamos que hacer y lo poco que realmente hacíamos. Él sabía bien que no quería que se enterara todo el mundo.

—Así que... —No me gustaba ese principio y menos cuando me miraba con esos ojos de saberlo todo—. ¿Ya es oficial?

No me lo estaba creyendo. No había nada oficial y mucho menos con Roxy. Casi le fulmino con la mirada.

—No.

—¿Seguro?

—Sí. Cállate.

—¿El qué es oficial?

—No. —Tapé la boca a Steve que ya estaba a punto de hablar—. Ayer salí con una amiga. Solo somos amigos.

—Eso decimos siempre.

Se echó a reír a carcajadas mientras Larry, el chico que tenía al lado, asintió. Rodé los ojos. No me gustaban los cotilleos que iban sobre mí. Comenzaron las preguntas, a pesar de no haber nada interesante que contar, y esquivé todas y cada una de ellas con respuestas cortas que no tenían importancia.

Lo que luego dijeran no llegó a mis oídos porque alguien me envió un mensaje. No pude evitar que una sonrisa inundara mi rostro cuando vi el nombre de Roxanne.

Roxanne

No te olvides de venir hoy. Te toca

Kyle

Te negabas a aceptarlo pero sé que

Roxanne

La verdad es que sí. Odio

No se me había olvidado en ningún momento. Tenía recordatorios en el móvil también, por si acaso mi mente quería jugar conmigo. No iba a lograrlo por mucho que lo intentara.

Al salir de clase, Steve y yo fuimos a casa. Comimos, pasamos el rato juntos y acabé leyendo un libro para el trabajo en el sofá mientras mi amigo jugaba al primer videojuego que había cogido. Por suerte, la noche anterior no se mojaron con la lluvia ni ocurrió ninguna desgracia con los libros. La mochila que llevé los salvó. Con un par de lugares hechos, me sentí satisfecho y jugué con él.

Esas eran nuestras tardes.

Cuando me saltó el recordatorio en la pantalla del móvil, me di cuenta de que no se lo había contado a Steve. Abrí la boca para comenzar a explicárselo, pero me interrumpió.

—Oye, se me había olvidado decirte algo. —Fue él quien empezó, no yo—. ¿Te importa si hoy salgo con Naira? Por la noche. Hemos quedado para cenar, pero puedo no...

—Puedes ir. Ya sabes que no me importa. Además, no tengo mucha hambre. Me quedaré aquí, viendo la vida pasar. —Oí un disparo en el juego y vi que me había matado mi propio amigo. Eso era dar por la espalda—. ¡Oye! Eres un tramposo.

—Por distraerte. No te aburras mucho sin mí.

—Lo intentaré.

Se preparó minutos después, por lo que no tuve oportunidad de decírselo. Tampoco quería que llegara tarde a su cita. No me importó, podría sacar el tema al día siguiente y contárselo todo con más calma. Despedí a mi amigo

mientras le aseguraba que no pasaba nada por dejarme allí solo y se fue.

Intenté cenar pero ni siquiera tenía una pizca de hambre. Miré la casa un par de veces antes de irme y cerré detrás de mí. Con suerte llegaría un poco antes que Steve, si es que volvía por la noche. A veces venía por la mañana para prepararse e irse a clase directamente.

De lunes a jueves no había tanta gente para cenar, pero aún así se veía que ese restaurante gozaba de buena crítica. Siempre había algún cliente. Si no recordaba mal, los lunes estaban Roxy y el otro camarero del cual olvidé el nombre. Él siempre estaba en la cocina, al igual que la otra compañera. No sabía si Roxanne solo era camarera porque no sabía cocinar o porque no le gustaba.

Entré en el restaurante justo cuando salía el chico, casi me choqué con él. Nos disculpamos a la vez y luego seguimos con lo nuestro. Aún quedaban tres mesas cenando. Roxanne sonrió al verme y me senté en un taburete alto, delante de la barra.

—Qué puntual. Aún quedan unos minutos, aunque todo depende de lo que tarden.

—Da igual, puedo esperar. ¿Día movidito?

—No tanto como otros. Los lunes y los martes son días normales. ¿Qué tal las clases? ¿Te pillé en alguna cuando te envié el mensaje?

—No, justo en el descanso. Y bien, como siempre. Asignatura por aquí, asignatura por allá... Y ya está.

—Vaya rutina más divertida.

—Ya ves.

Las mesas no tardaron en vaciarse. Ayudé a Roxanne a recoger la última y colocamos juntos las mesas y sillas de la terraza. Las pusimos unas encima de otras dentro del restaurante formando una especie de torre que me encantaba escalar cuando era niño.

Se quitó su delantal dejándolo con el de sus demás compañeros. Fue a la parte de atrás y volvió con una escoba, el recogedor y una fregona con el cubo. Suspiré al imaginar todo el trabajo que había que hacer y me dio la escoba, haciéndome dar un paso hacia atrás pues no me lo esperaba.

—Procura no dejarte nada —dijo sonriendo—. Pondré alguna canción, así se hace más pasajero. A trabajar.

Asentí sin más remedio y ella desapareció en la cocina después de poner música. Comencé por una esquina y seguí con el resto de restaurante al ritmo de las canciones sin remediarlo. Ni siquiera me di cuenta cuándo se me olvidó

que no estaba solo.

Si esta noche no es para siempre,

al menos estamos juntos.

Sé que no estoy sola.

Sé que no estoy sola.

En cualquier lugar, en cualquier momento,

separados, pero aún así juntos.

Sé que no estoy sola.

Sé que no estoy sola.

La canción resonaba en los pequeños altavoces del restaurante. Nunca la había escuchado, pero me gustó en cuanto la oí. Acabó siendo mi nueva

favorita sin darme cuenta siquiera. Por suerte, supe traducirla en mi mente al español puesto que estaba en inglés. La tararé sin parar.

Terminé de barrer y ella se prestó voluntaria para fregar mientras yo me encargaba de limpiar las mesas y todo lo demás. De la cocina se había encargado ella.

—Hay que trabajar esa lentitud —me informó cuando todo estaba terminado. Tenía la costumbre de limpiar con tranquilidad en casa. Ni siquiera sabía el tiempo que pasaba—. Y te mueves bien, ¿sales mucho de fiesta?

No me podía creer que dijera eso de verdad. Me tapé la cara un segundo, enfadándome conmigo mismo por no darme cuenta de que podía estar mirando y negué. Era la primera vez, fuera de casa, que me dejaba llevar mientras limpiaba.

Abrí la puerta poniéndome rojo y dejé que pasara ella antes que yo. Cerró con llave cuando nos quedamos fuera y vi que esperaba la respuesta, sonriente.

—Qué vergüenza. Pero no, voy poco. Solo cuando el cuerpo me lo pide.

—Eso está bien. Puedo acompañarte a casa —se ofreció dándose la vuelta—. He dejado el coche cerca de allí. —Fruncí el ceño, sin creérmelo—. ¿Qué pasa? Siempre me ha costado mucho encontrar un sitio libre y en ese pequeño aparcamiento de tu casa siempre hay.

—Me alegra que saber dónde vivo te sirviera de algo.

Lo que quedaba de camino transcurrió hablando de música. Hasta me enseñó el nombre de la canción que puso en el restaurante. La acompañé hasta su coche a pesar de que me dijo varias veces que no hacía falta. Abrió con la llave automática y me miró.

—Yo tampoco quiero que te pierdas. Esta ciudad es muy grande —me excusé.

—En ese caso, gracias —agradeció—. Pero, a la próxima, búscate una excusa mejor.

Me dio un beso en la mejilla y nos despedimos. Al día siguiente sería otra noche y el miércoles volveríamos a quedar. Los días empezaron a gustarme un poco más. Ni siquiera sabía a qué lugar exacto iríamos, pero tampoco me importaba mucho mientras ella fuera la que me ayudara a no perderme.

Una voz interrumpió mis pensamientos.

—Ya veo cómo ves la vida pasar.

Steve.

14. CENA DE LUJO

*¿A quién no le gusta la música?
Cada uno tiene su canción favorita.
Ya tengo una nueva melodía preferida:
tu risa.*

—¿Eh? —Me di la vuelta con las manos entrelazadas en la espalda y sonreí de oreja a oreja—. No me acuerdo de haber dicho tal cosa. Quizá me entendiste mal.

—Ya, claro. Tú querías que me fuera, por eso no me dijiste nada. ¿Ahora aprovechas por las noches cuando yo voy con Naira o qué?

—No digas tonterías. —Negué—. En mi defensa diré que te lo iba a contar, pero no quería que llegaras tarde. Además, creía que te ibas a quedar allí toda la noche.

—No, hoy no. He llegado hace poco y cuando vi que no estabas... Pues tampoco supe cómo reaccionar. He estado a punto de llamarte —explicó enseñándome su móvil. Tenía mi contacto en la pantalla—. Oh, ya sé. Te daba pereza cocinar y fuiste a cenar allí.

—Casi, pero no.

—Vas a explicármelo, ¿verdad?

—Quizás mañana, es tarde. Te mataré si no me dejas dormir mis horas.

El despertador tocó temprano al día siguiente. Demasiado. ¿Por qué los sueños se quedaban siempre en la mejor parte? Me di media vuelta y volví a dormir, pero Steve no tardó mucho en aparecer por la puerta. Subió la persiana, corrió las cortinas y abrió la ventana solo para molestarme.

—Arriba, dormilón, hay que contarle a tu querido amigo las actualizaciones de tu vida.

—Te odio.

Me preparé y, en pocos minutos, ya estaba en la mesa delante de mi taza de café necesaria para sobrevivir por las mañanas. Me miró curioso por unos segundos y yo me dediqué a mirar a la nada. Necesitaba pensar cómo empezar

esa conversación sin dejarme muchos detalles.

—¿Entonces...?

—Trabajo con ella.

—¿Cómo?

—Ella me ayuda en el trabajo de clase y yo la ayudo a limpiar por las noches.

—¿Tú? ¿Limpiando? Eso habría que verlo. Si cada vez que te toca hacerlo aquí tardas una hora mínimo. No quiero imaginar un restaurante entero.

Le saqué el dedo corazón y seguí desayunando ignorando sus risas. Acabamos hablando de un tema totalmente distinto y nos reímos de camino a la universidad.

Por suerte, en el almuerzo no salió ningún tema que implicara hablar de Roxanne. Por eso, tuve cuidado de que nadie me viera hablando con ella. Me recordó que esa noche tenía que volver y se lo agradecí, aunque me acordaba perfectamente.

Pasamos toda la tarde en nuestro pequeño apartamento. Los amigos de la universidad se unieron y vinieron con nosotros. Aún no me creía que hubiera encontrado a personas con las que me llevaría tan bien. Después de mi amistad con mi antiguo amigo Dean, no sabía que podría volver a sentir algo parecido. Con Steve lo estaba consiguiendo. Vivir con alguien aumentaba los lazos.

Mi madre siempre decía que vivir con tu pareja era el último paso en una relación. Si aun viviendo con esa persona te seguía gustando, el futuro estaba arreglado. Creí en su afirmación hasta que ella misma hizo que perdiera la esperanza en ello.

Todos se fueron un poco antes de cenar para no llegar muy tarde a sus pisos y Steve se fue con Naira, no sin preguntarme antes si hoy volvía con Roxanne. Mi respuesta fue un sí, por lo que se fue mucho más tranquilo y guiñándome un ojo.

Esa vez casi choqué al entrar con la otra camarera. Eso ya era demasiada casualidad. Le sujeté la puerta mientras pasaba y entré. Había dos mesas terminando la cena y Roxanne se encontraba tarareando bajito detrás de la barra. Me senté delante en un taburete alto y me quedé unos segundos observando lo animada que estaba. Cuando iba a darse la vuelta, saludé.

—Hola.

—Anda, hola. ¿Llegas siempre tan puntual a todos los sitios o solo lo haces porque tienes muchas ganas de trabajar? —preguntó tirando una botella de agua vacía a la basura.

—Las dos cosas, por supuesto. ¿Qué más podría hacer a las once de la noche un martes que limpiar?

Al menos conseguí que sonriera.

—Oye, dije que también haría la cena y ayer no me lo recordaste. ¿Has cenado?

—No ceno si salgo muy tarde.

—Siempre sales tarde.

Asintió con una caja en la mano y mi sonrisa se desvaneció. Eso significaba que no cenaba si trabajaba por la noche y eso era, prácticamente, cuatro días a la semana. Colocó la caja en una esquina y entré detrás de la barra para ayudar en lo que pudiera.

—Puedo preparar algo. ¿Tenéis pizza? Yo invito. —Su expresión me dijo que iba a negarse, pero seguí hablando para no dejar que hablara—. ¿Me vas a negar una pizza? ¿Estás segura?

—No, la verdad es que no podría. Venga, anda. Ya sabes dónde están las cosas.

Entré a la cocina, satisfecho, y cogí la primera pizza que encontré para meterla en el horno. Salí a la barra mientras se preparaba y se sorprendió cuando me vio, pero su sonrisa apareció de inmediato. Puso los platos delante de mí y señaló el fregadero de la cocina.

No me esperaba que eso entrara en lo que quedamos. Supuse que fuera limpiar el restaurante, no los platos también. La verdad es que la culpa fue mía por no preguntar antes todo lo que entraba en el trato.

—No quedamos en esto. —Sonreí sin querer ante su mirada de listilla.

—Quedamos en que limpiabas. No concretaste el qué.

—Si lo sé, me quedo dentro.

—Vamos, no te quejes tanto. No se van a limpiar solos. —Los cogí con cuidado y se rio por lo bajo—. Ahora te llevo más.

Le dediqué una mirada asesina mientras entraba despacio en la cocina y fue a recoger otra mesa que acababa de terminar. Puse los platos en el fregadero y cogí el trapo con el jabón y el agua para fregar.

No entendí por qué se rio tanto cuando entró y me vio. ¿Tampoco sabía fregar los platos o qué? Le miré curioso y abrió el lavavajillas, metiendo los platos y cubiertos que traía en la mano. No me lo podía creer. Ese día no sé lo que me pasaba, pero necesitaba un golpe mental para que aquello de arriba llamado cerebro funcionara. Estaba teniendo fallos.

—Se te ve entretenido.

—Podías avisar antes.

—Creía que lo ibas a suponer.

Se volvió a reír y salió. Estaba demasiado despistado. Metí todo en el lavavajillas y cuando trajo las últimas cosas, lo pusimos. La eché de la cocina para que se sentara en una mesa y cogí la pizza del horno. Lo preparé todo y me puse una servilleta en el brazo para fingir ser el camarero.

Salí con pasos exagerados e intentando evitar echarme a reír. Carraspeé y me acerqué a la mesa donde estaba sentada. Sonrió de oreja a oreja. Seguro que se guardaba también la risa.

—No te había visto por aquí, camarero, ¿eres nuevo? —preguntó mientras me sentaba con ella.

—Sí, me contrataron ayer, pero soy tan inútil que no cobro nada.

—Eso no es verdad. —Aguantó la risa de nuevo aunque no lo consiguió muy bien y nos echamos a reír—. No eres inútil, solo tienes poca experiencia.

De la pizza no quedaron ni las migas.

De repente recordé que al día siguiente quedaríamos para visitar uno de los lugares de mi trabajo y yo, que era el que hacía el trabajo, no estaba informado de nada. Ni siquiera había sacado el tema. Y eso era sospechoso. No dudaba de que se le hubiera olvidado, pero que no dijera nada era extraño.

—¿Ya tienes pensado dónde vamos mañana? Porque no me has dicho nada.

—Ah, sí, claro, pero no voy a decírtelo.

—Necesito información, soy el que hace el trabajo.

—¿Acaso cuando vas de visita a otra ciudad la guía te dice el día antes lo que vas a ver?

—Pero más o menos sabes lo que vas a visitar y, además, se supone que vas porque no tienes ni idea de la ciudad. Yo sé... Algo.

—Tú sabes los lugares que vamos a ver, no el orden. Y no, siento decirte que saberte tu casa, el restaurante, la universidad y la plaza no es saberse la ciudad —dijo sin dejar de sostener nuestra mirada. Fingí estar indignado y sonrió, victoriosa. Era malvada—. Puedo pasar a buscarte a tu casa si a tu compañero no le importa que le quite a su amigo unas horas.

—Seguro que no. Además, Naira estará con él. Cuanto menos nos veamos, mejor. No quiero morir joven.

—Parece que el suceso fue grave. ¿Es un odio mutuo?

—Y tanto que lo es.

Abrió la boca para seguir hablando, pero se lo pensó dos veces cuando vio mi mirada. Sonrió con ternura y se levantó con el plato en la mano. Seguía sin

querer sacar mucho el tema y ella lo había comprendido con solo mirarme a los ojos. Eso era conocer mucho a las personas. No sé bien quién de los dos tenía más curiosidad.

—Pondré música.

Asentí con una sonrisa y salió con su móvil en la mano. Oí cómo lo conectaba a los altavoces y tardó unos segundos en sonar la primera canción. Reconocí la voz, ese artista lo conocía bien. Volví a traducir la canción en mi mente. Esa me la sabía de memoria.

Solo sabía que si nuestros gustos musicales eran parecidos, íbamos a llevarnos muy bien. Por algo se empezaba a conocer a alguien.

*Intenté llevar el peso del mundo,
pero solo tengo dos manos,
espero tener la oportunidad de viajar por el mundo,
pero no tengo ningún plan.*

*Desearía poder quedarme así de joven para siempre,
no temo cerrar los ojos,
la vida es un juego hecho para todos,
y el amor es el premio.*

Coloqué los platos y los cubiertos cuando terminó el lavavajillas mientras ella se ocupaba de barrer y limpiar las mesas. Después me tocaría a mí fregar. Aunque aún no le había dicho que no se me daba del todo bien.

Roxanne se metió en la cocina para asegurarse de que todo estaba bien. Me hice un lío cuando no supe decir si había fregado una parte o no y, por si acaso, volví a fregarla. Di unos pasos hacia atrás para ir hacia el cubo y tropecé con él, tirando un poco de agua al suelo. Lo agarré antes de fastidiarla más y suspiré. Tenía que arreglarlo de alguna manera.

Fregué intentando extender el agua pero oí sus pasos antes de poder hacer algo productivo. Me miró con la boca abierta y le sonreí escondiendo la fregona detrás de mí. Suspiró, seria.

—¿Esta es tu manera de fregar?

—En las películas funciona.

Hizo el ademán de hablar, pero no llegó a hacerlo. Se echó a reír a carcajadas y yo, claramente, me uní a ella. Dejó el móvil encima de una mesa y miró el desastre con los brazos en jarras mientras recuperaba la respiración.

—Hacía tiempo que no me reía tanto. Tienes razón, eres un desastre, no pienso contratarte.

—¿Ni siquiera de cocinero?

—El cocinero también tiene noches en las que limpia. ¿De verdad limpias en casa? Al menos Marvin y Rochelle no hacen un lío tan grande como este.

—En realidad, ha sido solo un accidente. Se me ha caído el agua y estaba intentando arreglarlo antes de que vinieras.

—Déjame arreglar esto, anda —dijo acercándose.

Me negaba a que ella tuviera que tratar con algo que yo había producido.

—No, ahora lo hago yo —insistí apuntándola con la fregona para que no se acercara más. Subió las manos hacia arriba afirmándome que me dejaría hacerlo a mí solo. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, seguí.

—¡Vamos, limpia!

Al final, perdiendo mucho tiempo entre risa y risa, lo conseguí. Hasta que casi tiré otra vez el cubo y ella lo recogió antes de que cayera. Los dos resoplamos aliviados y nos volvimos a reír. Era una risa tan sincera que me lo agradeció más tarde.

Yo le dije que no había nada que agradecer.

No había nada mejor como oírla reír.

15. TERCER LUGAR

*Creías que nadie se fijaba en tu verdadera realidad,
pero no necesitaba conocerte,
solo acostumbrarme a tu mirada
para saber que había algo mal.
Cuenta tu verdad, siéntete libre.*

La mañana no tuvo importancia. Pero nada, nada de importancia. Me levanté, me preparé, fui a clase con Steve mientras insinuaba cosas, pasaron las clases rápido y volvimos a casa. Esa sería mi rutina diaria resumida si no me hubiese encontrado con el restaurante o con Roxy.

Todo mejoró cuando, a la hora de comer, un mensaje de Roxanne llegó. Decía la hora a la que iría a recogerme. No sabía qué era mejor: ir en coche o andando. Siempre había tráfico y eso era horrible, pero andando tardaríamos horas en llegar y otras tantas en volver. Sin contar los semáforos que, conmigo, no había ninguno que estuviera verde cuando pasaba.

Ciudad, ya sé que me odias, no hace falta que me lo demuestres tanto.

Cuando llegó, ya la estaba esperando abajo. Abrí la puerta, contento, y entré mientras me regalaba una sonrisa de las suyas.

—Entonces... ¿Ya vas a decirme dónde vamos, querida guía? —pregunté poniéndome el cinturón.

—Al jardín botánico. ¿Te has leído esa parte del libro o voy a tener que hacer de guía turística completa?

Le sonreí inocentemente y soltó una ligera risa mientras negaba con la cabeza, divertida. Estaba claro que aún no había llegado a ese lugar. Me explicó por el camino algunos lugares que también eran importantes pero que no había apuntado. Dijo que eso podía ponerlo de curiosidad si el trabajo quedaba corto.

Se sorprendió por encontrar sitio libre a la primera y además, cerca del jardín. Desde fuera ya parecía enorme. Bajamos y anduvimos en silencio hasta la entrada. Ella ya lo tenía todo preparado. No sabía cómo, pero entramos sin

problemas.

—Aquí está el mapa —dijo acercándose a un cartel grande—. Te explico. Al comienzo hay una rosaleda, una huerta a la derecha y por ahí están todas las plantas medicinales. Las ornamentales están a la izquierda. Luego hay un camino enorme que separa esta parte de la siguiente, está lleno de estatuas. Hay muchas glorietas en la segunda parte. Es mejor verlo que escucharlo.

Señalaba todo con precisión, sin saltarse ningún detalle. Estaba concentrada, al igual que yo en su explicación. No pude evitar desviar a veces la mirada hacia ella.

—¿Y esos edificios que hay al final?

—Hay dos: uno es el invernadero y otro el pabellón donde se hacen exposiciones temporales.

—Me encanta, vamos —dije cogiéndola de la mano y tirando de ella.

—Tranquilo que las flores no se van a mover de su sitio. —Se rio sin resistir a mi agarre y me siguió.

La primera parte parecía un laberinto. Había varios espacios de plantas y todo tipo de flores y lo demás eran caminos que se conectaban entre sí. Ese tipo de cosas me encantaban.

Hice fotos a todo lo que me pareció interesante para el trabajo. Las flores que nunca había visto o la combinación de colores cuando se juntaban muchas en un pequeño espacio. De verdad que tanta vitalidad en un lugar me llenaba de alegría.

También se me escapó alguna foto a Roxanne.

Y ella lo notó.

—Si vas a hacerme una foto, intenta disimular —dijo sonriendo cuando la apunté con la cámara—. Te la voy a romper de lo horrible que quedo. Después no digas que te he avisado.

—¡Bobadas! Quedas mejor que las flores. No me digas que eres de las que creen que salen mal en todas las fotos porque déjame decirte que la cámara te adora. Además, si te pones en el medio de alguna flor a la que quiero fotografiar, no es mi culpa.

—Busca excusas mejores. —Me dio un golpe en el hombro y nos echamos a reír.

Pasamos por todos los rincones del jardín. El invernadero se podía ver por arriba o adentrarse por abajo. Las vistas eran realmente espectaculares. La exposición también me fascinó. El nombre de una imagen de una especie vegetal me llamó.

—“Árbol del amor”. No sabía que existía este árbol.

—Sí. Es un árbol de color rosa chillón. Las flores tienen forma de mariposa y las hojas, de corazón. O eso dicen. Yo creo que tienen mucha imaginación.

—Si no la tuvieran, no tendría gracia.

*

—No vas a contarme lo que veremos mañana, ¿no?

—Me temo que no.

Estábamos tomando algo en un restaurante cercano. Había invitado a un trozo de pastel para cada uno. Los habíamos puesto en el medio para compartirlos. Y eso yo no lo hacía con cualquiera. Entonces recordé la pregunta que siempre me había recorrido de pequeño sobre los camareros que trabajaban todo el día, lo cual veía una exageración.

—¿Cuándo comes si no sales del restaurante?

—Antes de que lleguen los primeros para comer. Muy pronto. Me he acostumbrado a comer pronto y cenar tarde, si es que lo hago. No se lo digas a nadie pero, a veces, cojo algún bollo para comer por la tarde. El hambre manda, aunque a veces desaparezca.

—Guardaré el secreto. Te entiendo, el hambre se va cuando quiere y llega cuando menos te lo esperas.

Más o menos como el amor, pensé.

Volvimos al coche cuando ya había anochecido. El tiempo se me había pasado volando. Hacer el trabajo de esa manera se hacía mucho más ameno y además no teníamos que andar para volver a casa. Lo último que quería después de visitar lugares era echarme en la cama.

Su voz me despertó de mis pensamientos.

—Ha llegado a su destino.

—Me encanta conocer la ciudad así. Gracias.

Negó con la cabeza para restarle importancia. Hice además de abrir la puerta para despedirme ya y al instante vi el coche de Steve, había vuelto demasiado temprano y eso era raro. O había pasado algo o Naira se encontraba en casa, que era la opción que más posibilidades tenía para

resultar ganadora.

Suspiré interiormente. Ella lo notó con mi expresión, supuse. Y eso que ya iba a irme. Sentí su mano colocarse en mi hombro e hice el esfuerzo de sonreír. No quería que se preocupara por bobadas que me rondaban en la cabeza.

—¿Todo bien?

—Sí, claro.

—Oh, por favor, eres tan convincente. Casi me lo creo —dijo irónicamente—. Oye, querías que fuésemos amigos, ¿no? Puedes desahogarte conmigo. Sé lo malo que es acumular todo para ti mismo. Acabas explotando.

Me parecía muy gracioso que ella misma me dijera eso cuando sentía muy dentro de mí que a ella la ocurría lo mismo. Intenté no sonreír por la ironía de la situación. Tardé unos segundos en contestar.

—¿Y sabes lo que sé yo? —pregunté uniendo su mirada con la mía—. Que te pasa lo mismo. Esa sonrisa no es tan real como tú quieres que los demás lo creamos. Puede que los clientes se la crean pero yo no estoy tan seguro. La amistad es mutua. También puedes contar conmigo.

—Ya te dije que me cuesta, Kyle. No es tan fácil confiar en alguien cuando te han fallado tantas veces. Incluso tú mismo. Mi sonrisa no es tan falsa...

—¿Tú crees? ¿Y qué hay del día en el que entré en el restaurante y cambiaste tu expresión? Sé que por poco lloras, lo vi, pero no dije nada porque no me atreví. Cuando te conocí, tu mirada brillaba y con el tiempo decayó. ¿Qué te ha pasado?

—Vaya bobada.

—Sé que no me lo vas a contar y tampoco te estoy obligando, pero quiero que sepas que lo he notado y seguro que no he sido el único. No sé lo que ha podido pasarte para destrozarte. Solo quiero que sepas que me tienes aquí, por poco que confíes, para lo que quieras. Puedes no contármelo y guardártelo en el fondo del alma, pero los abrazos son una buena terapia y de mi parte puedes tener los que quieras.

Ella negó la cabeza y se recostó en el asiento cerrando los ojos un segundo. Volvió a mirarme y miró al frente. No quería admitirlo. ¿Por qué no quería admitirlo? Sabíamos los dos que no estaba tan equivocado. Algo pasaba y no me importaba no saberlo para seguir a su lado. No era una condición obligatoria.

¿Por qué a veces nos cuesta tanto admitir la realidad?

—No quiero hablar del tema, Kyle. Te avisé desde el principio que me

cuesta y probablemente no...

—Solo te estoy diciendo que puedes...

—Kyle, por favor, basta —me interrumpió, seria.

Abrí la puerta y me bajé, hartos de la situación.

—Tienes un amigo aquí en el que puedes apoyarte sin obligación de decir la razón. Y créeme cuando te digo que necesitas desahogarte aún más que yo.

Cerré la puerta y me metí en el apartamento sin ni siquiera mirar hacia atrás. Subí las escaleras mientras oí el motor encenderse. A los pocos segundos ya no estaba. Se había ido, sin más.

16. CUARTO LUGAR

*La corona no era lo único que soportabas,
eso era un peso menor.
Nada se comparaba con lo que tenías sobre los hombros
y no querías soltarlo.
Dame la mitad
y soportémoslo juntos.*

Por las dudas, miré por la pequeña luz que desprendía la puerta entreabierta. Steve y Naira estaban allí descolocando un poco su cuarto para buscar no sé qué prenda. Les saludé y me encerré en mi habitación, toda la noche. Me puse los auriculares y me dormí así, con la música a tope.

La alarma me destrozó el tímpano. Aún seguía con un auricular, el otro se había caído. Me levanté como todas las mañanas, me preparé y bajé al restaurante para despertarme con un café. No me gustó que se lo tomara de esa manera, pero no iba a enfadarme como un niño por eso. Tendría sus razones y yo no necesitaba saberlas. Los dos necesitábamos nuestro tiempo para confiar, o al menos llevarnos mejor.

Cuando noté lo despacio que estaba andando, aligeré el paso. Ella estaba poniendo la última silla de la terraza cuando me vio, estando a solo unos pasos. No sabía cómo íbamos a reaccionar, ni siquiera yo. Crucé los dedos para que no estuviera molesta como el anterior día.

Funcionó.

—Kyle... —Se giró hacia mí, acercándose con la mirada baja, y nos quedamos a unos pasos—. Siento lo de ayer. Me pillaste por sorpresa, no sabía que habías notado todo eso... No debí reaccionar así.

—Tampoco debí meterme, sé que no pinto nada en...

—No, no. Se supone que yo tampoco debo entrar en tu vida y míranos. —Negué con una sonrisa tranquila para quitarle importancia. Elevó la mirada con cuidado y me fijé en sus ojeras.

—¿No has dormido nada? ¿Por qué?

—Recuerdos. Ya sabes.

Los segundos pasaron lentos y no sabía cómo continuar para que la situación se desprendiera de la tensión que había en el aire. Solo se me ocurrió una cosa y recé para que no me lo negara.

Abrí los brazos con una sonrisa para intentar animar la situación y noté que sus ojos se posaban en mí con una expresión que nunca había visto.

—Sigue habiendo oferta de abrazos.

Casi no me dejó tiempo a terminar la frase cuando ya estaba entre ellos. Guardó el rostro en mi cuello y dudó varias veces en dónde dejar los brazos. Unos segundos dejó las manos en mi pecho. Luego me rodeó.

Al principio me sorprendí por su rapidez. Me obligué a reaccionar y rodeé su cintura con un brazo y con la otra mano acaricié su espalda. Estaba tan vulnerable en ese momento que quise aplastarla hasta que su sonrisa apareciera otra vez, una verdadera, una de las suyas.

En esos casos agradecía ser más alto de lo habitual en mi edad para ser como ella. Quizá ganaba por dos o tres centímetros, pero la diferencia era nula.

—No pensé que ibas a ser así. —Sentí un beso en la mejilla y me sonrió. Nos quedamos cara a cara por un segundo, pero se sorprendió y se separó cuando se dio cuenta de lo cerca que habíamos estado—. Te estoy entreteniendo y tienes clase. Voy a hacerte el café.

Me reí, negando la cabeza, y entré detrás de ella. Me sirvió el café con una cara más animada y se fue a colocar las mesas de dentro mientras tarareaba.

Cuando iba a levantarme, me sorprendió verla mirando pensativa por el cristal que daba a la calle. Qué cambio más repentino de humor. Lo entendí, estábamos algo sensibles, al menos yo, con la “discusión” tan repentina y nuestra rápida reconciliación.

—¿Todo bien?

—Sí, solo me he quedado mirando a la nada. Me pasa mucho, pero en realidad es un momento en el que me permito no pensar en nada. Ve, no debes llegar tarde.

—No te preocupes. —Le di un beso en la frente con el que se sorprendió—. Nada de recuerdos tristes. No llores por algo que no vale la pena, reina, se te caerá la corona.

Su mirada me lo dijo todo, pero era tan despistado que no supe descifrarlo con exactitud. Miré la hora y me alejé con lentitud. No quería llegar tarde, pero no me perdonaría si dejaba que se quedara mal. No dijimos nada, no

necesitamos palabras.

Por el camino comencé a pensar en todo lo que había ocurrido. Mi propio comportamiento me sorprendió. El nombre de “reina” se me escapó por no pensar mis palabras antes de soltarlas. Debía medir mejor lo que decía o podría creer que me estaba pasando de la raya. No quería que pensara eso.

Las asignaturas fueron pasando una tras otra como si fueran de un minuto cada una. Steve tuvo que darme más de un codazo para que prestara atención a la clase. No preguntó qué —o quién— me mantenía tan embelesado, ya se lo imaginaba.

—Perdona por no avisarte ayer de que Naira venía. Está teniendo unos problemas ahora y no puedo dejarla sola.

—Lo entiendo, no pasa nada. ¿Es algo muy grave?

—Si te soy sincero, no lo sé.

—Si necesitáis ayuda, ya sabes que estoy aquí, ¿vale? Que nunca se te olvide. —Asintió y aparcó el coche al lado de casa—. Por cierto, hoy tengo que ir con Roxanne. Vamos a hacer otro punto del trabajo y no sé cuándo llegaré.

—Claro. No hay problema.

Comimos otra vez con algo de silencio mientras mirábamos las noticias y tuve que irme antes de lo que pensaba por un mensaje de Roxy que decía que saldría antes de lo que se esperaba. Le dije a Steve que se divirtiera y me fui. No paré ni un momento quieto. Esa noche caería en la cama y me dormiría al instante.

Lo que me sorprendió fue cuando vi su coche en el aparcamiento, en marcha. Esperé en la entrada y se paró justo frente a mí. Entré antes de que otro coche se quejara de estar en el medio de la salida y arrancó cuanto antes.

—Perdona por la poca antelación. ¿Interrumpí algo?

—Nada de nada,

El museo estaba cerca del jardín botánico. Roxanne tenía, de nuevo, todo preparado y pasamos sin problemas. Al ver lo extenso que era ese lugar, pensé que no terminaríamos en todo el día. Después vi el segundo piso, y ya pensé que no acabaríamos nunca.

Pasamos por muchísimos cuadros: *Las meninas*, *"El jardín de las delicias"*, *La maja desnuda*, *Saturno devorando a su hijo...* Esa fue una pasada de tarde. Ella siempre sabía algún dato de cada uno, además de la información que venía ya debajo. Era impresionante y mi cara de sorpresa lo demostraba. Hasta había una escultura en mitad de una sala de una mujer.

Nos avisaron de que el museo iba a cerrar en unos minutos cuando estábamos dando un repaso a todas las obras. Me tuvo que repetir unas cuantas porque se me olvidaban dos segundos después de decírmelas. Estaba algo despistado, como casi siempre.

—Es increíble. Esto no me demuestra que apruebas todo, tienes muy mala memoria.

—Solo necesito tiempo. Cuando tenga que exponer el trabajo no voy a llevar ni hoja para mirar.

Se aguantó la risa para no hacer mucho ruido en aquellas salas tan silenciosas a pesar de la gente que podía haber. Salimos hablando de cualquier cosa sobre el arte. Me encantaba hablar con ella, tenía la sensación de que sabía algo sobre cualquier tema.

La oscuridad no iba a tardar en llenar la ciudad, pero, antes de que lo hiciera, le dije si quería comer algo en un restaurante. Tomamos un batido cada uno y algún bollo que estaba delicioso. Su apetito parece que quiso aparecer en ese momento.

—¿Ves? Tenías hambre.

—Es raro —dijo limpiándose—. Ese bollo me estaba llamando. Tenía mi nombre grabado.

—Ah, sí, yo también lo vi. Ponía: "Roxanne, estás loca, deberías hacértelo ver". —Dejé el dinero encima de la cuenta y nos levantamos mientras ella reía.

—No es verdad. Ponía: "Kyle, eres idiota". —Me hice el ofendido y nos reímos con más fuerza mientras la gente que estaba sentada fuera del restaurante nos miraba raro. No era típico por allí que se levantara la voz, pero yo no podía evitarlo—. Es por aquí —dijo cogiéndome de la mano para tirarme hacia el lado contrario.

—Nunca acierto.

El trayecto se hizo corto hablando de algunas obras graciosas que recordábamos. No encontraba el sentido a varias y ella se reía de lo que decía sobre varios cuadros. Normal, se me daba bien varias cosas y decir bobadas era mi especialidad.

Cuando aparcó delante de mi casa, ella abrió la puerta para salir. Levanté una ceja mientras yo hacía lo mismo y se acercó hasta terminar con nuestra distancia como esa misma mañana. Volví a rodearla con más confianza y permanecimos unos segundos en silencio. Él era nuestro mejor aliado en ese momento.

Oí que suspiraba y me apretaba aún más. Yo hice lo mismo. Si por mí fuera, me quedaría en esa postura toda la noche.

—Estoy empezando a cogerte cariño —susurró contra mi cuello—, pero no te emociones mucho, ¿eh? —Posó sus labios en mi mejilla y le sonreí—. ¿Nos vemos mañana?

—Claro. —Le di un beso en la frente—. Duerme bien.

—Lo haré. Buenas noches —dijo, animada, y dio la vuelta al coche para meterse en su lado. Le despedí con la mano y me sonrió mientras arrancaba y se iba, perdiendo el coche de vista en unos segundos.

Subí varias escaleras sin fijarme en si el coche de Steve estaba o no. Estaba tan metido en mis pensamientos que el susto que me di al oír sonar el móvil casi hizo que me diera un paro cardíaco.

Un mensaje. Desconocido.

Noemí

Kyle, soy Noemí,
la madre de Lily.

Kyle

¡Hola! Y no,
acaba de

Noemí

Perfecto. Tengo que hablar
contigo. Serán unos

Kyle

Claro.

No dejó salirme de la aplicación cuando ya tenía su contacto en la pantalla, indicando que me estaba llamando. Por un momento, me preocupé por la urgencia de su llamada, pero no sabía de qué quería hablar. Lo único que teníamos en común era Lily y Roxanne. Acababa de estar con ella por lo que lo único que pensé era que le había pasado algo a la pequeña.

Contesté. Me preocupé al instante.

—Hola, Kyle. ¿El sábado vas a ir al restaurante? Quiero decir...

Suspiré interiormente. Supuse que quería pedirme que me quedara con Lily como el otro día. No me importaba en absoluto. Al contrario, debería ser yo

quien le pidiera que trajera al monstruito siempre que quisiera. Yo estaría ahí.

—Sí. Puedes traer a Lily si quieres, yo me encargo.

—Vale, gracias, pero no era eso exactamente. Tengo que hablar contigo antes, solo unos minutos.

—No hay problema. ¿Quedamos en el restaurante a alguna hora en especial?

¿Por qué nunca preguntaba el porqué? Tenía la manía de dejar que los demás se explicasen cuando normalmente tenía que preguntar, porque no siempre se explicaban y eso hacía que mi curiosidad se enfadara conmigo después.

Perdón, curiosidad, he vuelto a despertarte.

—No, no, en el restaurante no. Es sobre Roxy, ella no puede enterarse. ¿Qué te parece a las cinco en la plaza? Puedo llevar a Lily y vamos hablando de camino al restaurante. Así ella no sospechará nada.

—De... De acuerdo. El sábado a las cinco entonces.

17. SORPRESA

*Nunca te estaré tan agradecido como ese día.
¿Cómo pude olvidarme de ese detalle?
Contabais conmigo,
formaba parte de tu entorno.
Prepárate, ahora somos uno más.*

—Entonces, eso quiere decir que hoy no vendrás. ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo grave?

—No, claro que no. Ahora los viernes se han convertido en el día de Steve y Kyle. —Me encogí de hombros y me levanté, dejando el dinero que debía—. Si un viernes por la mañana no vengo, ven a buscarme, me habrá secuestrado.

—¿En tu propia casa?

—Pues claro.

Nuestra risa inundó el espacio y, después de despedir a Roxanne, me fui directo a la universidad. Esa vez, las clases pasaron demasiado lentas. Las cosas iban muy despacio y solo por una persona que me había metido una pregunta que inundaba mi cabeza.

¿Qué quería decirme Noemí sobre Roxy que fuera tan importante? ¿Y por qué tenía que esperar hasta el sábado?! Podría decir que las preguntas se acumularon durante todo el día.

Al terminar de clases, volvimos a quedar todos los amigos de clase, excepto Naira que, según Steve, tenía asuntos que arreglar, y Cristina que me contaron que estaba conociendo a alguien. Según Larry, el chico era muy simpático y ya le había pedido salir a Cristina, pero se había puesto nerviosa y no supo qué decir. Esa tarde quedaría con él para decirle que sí.

—Deseadme suerte —dijo ella intentando controlar los nervios.

—No la necesitas. Lo harás bien —afirmé.

Todos quedamos para ir a comer al restaurante más barato que conocíamos. Éramos estudiantes y, por consiguiente, pobres. Eso era ley de vida.

El tiempo pasó rápido. Era una ciudad grande, ahí no nos podíamos aburrir

y menos con un grupo como nosotros que veníamos de pueblos y, por ello, nos daba igual hacer el ridículo.

Ni siquiera me di cuenta de cómo acabé en la fiesta de los viernes por la noche. Ni tampoco cómo llegué a casa. Ni a qué hora. ¿Qué hora era? Bien, tenía recuerdos borrosos, pero no me dolía tanto al cabeza como pensaba que iba a doler. Me levanté del suelo. ¿Qué hacía en el suelo? Steve estaba tumbado en el sofá y, cuando me vio, se echó a reír. Y no sé por qué, yo también.

—¿Qué me habéis hecho, idiotas? ¿Y por qué estoy durmiendo aquí y tú ahí? Me tiraste, ¿verdad?

—No te hicimos nada, tomamos una ronda todos juntos y luego seguiste tú. Creo que enamoraste a mucha gente. Y no, no te tiré, más bien te caíste. Llegamos, te tumbaste, tuve que ir al baño y cuando volví ya estabas en el suelo. Parecía que estabas muerto.

—¿Y si lo llego a estar?

—Empezaste a roncar y me tiré en el sofá. Es lo único que recuerdo.

—Oh, genial. Yo no recuerdo ni eso. —Fui a la cocina, cogí dos botellas de agua y le lancé una que cogió al vuelo—. No vuelvo a ir contigo a una fiesta. Recuérdame negarme a la siguiente. ¿Hice algo de lo que sé que me voy a arrepentir?

—Sí, bailar encima de la barra cuando te pusieron la quinta copa. Tengo un vídeo que lo demuestra. Lo han pasado por el grupo.

—Que no salga de ahí, por Dios.

Fui a darme una ducha larga cuando me di cuenta de que no quedaba mucho para la quedada con Noemí. Solo me acordaba porque lo tenía apuntado en el móvil, por suerte. Me agradecí mentalmente pues la habría dejado, sin querer, plantada. Y pensarlo no me gustaba.

Me preparé rápidamente cuando quedaba media hora para las cinco. Se lo expliqué a Steve mientras me ponía las zapatillas con algo de prisa. No me permitiría llegar tarde y odiaba ir corriendo porque no pensaba y no pensar significaba no saber por dónde ir, es decir, perderse.

—¿Noemí? ¿Quién es Noemí? ¿No era Roxanne?

—Es la madre de Lily. Tengo que irme. Hasta luego.

Revisé que tenía todo lo que necesitaba y me fui, no sin oír la carcajada de Steve antes de cerrar la puerta. Fui con paso rápido hasta la plaza y llegué antes de lo que me esperaba. Nunca había corrido tan deprisa desde que jugaba al pilla-pilla en el colegio.

—¡Kyle! —Oí gritar a Lily mientras corría hacia mí. Me agaché para abrazarla y ella utilizó mucha más fuerza para estrujarme—. ¡Me ha dicho Roxy que vamos a ir a un lugar mañana! ¿Dónde vamos?

—Ni siquiera yo lo sé.

—¡Mamá! Él tampoco lo sabe.

—Porque es una sorpresa, cariño —dijo mientras Lily me cogía de la mano y me tiraba hacia su madre—. Vamos, Roxanne nos está esperando.

Ella se puso a mi lado mientras Lily a veces se cambiaba de lado, otras iba por su cuenta y yo me alegraba de lo feliz que estaba. El monstruito había vuelto a aparecer. Tenía un vestido de rayas azul que le llegaba por la rodilla y su cabello brillaba por los rayos de sol. Era hermosa. Y muy parecida a su madre.

—¿Qué querías decirme?

—Ya te dije, es sobre Roxy. Es normal que no te lo haya dicho, estas cosas no se dicen así porque sí. Me gustaría que vinieras con nosotros.

—No sé si eso es un buen comienzo.

—¿Qué? —Se echó a reír y me miró—. ¿Pensabas que era algo malo? ¡No! —Negó con la cabeza—. Siento haberte hecho pensar eso. En dos semanas, el jueves, es su cumpleaños y queríamos que... Bueno, ya que habéis empezado a llevaros tan bien, nos preguntábamos si querías venir a celebrarlo con nosotros. Somos un grupo pequeño.

¡Oh, Dios mío! Me había esperado todo menos eso. ¡Nunca le había preguntado cuándo era su cumpleaños! Y si no llega a ser por Noemí no lo habría sabido nunca. Me sentía la persona más horrible del mundo.

¿Cómo era tan despistado?

Me di un golpe mental. No quería imaginarme que llegase el día de su cumpleaños y que yo no me hubiese enterado. Solo ese pensamiento me hizo enfadarme conmigo mismo.

—¿Y ella lo sabe?

—Siempre se lo digo el día anterior para que no pueda negarse y quedamos con Marvin y Rochelle, sus compañeros de trabajo. Normalmente, pasamos la noche juntos, comemos algo... Lo normal, ya sabes.

—¿Y su familia?

—Es complicado. Aquí nosotros somos su familia. Y ahora quiero que tú vengas. ¿Podrás?

—No puedo negarme, claro que iré.

Aún no podía creerme todo lo que estaba pasando. Todo estaba siendo

demasiado perfecto. No conocía a los compañeros de Roxy, pero no creía que Noemí me lo dijera sin que ellos estuvieran de acuerdo. Eso significaba que me habían aceptado. No entendía el porqué, ni siquiera me conocían de nada. De todas formas, no podía negarme por nada del mundo.

Aunque... ¿Yo qué regalo podría hacer?

Llegamos a un pequeño parque donde Noemí dejó que Lily fuera a los columpios a jugar. Ella se sentó en un banco y me invitó a unirme a su lado. Lo hice sin rechistar y me examinó unos segundos poniéndome un poco incómodo.

—Aún no hemos decidido el lugar ni nada de eso. A ti mejor no te pregunto si tienes alguna idea, ya me ha hablado Roxy un poco sobre ti. —Fruncí el ceño y sonrió—. No me dice nada malo, te lo aseguro. Y ahora que ha salido el tema, aprovecho para decirte algo. ¿Cuántos años tienes, Kyle?

—Voy a cumplir diecinueve.

—Entonces es tu primer año en la universidad, y por ello no tienes ni idea de la ciudad. —Asentí—. Pareces más mayor, por la altura.

—Me lo suelen decir mucho.

Asintió y desvió la mirada hacia su hija. Seguía jugando y haciendo amigos por todos lados. Volvió a mirarme con una mirada algo más seria. Sus cambios de humor me desconcertaban. No sabía qué iba a pasar a continuación porque ni siquiera conocía algo de ella, pero tenía mis dudas. Aún no confiaba del todo en mí, lo comprendía.

—Me voy a poner un poco seria, si me lo permites. Ella me cuenta todo, hasta la pequeña discusión que tuvisteis. Perdónala, no está acostumbrada a que alguien la vea más allá de su... Coraza.

—No tengo nada que perdonar, tranquila. Ni siquiera me enfadé. Entiendo sus razones.

—El caso es que no te conozco y no sé tus intenciones.

Alcé las dos manos hacia ella para detener la conversación. Supe al instante lo que iba luego. Era el comienzo de las típicas advertencias que hacían los padres al novio de su hija.

Ni era el novio de Roxanne, ni iba a hacer nada malo contra ella, eso debía quedar bien claro. Noemí debía saberlo desde el principio.

—A ver, a ver, para. No sé si quiero saber a qué te refieres, pero si vas a decirme lo que me diría su padre sobre que vas a matarme si hago algo que no debería, puedes estar tranquila. En serio, yo no pretendo nada, solo me parece una chica genial por dentro y por fuera. Seguro que sabes en lo que quedamos ella y yo, no pienso sobrepasar los límites si ella no quiere. Acepté su

condición y no pienso romperla.

—Acabas de admitir que lo harías si ella quisiera. Te gusta, Kyle, no lo ocultes. Lo sabemos todos. No juegues con ella, no quiero verla de nuevo mal.

¿Eso significaba que había pasado recientemente algo malo con otro chico? No estaba seguro, pero eso explicaría la decadencia de su mirada: una relación fallida.

Quizá era demasiado obvio y estaba diciendo con mis expresiones y mi mirada que me gustaba. No parecía importarle eso, sino que no hiciera nada que pudiera herirla. Una parte de mí se ofendió por dudar semejante idiotez, pero otra sabía que debía conseguir su confianza. Solo así conseguiría que me creyera.

E iba a lograrlo.

—Yo tampoco, te lo aseguro, y es genial que tenga a alguien como tú cuidando de ella. —Sonrió y bajó la cabeza. Posé una mano en su hombro y subió la mirada de nuevo—. Solo quiero ser su amigo. —Asintió, algo más convencida—. Déjame ayudar en algo del cumpleaños, lo que sea.

—Aún no tenemos mucho pensado. Intentamos hacer una fiesta sorpresa, pero siempre se las espera todas.

—Eso es que no las hacéis bien. —Me apoyé en el respaldo del banco, mucho más tranquilo, mientras Noemí fruncía el ceño—. Has dicho que siempre avisabas el día anterior, pues, esta vez, haz como que se te ha olvidado. Además, ella no sabe que yo lo sé, ¿no?

—Puede que seas un desastre con las ubicaciones pero me encantan tus ideas. Quizá te utilicemos para traerla al lugar en el que quedemos.

—Sin problema.

—Por cierto, pedí tu número a Roxanne. Espero que no te importe. —Negué. Eso era lo de menos, ni siquiera se me había ocurrido preguntarlo—. Te avisaré de todo. Gracias.

—A ti, por invitarme.

*

Estuve todo lo que quedaba de tarde con Lily en el restaurante. Cenamos como hacía una semana, a pesar de que Noemí no llegó tarde ni nada, solo lo

hicimos por pasar tiempo juntos. Lily se puso a fregar sin pedirnos permiso al finalizar la cena. Solo diré que acabamos mojados hasta los huesos y riéndonos hasta que se nos acabó la respiración.

Abrazarse mojados era raro, pero aún así no pudimos evitarlo antes de irnos mientras nos reíamos por cómo nos habíamos puesto. De camino a casa, me preguntaba qué podría gustarle para regalárselo por su cumpleaños.

¿Cómo se preguntaba a alguien lo que quería por su cumpleaños sin decir exactamente que era para eso?

¿Disimulando?

¿Qué es eso?

¿Se come?

18. QUINTO LUGAR

*Intenté proporcionarte mi tranquilidad
aunque fueran unos segundos.
Te apoyaste en mí.
Suspiraste. Suspiré.
Y en esos suspiros,
se escaparon los problemas.*

Oí sonar mi móvil desde la cocina. Me obligué a levantarme del sofá y separarme de mi querida comida por un segundo para ver quién era. Ya podía ser importante.

Roxanne

¡Kyle!
Despierta de tu

Kyle

¿Quién se echa la
siesta a las tres de

Roxanne

No, solo quería decirte que
quedamos a las cinco en la
plaza, para que te vayas

Kyle

Eso es jugar con las
emociones :(sabes bien

Roxanne

No te pongas
así y prepárate

va vengo

Negué con la cabeza, divertido por nuestras conversaciones, y seguí comiendo pizza encima del sofá. Steve se había ido con Naira por unos problemas que estaba teniendo en su apartamento. No sabía cuáles, pero Steve tampoco me había querido contar nada por el momento. Tarde o temprano me lo contaría.

Me preparé mirándome más de lo normal en el espejo y salí con unos minutos de sobra. El tráfico no me ayudó pues tuve que pararme cada dos segundos porque el semáforo no se ponía rojo para los coches. Al final llegué un poco tarde sin quererlo.

Las dos estaban sentadas en un banco jugando con las manos mientras se reían. Se veía de lejos que era la pequeña la que sabía jugar mejor que la mayor. Cuando me vieron, Lily se acercó para abrazarme y Roxy miró su reloj, enseñándomelo.

—Son las cinco y dos. Me has defraudado.

—No lo he hecho aposta. El tráfico es horrible hasta para los peatones. ¿Y adivina qué? Me tocan todos los semáforos en rojo. Te dije que la ciudad me odia.

—Deja de decir bobadas, cerebritito.

—¿Cerebritito es que tienes un cerebro pequeño?

—Justo lo contrario —respondí mientras Roxanne se reía por la ocurrencia de Lily—. Eso es que soy muy listo.

Lily frunció el ceño y se quedó pensativa unos segundos, después se encogió de hombros y nos cogió de la mano a los dos. La balanceamos de un lado a otro mientras andábamos hacia quién sabía dónde. Nos llevó al aparcamiento para ir en coche hacia el lugar.

Esa vez no tuvo tanta suerte y dio varios rodeos hasta que encontró un sitio para aparcar. Lily había empezado a cantar no sé qué canción que se sabía de memoria y mi cabeza quería que yo también me la aprendiera, así que estuve repitiéndola hasta que se convirtió en la próxima canción que odiaría por no salir de mi cabeza.

Cuando me di cuenta dónde íbamos, suspiré. Había leído sobre ese parque y ya entendí por qué había dicho durante el camino que tardaríamos. Ese lugar era enorme y tenía miles de cosas que ver por dentro. Sería una tarde

entretenida, sin duda.

—¿Hay columpios?

—No vamos a los columpios, cielo. —La cara de Lily cayó y me miró con tristeza, pero Roxy siguió—. No me dejas terminar. Hay barcas en las que podemos montarnos, ¿o no quieres ir en una?

—¡Sí! ¡Quiero ir en una barca!

—Bien, pero primero pasaremos por algunos lugares. Hay una fuente muy grande al subir las escaleras y te puedo hacer una foto. Luego se la enseñaremos a mamá.

—¡Vale!

La entrada estaba formada por varios caminos que llevaban al mismo sitio con árboles de distintas formas. Después de eso, una fuente en el centro y dos escaleras enormes a sus lados. Las subimos e hicimos varias fotos al lado de una especie de taza gigante. Las vistas eran espectaculares.

Seguimos hacia delante y nos encontramos con la fuente de la que hablaba Roxanne. Nos hicimos aún más fotos y le compramos un helado en un puesto cercano a Lily, que comió mientras íbamos a las barcas.

El lugar era un enorme estanque con un embarcadero. Al final de este se alza un monumento dirigido a Alfonso XII por lo que me dijo Roxanne y parecía que presidía todo el estanque, como si vigilara a todos los que se montaban en las barcas.

—¿Y si me caigo al agua? —dijo la pequeña agarrándose a la pierna de Roxy.

—Mientras no te tires al agua, no te vas a caer. Además, Kyle se tiraría al agua por ti.

—Eso significa que no sabe nadar —susurré a Lily y Roxanne me dio un codazo. Cada vez me daba más fuerte. En realidad, quería que me escuchara.

—Sí sé nadar. Quizá tengas que salvarle tú a él —me devolvió ella dirigiéndose a Lily—. Puede caerse por accidente.

—No juguemos a ese juego, querida Roxanne, puedes terminar empapada y nadie quiere que pilles un resfriado, ¿verdad?

—No me estoy enterando de nada, ¿qué decís? —dijo la princesita. Los dos nos echamos a reír. Ella se encogió de hombros y siguió observando el lugar.

Tuvimos suerte puesto que no tuvimos que esperar mucho para poder subirnos a una barca. Roxanne se encargó de remar. Lily me pedía que le hiciera muchas fotos para su madre y, por un momento, creí que se me acabaría la memoria del móvil. Cuando llegamos a la mitad del estanque, Lily saltó de

su asiento y echó a Roxanne del suyo, queriendo seguir ella con los remos.

—Déjame a mí. ¡Quita, quita!

Roxanne se levantó, no muy convencida debo decir, y la ayudó a sentarse para que lo intentara, después se sentó a mi lado. Lily consiguió que nos moviéramos un poco por el agua. Luego pareció que se cansó y nos ofreció una sonrisa. Estaba demasiado duro para ella, pero lo importante era que lo había intentado. Nos dio la espalda para mirar el agua de cerca y me reí.

—Aquí estamos bien —murmuró ella.

Aproveché para hacerle una foto con la cámara que había llevado. Puede que mi móvil fuera un poco viejo y no hiciera muy buenas fotos, pero lo que no sabían era que el dinero que pude gastarme en un nuevo móvil, lo gasté en una cámara. No me había arrepentido con la decisión. Al contrario, volvería a hacerlo una y otra vez.

—O es ella la que sale muy bien o eres un profesional —murmuró Roxy inclinándose hacia mí para ver la foto que acababa de sacar.

—Pues estudio Comunicación Audiovisual, así que tengo que ser algo profesional. De todas formas, la cámara adora a Lily. Y a ti, ahora que me acuerdo. Tengo que pasarte las del otro día.

—No quiero verlas. Deberías borrarlas.

—Mi cámara no piensa lo mismo. —Sonreí al verle la cara de sorprendida cuando la enseñé una de las mejores que me salió—. ¿Lo ves? Y tengo muchas más así.

—¡Mira! Los pájaros vuelan muy cerca del agua. Se van a chocar.

Guardé la cámara sonriendo por la inocencia de la pequeña y miré a Roxanne que también sonreía, aunque en dos segundos volvió a quedarse mirando a la nada. Esa no era la primera vez, y seguro que tampoco la última.

Comencé a pensar en lo que podía haber pasado. Noemí había esquivado un poco mi pregunta sobre su familia. Quizás podía tratarse de eso. O sobre lo que supuse que fue una relación que no funcionó, era reciente si encajaba con las veces que la veía feliz y triste.

Miré a Lily que estaba centrada en sus cosas y me acerqué a Roxanne. Pasé mi mano por sus hombros y la tiré hacia mí. Ni siquiera puso resistencia, apoyó la cabeza en mi pecho y reinó el silencio en nuestra barca. El monstruito destruyó eso al poco tiempo. Su vitalidad volvió a hacerla reír.

Para volver a la orilla, remé yo. Nunca lo había hecho, pero no tardé en aprender gracias a las indicaciones de Roxanne.

—¿Adónde vamos a ir ahora? —preguntó Lily quitándome las palabras de

la boca. Aunque, si seguía lo que había seleccionado en los libros, podría adivinarlo.

—Primero vamos a ver una rosaleda enorme que sé que te encantará y después un palacio de Cristal para que te sientas como Cenicienta.

—El palacio de Cenicienta no es de cristal, solo sus zapatos.

—No te sabes los cuentos de *Disney*, Roxanne, eso es una vergüenza —le reproché guiñándole un ojo para que no se lo tomara muy en serio. Ella me lo devolvió sacándome la lengua. Parecíamos dos niños pequeños, más que Lily.

La pequeña corría más que nosotros mirando cada detalle del parque. Yo seguía a Roxy. Si la perdía de vista, me perdía. Encontrarme en ese lugar tan grande y con tantas personas era como buscar una aguja en un pajar. Yo era la aguja y el pajar no era el parque, sino la ciudad entera. Por ello llegué a una conclusión: perderse no era una opción.

Pasamos por varias fuentes antes de llegar a la rosaleda. Se parecía al comienzo del jardín botánico, había varios caminos semejantes a un laberinto. ¿Qué querían los que construyeron ese lugar? ¿Que nos perdiéramos? Era imposible. Todos y cada uno de los caminos llegaban al mismo sitio: Roma.

Me reí interiormente por mi chiste malo y presté atención al lugar. Tenía varios caminos rodeados con arcos formados por rosas y lleno de vegetación y flores de color rosa a su alrededor. También había varias fuentes con estatuas. Era increíblemente hermoso.

Lily tocó todas las flores existentes en ese parque. Y no exageraba nada. A veces se acercaba para olerlas. Roxy ponía una cara de susto cada vez que lo hacía.

—Cuidado con algunas flores, hay avispas y no queremos que nos piquen.

Separé justo en ese momento a Lily de un grupo de esos bichos que se acercaban a una flor y la puse en el lado contrario, quedándome yo en el suyo. No me importaba que alguna me picara, no sería la primera vez que lo hacían.

Lily se mojó un poco el pelo con una fuente por acercarse mucho y Roxy la apartó a tiempo. La pequeña estaba dispuesta a tirarse porque decía que no tenía profundidad y que solo serían los pies. Me reí por ello y nos fuimos de inmediato, por si acaso.

Anduvimos directamente hacia el palacio de Cristal. No puedo describirlo con palabras. Nunca había visto antes nada parecido. Había leído algo sobre él. Era una construcción hecha solo de metal y cristal. La entrada parecía ser de origen griego por las columnas que la formaban y todos los arcos que tenía a su alrededor. El interior era aún más indescriptible.

Lily se puso en el centro de la sala y se quedó mirando la cúpula de cristal dando vueltas, hasta que se cayó al suelo.

—¿Te mareaste? —Ayudé a que se levantara y se rio.

—Un poco.

Esas fueron algunas de todas las cosas que vimos en ese parque que no parecía tan grande en imágenes como lo era en la realidad.

Nota mental: no volver a ese parque solo. Nunca.

Acabamos comiendo algo sentados en la hierba y teniendo vistas del lago donde seguía habiendo gente montándose en las barcas. Lily no paró quieta ni un segundo, saltaba y gritaba como la niña feliz que era.

Ya era de noche cuando volvimos. El monstruito ya estaba dormido en su asiento cuando llegamos a mi casa. La expresión de Roxy cambió al detenernos. Eso no parecía ser muy bueno.

—Tengo noticias que darte. Mi jefa viene la semana siguiente, es decir, mañana, para supervisar que todo va bien. Seguramente esté algo ocupada con ella. No creo que pueda quedar contigo, ni lo de limpiar por las noches. Solo quería avisarte. Espero que no te importe.

—Claro que no. Lo último que quiero es meterte en problemas. Iré algún día a visitarte.

—Eso estaría genial.

19. PRIMERA VEZ

Ni tuyo.

Ni mío.

Nuestro.

Nuestra realidad.

Nuestra perfección.

No nos dimos cuenta, pero ese suceso lo cambió todo.

La semana pasó más rápido de lo que me esperaba. Tuve que ir a la biblioteca por mi cuenta porque se me había olvidado ir a buscar el carné antes y fui cada día que pude a ver a Roxy, que se veía más formal por su jefa. El jueves por la mañana al menos gozamos de algo de intimidad para hablar sin preocuparnos de que nos estuvieran observando. Ya me había dicho que su superiora era un poco exagerada y lo quería todo perfecto por lo que pasé desapercibido.

El lunes comenzó con una sonrisa de mi parte provocada por un mensaje de Roxy. Habíamos estado hablando un poco durante la semana y me contaba cosas graciosas que le pasaban con su jefa. El miércoles no tuvo el día libre como siempre sino que fue con ella a una reunión junto a todos sus compañeros de trabajo. Un rollo, según ella.

Roxanne

Nota mental: Kyle, tienes trabajo por la noche! Vuelves a ser mi ayudante después de una semana de

Kyle

No recuerdo haber puesto esa nota mental

Roxanne

Pues deberías añadirla. Hoy te toca hacer el doble para compensar toda la semana y

Kyle

Vaya, yo que había fregado toda la semana en mi casa para

Roxanne

Luego te cuento. A clase!

Kyle

Sí,

Me reí yo solo en mi habitación y me di una ducha para despertarme. Cuando llegué a la cocina, di un pequeño brinco por el susto que me provocó ver a Steve haciendo el café. Ni le había oído llegar. Era una caja de sorpresas.

—Eres impredecible. ¿Apareces y desapareces como un fantasma?

—Ya... Algo así, sí. En cuanto a eso, siéntate. —Lo hice, sin dudar. Lo único que pensé fue que me contaría lo que había ocurrido con Naira y me preocupaba que tuviera un final triste—. Naira necesita mi ayuda. Sus compañeras son... Tontas. En fin...

—¿Y...?

—Me ha pedido que esté con ella unos días. Voy a quedarme el jueves, el viernes y el sábado para que no lo pase mal. Ya sabes, tengo que estar con ella. Siento que va a derrumbarse en cualquier momento y quiero estar ahí para apoyarla.

—¡Ah! Vale, no hay problema. Me parece bien. Creía que era más grave, no me pegues esos sustos. Por cierto, el martes no tengo que ir a ningún lado, ¿qué tal si compramos algún juego a medias y lo estrenamos? Así, como despedida de unos días. —Me encogí de hombros y me tomé el café al ver la hora—. Te dejo elegir a ti.

—Mmm... Claro.

Le sonreí y fui a mi habitación a coger la mochila. Estaba empezando a

acostumbrarme a estar sin mi amigo por la noche. Naira se estaba haciendo la víctima, supuse. Algo tenía que estar haciendo mal. Algo tenía que estar pasando.

Aunque quizá estaba culpándola sin razón. Mi enfado hablaba por mí. Debía pensar mejor de ella, pero una parte de mí no era capaz. Me bastaba con conseguir no pensar mucho en ella. El enfado se disiparía con el tiempo.

Steve olvidó el tema de camino a clase y estuvimos discutiendo sobre el juego que compraría. Quizá no había sido tan buena idea que él lo eligiera, aunque no eran tan malas sus ideas. En una hora libre que tuve de la universidad, me llegó otro mensaje. Era Noemí, lo que me sorprendió.

Al instante recordé que quedaban tres días para el cumpleaños de Roxanne.

Noemí

Kyle! No sé si estás en clase, lo siento si es así.

Iba a responder, pero, en vez de eso, recogí las cosas de la mesa de la biblioteca y salí fuera. Busqué su contacto y lo pulsé. Supuse que habría encontrado ya un lugar para el cumpleaños o... O ya, solo eso. ¿De qué más íbamos a hablar si no?

Lo cogió de inmediato, no tardó ni dos segundos.

—Qué rapidez. Solo quería hablarte del cumpleaños. Estamos algo pillados con el lugar donde celebrarlo, la semana con la jefa nos ha retrasado bastante.

—Ya me lo imagino. Me ha dicho Roxanne que no ha tenido ni un momento libre. Oye... Una cosita antes. ¿Podrías ayudarme a comprarle algo? No tengo ni una sola idea. Ni siquiera por dónde empezar.

—Yo iba a ir esta tarde a coger algo. Puedes venir conmigo y así te ayudo. ¿Quedamos a las seis en la plaza? Podemos hablar en ese momento entonces, así te dejo estudiar o lo que quiera que estuvieras haciendo.

—Perfecto. Muchísimas gracias, Noemí.

Me pasé todas las clases buscando algún regalo para Roxanne por páginas *web* de tiendas que había por la ciudad. Noemí sabría dónde se encontraban, seguramente. Tuve que hacerlo con algo de disimulo para que el profesor no se enfadara, pero no ocurrió nada.

Steve insistió en pasar la tarde haciendo algo juntos, hasta que llegaron las cinco y media. Tenía que irme si no quería llegar tarde como siempre. Había descubierto por experiencia propia que odiaba con toda mi alma tardar. A mí

me molestaba que los demás lo hicieran. Yo no tenía que hacer lo mismo.

—A ver si ahora vas a estar más con Noemí que con Roxanne. Este cambio de los acontecimientos no me lo esperaba, ¿eh?

Le miré a punto de decirle algo para explicarlo, pero solo rodé los ojos, comprendiendo que no valdría la pena, y él se echó a reír a carcajadas. Cogí las cosas necesarias y me fui directo a la plaza. Ni siquiera sabía a dónde iríamos. Había tiendas por todos lados.

Llegué a la plaza con dos minutos de adelanto y respiré con tranquilidad cuando me di cuenta de que todavía no había llegado. Por una vez, no había llegado tarde, era todo un logro.

—¡Hola! —Se puso una mano en el pecho—. Por un momento creía que no iba a llegar a tiempo. Me pilló un buen atasco. No pienso volver a coger el coche.

—Tranquila, acabo de llegar. —Nos sentamos en un banco para que su respiración se recuperara—. ¿Dónde está Lily?

—Con un amigo. ¿Qué te iba a contar yo? ¡Ah, sí! ¿Te acuerdas de las fotos que me pasaste ayer de Lily en el parque y todos esos lugares? —Asentí sonriendo al recordarlo—. Roxy me dijo que le habías hecho alguna a traición en el Jardín y ayer también. Rochelle y Marvin van a regalarle un álbum de fotos y me han pedido que te pregunte si puedes pasárnoslas. Les falta un poco de hueco aún por rellenar.

—¡Claro! Déjame buscarlas y te las paso.

Se inclinó hacia mi móvil y busqué la carpeta en las que las había guardado. Siempre las metía ahí cada vez que pasaban de las cien, no quería ocupar mucho espacio en la cámara. De todas formas, tenía una copia de todas en el ordenador, por si acaso mi móvil decidía morirse algún día de esos.

Ella asintió en cuanto le mostré dos o tres. No necesitó más pruebas.

—Me encantan. Pásamelas en cuanto puedas, Marvin las imprimirá. —Me cogió de la mano y se levantó, tirándome con ella—. Vamos a buscar algo para regalarla.

Me contó algunas opciones para comer o cenar en ciertos restaurantes. Había oído de varios de ellos y eran conocidos por estar casi siempre llenos. Otros estaban muy lejos para luego volver por la noche. Ninguna idea era lo suficientemente buena.

Llegamos a una calle que estaba llena de tiendas. Estaba tan llena que cada diez pasos había una distinta. Eran diferentes marcas con ropa parecida. Siempre tan ingeniosos...

—Tú la conoces mejor que nadie. ¿Qué recomiendas comprar?

—Yo he pensado comprarle un vestido o una falda. Hace mucho que no se pone algo así, por el trabajo y por el frío. Sé que le encanta ponérselos, pero no tiene muchos. Mira, este puede ser perfecto.

Empezamos a dar vueltas por el local, deteniéndose en cada prenda colorida que veía. Tenía tanta energía como Lily y eso me hizo reír en mi interior varias veces. Quiso mi opinión en varios vestidos, pero nunca se ponía de acuerdo y buscaba otra cosa.

Acabé aprendiéndome la tienda de memoria.

A mí me llamaron las pulseras que había. Eran tan brillantes que me recordaron a su sonrisa. La mayoría eran las típicas que se compraban dos para compartir con otra persona. Ni siquiera sabía sus gustos. No sabía por dónde empezar.

—¿Y este? —preguntó enseñándome un vestido blanco con rayas más claras, casi transparentes—. Dios, este es precioso. Dime, ¿crees que la quedará bien?

—Pu-Pues... —titubeé—. Sí. Creo que es el indicado para ella. ¿Y esto?

—¡Qué bonito! —dijo acercándose con la prenda en la mano. Observó todas las demás posibilidades y cogió dos de las que se compartían—. Lo que he aprendido sobre Roxy es que cada cosa que la regales va a recordarle a ti y, si eres importante, le gusta compartirlo. Por ejemplo, nosotras tenemos el mismo collar —explicó mostrándomelo. Era sencillo, una cadena plateada con algún detalle como estrellas pequeñas del mismo color—. Aunque si la decepcionas, se lo quita. ¿Por qué no compartís algo? Seguro que le hace ilusión.

—¿Estás queriendo decir que también me tengo que comprar algo para mí? Es su cumpleaños, no el mío. Además, nunca me he puesto pulseras. Ni siquiera sé si me gustan.

—Piénsatelo. Hazlo por ella.

Rodé los ojos y me quedé pensativo mirando todas las opciones que había. Ella siguió dando vueltas aun con el vestido en la mano. Ese la había convencido, no entendía por qué seguía mirando más cosas si ya tenía regalo.

Me planteé seriamente lo de comprar dos pulseras que compartir, a pesar de no estar seguro de ello. Tenía suerte, había una oferta en ese tipo de joyas, pero ni siquiera eso me importaba en ese caso. Me rendí ante mis pensamientos.

Hubo un consenso.

Ganó ella.

—Noemí —nombré sin ni siquiera girarme—, ¿le gusta jugar al ajedrez?

—Sí, es bastante buena, ¿por qué?

Cogí las pulseras ganadoras y se las enseñé. Estaban formadas por bolas perfectamente redondas. Una pulsera las tenía todas blancas, excepto una corona que colgaba de ella, negra. La otra era lo contrario, las bolitas que la formaban eran de color negro y la corona que colgaba de ella, blanca.

—Jaque mate.

*

Dejé el regalo en mi casa y bajé al restaurante sin parar ni un segundo quieto. Había tardado un poco en volver a casa por perderme en mis pensamientos sobre el regalo. Entré en el local y me apoyé en la barra, esperando que saliera de la cocina. No fue ella quien salió.

El chico se detuvo frente a mí. Marvin. Tenía el pelo negro revuelto, pero perfectamente puesto para que no se notara que estaba despeinado. Tenía la cara alargada, aunque no exageradamente, y unos ojos verdes oscuros cuyo tono no había visto nunca.

—Kyle, ¿no? —Asentí—. Soy Marvin, aunque ya te han hablado de mí. —Miró al restaurante con disimulo y se acercó para que lo escuchara. Susurró—. ¿Has hablado con Noemí?

—Sí. Hemos quedado esta tarde. Ya le he enviado las fotos, supongo que las tendrás esta noche, cuando elija las mejores.

—Estupendo. ¿Alguna idea sobre el lugar? —Negué, por desgracia—. Estamos perdidos a estas alturas. Hay que pensar algo ya. —Se rascó la cabeza y cambió la cara cuando oyó salir a Roxanne de la cocina—. Encantado de conocerte entonces. No os dejéis ni una mota de polvo, ¿eh?

—A sus órdenes, capitán. Nos vemos mañana. —Se despidió. Se fue rápidamente dejándonos solos—. Pues parece que ya lo has conocido.

—Parece simpático. —Sonreí en su dirección y subí y bajé las cejas varias veces—. Me toca fregar.

Salí corriendo hacia la parte de atrás donde tenían todos los utensilios de

limpieza y oí que venía detrás de mí negándose rotundamente. La verdad era que no me hacía ilusión fregar pues tenía tan mala suerte que seguramente se me caería el cubo de nuevo.

Al menos su sonrisa apareció.

—¡Ni se te ocurra! No pienso dejarte la fregona nunca más. Te quiero lejos del cubo de agua.

Comencé a reírme mientras iba a por las cosas y me tiró la escoba y el recogedor. Puse cara de pena y empecé mi trabajo. No tardé tanto como la primera vez, pero aún así le dio tiempo a hacer bastantes cosas mientras barría.

—Sobre lo que quería decirte. Mañana no puedo estar, viajo por una reunión con Noemí. Tiene una pequeña organización y está mejorando su éxito. Por eso hablé hace semanas en la plaza, Noemí no pudo y tuve que sustituirla. Seguramente no lleguemos hasta el miércoles por la noche. Lo siento.

—No pasa nada. Nos veremos el jueves entonces, si es que no nos interrumpe otra cosa.

Tu cumpleaños, por ejemplo, pensé.

No sabíamos aún el plan para pillarla por sorpresa, pero sabía bien que iba a funcionar aun pensándolo el día anterior. Sonreí al pensar en la expresión que iba a poner cuando supiera que yo sabía lo de su cumpleaños.

Y que yo iba a asistir a él.

*

Cerró con llave al terminar todo y fuimos a casa con un paso lento. Giramos la esquina y vi una luz que venía de aquella calle alarmándome al instante. Roxy estaba perdida en sus pensamientos con la mirada en el suelo y la música sonando.

Rodeé su cintura para atraerla hacia mí y para que el coche pasara sin llevarla por delante. No lo habría llegado a hacer pues también se apartó un poco, pero me había asustado por un momento.

—Perdón, estaba distraída.

—Cuidado con los pensamientos, Roxy, son peligrosos cuando no te dejan centrarte en la realidad.

Asintió, sonriéndome, y rodeó también mi cintura para no alejarse mientras andábamos hacia el aparcamiento. Se me hacía raro tenerla tan cerca tanto tiempo. Pasé unos segundos en tensión, pues no estaba acostumbrado a la situación. A los pocos segundos, me fui tranquilizando, estaba demasiado cómodo con ella al lado.

Cuando llegamos a su coche, se giró para abrazarme y le correspondí con más fuerza. Sentí que apretaba más su agarre.

Los dos estaban caminando en el mismo sentido.

Y no hablo de la dirección errante de sus pasos.

Él la miro, ella contestó con un suspiro.

y el universo conspiró para abrazarlos.

Dos extraños bailando bajo la luna,

se convierten en amantes al compás.

De esa extraña melodía que algunos llaman destino

y otros prefieren llamar casualidad.

—Te he extrañado un poco esta semana —confesé.

—También iba a decirlo yo justo ahora. Trabajar sin tus tonterías no es lo mismo.

La música se paró en ese momento. Pero no en la realidad, sino solo para mí.

Todo en ese momento se paró.

Y la canción comenzó a tener sentido.

No se separó del todo cuando el abrazo terminó. Volvimos a quedarnos en la misma posición en la que estuvimos en el primer abrazo, la cual rompimos por la cercanía. En ese momento, ocurrió todo lo contrario, todo lo que me había obligado a dejar de imaginar porque creía que nunca ocurriría ni en sueños.

Se quedó a pocos centímetros, asustándome por si mis impulsos me jugaban una mala pasada y lo fastidiaban todo. Luchaba por no acabar con la distancia de una maldita vez. Ni siquiera sabía dónde mirar. Mi mirada se quedó varios segundos en sus ojos diciendo todo con ella, pero sin saber si llegaba a entenderlo. También bajaron hacia sus labios un instante, no mucho. Quizás demasiado para que se diera cuenta del gesto. Sonrió.

Y eso fue lo único que bastó para que diera el siguiente paso.

Adiós, cordura. ¿Quién te necesitaba en ese momento? Me acerqué un centímetro, temeroso por si hacía algo malo. Pero no. Ella también se acercó otro centímetro cerrando los ojos. Terminé con el espacio que nos separaba empujando su cuerpo contra el mío, sintiendo sus labios contra los míos.

Aún me quedé más impresionado cuando sentí que me correspondía.

20. REUNIÓN

*Mis pensamientos eran tuyos.
Mis deseos te pertenecían.
Quería centrarme en la realidad,
pero me era imposible.
También te adueñaste de ella.*

Después de separarnos, sonrió, más tímida que otras veces, y volvió a esconder la cabeza en mi cuello. No podía concentrarme en nada, todas las hormonas que tenía medianamente tranquilas habían provocado una revolución en mi interior. Todas estaban a favor de ella. Y yo no iba a detenerlas.

Tuve que morderme varias veces el labio para hacerme algo de dolor por si estaba soñando. Me estaba creyendo tan poco lo que ocurría en las últimas semanas que dudaba de mi vida misma. Sabía que exageraba, pero en ese momento no podía pedir nada más.

Estuvimos unos segundos en silencio con la música todavía de fondo y esperando a que nuestros corazones fueran más despacio. El mío estaba demasiado acelerado y sabía bien que ella lo estaba notando. No podía llegar a escuchar el suyo, estaba ocupado obligando al mío a que se relajara antes de salirse del pecho.

Sentí que aumentaba su fuerza en el abrazo y yo se lo devolví, aplastándola mucho más para intentar que nuestra sonrisa apareciera. Me sentía algo incómodo por lo que acababa de ocurrir, por pensar que vería su mirada y descubriera que ella no lo había sentido como yo, que sus ojos me indicarían que no había sido lo correcto. Eso sí que me rompería en mil pedazos, y juntarlos de nuevo no sería nada fácil.

Pero lo que me encontré no tenía nada que ver con eso.

—No quiero soltarte.

—No quiero separarme.

Sentí sus labios en mi mejilla y su mano acariciando la otra, lentamente.

Toqué su pelo mientras nos separábamos sin ninguna prisa, sin fijarnos en el tiempo que pasaba, sin importarnos realmente lo que ocurría a nuestro alrededor, sin nada que pudiera molestarnos.

Sus ojos se unieron con los míos. No vi ni un solo atisbo de arrepentimiento, su sonrisa iluminaba incluso la noche y sus gestos parecían cuidarme del más mínimo detalle. Estaba tan nervioso que no sabía ni cómo devolvérselo. Seguro que no se imaginaba ni un diez por ciento de lo que producía en mi interior, en mis expresiones... En mi realidad.

—¿Nos vemos el...? ¿El jueves por la mañana?

—A primera hora —respondí.

Posó sus labios rápidamente una vez más sobre los míos y se separó riéndose por lo bajo como si fuera una niña que había hecho algo prohibido, pero no se arrepentía de su decisión. Sonreí dando unos pasos hacia atrás y la sonrisa con la que me despidió esa noche fue de las mejores que había visto en ella. Y no sabía qué sentir sabiendo que era por mí.

De verdad que el alma se me iba a escapar corriendo tras ella.

Fui a casa medio soñando ya que ni me fijé si había alguien. Me tiré a la cama y, por mucho que intenté dormir, acabé leyendo algo del trabajo para ver si funcionaba. Pero nada. Ni siquiera me acordaba de cuándo me dormí. Mis recuerdos solo se limitaban a lo ocurrido.

*

Desperté con energía, como nunca antes me había ocurrido. Ni siquiera yo me conocía. No podía crearme que no nos pudiéramos ver hasta el jueves, además en una fecha tan especial como era su cumpleaños.

Su regalo estaba encima de mi mesita, al lado del papel de la sonrisa en la magdalena que me recordaba a ella y me impulsaba a mí a sonreír. Mi pulsera estaba fuera, a su lado, y la suya envuelta en un papel tan colorido como ella. Pequeño pero significativo.

Salí preparado para el nuevo día y vi a Steve dando vueltas en su habitación. No quise molestarlo, por lo que anduve hasta la cocina y fui preparando el desayuno para los dos. Su cara de sorpresa al entrar hizo que me echara a reír. Me había dicho todo con una expresión.

—¿Tienes fiebre?

—Siéntate y calla.

Coloqué el desayuno encima de la mesa sintiéndome un camarero y fingiéndolo exageradamente. Todo lo que yo tardé hacer en minutos, nosotros lo devorábamos en segundos. El tiempo es muy relativo. Al terminar, fuimos a clases sin hablar mucho, no tenía la mente para eso, estaba algo perdida en lo que quería. Ni siquiera presté mucha atención a las clases.

Steve me preguntó varias veces si estaba bien o si ocurría algo. Yo contestaba lo mismo, que estaba bien y no pasaba nada. No mentía, realmente me sentía mejor que nunca. Quizá me estaba emocionando un poco.

—Espero que recuerdes que tenemos hoy una cita. Compré el juego para hoy, ¿recuerdas? —Abrí los ojos como platos y él suspiró apoyándose en el sofá—. No me puedo creer que se te haya olvidado. No me esperaba esto de ti. Tienes algo que hacer, ¿verdad?

—¿Qué? No. Solo se me había olvidado. —Me tiré en el sofá y cogí un mando—. No llores cuando te pegue una paliza.

Estuvimos hasta la madrugada jugando hasta que nos lo pasamos entero. Estallé a risas sin poder aguantarme y tiró el mando al otro sofá cuando le lancé un beso por perder. Acabamos apagando todo y yendo a la cama, ni siquiera miré el móvil en todo el día. Por eso me sorprendí al cogerlo antes de dormir.

Dos llamadas perdidas y dos mensajes de Noemí.

Noemí

Kyle! Llámame cuando puedas,
pooooorfa. Tenemos un
pequeñito problema

Noemí

Bueno, estarás ocupado. Solo quería
decirte que mañana vamos a quedar en
la plaza los tres para arreglar los

Era tarde. No podía llamarla a esas horas, podría tener el móvil en vibración y despertarla me haría sentir mal. Debí haberlo cogido antes. Yo y mi gran idea de dejar el móvil en mi habitación para no mirarlo en todo el día y que no me molestara. A veces no era la mejor opción.

¡Bien, Kyle, bien!

Solo pude enviarle un mensaje, esperaba que tuviera el móvil en silencio

para no despertarla.

Kyle

Lo siento, se me olvidó mirar el móvil en todo el día. Mañana te llamo en mi hora libre y ya me

Guardé el móvil y me quedé dormido en cuestión de segundos. Quedaban dos días para el cumpleaños de Roxanne y parecía que no estaba yendo muy bien. Los problemas querían asomarse por la ventana y entrar, y lo estaban consiguiendo. Lo que no sabían es que iba a cerrarles la ventana en las narices.

*

Ya era el tercer pitido cuando creía que no me iba a coger el teléfono. Esa era la segunda vez que lo intentaba. Tampoco quería ser pesado, pero la verdad es que sí que estaba un poco preocupado por los acontecimientos. Debíamos arreglar todo con algo de improvisación y no era siempre la mejor opción, pero sí la única.

Yo era todo un experto en ello. Los trabajos que hacía el día anterior, o las horas antes, eran los que mejor nota tenían, increíblemente.

—¿Sí?

—¡Noemí! —Suspiré aliviado—. ¿Te pilló en un mal momento?

—¡No! La despistada de mí que creía que llamaban en la televisión y no en la realidad. —Me reí cuando ella también lo hizo y siguió—. En fin, ¿qué iba yo a decirte?

—El problema ese de ayer.

—¡Ah, sí! Te lo cuento luego. Hemos quedado en la plaza a las... Qué mala memoria tengo hoy, se me ha ido la hora. ¡Ah, ya! No sé si al final quedamos a comer en algún lado... Luego te mando el restaurante y la hora. ¿Sabrás ir? No, ¿podrás venir?

—Sin problema, aunque si el restaurante no está en la plaza, no sé ir. Seguramente llegue algo tarde. Debes decírmelo, al menos, una hora antes.

—No pasa nada, desastre. Te paso yo a buscar, si es que me acuerdo de

dónde está tu universidad. Ni siquiera sé lo que estudias. ¿Qué tal si me pasas la dirección y voy a recogerte con Lily?

—Perfecto, yo te mando los datos. Nos vemos luego.

Le pasé la dirección y la hora en la que salía, aunque podría renunciar a algunas clases por un día. Hasta agradecía tener una excusa para hacerlo. Ella me dijo que no haría falta, por desgracia.

Contárselo a Steve fue lo complicado de verdad. No encontré ningún momento en el que su novia estuviera separada de él. Solo vi la oportunidad a la salida y había oído preguntar a Naira si comían juntos. No oí su respuesta, pero no la necesitaba. Se acercó a mí con intención de hablar, pero le paré. Habíamos salido cinco minutos tarde y no quería hacer esperar a Noemí.

—Tranquilo, vete a comer con Naira. Está bien. Justo iba a decirte que tenía que arreglar un problema con Noemí sobre el cumpleaños de Roxanne. Hemos quedado con los demás y va a llevarme.

—¿Nuestros planes se leen ahora el pensamiento? ¿Ha pasado algo grave?

—No tengo ni idea.

—¿Nos vamos, Stevy? —Apreté los labios para no reírme por el mote y miré a mi amigo.

—No quiero ni una palabra sobre... —me avisó, pero hice caso omiso y lo dije igual. Las palabras salieron solas, no pude resistirme.

—Que lo paséis bien, Stevy —Me burlé y me lanzó una mirada asesina, al igual que Naira, como siempre. Me giré para irme y me fijé en un coche que entraba en el aparcamiento. Lily se asomó por la ventana y, acto reflejo, una tonta sonrisa apareció en mi rostro—. Me tengo que ir.

Noemí salió después de sacar a Lily del coche. Ella, en cuanto me vio, vino corriendo y la cogí en brazos dando una vuelta antes de abrazarla con todas mis fuerzas. Aquello la hizo reír tanto que creí que no pararía nunca. Me dio un beso en la mejilla lo más fuerte que pudo y yo me reí al ver lo mona que era.

Empezaba a pensar que tenía que conocer a su novio para comprobar si era digna de aquella princesa.

Noemí llegó a mi lado y me abrazó con cuidado para no dar a su hija. Miré por última vez hacia atrás para ver a Steve despedirnos con la mano, asentí en respuesta. Me di la vuelta para irnos y Lily le despidió de vuelta mientras se sujetaba en mí.

—Al final vamos a un restaurante italiano que está cerca de aquí. Vamos a ver los detalles del cumpleaños. Se nos está complicando el lugar donde

hacerlo.

—¿Y dónde lo habéis hecho los anteriores años? ¿No habéis probado allí?

—Un año lo hicimos en el restaurante donde trabajan, pero eso era de última opción. Los otros están o muy llenos o cerrados o no sé qué complicación más. ¿Y si no encontramos ningún lugar donde hacerlo?

—Lo encontraremos, no te preocupes

Sonreí para darle confianza y ella lo hizo también. Yo no me sentía estresado por ello, siempre se podía encontrar algo a última hora, fuera lo que fuese. Al fin y al cabo, la vida era improvisar.

El restaurante al que me llevó era elegante. Entramos y vimos a Rochelle y Marvin en una mesa con unas cartas de la comida en la mano. Nos sentamos a su lado y Lily cogió una carta para leerla en alto. Algunos clientes se giraron al escucharla, pero ni siquiera ella los prestó atención.

Los saludé con la mirada y ellos me lo devolvieron con una sonrisa. Marvin me dio una palmada amistosa en la espalda cuando me senté a su lado. No sabía si era así con todos o solo conmigo porque me había incluido en ese pequeño grupo. Me sentía algo raro, no incómodo. Lily hacía que me sintiera parte de algo más cercano.

—¿Qué tal quedó el álbum? —preguntó Noemí.

—Estupendo. Quedaron algunos espacios para que ella ponga más fotos. Creía que sobrarían más pero tus fotos fueron de mucha ayuda —dijo Marvin mirándome—. Aunque ese no es el problema, sino el lugar. Hemos mirado en varios y en la mayoría se nos va de precio también. ¿Lo hacemos en el restaurante?

—Si no hay más opción... —murmuró Rochelle—. Puedo seguir intentando, pero no creo que encontremos nada. ¿Qué ponemos de excusa? Yo mañana tengo que trabajar y no puedo ignorarla como si fuera un fantasma. Creo que voy a tener que hacerme la ocupada.

—Mi casa está libre —solté.

Se hizo un silencio breve en la mesa después de mi comentario y se quedaron atónitos, luego se miraron entre ellos como si se estuvieran comunicando con la mirada. Había recordado que Steve no estaría, así que no me importaba ocupar mi casa para su cumpleaños si es que no había otra posibilidad. Además, a mi compañero seguro que le alegraba que lo hiciera allí, siempre y cuando recogiera luego.

No gozaba de tanto espacio como otros lugares, pero para las personas que éramos esperaba no tener ningún problema. Si podía ayudar en algo, lo haría

sin dudar. Y en ese momento sentía que no había hecho mucho, dejar mi casa para celebrarlo me haría sentirme mucho mejor por colaborar.

—¿Es...? ¿Estás seguro? —titubeó Noemí.

—Sí, mi compañero no estará y yo no tengo ningún problema si no encontráis algún lugar más. No es muy grande, pero supongo que será suficiente para nosotros.

—Es una posibilidad. —Se encogió de hombros Rochelle—. A mí me parece una buena idea. Podemos ir mañana antes, colocarlo todo y mirar el espacio. Pásanos algunas fotos para ver lo que ponemos y tu dirección, claro. —Su sonrisa apareció—. ¿Quieres preguntarle tú si va mañana a tu casa?

—Oh, no —me negué al instante—. Lo último que quiero es quedar como si quisiera... No sé. —Todos se rieron y dejaron la carta sobre el plato—. Yo de eso no me encargo.

—Le pediré que haga nuestro puesto por alguna excusa que invente en ese momento. Luego tú puedes sorprenderla en el aparcamiento antes de que se vaya. Nosotros apareceremos unos segundos después.

—Eso me parece mucho mejor. ¿Seguro que queréis cargarla con todo el peso del restaurante el día de su cumpleaños?

—Tranquilo, está todo planeado —contestó Rochelle mirando a Marvin con una mirada siniestra—. Solo prometed que no se lo contaréis a la jefa. Puede que nos mate.

21. CUMPLEAÑOS

*Todo se unió de repente:
las ganas de verte,
el echarte de menos...
Y todo por pensar
en esa cautivadora sonrisa.*

Jueves.

Ella abría el restaurante.

Y yo me quedé en casa.

Me quedé en casa pensando miles de veces y borrando el mensaje que la enviaría para decirle que no podía pasar por el local ese día. El anterior día, en la comida, todos quedamos en no verla y mandarle un mensaje de que no podíamos ir con ella a ningún lado. Es decir, trabajaría todo el día, sola, hasta la noche.

Me sentía mal.

Luego recordaba lo que la esperaba y se me pasaba.

Kyle

Hola!! No puedo quedar hoy, Steve me tiene ocupado. Hasta se ha levantado pronto y eso es propio de mí. Mañana llegaré antes

Roxanne

No pasa nada. ¿Te dejo la llave y abres tú por mí? :)

Kyle

No me eches mucho de

Roxanne

No me eches TÚ de

Kyle

Demasiado

Apagué el móvil para no ver más mensajes suyos, ni acabar yendo al restaurante a pasar el día con ella, ni decirle que en realidad sus amigos y yo teníamos una sorpresa para ella, que lo sabía todo y me parecía muy mal que no me dijera que era su cumpleaños. Me estaba conteniendo mucho.

Aunque lo que no sabía era que Noemí pasaría por la mañana, pondría un cartel de cerrado y así no trabajaría nada. Por otra parte, Marvin y Rochelle habían denegado todas las cenas y comidas encargadas el jueves y cambiado las que había reservado Roxanne. Es decir, prácticamente, no iba a trabajar nada.

—¡Steve! Arriba. —Lo siguiente lo susurré—. Antes de que acabe por arrancarme los pelos. Ahora entiendo a Noemí.

Me había enviado un mensaje antes y me sentía muy identificado con ella.

Noemí

Kyle, Kyle, Kyle!!!! Me siento la peor amiga del mundo. ¿Por qué no me quitaste el móvil cuando pudiste?

Kyle

Créeme, tengo ganas de tirar el mío por la ventana. Voy a irme antes a clase o me iré directo al

Noemí

Eso si no lo hago yo antes. Por cierto, Rochelle ya hizo todo y yo ya puse el cartel sin que se diera cuenta. Todo

Kyle

Perfec

Era todo un alivio que se les hubiera ocurrido todo eso, a pesar de arriesgarse si su jefa se enteraba de algo así. Acabaría trabajando yo con ella si no fuera por su idea. Era la primera vez que se encargaba ella sola un día

entero, y no negaba que pudiera, pero eso era demasiado.

—¿Hoy no era el cumpleaños de Roxanne? Vete a felicitarla y déjame dormir —se quejó Steve haciéndome rodar los ojos.

—Ya te dije que no puedo decirle nada hasta la fiesta sorpresa. Ni siquiera pasar por su restaurante. Venga o el siguiente vaso de agua irá directo a tu cama.

—Me debes una.

—Y tú a mí cincuenta. Te restaré una de esas. ¡Arriba! Y, por cierto, la fiesta es aquí.

—¿Qué?

Salí corriendo de la habitación para no escuchar nada y le hice el desayuno, no podía quejarse de compañero. Le había contado todo sobre la fiesta, pero no sobre el lugar donde se haría. De todas formas, no le importó nada, solo el hecho de que no se lo había contado antes.

Después de mandarme varias veces a la mierda por el sueño que tenía por mi culpa, fuimos a clase. Las clases ese día fueron las más largas de toda mi vida. Miraba el reloj a las 10:22 y diez minutos después eran las 10:25. Algo ahí no estaba bien, las horas pasaban muy lentas. Hablé con Noemí en todas las clases por mensaje, a escondidas del profesor, intentando no sacar el tema del cumpleaños y olvidarlo por un rato.

No lo logramos, obviamente.

Ese día volvieron a recogerme Noemí y Lily en compañía de Marvin y Rochelle. Steve se fue con su novia a su apartamento, al de ella, antes que nosotros, deseándome suerte. Comimos en un restaurante barato, pero que era famoso por sus platos estrella e intentamos pasar del tema, sin conseguirlo.

—¿Soy la única que ha apagado el móvil?

—Creo que todos —contestó Rochelle a Noemí y todos asentimos—. Que sepas que te echaremos la culpa a ti, Kyle. Fue tu idea y nosotros te seguimos.

—Ya me imagino a todos gritando: ¡Feliz cumpleaños! Y luego Rochelle: fue idea de Kyle —dijo Marvin gesticulando todo exageradamente. Típico de él por lo que había visto.

—No, por favor —pedí—. No quiero morir hoy.

Hicimos todas las tareas que había que hacer, separándonos en varias ocasiones y evitando pasar por el restaurante lo menos que podíamos para acabar en mi casa. Lily se subió a mi espalda mientras llevaba en una mano dos bolsas y en la otra, las llaves. Era una posición arriesgada en ese momento.

Abrí la puerta y solté a Lily para que recorriera el lugar como quisiera. Miró cada rincón mientras dejábamos las cosas encima de la mesa de la cocina. Estaba tan feliz que ni siquiera la reconocía. Si mi sonrisa no podía desaparecer por el día que era, con ella ya era imposible.

—Es perfecto. —Se asombró Rochelle—. Allí podemos colgar globos y en la mesa entra toda la comida y más. Necesito el frigorífico para guardar la tarta. ¿Y las velas? ¿Dónde están las velas?

—Aquí. —Las cogió Noemí del fondo de una de las tantas bolsas que teníamos. Eran el número seis y dos—. ¿La ponemos sesenta y dos?

—Yo voto por poner solo el seis —murmuró Marvin.

Los tres se rieron y sonreí, eran un grupo de lo más unido y eso se notaba nada más verlos juntos un solo segundo. Cuando vi las velas me di cuenta de que no sabía ni la edad que tenía, porque ni siquiera me importaba.

Busqué a Lily por si acaso se había metido en la habitación de Steve y encontraba cualquier cosa que no debería, pero estaba en la mía. Vi que se ponía de pie en mi cama, descalza, para coger un muñeco que había en una estantería. Era un oso blanco que recordaba tener desde pequeño. Si mi mente no fallaba, me lo regaló mi madre cuando saqué mi primer diez en las notas. En esa época adoraba los peluches y ella comenzó a darme uno cada vez que sacaba sobresalientes. Acabé teniendo exceso de peluches y falta de espacio.

Me acerqué sigilosamente por detrás, pero no se sorprendió cuando me vio y miró hacia abajo al coger el oso. Se sentó, tímida, y me dirigió una mirada rápida. Me extrañé, nunca la había visto así.

—¿Te gusta?

—Mucho. ¿Puedo tenerlo hasta que me vaya?

Sus ojos pequeños me suplicaban que la respuesta fuera afirmativa. Y yo no podía negarme a eso. De todas formas, nunca me habría imaginado encontrarme con ella, ni adorar tanto a una niña. Se supone que en la Universidad solo conoces estudiantes, aquel grupo había sido toda una sorpresa para mí.

Me senté en el borde de la cama con una sonrisa en los labios y puse mi puño en mi barbilla fingiendo hacer que pensaba. Oí unos pasos que se acercaban mientras hacía eso. Supuse que nos buscaban.

—Primero tengo que hacerte una pregunta. —Ella asintió sin dudar—. ¿Qué notas tienes en la escuela? ¿Estudias mucho?

—Sí. El año pasado saqué todo ochos menos un siete y un diez en inglés. La profesora dice que soy muy buena con los idiomas nuevos.

Sonreí. Mi primer diez también fue en inglés, pero quizá con unos años más. Tuve que esforzarme mucho porque fallaba en el vocabulario. Años después, me sabía todo y más.

—Quédatelo, como regalo. Lo vas a usar más que yo.

—¿De verdad? Mamá dice que no quite cosas de los demás. —Ví de reojo a Noemí en la puerta y sonreí, ella también había visto a su madre—. Dice que a veces cojo cosas que no son mías.

—Eso es porque eres una niña. Y las niñas como tú cogen mucho cariño a las cosas con solo mirarlas. Eso no es malo. No me estás quitando nada, yo te lo regalo.

—Lo llamaré Kyle, como tú. Así me acordaré de ti.

—Te juro que tengo ganas de comérmela a besos —confesé mirando a su madre. Cogí en brazos a la pequeña y abrazó el peluche con muchísima fuerza—. Me encanta tu hija. Es un amor. Va a ser una hermosa persona de mayor.

—Lo sé, gracias. Me alegra que os llevéis así de bien. Ahora vamos, hay que colocar cosas pero ya. Marvin ha salido a ver cómo va el restaurante y ya está recogiendo, creo que se ha dado cuenta de todo.

—¿Tan pronto?! —Miré el reloj y abrí los ojos como platos—. Yo la distraigo un poco, vosotros colocad todo.

Minutos después, me echaron literalmente de mi propia casa para ir a recoger al aparcamiento por sorpresa a Roxanne. Habíamos quedado en que me ayudarían, pero tendría que pasar unos segundos con ella mientras intentaban no hacer ruido al acercarse. Al menos no tenía que distraerla, que se me daba fatal, pues todo estaba preparado.

Lo que no sabían era que yo mintiendo era horrible.

Intenté ser sigiloso mientras encontraba su coche. No fue difícil y, además, ella aún no había llegado. Tardó unos segundos hasta que el coche hizo el ruido de haberse abierto a distancia. Yo di un salto del susto y suspiré antes de que el corazón se me saliera del pecho.

No sabía ni cómo entrar en escena. Tampoco tenía tiempo de pensarlo, estaba llegando ya y tenía que evitar que se fuera a casa. No podía fallar de esa manera. Me sentía con la peor presión del mundo.

Cuando estuvo a punto de llegar al coche y antes de que abriera la puerta, aparecí en su campo de visión dando un salto que me pareció de lo más patético. Daba igual, debía sonreír y hacer como si lo hubiera hecho aposta y lo hubiera pensado anteriormente, cuando era todo lo contrario. Había tenido dos segundos de margen y fue lo primero que se me ocurrió para no matar a

alguien del susto.

El susto se lo llevó igual.

Y quizás el que muriera por hacerlo fuera yo.

Se puso una mano en el corazón y con la otra se apoyó en el coche. Su respiración se había acelerado, aunque seguía sin superar la mía. Me acerqué varios pasos para quedar a su lado y me llevé un puñetazo en el brazo.

—¡No me asustes así! ¿Pretendes matarme?

—Perdón, no sabía cómo hacer para no asustarte, pero es que casi no llego y venía corriendo de casa.

Frunció el ceño al instante y miró a su alrededor, centrando su mirada en la dirección por la que se iba a mi apartamento, que era justo la contraria por la que había aparecido.

Me había pillado en cuestión de segundos.

Yo no valía para eso.

—Tu casa es por allí. ¿Por qué has aparecido por ahí?

—He dado un par de vueltas hasta encontrar tu coche. Me pierdo hasta en un aparcamiento, ya sabes. —Sonrió. Eso ya era más creíble—. Iba a... Ver a Steve que me había pedido algo, en realidad, pero me pareció verte y dudé. ¿Qué haces aquí? Los jueves no trabajas por la tarde, ¿no?

—Marvin y Rochelle no pudieron venir y tuve que quedarme en su puesto. Igualmente no sé qué pasó con los encargos, todos fueron cancelados y no ha venido mucha gente. He cerrado antes. La jefa va a matarme. —Suspiró bajando la cabeza.

—No tiene por qué enterarse. —Le guiñé un ojo y puse mis manos sobre sus mejillas—. Oye, ¿qué pasó con tu sonrisa? No quiero que se vaya por nada, ¿eh?

—He tenido un día... Extraño, nada más. No me esperaba encontrarte. Ha sido una bonita sorpresa.

Y la que te esperaba, pensé.

Quitó una mano de su mejilla y la bajé hasta su cintura para empujarla hacia mí y juntarnos de una vez por todas. Su expresión me confirmó que lo del otro día había pasado porque los dos lo quisimos así.

Quería confesárselo todo: que todos nos estaban esperando, que sabía que era su cumpleaños, que debería habérmelo contado... Pero me interrumpió al instante. Unió nuestros labios, repitiendo lo que me negaba a querer repetir miles de veces durante toda mi vida.

Se separó antes de lo que me esperaba. Frunció el ceño y se giró, dándose

cuenta de que estaba rodeada de caras familiares. Lilly corrió hacia su madre que nos observaba con Marvin y Rochelle desde unos pocos metros.

—¡Feliz cumpleaños!

—Pero, ¿qué...?

—Fue idea de Kyle.

—¡Rochelle! Quedamos en no decir eso —me quejé.

22. OTRA MITAD

*No necesitabas palabras,
tu expresión lo dijo todo.
Me pareció ver a una niña pequeña:
su energía, su vitalidad, su alegría...
Y, por un momento, la realidad se quedó a un lado.*

Su expresión fue un claro resumen de todo lo que pasaba por su cabeza. Sonrió de par en par cuando vio a todos sus amigos, pero cambió totalmente al verme. Se separó unos centímetros de mí, sin creérselo aún.

—¿Qué...? Espera, no... No entiendo. Muchas gracias, pero... —Me miró por cuarta vez en unos segundos y me señaló con dedo acusador—. Tú lo sabías, ¿desde cuándo?

—Mucho. ¿Dos semanas, más o menos? Me parece fatal que no me lo contaras, por cierto.

—Idiota.

No pudo evitar enseñar su sonrisa. Esa sí era de las suyas, de las que iluminaban. Se tiró a mis brazos, casi tirándome al suelo por no esperármelo, y yo me reí por el repentino cambio de su rostro. Comenzó a reírse y, después de abrazarme, fue uno por uno aplastando a todos y terminando por Lily.

—Gracias, gracias, gracias —murmuró a cada uno de nosotros—. Sois horribles, no me avisasteis. Siempre lo hacéis, ¿qué ha pasado este año? Me habíais asustado de verdad.

—Ya te he dicho que ha sido culpa de Kyle —dijo Rochelle encogiéndose de hombros y haciendo que Roxy se girara hacia mí—. Dijo que no hacíamos bien la fiesta sorpresa porque siempre sabías de su existencia. La idea fue suya. Necesitábamos una cabeza pensante nueva.

—Tú y yo vamos a hablar en privado seriamente —me avisó la cumpleañera con una mirada que habría lanzado rayos láser si hubiera podido.

—Venga, menos hablar y más andar. Tengo hambre y Lily también, ¿a que sí?

Marvin tenía cogida de la mano a la pequeña que asintió ante su comentario. Comenzamos a andar después de que Roxy cerrara su coche y nos dirigimos hacia mi casa. Ella supo al instante dónde estábamos yendo, pero Noemí le puso una mano en la boca para que no hablara.

—Nada de preguntas hasta la cena.

Abrí la puerta de mi apartamento y se topó con las letras colgadas que formaban *Feliz cumpleaños* en colores brillantes. Lily le tiró varios globos para que se riera y no se quedara muda.

—Os odio. Al menos cuando me avisabais podía quejarme y prepararme un poco antes.

—¿Las dos cosas a la vez? —bromeé y me llevé otro codazo más fuerte que los anteriores de su parte—. Puedes quejarte todo lo que quieras y no vas mal.

Noemí corrió a mi habitación, donde habíamos dejado todos los regalos y volvió con una caja envuelta en regalo. Se la dio con una sonrisa mientras veía que quedaba poco para que se le escaparan las lágrimas, a pesar de que quisiera ocultarlas.

—Vas a ponértelo y no hay excusas, ¿vale? Y ahórrate decir que no hacía falta que te diéramos nada. Ya sabes que decirnos eso es como hablar con la pared: inútil y una pérdida de tiempo.

—¿Quieres ayudarme tú? —preguntó a Lily. Ella asintió y arrancó el papel de regalo sin cuidado, dejando ver una caja blanca—. ¿Qué...? —Cogí a Lily para que quitara la tapa delicadamente y se le cayó una pequeña lágrima cuando vio el vestido blanco—. Dios mío, qué bonito.

—Vamos, pruébatelo —comentó Marvin.

—No quiero mancharlo.

—Te pondremos un babero. No pongas excusas —dijo Rochelle mientras la empujaba en dirección al baño. Nos lanzó varias miradas asesinas por el camino a cada uno.

Cuando oímos que la puerta se cerraba, celebramos en silencio. Rochelle y Noemí se abrazaron y Marvin y yo chocamos los cinco mientras nos reíamos. Cogimos la cena y la servimos en la mesa, dejando a Lily en el suelo entreteniéndose con cualquier cosa.

El mundo se paró en cuanto la vi entrar con el vestido puesto. Si hubiera un nivel más allá de reina, ella estaría ahí. ¿Cómo no se me ocurrió comprar la corona? Mi hermana me lo habría recordado. Habría sido una cosa de niños, pero encajaría perfectamente.

—La baba, Kyle. —Se rio Rochelle.

—No se me cae la baba.

—No me refería por fuera.

Marvin se aguantó la risa y Noemí asintió, de acuerdo con ella. Rodé los ojos negando con la cabeza. Me coloqué detrás de la silla de la esquina y la moví como si fuera un camarero.

—Póngase presidiendo la mesa, querida reina —dije mientras Marvin hacía una reverencia exagerada. Ella negó con la cabeza, divertida, y se sentó—. ¿Quieres al final el babero?

—No, gracias —dijo mientras todos nos sentábamos—. Ahora que ya puedo hacer preguntas, aunque cenemos, quiero que me expliquéis todo. —Se dirigió a mí mientras cogía un cubierto—. ¿Quién te dijo lo de mi cumpleaños?

—Lily. —Sonreí.

—¡Yo no fui! —gritó ella al instante—. ¡Fue mamá!

—Te estás ganando otro codazo. —Me sonrió y yo no pude evitar reírme—. ¿Y el cartel de cerrado? ¿Y las citas que había para hoy? ¿Fuisteis vosotros? —Casi nos caemos de la risa.

La cena pasó entre risas y sorpresas. Confesamos nuestro plan desde el principio y empezó a unir cosas y quejarse de lo malos que éramos. Podía llamarme horrible, pero su cara decía otra cosa muy distinta y eso no se comparaba con nada. En toda la cena no hubo cinco segundos seguidos que su sonrisa no iluminara el lugar, y eso me hizo feliz.

Recogimos todo, menos Roxanne que no dejamos que se acercara al lavaplatos, y nos mudamos al salón donde nos sentamos Marvin, con Lily en su regazo, y yo en un sofá y las chicas en otro. Allí tomamos la tarta donde sopló las velas que ponían 26 y reíamos por Lily que se llenó la cara de chocolate.

Siete años. Nos llevábamos siete años.

No era para tanto.

—¿Todavía hay más? —preguntó cuando la dimos el otro regalo, aunque no el último—. Con la sorpresa ya era suficiente, de verdad. —Quitó el papel de regalo con delicadeza y cogió el álbum con cuidado—. No me fastidies... ¿De dónde habéis sacado tantas fotos?

En cuanto pasó las hojas y empezaron a salir las que hice el otro día, me miró de reojo y desvié la mirada inocentemente. Lily me señaló y Marvin se echó a reír. Lo cerró negando con la cabeza y me miró directamente.

—Creí que dijimos que las ibas a borrar.

—No recuerdo tal cosa.

—Te daría si estuvieras más cerca. Gracias —dijo dando otro abrazo a las que la rodeaban—. Os quiero mucho, de verdad. No me lo esperaba.

—¿Creías que nos íbamos a olvidar de tu cumpleaños?

—No sé. De Noemí ya no sabía qué pensar, siempre me felicita en cuanto comienza el día. Pero de ti, Marvin... Me esperaba que me felicitaras a las 11:59 de la noche, como aquel año que no estuviste. Y creía que Rochelle iba a entrar en el restaurante y decir: “Vete de aquí que me toca a mí, cumpleañosera”. O algo así.

De repente, su mirada se cruzó con la mía y quedó impregnada en mi alma. Era una mirada profunda en la que estaban pasando demasiados sentimientos como para describirlos: Desconcierto, cariño, diversión... ¿Amor?

Era mi turno y sabía perfectamente lo que iba a decir en cuanto sus labios se separaron para hablar.

—De ti no me lo esperaba y menos en tu casa. Estáis locos. No necesitaba todo esto, en serio. Siempre os digo que solo os quiero a vosotros, no quiero nada más.

Fue en ese momento cuando se derrumbó y todas las lágrimas salieron de golpe. Se tapó la cara con las manos y Noemí la abrazó de inmediato. Todos nos levantamos para aplastarla en grupo. Lily se sentó en su regazo y también fue abrazada por todos, acabando varios por el suelo y riéndonos a carcajadas.

En ese momento me sentí parte del grupo.

Lily se durmió pronto abrazando el peluche encima del pecho de Rochelle. En cuanto me di cuenta, le dije que podía llevarla a mi habitación, que allí dormiría mejor. Lo que no me esperaba era que ella cayera rendida por el sueño a su lado.

Los demás nos quedamos hablando de cualquier suceso gracioso o extraño que recordábamos. Salieron tantos bonitos recuerdos que acabaron siendo las cuatro de la mañana, hora en la que nos rendimos todos por el sueño.

—Quedaos, ya es muy tarde.

—¿Acaso hay sitio para todos? —preguntó Noemí.

—Pues claro. —Me levanté como pude del suelo y nos conté con la mirada. Entrábamos justos—. En mi cama ya hay dos personas; en la de mi compañero, otra persona; y luego hay dos colchones ya preparados por si acaso. Lo difícil es repartirnos.

—Me pido la cama de tu compañero —dijo Marvin al instante

desapareciendo del salón—. Agradéceselo de mi parte. Buenas noches.

Sonreí y lo seguí de cerca. Entramos los dos en la habitación de Steve y saqué el colchón ya con las mantas y la almohada listas para cualquier imprevisto. Noemí se tiró encima en cuanto lo saqué y dudé si se había quedado ya dormida.

—Que alguien ponga la alarma —recordó Marvin—. Excepto Roxy, te libramos de tu trabajo de mañana. Rochelle y yo te cubrimos por lo de hoy.

—No tengo fuerzas para discutirlo. —Se tapó la boca para bostezar y asintió. Buscó el móvil de su amiga en sus bolsillos, moviéndola un poco mientras ella se quejaba, y lo cogió sin problemas—. Se la pondré a Noemí. Tiene que llevar a Lilly a la escuela. Mañana me lo agradecerá.

Y, sin ni siquiera saber muy bien cuándo ocurrió, nos quedamos solos en la cocina. Me pidió un vaso de agua, sentándose en un sofá del salón, y se lo serví con gusto. Pero mientras cogía la botella de agua, recordé que yo no le había dado mi regalo.

Me escabullí despacio para que nadie me oyera y entré un segundo en mi habitación. Cogí la cajita envuelta en la que se encontraba la suya y me puse la mía. Además de eso, logré encontrar, con ayuda de la linterna de mi móvil, mi pijama y algo más por si Roxy no quería dormir con el vestido. Supuse que era incómodo.

Con tantas cosas en las manos casi se me cayó el agua, si no fuera porque ella se dio cuenta y se levantó al instante para ayudarme. Nos sentamos uno al lado del otro y dejé todo encima de la mesa antes de que mi torpeza tirara algo más.

—Gracias por el día de hoy y perdón por no habértelo contado. Aún me niego a aceptar que el tiempo pasa tan rápido. Cada vez que lo recuerdo, me siento...

—No te atrevas a decir vieja o el codazo te lo ganas tú —avisé. Asintió de inmediato y aguantó la risa—. Me sorprendió que me invitaran, me habría sentado muy mal no felicitarte.

—¿Cómo no iban a hacerlo? No paras de perseguirme.

Eso era lo que menos me esperaba viniendo de ella, y de cualquiera. ¿Me estaba acusando de algo? Su sonrisa me hacía ver que sí, pero que no era tan importante como para preocuparse. Yo lo hice igual.

—Oh, perdona, pero fuiste tú la que me sorprendió en ese restaurante tan cerca de mi casa mi primer día de universidad. Yo solo iba a tomar un café.

—Ya, la primera semana. Con el tiempo, qué casualidad, coincidían tus

visitas con mis horarios.

Esa vez sí que me había pillado pero bien. Tenía pensado confesárselo algún día lejano, no uno tan cercano. De todas formas, no me sentía mal por buscarla, me gustaba pasar tiempo con ella, me alegraba las mañanas. A veces sentí que yo también tenía ese efecto sobre ella, o al menos eso quise pensar.

La realidad podía ser otra cosa mucho más distinta.

—¿Tanto se notó?

—No, al menos no para mí, pero hace poco me quedé pensando, até cabos y llegué a esa conclusión que, por lo que parece, es acertada.

—Deje de acusarme, señorita, ya me declaro culpable. Tuve curiosidad por encontrar la diferencia entre la sonrisa de dentro y la de fuera. Me fijo mucho en la felicidad de la gente, sé que la mayoría es fingida, pero la tuya me confundía mucho.

—¿Y por qué buscas eso en las personas?

Me encogí de hombros a pesar de saber la respuesta. Bajé la mirada para pensarlo con más claridad y no ponerme nervioso con su mirada. Funcionó, las palabras salieron solas.

—No sé, quizá porque yo también la he fingido tantas veces que hasta yo había dejado de diferenciarlas. Ahora lo hago, sé cuál es cuál. Créeme que ojalá pudiera robar una sonrisa verdadera a cada una de las personas que la fingen. Tú me robaste la mía. La diferencia era que yo ni siquiera lo disimulaba. Me había cansado de hacerlo. A partir de ese día, quise devolvértelo algún día con cualquier bobada, por eso comencé a buscarte.

Se quedó unos segundos en silencio. Cuando volví a subir la mirada, sus ojos me analizaban por dentro. Tenía el rostro algo serio, como las veces en las que intentaba adivinar lo que pensaba solo con mirarme. Si lo conseguía, que no estaba seguro del todo, daría un poco de miedo.

Jugó con sus manos, supuse que era un gesto nervioso que tenía, y bajó la mirada al suelo haciendo que su pelo cubriera toda su cara. Iba a hacer algo, lo que fuera para terminar con ese silencio, pero lo que dijo me dejó casi sin palabras.

—Lo conseguiste, varias veces.

Sonreí de oreja a oreja. Eso era precisamente lo que necesitaba escuchar. Aparté su pelo, colocándoselo detrás de la oreja, y no logré hablar hasta que nuestra mirada se unió como tantas otras veces. En ese momento, pude llegar a ver algo del brillo que había desaparecido con el tiempo en sus ojos.

—Creo que eso no puede hacerme más feliz. Y... Aunque se me haya ido un

poco de la hora. —Saqué la cajita de debajo de la ropa y se la entregué—. La idea de fue de tu querida amiga Noemí. Además, me dijo que te gusta el ajedrez.

Su sonrisa se amplió todavía más y pareció una niña pequeña abriendo su regalo de Navidad. Dejó el papel en la mesa y abrió la cajita. Cogió la pulsera con sumo cuidado. De repente se dio cuenta de la que llevaba puesta y las comparó, emocionada.

—Me encanta... Gracias. —Se tiró a mis brazos.

No pude evitarlo, lo solté, después de haberlo pensado tantas veces y haciéndome creer que no lo sentía en realidad, que había sido muy rápido como para sentirlo, pero ni siquiera el amor tiene tiempo definido de creación. Estaba harto de fingir sonrisas, de hacer creer que era feliz... Y de no decir lo que sentía de verdad.

—Te quiero.

Y su respuesta me sorprendió.

—Te quiero —susurró.

23. CONFESIÓN

*Temía tocar algún tema que te perjudicara,
pero descubrí que teníamos cosas en común.
Y no precisamente de las buenas.
Deseé volver en el tiempo
para ver a esa niña pequeña,
y salvarla de ese infierno.*

Recordé la mirada de Noemí la primera vez que quedamos solos. Sus ojos decían muchas cosas sobre Roxy que no pude descifrar. Solo ahí pude acordarme y darme cuenta de lo que su preocupación decía por ella.

Supe al instante distinguir el brillo que en sus ojos se había instalado. No era tan intenso como lo fue al comienzo, cuando comencé a visitar el restaurante, pero había recuperado algo de lo que fue. Lo único que necesitaba en esos momentos era saber que estaba mejor.

El abrazo duró segundos y segundos, quizá minutos. Se separó despacio y mirándome directamente. Se puso la pulsera al instante y supe que no me había equivocado. No era bueno en los regalos, eso era un éxito para mí.

—Gracias por todo. No puedo decirte nada más con palabras, me parecen insuficientes para expresar lo que siento en realidad. Y... No creo merecerlo, ni merecerte. No paro de dudar, pero no he mentido en decirte lo de antes. Estoy hecha un lío, Kyle.

—No pasa absolutamente nada. ¿Quién no lo ha estado alguna vez? No te estoy pidiendo matrimonio, Roxy, solo quería que lo supieras. Y no digas que no lo mereces, eso no lo decides tú. Si las circunstancias se dan, tú solo debes seguirlas, si es que las aceptas. ¿Qué problema hay si lo quieres?

—Pensar que no mereces algo es... Es obligarte a negártelo a pesar del bien que sabes que te ofrecerá.

—Deja de mandar tú sobre lo que mereces y lo que no y no le des tantas vueltas. La vida no es tan larga. Yo siempre he dicho que es el destino el que dirige todo. Él sabe dónde dirigirte. Si has hecho algo mal, tropezarás las

veces que necesites hasta aprender de ello, luego la felicidad llega sola. Los baches son solo una fase más. Algunos tropiezan a los diez años y otros lo hacen a los treinta. Tú no lo decides, ellos te escogen a ti.

—No es tan fácil. Tu mente también manda lo suficiente en tu cuerpo como para que te domine. El destino puede cambiar.

—El destino nunca cambia, eres tú quien lo hace. Haz que el corazón gane a veces. Es fácil, tómate un tiempo para pensar y escuchar a los dos, cerebro y corazón, sabrás diferenciar bien las decisiones.

Se quedó callada, dando vueltas a su nueva pulsera y deteniéndose más en la corona que colgaba de ella. Supe desde que la vi que alguien la había puesto ahí para que yo pudiera dársela.

Suspiró y asintió a la vez. Lo que pensaba no siempre le gustaba a la gente, todos decían que eso eran fantasías, que el karma no existe y que no todo era tan sencillo como yo lo veía. Las personas solo querían creer en esas cosas cuando les venía bien.

Las cosas son complicadas porque permitimos que lo sean.

—Me gusta cómo piensas, mucho. Intento que todo en la vida me enseñe a algo, pero la verdad es que tengo muchas dudas acumuladas. Quizás sea eso por lo que me atasco.

—Tiempo al tiempo, dicen. Y en cuanto de eso. —Miré el reloj y suspiré—. A dormir. Es tarde.

—Ay, es verdad, perdón. Vas a morirte de sueño en clase.

—No creo que vaya. Necesito un merecido descanso. Además, no voy a dejarte aquí sola. No es que desconfíe de ti ni nada de eso, pero sería de mala educación por mi parte.

—Me levantaría contigo, no me importa.

—Ni de broma. Dormirás las horas que necesites y yo estaré aquí para prepararte el desayuno. Ya era hora de que me dejaras devolvértelo, ¿no? —Sonrió y asintió. No dijo nada para quejarse—. Te sacaré el colchón. Allí dormirás mucho mejor.

—No digas bobadas, con el sofá me basta. No voy a dejarte solo durmiendo aquí, puede que un fantasma venga a por ti a mitad de la noche.

—Búscate una mejor excusa —dije recordando todas las veces que ella me lo había dicho a mí. Se tapó la boca para no hacer ruido al reír y me dio un codazo sacándome la lengua. Sabía que le había quitado las palabras.

—No me copies.

Sonreí sin llegar a reírme, a pesar de que sí tenía ganas de hacerlo. No

quería despertar a nadie, aunque dudaba que lo hiciera, Rochelle y Lily al menos tenían un sueño muy profundo.

Se acercó lo poco que nos separaba y escondió su rostro en mi pecho, pasando por el cuello primero para dejar un beso que me dio un escalofrío, el cual intenté ocultar. La abracé fuerte contra mí y apoyé la barbilla en su cabeza, después de posar varios besos encima. Olvidé al instante la postura más cómoda del mundo. Fue sustituida por esa.

Me tumbé con ella en mi pecho y la coloqué contra el respaldo para que se pusiera cómoda. La verdad era que a veces sentía que los sofás, si fueran más grandes, serían más cómodos aún que las camas.

Me levanté un segundo para buscar las mantas que Steve dejaba siempre en una silla del salón escondida tras el sofá y cogí una para taparnos.

—¿No quieres cambiarte? He traído alguna camiseta mía por si estás incómoda con el vestido.

Negó medio dormida. Ni siquiera yo tenía tantas ganas como para cambiarme, por lo que lo dejé en misión imposible. Me puse a su lado tapándola bien y cerró los ojos al instante. Oí que decía algo entre murmullos. No había entendido nada de nada.

—¿Qué?

—Tengo curiosidad por saber lo que te hizo Nara. No, Naira. Eso, Naira — bostezó antes de seguir—. Siento que lo que me has dicho tiene algo de relación con ella.

—Quizás. Digamos que tuvimos un pequeño bache en nuestra vida simultáneo.

—Espero que lo hayas superado.

—Tú me has ayudado a eso.

Cuando bajé la mirada, Roxanne se había quedado dormida. Sentía su respiración calmada contra mí. Quizá eso último ni siquiera lo escuchó, pero tampoco tenía fuerzas para pensarlo. Caí dormido después de ella. La noche se hizo también para nosotros.

*

La luz se hizo hueco por las cortinas. Me desperté de la misma forma en la

que me dormí, aunque con algo más de calor. Me quité mi parte de la manta y se la puse a ella, que estaba de espaldas a mí y acurrucada contra el sofá. Mi brazo seguía rodeando su cuerpo y ni siquiera me había dado cuenta de cuándo se había movido.

Puse los pies en el suelo poco a poco haciendo el menos ruido posible y logré levantarme del sofá. El reloj marcaba las once y media de la mañana. No era una mala hora cuando te habías echado hacía apenas siete horas.

Descubrí que todas las habitaciones estaban vacías y las camas hechas. Habían dejado una nota en mi mesita de noche, no reconocí la letra, pero estaba firmada por todos. La firma de Lily ocupaba la mitad del papel.

“Gracias por todo, Kyle. A pesar del sueño con el que nos hemos levantado, lo repetiríamos miles de veces. Te dejamos todo recogido y nos vemos pronto. No dejes que Roxanne vaya a trabajar. Bienvenido al grupo de la locura en persona.”

Sonreí solo con leer las primeras palabras. Me saldrían unas pequeñas lagrimillas si no estuviera muriéndome del sueño. No me permitía dormir más o no me despertaría hasta la tarde y eso descontrolaría mi horario. Me había pasado demasiadas veces como para aprender la lección y sabérmela de memoria.

Guardé la nota en el primer cajón y me cambié de ropa rápidamente. Recordé coger los libros de los que ya había apuntado todo lo que necesitaba para dárselos. Me aseguré de que Roxanne seguía dormida, aunque se había cambiado de nuevo de postura. Preparé café sin hacer ruido por si se despertaba y metí una napolitana de chocolate al horno para que se calentara despacio. Quedaban más cremosas.

Me entretuve con el móvil hasta que oí que alguien andaba por la casa. Sonreí al instante. Oí el grifo del baño y, segundos después, se encontraba en la puerta con el pelo peinado y despejada. Aún me fascinaba cómo le quedaba de bien el vestido.

—¿Has ido al baño a prepararte para que no te vea despeinada? Me siento en desventaja —comenté imaginando los pelos que debía de tener yo.

—Buenos días a ti también. Y sí, no quiero que te espantes tan pronto.

—No me espantas, tonta.

—Eso es porque no me has visto.

Negué con la cabeza, rodando los ojos a la vez, y llené dos tazas de café con leche. Indiqué con la mirada que podía sentarse y lo hizo sin parar de mirarme. Me ponía un poco nervioso, pero no podía dejar que me afectara o el café se iría directo a estrellarse contra el suelo.

Puse una delante de ella y otra al lado, donde me senté.

—¿Te desperté?

—No, comenzó a oler a chocolate y el hambre me obligó a levantarme.

Me eché a reír sin querer. Su respuesta me sorprendió, era la última respuesta que me esperaba. Apagué el horno y saqué la napolitana de ahí para ponerla en un plato y dársela. Cogí una manzana del bol de las frutas y me volví a sentar mientras ella fruncía el ceño.

—Qué sano. Aunque no me creo que hicieras esto para mí. No sabías que iba a despertarme.

—Tú aparentas ser perfecta por las mañanas y yo que como manzanas todas ellas —la sorprendí dando un mordisco a la fruta.

Me sacó la lengua, pero su sonrisa la delató. Le di los libros y los dejó a su lado para que no se la olvidaran. Me dijo que esta semana los devolvería.

Comimos sin hablar demasiado, aunque la pregunta que llegó después supe al instante dónde quería llevarla en realidad, a pesar de parecer de lo más normal. De igual forma, contesté como si no lo supiera e hice como si no me importara.

—¿No vino Steve?

—No. Ya sabes, está con Naira. Está teniendo algún problema que aún no me cuenta y se ha quedado con ella unos días.

Y no es que no me importara de verdad, sino que comprendía a mi amigo. No sabía muy bien en qué lío se había metido Naira ni hasta qué punto lo estaba implicando a él, pero cada vez que lo pensaba me preocupaba un poco más.

Asintió dando vueltas el café. Perdió la mirada en las ondas y me devolvió una sonrisa tierna. Sentía que quería que me sintiera comprendido por ella y lo conseguía al primer intento, por eso siempre la sonreía de vuelta.

—¿Qué de importante fue Naira en ese bache que me dijiste ayer?

—Ella fue el bache.

Creí que estaba lo bastante adormecida como para que no se acordara. Ya vi que me equivocaba. Agarró su corona para verla de nuevo y sonrió. No entendí muy bien el motivo. Supuse que ocurrió como cuando estás andando por la calle y recuerdas algo, sonríes, a pesar de que la gente no lo entienda.

Asentí, decidido en contárselo. Necesitaba superarlo ya y dejarlo para mis adentros no era la manera adecuada, sentía que me oprimía cada vez más. Terminé el café de un sorbo antes de comenzar a hablar y no desvié la mirada de la mesa. Ella no dijo nada, esperaba sin meterme ninguna prisa.

—Me utilizó. Nos conocimos a principio de curso junto con otros amigos. Comenzamos a llevarnos más y, cuando mandaron un trabajo, no dudamos en hacerlo juntos. Tuvimos una relación por unos meses y entregamos el trabajo, sacamos un sobresaliente. Al día siguiente de ello, una amiga suya me contó que había estado con otro chico. Y otra amiga me confesó que esa chica me lo dijo porque Naira se lo había pedido. Quería que yo rompiera con ella para que no pensara que me había estado utilizando. Si rompía cerca de la fecha de entrega, yo dudaría de ello, pero su plan salió mal.

Sentí que si despegaba los ojos de la taza, las lágrimas se saldrían de mis ojos. Ni siquiera me importó en ese momento, necesitaba soltarlo todo. No sabía por qué no quería hacerlo por mucho que me repetía que llorar era algo bueno que me ayudaba.

Supuse que la presión de la sociedad funcionaba así. Los chicos eran los fuertes, los que nunca debían llorar. Llorar te hacía débil. Pero hasta los más fuertes necesitan soltar lágrimas. Estaba harto de que la sociedad tuviera tantos estereotipos. Nunca debió aparecer esa palabra en el diccionario.

O se rompían esos estereotipos, o serían las personas las que se romperían.

—Contacté con la amiga que me lo contó todo e interrumpí a Naira cuando fueron a tomar algo ese mismo día. La separé de todas para que no lo escucharan, mi misión no era dejarla en ridículo. Se lo dije seriamente, sin alterarme ni un segundo: “Me he enterado de todo. Si querías que te dejara sin que supiera en realidad que me habías estado utilizando para el trabajo, no lo has conseguido, pero sí has obtenido tu propósito. Por cierto, quizás una de tus amigas no te guarde tan bien los secretos”.

—¿Así tal cual se lo dijiste? —Asentí. Una pequeña lágrima cayó antes de levantar la cabeza y mirarla—. ¿Y supo quién fue la que te lo contó todo?

—Claro, me suplicó que dijera quién fue, y lo hice. No quería que alguien a quien llamaba “amiga” la traicionara por detrás, por mucho que me ayudó en la situación. Además, me enteré que iba diciendo cosas de ella que no eran reales. Eso fue lo que me impulsó. —Asintió, atenta a lo que contaba—. Le mandé un correo al profesor y le conté que ella no había hecho nada en realidad. Suspendió la asignatura y creyó que fue por el examen. Hace poco se enteró de la verdad. —Me encogí de nuevo de hombros y me acordé de algo que no había contado—. Días después de decírselo al profesor, Steve me reveló que estaba con ella, no de forma seria, pero que le gustaba.

Se quedó atónita.

—¿Fue con quien te engañó?

—No, nada de eso. Él sabía que yo estaba con ella, no me habría hecho eso nunca. Sé quién fue, pero ni siquiera me llevo con él.

—Por eso ahora Steve va con cuidado con los dos. He notado cómo buscas algo cuando llegamos a tu casa. Buscas su coche, por si está, y piensas si está con Naira. —Asentí frunciendo el ceño. No sabía que se fijaba en tantas cosas —. Os vi un día en el semáforo cercano al restaurante. Sé que él conduce. No sé qué pensar de él, la verdad. ¿No sabe lo que has sufrido por ella? Creo que...

La corté al instante negando la cabeza y cruzando los brazos. Quizás lo culpé al comienzo de que saliera con ella, precisamente con la que me hizo tanto daño, pero al ver cómo se miraban supe que eso no iba a ser cuestión de dos días, sino que había algo más que los unía, y yo no era nadie para separar a dos personas con tanta conexión en una sola mirada.

Sonreí de una forma que se notaba a distancia que era fingida y me señalé la boca. Ella lo comprendió al instante. Se puso tan seria que casi no la reconocí.

—¿Recuerdas lo que te dije de fingir sonrisas? Esa fue una época que se llenó de ellas, excepto cuando te visitaba por las mañanas.

—No debiste hacerlo. Es tu amigo.

—Se quieren de verdad, lo supe en cuanto los vi. No quería que mi bache interfiriera en su época de felicidad. Llevan ya meses unidos y son el uno para el otro. No soy nadie para interferir.

—Ya, pero... Él debe entender la situación.

—Lo hace, por eso tiene tanto cuidado con juntarnos en un mismo espacio. No quiere que haya una explosión y matemos a todo el que esté a cierta distancia. Igualmente, no hablamos mucho del tema, no es sentimental. Por eso no suelo contar mis cosas a nadie. Me las guardo donde mejor se conservan.

—Hasta que explotes.

—Hasta que explote. Y no tardaré mucho.

Mi confesión la sorprendió. No quise ser tan directo pero, sinceramente, me salió sin querer. Aún no estaba seguro de cómo no había explotado antes. Lo único que sabía con certeza era que no duraría mucho en ese estado.

Bajé la mirada a la mesa ya que la suya volvía a profundizar en mi alma. Sentía que solo necesitaba unos segundos más para saber todo lo que me preocupaba en la vida. No dudaba de su capacidad para hacerlo.

Mi móvil se encendió para enseñar un mensaje que me acababan de mandar. Lo leí en cuanto vi que era de mi padre. Solo una lectura necesité para

cerrar los ojos y necesitar suspirar para que mis nervios no acabaran conmigo. Lo leí por segunda vez por si no me había confundido al leer. Eso era lo que yo quería, pero sabía bien que era la realidad en la que tenía que vivir a partir de ese día.

Apreté los puños donde quiera que los tuviese, pues ni en eso podía concentrarme. No pensé ni en disimular una sonrisa o una expresión de felicidad. No podía. No estaba seguro de poder hacer otra cosa que controlar mis nervios y ganas de gritar.

Sentí la mano de Roxy al lado de la mía. Era obvio que había notado mi cambio de actitud. Ya podía imaginarme su expresión. Abrí los ojos para cerciorarme de que era así, pero me había saltado toda su preocupación. Toda la que acumulaba en una sola mirada. Y no quería ni pensar en lo que transmitía la mía.

—¿Ocurre algo?

—Un solo mensaje puede destruir el día más hermoso del mundo.

Y el que acababan de enviarme lo había hecho.

24. SEXTO LUGAR

*Acabé pensando que las cajas de sorpresas
tenían menos secretos que tú.
Y yo solo tenía un objetivo en la vida:
descubrir cada uno de ellos.*

Me fui de inmediato al baño. Cerré sin mirar atrás. Apoyé las manos en el lavabo con firmeza y respiré profundamente varias veces antes de que tirara algo al espejo. Suspiré otras tantas y me sobresalté cuando oí golpes suaves en la puerta. Me sorprendí al escucharlos, habían sido como un susurro. Seguro que era ella. Obvio que era ella, no había nadie más en la casa.

Abrí la puerta y vi su mirada de cariño, a pesar de mi inexistente sonrisa. Me cogió la mano y me acercó para posar un beso en la mejilla. Y otro. Y otro. El último aún más fuerte. El de la nariz fue el que consiguió hacerme sonreír, sorprendentemente.

—Tranquilo, ¿sí? Vendo abrazos, ¿quieres uno?

—¿Solo puedo comprar uno?

—Los hay eternos.

La rodeé con rapidez y me abrazó con toda la fuerza que pudo. Nunca me había abrazado de esa manera. Mis ganas de que siguiera el día se acabaron, desaparecieron, se esfumaron como el humo. Estar en su refugio me salvó de un ataque de nervios próximo. Sabía controlarme hasta cierto punto. Ese ataque me pilló demasiado desprevenido como para poder esquivarlo.

—Oye, podemos dar un paseo. Necesitas despejarte. Me pongo la ropa de ayer y vamos, ¿vale?

Asentí. Recogimos primero todo lo que quedó de la noche anterior y explotamos como niños todos los globos que había. Mi sonrisa volvió a aparecer al poco tiempo. Y desapareció de nuevo. Así minutos llenos de intervalos en los que ella intentaba que permanecieran las sonrisas.

¿Por qué mi padre tenía que arruinarme así el día cuando quedaba poco

tiempo para ir a verlos? Me lo había dejado caer varias veces, lo sabía en realidad, pero esa era la decisión definitiva. Me quedaba poco para visitarlos y no sabía ni cómo mirarlos. No quería pensar por lo que estaba pasando Annie. Mi hermana se llevaba todo lo malo y yo estaba ahí, torturándome.

¿Por qué mis padres dejaron de amarse? ¿Por qué las relaciones eran tan poco duraderas? ¿Dónde quedaron aquellas que duraban toda la eternidad? No sabía por qué sonreí el día en el que enseñé la foto de mi familia completa a Roxanne. Me olvidé de todo por un momento, por un tiempo, y todo había vuelto de golpe. Quizás ella hacía que todo lo demás dejara de tener importancia.

El móvil interrumpió mis pensamientos. El nombre de papá apareció en la pantalla. Lo colgué de inmediato. En unos minutos sonó varias veces y mi humor empeoraba con cada llamada. La última fue de Steve. También colgué. No estaba de humor para nada y mucho menos cuando había soltado lo de Naira. Hablar con él me lo recordaba todo de nuevo. Necesitaba unas horas para poder volver a la normalidad. O quizás un poco más.

Ella se dio cuenta al instante. Me quitó el móvil de las manos sin esperármelo y lo tiró en mi cama sin importarla mucho dónde cayera.

—Se acabaron los móviles por hoy. Nos vamos.

Cogió los regalos para llevarlos al coche y con él fuimos a un parque en la que había gente corriendo, paseando con su perro o pasándolo bien. Me transmitía tranquilidad ver tanto césped con árboles que daban la sombra que muchos querían, el aire suave moviendo la hierba y las hojas... Me gustaba ese lugar.

Me cogió de la mano y no me soltó en todo el camino. A veces se acercaba para darme un empujoncito cariñoso. Hacía todo eso sin tener conocimiento de nada, solo el hecho de que estaba mal la motivó. Me parecía totalmente admirable.

—No quiero verte así. ¿Recuerdas cuando me dijiste que me viste un brillo en los ojos cuando me conociste que ya no estaba? —Asentí con la mirada perdida y se detuvo, haciendo que yo también lo hiciera—. Pues ahora acabo de sentirlo. Tu chispa. Se ha ido. De la noche a la mañana.

—Solo será hoy. Se me pasará.

—No es esa la cuestión, Kyle. Eso es mucho peor. Dime en qué puedo ayudarte para mejorar tu ánimo. Odio que estés así.

—Lo estás haciendo ahora mismo con el solo hecho de estar aquí conmigo. Siento no aparentarlo pero es así.

Me abrazó en mitad del camino y yo la correspondí con gusto. Nunca podría negar uno de esos gestos que tanto me ayudaban a recuperarme de cualquier cosa. ¿Quién necesitaba terapia teniendo abrazos?

Seguimos andando, en silencio. Solo podían escucharse los pájaros que cantaban o algunas pisadas de la gente allí presente. Yo ni siquiera los oía, estaba absorto en mis pensamientos. Lo único que sentía era la calma que me transmitía Roxanne.

—Habla conmigo, no te quedes callado. Cuanto más lo pienses es peor. No sé la gravedad de tu situación, pero quizá pueda entenderte.

—No, no me entiendes, Roxanne. Es más complicado de lo que crees. —Me paré en seco—. Tú no sabes lo que es estar alejado de tu familia y que tus padres te manden mensajes, te llamen y te digan que están bien cuando sabes que es mentira. No sabes lo que es que te vayan hablando del tema y de repente te digan que se separan, que el divorcio está hecho. Ni siquiera sé que va a ser de mi hermana. Y yo no estoy ahí para ella...

Ella se quedó en silencio, mirándome con... No supe descifrarlo. Bajó la cabeza y, cuando subió la mirada de nuevo, parpadeó varias veces, demasiadas. Iba a llorar, sus ojos estaban cristalizándose muy rápido. Me acerqué, arrepintiéndome al instante. Quizás lo dije de una forma brusca. No supe qué había ocurrido para que se pusiera así.

Se apartó, dio un paso hacia atrás negando la cabeza reiteradamente. Me quedé de piedra.

—Tienes razón: no sé lo que sientes, pero sé lo que siente Annie.

—¿Qué?

—Yo soy esa hermana pequeña. Yo soy esa niña que estuvo en mitad del divorcio de sus padres y su hermana mayor no podía hacer nada por ella porque la había dejado tirada. —Su mirada se inundó, al igual que la mía comenzó a llenarse de agua—. No sé qué sensación es peor de las dos, Kyle, pero te aseguro que la mía no es mejor que la tuya.

Oh, Dios mío.

Metí la pata.

La metí hasta el fondo.

Me quedé mudo y paralizado sin saber qué hacer. Había descubierto algo de ella y no era precisamente bueno. Había sufrido, estaba en la misma situación que mi hermana pequeña, y yo cada vez me preocupaba más por ella, por mi hermana... Por la vida, en general. No podía creerme que nuestra situación fuera tan parecida y no haber pensado que podía ser así, no, tenía

que echárselo en cara y me equivoqué.

Se tapó la cara con las manos intentando pasar las lágrimas y no pude evitar abrazarla fuerte contra mi pecho. Agarró mi camiseta con una mano y con la otra se limpiaba las lágrimas. Sentí que ya se había librado de algo, pero sospechaba que no era lo único.

—Lo siento mucho, Roxy. —Me quité varias lágrimas también que cayeron por mis mejillas al imaginarme todo—. No sabía...

—No lo sientas. No podías saberlo. —Negó con la cabeza y su respiración se tornó más tranquila segundos después—. Odio que la gente me mire con pena, por eso no se lo cuento a nadie. Sé lo que se siente en estos casos. No me gusta que los demás también lo sientan. Y mucho menos una niña como lo es tu hermana.

—Eres una caja de misterios, reina. —Posé un beso en su cabeza y la quité varias lágrimas—. Parece que las tornas se han dado la vuelta. Perdón por haber metido el tema, no sabía que iba a desembocar así. Vamos a sentarnos en algún lado.

Asintió varias veces y rodeé sus hombros para caminar junto a ella hacia cualquier sombra. El sol molestaba aunque seguía haciendo algo de fresco. El tiempo iba como le daba la gana, como siempre.

Nos sentamos en la sombra de un árbol y me apoyé en él abriendo las piernas y dejando que ella se sentara entre ellas. Se puso de lado y pude abrazarla mientras su cabeza descansaba en mi pecho. Se estaba tan bien a su lado y me sentía tan mal aún por haber sacado el tema sin querer.

—¿Cómo lo superaste? —pregunté.

—No siempre se supera, a veces se vive con ello y ya está, te aguantas. —Se encogió de hombros y empezó a jugar con la corona de mi pulsera—. Y cuando digo que no siempre me refiero por culpa de alguien que se vaya y no vuelva para dejarte ahí. Sola. Porque sí. Y tienes que pasar tú sola el mal trago.

—¿Tu hermana? —Asintió—. No entiendo cómo un hermano puede hacer eso. Yo estoy a unas cuantas horas de la mía y ya me siento mal. De verdad que desearía estar allí ahora mismo.

—¿No pensaste en estudiar más cerca?

—Claro que lo pensé, pero me dieron una beca completa aquí y mis padres no dudaron en traerme a pesar de que tampoco nos lo permitimos mucho. Me esfuerzo todo lo que puedo para sacar buena nota y no pagarla después, ni que me quiten la beca. Si lo hacen, dejaría de estudiar.

—¿Y qué hay del piso? Aquí son muy caros y solo sois dos personas.

—Es de un amigo de mi padre. Nos lo rebajó un poco y no dudé en aceptarlo. Viajo a verlos solo en las fiestas importantes, es lo único que me permito.

—Comprendo. Lo aprovechas bien, sin duda. Créeme que si ahora suspendes alguna no solo te matarían tus padres sino que yo también. —Asentí ante su amenaza y sonreímos—. Tu hermana podrá con ello. Es afortunada teniéndote a ti. Tienes que estar a su lado siempre, asegurarla que estás ahí y que no te vas a ir nunca. Al principio será duro, pero podréis salir adelante, lo sé.

Apreté más el agarre con el que la rodeaba y ella se acurrucó más a mí. Sus ánimos me ayudaban a no decaer en todos mis malos pensamientos. De repente pensé que Annie necesitaba sus consejos más que yo. Mi hermana pequeña requería los consejos de alguien que estaba o había pasado por lo mismo. La verdad era que la curiosidad por Roxanne seguía latente en mí y cada vez iba más en aumento.

—¿Crees que algún día podrás acompañarme a conocer a Annie? —Me miró, asombrada—. Yo no sabré cómo actuar. Ella necesita a alguien como tú que la aconseje por... Por lo que has pasado, ya sabes.

—¿La has hablado de mí?

—Quizás. —Su mirada buscó la mía. Yo la desvié como si no hubiera dicho nada. Luego solté una carcajada—. ¿Qué? Solo dije que había encontrado a una chica que me gustaba un poco. —Entonces los recuerdos me sobrevolaron y no pude evitar decir lo que ella me contaba cada noche que hablaba de ella—. Me decía que la casa es un castillo porque yo la llamo princesa. Es mi princesita. Siempre que me veía con una chica, aunque fuera una amiga solo, me preguntaba si ella era mi reina.

Ese era el motivo de su apodo. Desde que mi hermana nació, el mundo me dijo que algo cambiaría. Mi vida fue la que lo hizo.

Yo era mayor, bueno, adolescente, pero el amor que sentí por esa princesa no se pudo comparar con nada. Comencé a salir menos por pasar tiempo con ella, dejé de ir a fiestas que no tenían gran importancia para mí por querer leer a aquella princesita algún cuento para dormir. Quería que naciera en completa felicidad y cariño. Eso era lo único que deseaba.

Aunque eso significó que mis amigos dejaran de preguntarme por salir. Dejaron de tener temas de los que hablarme porque me perdía las cosas divertidas. Mi hermana era el centro de mi universo en ese momento. Pero

hubo uno que, a pesar de prestar atención solo a la princesita, siguió a mi lado. Me acompañaba con Annie cada vez que salía y se hizo tan amigo de ella como de mí, convirtiéndonos en dos personas inseparables.

Luego se fue.

—Por eso me llamas así... —dedujo. Pasó una mano por mi cintura, sorprendiéndome, y me abrazó—. Es hermoso. Quiero conocerla. Debe ser adorable. ¿Crees que le gustaré?

—Obvio, pero que sepas que te va a hacer trenzas por tener el pelo tan largo. ¿Qué haces esta Semana Santa? Tengo pensado ir a verlos.

—No puedo ir. Tengo trabajo y no puedo perderlo. Tengo un par de días libres pero ni siquiera puedo ir yo a visitar a mi... A mi familia. Tenemos mala suerte, por lo que parece.

Acaricié su pelo con ternura mientras sentía que nuestros pensamientos volvían a perderse. Al menos esa vez sabía más o menos a dónde podrían dirigirse. De todas formas, echaba de menos lo que era sentir amor y cariño en casa. Llegar y saber que no va a ocurrir nada malo, que todos los problemas se quedaban fuera de la puerta de entrada. Incluso tenías la esperanza de que tus padres salieran y los espantaran a todos.

Eso había cambiado. En ese momento, eran los problemas los que inundaban la casa y nos espantaban a nosotros. Tenía miedo de lo que podía encontrarme con esa nueva situación.

—No entiendo por qué todo tiene que romperse. El amor debe cuidarse o el aire se lo lleva. Nuestros padres han decidido dejarlo ir por lo que parece.

Podía decir *nuestros* porque ya conocía que los dos habíamos pasado por lo mismo.

—Ahora el amor cada vez se desvanece más rápido. Como una flor en invierno: si no se cuida, se marchita. Luego también hay personas que ayudan a esas flores a que no decaigan y hacen que la primavera tarde menos en llegar, haciendo que todo florezca de nuevo. —Se encogió de hombros y cerró los ojos—. Nosotros somos demasiado jóvenes aún y solo nos hemos encontrado con personas que representaban el invierno. La primavera llega con el tiempo. Hay que saber hacer que permanezca siempre viva, como el amor.

Apoyé la mejilla en lo alto de su cabeza y dejé volar mis recuerdos. No habían pasado tantas “personas invierno” en mi vida. Quizás los definía más bien como primaveras que duraron demasiado poco y por eso nos marchitamos pronto.

Comencé a pensar en los chicos con los que había estado. Había dicho eso

sin pestañear siquiera, quizá la flor de la que hablaba se refería a ella. No cabía duda de que todas sus relaciones habían terminado. Imaginé que a todas les llegó su invierno, aquel que no lograron superar, aquel que hizo darse cuenta de que no valía la pena sobrevivir a otra primavera si luego llegaba el frío a destruirlo todo.

—¿Te cuento un secreto? —dijo de pronto—. El domingo nos vamos al zoológico.

El sábado comenzó la rutina de trabajar de nuevo. Ese día estuvo acompañada de Lily y de mí. Cenamos allí como si se hubiera convertido ya en una tradición. Rochelle y Marvin se unieron a nosotros y, así sin querer, acabamos todos juntos cenando.

El domingo fue a recogerme a casa con el vestido que la habíamos regalado. Sonrió al ver que me fijaba en él y me guiñó un ojo cuando subí la mirada. Le saqué la lengua y ella hizo lo mismo.

Quedamos en la plaza con Noemí. Aparcó cerca y fuimos andando y hablando de cualquier cosa que no estropeará nuestra felicidad. Había aprendido a pensar antes de hablar desde hacía mucho, pero, al estar distraído, a veces se me olvidaba y soltaba lo primero que pensaba, como lo de mi familia sin pensar que ella podía haber pasado por algo así o peor.

Tampoco quería hablar de mi ida en Semana Santa. Ya había comprado los billetes de tren y el miércoles volvía a casa una temporada: una semana, quizá dos. Era un periodo corto. No podría imaginarme que me cambiaran mi rutina de visitar su restaurante por mucho más tiempo. Quizás en un futuro ocurriría, pues todo era cambiante y mis años en la universidad terminarían alguna vez, pero para eso quedaba mucho más tiempo del que quería contar.

—Hola, linda —susurré al oído a Lily agachándome solo para hacerlo. Dio un saltito, sobresaltándose, y me reí. No podía evitarlo, su expresión era muy graciosa.

—¡Kyle! ¡Eres malo! No me asustes.

Se lo prometí con el dedo meñique y crucé los dedos por detrás de la espalda. Ella lo vio, puesto que ni siquiera intenté disimularlo, y me pegó flojo en la mano para que no lo volviera a hacer.

Roxanne y Noemí se reían a nuestro lado. Hablaban en bajo mientras Lily y yo hacíamos bobadas que me hacían sonreír por ver la sonrisa de la pequeña. Esa sí que era de las reales, siempre y sin excepción, los niños no perdían el tiempo fingiendo.

—Noemí nos acompaña —informó Roxy—. ¿Vamos?

El calor era verdaderamente insoportable aquel día. Para morirse. En el desierto hacía más fresquito. No había ido nunca, pero seguro que no me equivocaba o no iba muy alejado.

Roxy ya tenía todas las entradas que necesitábamos. Comenzaba a preocuparme. Sé que dije que no podía permitirme un guía, pero eso no significaba que debía pagarme todas las entradas. Me apunté eso para sacar el tema cuando estuviéramos solos.

—A ver, ¿por dónde empezamos? —preguntó cogiendo un folleto que resultó ser un mapa—. Han abierto varias cosas hace poco.

—¡Yo quiero ver los monos! —gritó Lily emocionada.

—Daremos una vuelta completa —dijo Noemí mirando el mapa y señalando un camino—. Por aquí podemos verlo todo. La sección *Aquarium* podemos verla la última. Tenemos tiempo para todo si vamos a un ritmo normal.

—No conoces bien a Kyle. —dijo Roxy riéndose mientras yo la fulminaba con la mirada—. Lo mira muy bien todo, tardaremos un poco más que de costumbre.

Lo que no vimos aquel día fue porque no estaba en el mapa. Pasamos por cada animal, rincón del zoo, camino y todo lo que pudiéramos encontrar ahí. Lily se hizo fotos —corrijo, le hice fotos— con todos los animales existentes y por existir. Hasta mi cámara terminó hecha polvo.

Incluso convencí a Roxy y Noemí para que me dejaran que les hiciera una. Para su sorpresa, quedaron bien. Bien era poco para describirlas, en mi opinión, pero la suya era completamente distinta. Deberían meterse ya en la cabeza que eran fotogénicas.

La gente que lo es lo sabe bien.

Pues ellas al revés.

Excepto Lily. Ella salía bien en las fotos y ella misma lo decía, hasta presumía de lo bien que había salido. Amaba a los niños.

—Amo tus fotos —dijo Noemí y lo siguiente me recordó a su amiga—. Pero a mí no me hagas muchas más o te romperé la cámara.

—¿Qué dices, boba? Pero si sales genial —se me adelantó Roxanne. Esa conversación me sonaba de haberla tenido con ella—. ¿Para qué quiero hacerme fotos si ya te tengo a ti para que me las hagas?

—Solo me quiere por las fotos que hago. Algo es algo, ¿no? —Me reí y Roxy me dio un codazo de los suyos. Ya había tardado mucho en hacerlo—. Cada vez das más fuerte. —Froté la parte dolorida y Noemí se echó a reír—.

Lo haces con ganas, ¿eh?

Vi, por el rabillo del ojo, que madre e hija se alejaban.

—Cállate.

—Cállame. —No pude resistir mis ganas de decirlo. Le di un pequeño beso, ya que ella no daba el paso y le sonreí—. Vamos, nos quedamos atrás.

Después de ver lo que yo creía que era todo el zoo, nos paramos a tomar un helado, que nos terminamos sentados en la sombra. Lily acabó manchada, como siempre. Saltó del sitio cuando terminó y cogió el mapa para señalar una parte azul. No nos daba ni un descanso de cinco minutos.

Fuimos a ver los delfines y muchos más animales de agua que nos quedaban. Yo me quedé alucinado. Había leído que existían muchas especies, pero creía haberlo visto todo. Acabamos sentados en una especie de pequeño estadio donde se podían ver los delfines o algún espectáculo suyo.

Me senté, sin fuerzas para nada más, y vi cómo Lily se alejaba corriendo hacia la zona del agua, donde había una chica alimentando a los delfines. Las chicas hablaban entre ellas sin ni siquiera percatarse de ello.

—Mira, Lily... —dijo Noemí buscando con la mirada a su hija. Pronto se dieron cuenta de que no estaba y comenzaron a preocuparse en cuestión de segundos—. ¿Lily?

—Ya veo que los delfines son sus animales favoritos. Ha querido verlos de cerca —comenté.

—¿!Qué!?! —exclamaron las dos a la vez mirándome atónitas.

Yo me reí a carcajadas mientras ellas buscaban con la mirada a la pequeña. Suspiraron de alivio al encontrarla.

Solo había peligro en mi realidad. Mi suerte no duraría mucho tiempo. ¿Quién diría que los problemas me esperaban a la vuelta de la esquina?

Y lo único que hice fue darlos la bienvenida.

25. PROBLEMAS

Muchas alegrías y buenas casualidades.

Demasiadas.

*Era cuestión de tiempo que cruzara la esquina
y estuvieran ahí esperándome.*

*Los problemas se acumularon
y saltaron todos a la vez.*

Lilly estaba tocando un delfín con una chica, supuse que era una de las cuidadoras. Yo seguía riéndome, incrementado por otro codazo que me dio Roxanne. Me estaba quedando sin respiración.

—¡No te rías! No ha sido gracioso. Ese codazo te lo mereces con creces. Podías habernos dicho antes que estaba ahí.

—No pude —dije intentando respirar—. Es una niña, no puede ir muy lejos y menos en este lugar en el que solo hay asientos y una piscina con personas vigilando. Además, no quería interrumpir vuestra conversación.

—Igualmente me asusté —dijo Noemí y se levantó de inmediato—. Voy a ir con ella.

Quitando la mirada asesina de Roxanne cuando ella se fue, lo demás fue bien. Mi padre no había dejado de enviarme mensajes por la tarde y yo ni siquiera llegaba a meterme en la conversación. Por la noche ya le respondería con más calma.

Roxy se dio cuenta al mirar mi móvil cuando sonó, creyendo que era el suyo. Solo vio el nombre del que me lo mandó y fue lo que necesitó para cambiar su mirada.

—¿Qué te dice?

—Quiere saber la hora a la que voy. Dice que todo va a pasar, que tengo que superarlo, que Annie está bien... En fin, lo de siempre. Me voy el miércoles.

—¿Y cuándo vuelves?

—Ni idea. Quizá esté una semana y vuelva para disfrutar las pequeñas vacaciones. Todo depende de las circunstancias. El tren es por la tarde, un

poco después de salir de la universidad. Es miércoles, no tienes trabajo, podrías acompañarme a la estación. —Sonreí al dejárselo caer.

—Me encantaría. —Apoyó la cabeza en mi hombro—. ¿La universidad te da muchos días de vacaciones?

—Once días. Algo es algo. Necesito un respiro.

—No me extraña. Te fuerzas demasiado.

*

El miércoles por la mañana me levanté antes de lo que debería. Estaba nervioso, no sabía con qué iba a encontrarme al volver. Quería ver a mi hermana cuanto antes. Ya la había llamado varias veces y decía que había sacado buenas notas, o eso esperaba, las notas se las daban en unos días, pero los profesores ya habían dicho la mayoría. Estaba emocionada, y yo por ella.

El lunes y el martes, los días anteriores, seguí quedando por la noche con Roxy para limpiar con ella. Le ofrecí quedarse, pero no estaba seguro si Steve vendría o no, por lo que decidimos quedar otro día. Él no apareció por casa el lunes y el martes llegó tarde y cansado, tanto que entró y se echó a dormir directamente. Eso me preocupó, pero no quise entrometerme ni despertarlo a esas horas. Lo dejé pasar.

El miércoles entró en mi habitación justo cuando estaba colocando la maleta. Tenía todo lo que necesitaba y aún me faltaba un poco de ropa, nunca sabía cuánta llevar exactamente.

—Anda, el desaparecido. Buenos días. ¿Todo bien? Estás raro estos días y no te veo casi nada.

—Lo sé, perdón por eso. ¿Podemos hablar?

—Me asustas cada vez que dices eso. Ahora voy. Quiero mi café —bromeé.

—Ya está listo.

Eso no me lo esperaba y menos viniendo de él. Siempre acababa preparando el café de los dos, pero nunca sin quejarse antes. Eso era que pasaba algo grave y no sabía qué pensar.

Yo estaba algo nervioso, pero feliz. Al menos con un mejor humor que Steve. No sabía lo que la vida me tenía preparado para aquel día si no, estaba seguro de que no estaría tan alegre, ni con tan buen humor por supuesto.

Después de echar un vistazo a la habitación y mirar que lo tenía todo, cogí la mochila de clase y la dejé en la entrada junto a la de Steve. Lo encontré sentado, dando vueltas al café como si no hubiera un mañana ni nada más importante que hacer. ¿Debía preocuparme?

La respuesta era: sí.

Me senté a su lado cogiendo la taza y bebiendo de ella. Su mirada no se levantó de la mesa hasta que dio la gran noticia, la primera en aquel horrible día.

—Kyle, siento mucho decirte esto... Voy a mudarme. —Me atraganté con el café—. Con Naira.

—¿Perdón?

—Está empezando a tener muchos problemas y necesita mi ayuda. Lo siento, de verdad, pero ya lo tengo decidido. Sus amigas se han ido a otro lugar porque no quieren encargarse de eso y no puede... No puedo dejarla sola.

No bebí más café. Me quedé ahí parado y mudo unos segundos, mirándole. No quería tirarle la taza a la cara, que fue mi primer impulso, así que me levanté y la dejé en la encimera. Recordé las palabras que tuvimos al comienzo: dijimos que no tendríamos problemas por una chica, que no se iba a interponer entre nosotros. Parecía que eso ya era historia.

¿Eso significaba que perdía a mi amigo? ¿Al único que estuvo ahí cuando lo necesité? ¿Se iba como había hecho mi mejor amigo?

Eso sí dolía de verdad.

Además, él sabía perfectamente que tenía problemas económicos, yo no podía pagar solo un apartamento de esos. Yo era el que tenía problemas si él se iba y no sabía cómo me las arreglaría.

—Kyle...

—No, Steve. Si te vas a ir, vete. Es tu decisión. Ella es la que te necesita, ¿no? Pues lárgate. —Tiré el café por el fregadero y dejé la taza en el primer lugar que encontré. Hice el ademán de irme, pero me di la vuelta antes. La ira se apoderó de mí en cuanto recapacité mejor sus palabras—. Me voy hoy y, cuando vuelva, no quiero ver tus cosas aquí. Y la llave que tienes de esta casa también la quiero ver cuando venga.

—Sabes que lo siento pero ella...

—No necesito más explicaciones. Eres libre de irte.

—Kyle, escúchame. Es más grave de lo que piensas.

—No logro pensar con claridad en este momento, lo siento. Nos vemos por la facultad, si es que no te cambias de Universidad también.

Suspiró. Yo me fui más decepcionado que enfadado. No tenía pensado ir andando a la universidad, pero mi humor me obligó. El camino me ayudaría a relajarme, aunque casi hizo que lo empeorara. Cuantas más veces lo pensaba,

más me enfadaba.

No podía creer que pudiera hacerme eso. Debía felicitar a Naira, había ganado a Steve como ella quería. Esa mañana me la pasé ignorando y evitando a la pareja. Naira estaba en su mundo, creía que iba a sonreírme o a reírse de mí, pero no hizo nada parecido, lo que me dio que pensar.

Las últimas horas me quedé en la biblioteca sin ninguna compañía. Solo con mis pensamientos. Esas vacaciones me iban a sentar bien. La hora se me fue de las manos. Me fui a paso rápido a casa y, cuando entré, me sorprendí al ver las llaves de Steve en la pequeña estantería de la entrada. No lo había dicho en broma. Era la única posibilidad que me quedaba de esperanza y se desvaneció en mil pedazos.

Cerré la puerta de golpe y dejé sus llaves en el salón.

Miré el último mensaje de Roxanne. No había contestado, por lo que supuse que ya estaba abajo. Al menos el día no sería tan malo si podía terminar viéndola. Sabía que con solo verme podría saber que algo me había pasado. No me importaba contárselo todo. Sabía que era de confianza, que podía contar con ella, que ella me entendería mejor que nadie.

Lo que vi hizo que mi día de mierda se completara. Bajé el primer escalón del aparcamiento, pero me detuve en seco, queriendo dar vuelta atrás y salir corriendo. O avanzar y gritarle a alguno de los dos.

Roxanne se estaba besando con otro.

Steve también lo estaba viendo desde su coche. Los miraba como si no se lo creyera. Al igual que yo. Los miró un segundo y luego a mí, asombrado. Él sabía que tenía algo con ella, nos pilló el domingo cuando nos estábamos despidiendo. Se veía feliz por nosotros y sé que en ese mismo momento sabía que volvía a sentir lo que ocurrió con Naira. La diferencia era que nadie me lo contó. Lo vi yo mismo. No sabía muy bien lo que más dolió.

El sentimiento de traición comenzó a acumularse en mi estómago. Por segunda vez. Tenía ganas de tirarme de los pelos. Por suerte, no lo hice. Contuve la respiración unos segundos y subí la escalera que había bajado sin mirar atrás. Estaba harto de perder los nervios en aquellas situaciones, personas así no merecían la pena, ni un solo espectáculo de esos.

La imagen del chico se me quedó clavada. Era alto y rubio, tanto que destacaba por encima de cualquier persona que estuviera a su alrededor. Sentí que su figura eclipsaba la mía. Una sombra invisible se cernió sobre mí. La capa del dolor volvió a aparecer sobre mi espalda.

Cogí el móvil mientras daba la vuelta y llamé un taxi para que fuera a

buscarme. No iba a perderme el tren. Me dijo que iría en pocos minutos, que estaba cerca, así que lo esperé en la esquina y me senté en la acera antes de que las piernas me fallaran, sin saber qué hacer con mi vida. Todo me había explotado a la vez. Primero Steve y luego Roxy. Sabía que él estaba comenzando a estar algo raro pero... ¿Ella? Tantas preguntas sobrevolaban mi cabeza. Temía que un día cercano explotara.

—¿Es usted Kyle?

—Sí, sí, soy yo. —Me levanté y me di cuenta de que era el taxista. Me metí en el coche mientras metía la maleta en el maletero.

—A la estación de Atocha, por favor.

Me puse el cinto y el conductor no tardó nada en arrancar. Me permití mirar hacia atrás y me quedé paralizado al ver que me había seguido. Estaba quieta, mirando cómo me alejaba. Sentí, por un vuelco en el corazón, que era la última imagen que tendría de ella en las siguientes semanas.

El taxista me dio un poco de conversación que agradecí para no pensar en lo que había pasado. Pagué cuando me dejó en la entrada y busqué mi tren. Ni siquiera era bueno buscando en eso, por lo que acabé preguntando a un guía que se cruzó en mi camino. Me lo explicó varias veces hasta que estuve seguro de que sabía por dónde ir. Se lo agradecí y corrí antes de que lo perdiera, estaba ya estacionado en la vía.

Un chico con traje salió de una de las puertas que se acababan de abrir y me dirigí a él.

—Perdone, ¿puede decirme dónde está el vagón doce?

—Es justo el de al lado.

—Muchas gracias.

Cuando estaba a punto de entrar, giré la cabeza a las escaleras por un tonto impulso que tuve. Quizás quería pensar que Roxy vendría a pesar de todo. Quizás todo fue un malentendido. No, eso no lo pensaba en realidad, pero la primera opción ocurrió. Me quedé de piedra hasta que la megafonía me despertó. El tren iba a irse en breve, no podía perderlo también. Entré con la cabeza baja intentando que todo en mi cabeza no colapsara.

Las puertas se cerraron detrás de mí y me di la vuelta en cuanto oí un golpe a la ventana. Ella estaba allí y volvieron los recuerdos. Ni siquiera evité que una lágrima cayera por mi mejilla. Estaba cansado de todo como para preocuparme de algo tan normal como aquello.

—Kyle, por favor, escúchame. Coge mis llamadas, te lo explicaré todo.

Miré la pantalla de mi móvil, estaba a un solo botón de apagarlo para que

nada pudiera fastidiarme más en aquel día. Negué con la cabeza y le enseñé cómo se apagaba la pantalla. No quería saber nada de nadie de aquella ciudad en toda la Semana Santa.

—Se acabaron los móviles por hoy —dije recordando las palabras que me había dicho días antes.

Me di la vuelta y me fui a mi asiento mientras el tren se ponía en marcha. Ya no había vuelta atrás. Tampoco pensaba darla. Ni siquiera me fijé en quién era mi compañero de viaje. Cogí mi reproductor de mp3, los auriculares y perdí la mirada en el paisaje. El viaje era largo y no quería pensar en todo lo que había pasado.

Recordé la pulsera que compartía con ella. Me la quité para mirarla fijamente y la guardé en un bolsillo escondido de mi mochila. No volvería a aquel lugar hasta que me sintiera preparado para hacerlo.

Quizás pronto.

Quizás nunca.

26. BIENVENIDA

*No tenía grandes expectativas,
la suerte ya me había abandonado.
Solo quería ver a mi familia
y no te consideraba dentro de ella.
Hasta que te conocí.*

Las horas del tren pasaron como una eternidad. En la primera no paré de querer tirarme por la ventana mientras estaba en marcha. Luego, el sueño me ayudó y dormí una hora en la que no paraba de despertar cada poco. No comí casi nada, me moví poco de mi asiento. Mi expresión no pareció ser muy amigable pues no tuve más conversación con los que se pusieron a mi lado que el saludo del comienzo.

Acabé yendo al restaurante para moverme algo. Al volver, me obligué a encender el móvil por si mi padre me había dicho algo importante. Tenía varias llamadas y algunos mensajes de Roxanne y de Steve que ignoré por completo. Entré en el que me mandó mi padre y suspiré sonoramente cuando leí que no podían ir a la estación. Ya habían llamado un taxi para que fuera a buscarme.

Mi día solo estaba mejorando, irónicamente.

Al salir de la enorme estación, vi a un hombre con mi nombre en un papel y me acerqué a él. Le estreché la mano y me llevó hasta su coche donde me guardó la maleta y con el que me llevó a casa. El camino no se me hizo tan largo ya que el taxista me daba algo de conversación, lo cual evitó que tampoco recordara tantas cosas de mi ciudad. No había muchas malas, pero compartía barrio con Steve y también lo hacía con mi anterior amigo al que aún no había podido olvidar.

Volví a apagar el móvil cuando recordé que lo había dejado encendido. Ese era mi tiempo de descanso, se acabaron las malas noticias. Aunque sentía desde lo más hondo de mi ser que solo acababan de empezar.

No me sentía parte completamente de ningún lugar. Y eso dolía.

—Muchas gracias.

—A ti. Buenas noches.

—Buenas noches. —Pagué, cogí la maleta y empecé a andar hacia la casa de mi padre y su nueva novia.

Esa era la casa donde había vivido toda mi vida. Mi madre se quedó con un piso que empezamos a no poder pagar y, gracias a su nuevo novio, pudo pagarlo sin problemas. La verdad es que ella no se había preocupado tanto por mí como papá. Ni siquiera contactó conmigo para quedar algún día en esos pocos días que me quedaba allí.

Todos los recuerdos sobrevolaron mi cabeza, la mayoría ya inexistentes.

Toqué el timbre y, en unos segundos, mi padre abrió la puerta. No hacía tanto que le veía. Tres meses más o menos. En tres meses habían cambiado tanto las cosas..., pero eso no hizo que mi amor por él disminuyera ni un poco. Le abracé con una sonrisa en parte falsa, en parte verdadera y apreté todo lo que pude.

—¿Qué tal el viaje, hijo? —preguntó mientras me empujaba con suavidad dentro y cerraba la puerta. Asentí para dar a entender que todo estuvo bien—. Has llegado justo a tiempo para la cena. ¿Podrás comportarte e intentar conocerla? Por favor.

—Lo intentaré. —Rodé los ojos y miré hacia las escaleras. No tenía ganas de enfadarme más, así que no tenía más opciones—. ¿Está Annie arriba?

—No, está cocinando con Brenda. Deja la maleta en tu habitación y ve a ver a las princesitas, ¿sí? No diré nada para que las sorprendas. —Asentí, algo más contento por volver a mi hogar, y subí con rapidez.

Papá también llamaba a su novia “princesa”. Se lo decía más incluso que a mamá, aunque de ahí había sacado yo el apodo para mi hermana. Ella era a la que más echaba de menos. Me recordaba a Lily.. Y Lily me recordaba a Noemí. Y Noemí a Roxanne. Y con el problema que tuve con Roxanne recordaba al problema con Steve. Todo era un bucle que volvía a mí inexplicablemente.

Quizá era verdad que la ciudad me quería fuera de ella. Quizá tendría que hacerla caso y alejarme.

No.

Al instante me di cuenta que casi lo lograba, no podía dejar todos mis estudios por personas que me habían hecho daño. No dejaría que nadie me hiciera dudar sobre el camino que había elegido. Estaba seguro de elegir el adecuado y seguiría por él hasta el final.

Me cambié de ropa y dejé la sucia encima de la cama. Bajé los escalones con algo más de ánimo y entré en la cocina donde las dos tenían un delantal azul. Annie tenía su pelo moreno en un moño que ya estaba empezando a caerse. Las dos se reían. Brenda era igual de alta que yo, quizá unos centímetros más baja. Su pelo rubio estaba recogido en una coleta. Nunca nos habíamos presentado formalmente.

—Espero que todo ese desastre sea por mi tarta de bienvenida —bromeé y Annie se dio la vuelta al instante, riéndose—. Princesita...

Vino corriendo hacia mí y la abracé con todas mis fuerzas. Me daba igual que me manchara, yo necesitaba tenerla cerca. Le di muchos besos por todas las partes de la cara y ella a mí en la mejilla. La aplasté con el último abrazo y levanté su pequeño cuerpo del suelo haciendo que casi no pudiera respirar.

Volver a ver sus ojitos mirándome me ayudó a recordar lo grandes que los tenía de bebé. Y todo ello me sacudió con alegría. Una sonrisa iluminó mi rostro, sabiendo que sería difícil hacerla desaparecer.

—Te echaba de menos —murmuró.

—Yo más. —La solté y miré a Brenda, que sonreía en nuestra dirección—. Entonces... ¿Hay pastel o no?

—¿Quién sabe? —dijo ella y me acerqué para darle un beso en cada mejilla. Me resultaba familiar. Recordé al instante que había visto a papá a lo lejos algún día con ella. Parecía tan joven como él—. *Wow*. Te creía más bajo. Soy Brenda y... Bueno, espero que nos... Llevemos bien.

Ella lucía tan nerviosa como yo.

—Yo también. ¿Pongo la mesa o ya está puesta?

—No hace falta...

—Que sí. Yo lo hago, tranquila.

Cogí lo necesario y lo llevé con dificultad a la mesa que estaba a unos pocos pasos. Si algún cubierto iba a caerse, que se cayeran todos a la vez. O todos o ninguno, eso era ley.

Nos sentamos cuando ella nos dijo que estaba todo preparado y papá nos sirvió. Era una cocinera de primera. Todo estaba tan bueno que en la mayoría de los platos repetí. También se debía a que no había comido casi nada en el viaje, excepto una bolsa de golosinas.

—¿Qué tal la universidad? Te queda poco de curso, ¿no? Siempre se me olvidan los horarios —preguntó papá y yo asentí.

—Me queda un mes de clase y otro de exámenes. Si todo va bien, a principios de junio estaré aquí.

—¿Y la chica que te ayudaba con el trabajo? ¿Qué tal con ella?

La pregunta de Annie me pilló desprevenido. Mis pensamientos fueron directos hacia ella, pero los llevé a otro lado de inmediato. Quería pasarlo bien con mi familia, no retorcerme neuronas en ella ni en nada de lo ocurrido.

—Bueno, nos estamos conociendo, ya sabes.

No me atrevía a decir delante de todos lo que verdaderamente había pasado. Annie se enfadaría con ella o quizá se pondría triste por lo que había hecho.

—Mi niña también está por allí. —murmuró Brenda mientras papá recogía los platos de la mesa—. Sé que la ciudad es muy grande, pero quizás te has cruzado alguna vez con ella. Puede echarte una mano si la necesitas. Seguro que no le importa por mucho que pase tiempo con su novio. Si te digo la verdad, ese chico me cae mal, pero ya no me hace ni caso.

—Si es tan malo como crees, se dará cuenta ella sola, de eso no te preocupes.

No tenía ninguna intención de pedirle ayuda a una desconocida que ni siquiera sabía si quería tener contacto con su casi hermanastro. Bastante confianza había depositado en ciertas personas. Al menos Brenda no me estaba cayendo mal. Sonreía a mi padre como si fuera el amor de su vida, que quizá lo fuera, claro, y él era feliz. Era lo único que me importaba en realidad. No soportaría más dolor en la familia.

—¿Y tú qué tal en el colegio, princesa?

—Mañana tengo que ir a por las notas, pero te prometo que no he suspendido ninguna.

—Muy bien. Habrá que celebrarlo. Iremos al cine algún día, ¿vale?

—¡Sí!

Ella me había dicho que, dentro de unos años, cuando fuera su hora, iría a una universidad cercana a la mía para poder estar los dos juntos en un apartamento. Decía que papá y mamá podían mudarse con nosotros. Ella tenía nuestra vida planificada.

Y habría sido genial que se hubiera podido cumplir.

Después de comer la tarta que habían preparado, con la cual se me hacía la boca agua por lo deliciosa que estaba, Annie tuvo que subir a su habitación. Y yo la acompañé, claramente. La suya estaba al lado de la mía, siempre me había gustado tenerla cerca por si ocurría algo en mitad de la noche. Teniendo su cuarto al lado, podría saberlo al instante.

—¿Por qué no has hablado más de la chica? Cuando me hablabas de ella

por llamada parecías muy contento. ¿Os habéis enfadado? —Me reí y negué quitándole importancia a la situación. No sabía que podía haberlo entendido con solo una frase que había dicho sobre ella.

No quería perder la sonrisa y menos con ese tema. Sabía que ella quería que encontrara alguna chica a la que llamar “novia”. Le había hablado tan bien de Roxy que seguro que se había imaginado que lo nuestro era oficial.

—Ella no me dijo que estaba con otro chico y no nos ha dado tiempo de hablar. Ahora estoy un poco enfadado con ella, pero tú no te preocupes.

—Lo vais a arreglar, ya lo verás. —Buscó algo en la cama, debajo de la almohada, y sacó una corona de plástico, pero que parecía de verdad, que me hizo sonreír—. Solo son bobadas de adultos. ¿Se la darás?

—Claro... —No estaba del todo seguro—. Le diré que me la diste tú. Gracias. —Le di un beso en la mejilla y la obligué a tumbarse mientras la tapaba con las mantas—. Ahora duerme, princesa, mañana iré contigo a buscar las notas.

—¿De verdad?

—¡Claro! —Me dio un abrazo y me acordé de una cosa con la que me puse un poco serio—. Por cierto, ¿te gusta algún chico?

—¡Kyle! ¡No! No me gusta nadie.

—Ya, eso dices ahora —susurré levantándome y acercándome a la salida—. Buena noches, princesa.

—Buenas noches, rey.

Le guiñé un ojo y cerré la puerta. Dejé la corona en mi cama y bajé las escaleras. Papá me esperaba abajo, siempre nos quedábamos los tres, mis padres y yo, viendo algo o hablando de cualquier cosa mientras Annie dormía. Esa vez sabía que iba a ser distinto. Aunque había imaginado a Brenda mucho peor, como la típica madrastra que se hacía la buena, pero en el fondo era horrible. Aún tenía presente que no conocía lo suficiente a esa chica como para estar del todo seguro.

Habría que esperar para descubrirlo.

—Ven, Kyle. ¿Vemos algo como siempre? Creo que hay una película muy buena en algún canal. Lo he visto en anuncios hace dos segundos y ya se me ha olvidado.

—En la tres, como siempre —le recordó ella—. Es comedia. ¿Te apuntas?

—Claro.

Me senté al lado de mi padre y vimos la película sin poder evitar reírnos. Tuvimos que aguantarnos un poco y taparnos la boca con los cojines porque

Brenda nos recordaba que Annie estaba durmiendo arriba. Aunque luego era ella la que más se reía.

El día había mejorado un poco y, por un momento, me olvidé de todo.

—Se acabó, tengo que ir al baño. No me aguanto más —dije levantándome. Nos reímos de nuevo. Les di un beso en la mejilla a los dos como despedida—. Ya iré a dormir. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo papá.

Después de prepararme para dormir, entré en mi habitación y cerré la puerta. Tarareaba una canción sin saber cuál era. Estaba tan centrado en ella que no oí cómo se abría la puerta que había cerrado hacía unos segundos.

Cuando me di la vuelta, me sobresalté y puse una mano en mi pecho por la rapidez a la que iba mi corazón. Brenda estaba allí, mirándome. ¿Iba a darme la charla de que no me interpusiera entre ellos?

Creo que veía demasiadas películas.

—Lo siento. Tengo que... Hablar contigo.

—No es nada. Adelante.

—Sé que no... —Suspiró, pensando sus palabras, y me acerqué a dejar la ropa en la cama quitando la corona y guardándola en la maleta—. Nunca voy a superar a tu madre... Ni tengo intención de hacerlo, te lo aseguro, pero espero que puedas tratarme como a una amiga, al menos. Yo quiero a tu padre, y Annie es una niña genial. Espero que tú y yo podamos entendernos y llevarnos bien.

Me quedé alucinado. Eso no era lo que tenía pensado que iba a decir. Había pensado mal de ella por ser mi futura madrastra sin ni siquiera conocerla. Y en ese momento tuve ganas de abrazarla. Es verdad, nunca sustituiría a mi madre, pero mi padre había elegido bien.

No salió ninguna palabra de mi boca, lo que pareció que la puso un poco nerviosa y cambió la posición de los pies varias veces.

—¿Qué me dices? —No dije nada. Me adelanté unos pasos y, como si me hubiera leído la mente, me abrazó y susurró—. Gracias, Kyle. Creía que ibas a reaccionar de otra manera.

—Y yo creía que serías la típica madrastra que quiere que el hijo mayor no se interponga en su malvado plan.

Eso podía habérmelo guardado.

—Tú ves demasiadas películas. —Frunció el ceño, separándose de mí un segundo, y yo asentí, divertido. Luego volvimos a abrazarnos—. Y si... Quieres hablar sobre algo de chicas... Bueno, quizás pueda ayudar en algo.

Lláname cuando me necesites, ¿sí?

—Gracias, de verdad.

—Yo también me uno —dijo mi padre rodeándonos a los dos con los brazos hasta el punto de aplastarnos—. ¿Me he perdido algo?

—Nos vas a perder a nosotros si no nos dejas respirar —murmuró Brenda—. Solo hablaba con él, ya sabes. Vamos a llevarnos bien.

—Me alegro mucho de oír eso. Ahora vámonos, tiene que descansar de este día tan largo.

Él no sabía bien cuán largo había sido.

Los dos se fueron cogidos de la mano. Suspiré y me tumbé en mi cama, cogiendo el móvil. Lo encendí de nuevo y volví a ver varias llamadas y mensajes. ¿Así iba a ser todo el rato? No quería ni pensarlo.

Volví a apagar el móvil y lo guardé en un cajón de mi mesita de noche. Si no estaba a la vista, se me olvidaría y era eso justo lo que quería: olvidarme de todo.

Ojos que no ven, corazón que no siente.

27. LA HERIDA

*Te pensaba de otra manera.
Creía que todo solo podía ir a peor,
pero llegaste tú con tu cordialidad.
Te conté mis problemas
y me ayudaste a solucionarlos.*

Mi apartamento seguía igual de vacío y silencioso al volver. Tal y como lo había dejado.

Mi maleta se estrelló contra el suelo por el peso que llevaba de más. Fue lo único que se escuchó en todo el espacio, Steve ya no estaba allí. Cogí mi mochila de clase ya que llegué justo a tiempo para llegar a mi primera clase el lunes por la mañana. Salí. Hacía un frío polar ese día. Comencé a andar sin ganas de nada.

No habían sido las mejores vacaciones, aunque siempre había habido peores.

Pensé en coger una ruta alternativa que llevara a la universidad y que no pasara por el restaurante. Luego recordé que tenía todas las papeletas de perderme, así que seguí por mi camino. Miré el aparcamiento. Lo peor fue que distinguí su coche a la primera, como si su luz me llamara. Ella estaba trabajando.

Luché por no mirar hacia dentro cuando pasé. Fallé. Lo que me encontré me hizo parar en seco. Él estaba allí. Con ella.

—Kyle...

Ignoré la voz que no sabía de dónde provenía y quise que mis piernas siguieran a la universidad, pero me encontré entrando y llegando sin tardar a ellos. Roxanne estaba subida en una mesa besándose con él. Tal y como los vi al irme. No se veía nada arrepentida.

Ella fue la que me miró con una sonrisa que me resultó de lo más maligna en su rostro. Él solo se dignó a darle un último beso y dejarla bajar a atenderme. Se acercó a mí. Quise dar pasos hacia atrás y alejarme, pero mis

pies no se movían del sitio.

—¿Qué te puedo servir? ¿Lo de siempre?

—Con una pizca de maldad que veo que te sobra mucho de eso.

—Marchando —contestó, indiferente, y se acercó a prepararlo. Él seguía de espaldas y no podía verle la cara. No me dejaba—. Kyle...

En ese momento, me fijé en un detalle importante que me había saltado. Comencé a darme cuenta de dónde me encontraba en realidad.

—Espera... Tú no trabajas los lunes por la mañana.

—Sí lo hago —dijo poniendo la taza en la barra y echando la leche—. ¿Qué te hace pensar que me conoces?

Tenía razón.

—¡Kyle! ¿Quieres despertar? Vas a llegar tarde.

Abrí los ojos de repente y la luz que me impactó me obligó a cerrarlos de nuevo. Brenda estaba ahí, sentada en el borde de la cama de mi habitación y llamándome a gritos. Esa era la voz que había estado escuchando durante gran parte del sueño.

Pesadilla, quería decir.

Me miró con el ceño fruncido y suspiré varias veces. Mi respiración volvía a estar agitada por octava vez en la noche. El dormir con esas malas noticias no era lo mío. Odiaba que todo se hubiera derrumbado en un solo momento. En un solo día. En pocas horas. Y mi cerebro se había aprovechado de ello.

—¿Estás bien? ¿Has tenido una pesadilla?

—No se escapaba mucho de la realidad —susurré. Negué con la cabeza e hice el intento de sonreír—. Todo bien. Gracias, Brenda.

—Bien —murmuró poniendo una mano encima de la mía—. El desayuno no tardará. Baja cuando te prepares. No tardes mucho más o llegaréis tarde a buscar las notas de Annie.

Asentí varias veces y sonrió levantándose de la cama y saliendo de la habitación. Me duché rápidamente, me preparé y bajé mientras me secaba el pelo y suspiraba fuerte para olvidar la maldita pesadilla que me atormentaba y sabía que no iba a soltarme en todas las vacaciones. Lo había sentido tan real que, si no fuera por el detalle del horario, no me habría dado cuenta de que era una pesadilla. Odiaba que se asemejaran tanto a la realidad. Al igual que cuando tenía un examen al día siguiente y soñaba que lo suspendía. Odiaba esos sueños.

Annie estaba desayunando con papá y Brenda estaba poniendo mi taza en la mesa antes de sentarse ella. Me uní a ellos con una sonrisa que me

devolvieron.

—Buenos días —saludé.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien. —Me encogí de hombros a la pregunta de papá—. Podía haber dormido mejor, pero me alegra dormir de nuevo en mi cama.

—No te pregunté ayer. ¿Qué tal Steve?

—Igual que siempre.

¿Cómo podía decirle que se había mudado y no quería saber nada de él? Esos días iban a ser más complicados de lo que yo me esperaba. La mirada de Brenda se suavizó al ver que esa sonrisa era un poco falsa. Ella parecía distinguir el tipo de sonrisa con solo verla, como yo intentaba hacer.

Y eso asustaba.

Fuimos los cuatro al colegio de Annie. Había aprobado todas las asignaturas y, además, con buena nota. Papá tuvo que irse a trabajar y la princesita se quedó con unos amigos por la zona, así que me quedé con Brenda, la cual me pidió acompañarla a hacer unas compras pues ese día no trabajaba.

—¿Quieres hablar de algo? —preguntó mientras cogía unos cereales y los metía en el carro de la compra que yo llevaba—. De la pesadilla, por ejemplo. Tiene que ver con algo que te pasó, ¿verdad?

—Tienes un don al conocer a la gente, ¿eh? —Miré unas galletas y se las enseñé—. Estas son las preferidas de Annie. ¿Tienes en casa?

—Se terminaron ayer. Cógelas. —Asentí y las metí con todo lo demás—. He visto cómo has mirado a tu padre. Puedes contarme lo que sea, no se lo diré. Aunque... ¿Por qué no se lo cuentas?

—Es complicado. Ayer pasaron muchas cosas. Justo en el día que venía y no me esperaba ninguna sorpresa así.

—Bueno, entonces tiene que ver con Steve que, si no recuerdo mal, es tu compañero de piso, ¿no? —Asentí—. Y una chica. Eso está claro. ¿Estabas saliendo con ella y rompisteis ayer?

—Fue ella la que... Bueno, me engañó en cierto modo. Iba a acompañarme a la estación, pero se me quitaron las ganas del todo de que lo hiciera. —Su mirada se suavizó y desvié la mía intentando no recordarlo, pero decirlo me había devuelto los recuerdos—. Ni siquiera estábamos saliendo, por eso no puedo quejarme, pero me dolió igual. Dios, qué iluso soy.

—No digas eso. —Sentí unos brazos rodeándome y me movió el pelo de la cara—. Venga, no te pongas así. Tú te mereces a alguien que te dé todo. Eres

demasiado bueno para ser cierto y sé que tú no harías nada por lastimar a nadie.

—Intento no hacerlo, pero a veces tengo ganas de matar a alguien —susurré y me abrazó aún más—. ¿Cómo sabes todo eso? ¿Tienes un sexto sentido o algo?

—He visto cómo miras y tratas a tu hermana. Puedes ser muy duro pero tienes mucho cariño dentro y seguro que no te lo guardas solo para ti. Míranos, ¿quién confía tanto en su madrastra al segundo día de conocerse? Eres un buen chico, Kyle. Lo sé.

Me soltó y siguió su camino por los pasillos mientras yo me recomponía y cogía de nuevo el carro. Mis pensamientos sobrevolaban todas las esquinas de mi mente.

—Las personas somos una caja de sorpresas. No puedo ayudarte en eso sin conocerla, pero te aseguro que ninguna chica con corazón querrá lastimar a alguien como tú. ¿Es eso lo que no quieres decir a tu padre? —Negué y me quedé mirando la comida que habíamos cogido—. Venga, puedes decírmelo. No diré nada. Suéltalo, lo guardaré bien, lo prometo.

—Steve se ha mudado con su novia. Ahora me he quedado sin amigo y tengo que pagar todo el alquiler.

—Kyle... —Me cogió la cara con sus delicadas manos, trasmitiéndome toda su dulzura, y me sonrió—. De eso no te preocupes. Él volverá si de verdad es tu amigo y nuestro trabajo está yendo mejor de lo que esperábamos. Podemos pagarlo. Y si no... Tengo dinero ahorrado, puedo ayudarte.

—No voy a dejarte que me pagues eso.

—¿Qué te parece si se lo decimos a tu padre los dos? Juntos. —Suspiré, pero asentí, y dejó los brazos caer a sus costados—. Todo va a solucionarse, ya verás. Pero tienes que saber que tienes que apoyarte en tu familia. Ellos van a estar ahí siempre.

—Gracias, Brenda. Me alegra que seas parte de ella.

—No me digas eso o me pondré a llorar.

La mañana pasó rápidamente a su lado. Después del supermercado, fuimos a colocarlo todo a casa mientras hablábamos de nosotros. Ella decía que se separó de su marido hacía años porque estaba harta de su comportamiento. Sufría violencia de género. Cuando me lo dijo ya tenía lágrimas en los ojos y yo la abracé como hizo conmigo, haciendo que varias se me saltaran a mí también. No podía creer que hubiera personas así en el mundo y que tuviéramos que convivir con ellas.

Annie nos llamó para avisar de que se quedaba a comer con una amiga. Brenda y yo seguimos hablando toda la tarde sin darnos cuenta de las horas. Papá tampoco fue a comer por el trabajo.

Me habló de sus dos hijas. Ya eran mayores de edad, pero se hablaban poco por la distancia que las separaba. La mayor estaba cansada de su padre y fue la primera en irse; y la pequeña se fugó con su novio poco después de que se separaran, resumiendo.

—¿En serio? ¿Y ahora sigue con ese chico?

—¡No! Lo dejaron y se quedó allí viviendo. Conoció a otro chico hace mucho y supongo que sigue con él aunque no hablamos tanto como desearía. Además, hace mucho que no la veo. Normalmente venía ella, pero no acepta tener un nuevo padre y cuesta convencerla. Yo no tengo buenos recuerdos de ir, por lo que no voy mucho a verla.

—Quizás ahora esté un poco ocupado, pero te prometo que a principios de junio, cuando vuelva, vendré con ella. En mayo puedes darme algunos datos. Yo me encargo.

—¿Harías eso por mí? —preguntó, emocionada, y asentí sin dudar. Me abrazó con todas sus fuerza hasta que dejé de respirar por momentos—. ¡Ay! ¡Gracias! Te lo agradecería muchísimo.

—Vale, vale. Déjame respirar, por favor.

Estaba dando esperanzas a algo que no sabía si podía cumplir. ¿Y si ella no quería saber nada de mí? ¿Y si me cerraba la puerta en la cara? Seguramente fuera eso lo que sucedería, pero no debía dejarlo tan fácilmente.

No me importaba, insistiría. Por Brenda. Pasó por malas situaciones en el pasado y tenía que ayudarla en lo que pudiera. Como ella me estaba ayudando a mí.

No era justo que personas con ese bonito alma como el suyo tuvieran que pasar por cosas como esas. Deberían de crear protección de corazones para personas como ellas. Ya había pasado por bastantes cosas.

—No sé cómo puedo agradecértelo...

—¡Ya estoy aquí! —gritó mi padre mientras cerraba la puerta de entrada—. Ha habido un apagón general y nos han hecho venir antes. ¿Dónde estáis?

Sentí una mano encima de la mía. Miré a Brenda. Habíamos hablado de cómo contárselo todo. Estaba nervioso por dentro, pero mi seguridad creció con solo una mirada suya.

—¿Juntos?

—Juntos.

28. REGRESO

*Tu mirada sincera me cautivó.
Tus ojos no mentían
y a mí me derretían.
Tengo pocos puntos especiales que se conozcan
y ahora eres uno de ellos.*

Dos semanas. Justo dos semanas después volví a mi apartamento. Todo por mi madre que no tenía tiempo para quedar con sus hijos y el mayor perdió clases por ella. Mi padrastro no me agradó tanto como lo hizo Brenda.

Papá no se tomó mal lo de Steve, sino que me dio dinero que tenía ahorrado para sobrevivir esos meses. Luego se acabaría el alquiler y tendría que buscar otro apartamento para el curso siguiente o elegir quedarme con ese.

Las cosas habían cambiado demasiado y eso no ayudó a mi viaje de vuelta. Aunque sí lo hizo Brenda que me llamó por el camino para animarme, puesto que mi padre estaba dormido. Me fui de madrugada y ella se negó a dejarme con el humor tan bajo. No quería irme, pero tuve que hacerlo. En unos meses volvería, eso seguro. Y con la hija de Brenda. O al menos eso intentaría. Ojalá poder conseguirlo, no quería fallarla.

Salí de clases agotado. No había dormido ni comido nada. En la salida de la universidad, intenté coger otro camino para salir de allí con el que no me cruzara con Steve. Raramente lo conseguí, pero sentí sus ojos en mí y no estaba seguro de si me seguía. Quise mirar hacia atrás, pero alguien me llamó por el otro lado.

No me podía estar pasando eso a mí.

—¡Kyle!

Roxanne.

Me di la vuelta viendo que ella se acercaba por delante y vi que Steve estaba mirándome a unos cuantos metros más allá, volví a darme la vuelta.

Rodeado.

—Oh, por Dios. ¿Esto es un *complot* o qué?

—¿Qué? No —negó ella cuando llegó a mi lado. No sabía a quién prefería de los dos—. Al fin te... Encuentro. No sabía cuándo... —Dio un paso hacia mí. Yo lo di hacia atrás.

—Ni me toques.

—Kyle, por favor, no digas eso. Quiero explicártelo todo, te juro que lo haré si me dejas. Ven conmigo, demos una vuelta por el parque. No fue mi intención... No fue mi culpa. Kyle... Por favor. —Estaba nerviosa. Hablaba demasiado rápido.

Su mirada expresaba arrepentimiento, mucho. Miré a Steve que había bajado los hombros, rendido, pues sabía que Roxanne se había adelantado. Rodé los ojos y volví a mirarla. En cuanto me giré, sentí sus labios sobre los míos. Mis sentimientos se cruzaron en un segundo. El amor que sentía y lo mal que me había sentido al verla con otro me confundían.

No pude negarme. Mis impulsos me obligaron a seguir su acción sin poder evitarlo. Echaba demasiado de menos sus labios.

Ya había tropezado con la piedra de la traición dos veces. La tercera ya no dolía tanto, se volvía algo indiferente, pero el corazón recibía otra pedrada a pesar de no sentirlo con tanta intensidad.

Me separé con algo de dificultad, pero con los recuerdos todavía en mi mente y con el corazón recordándome lo que había pasado, culpándome a mí por seguir el juego y a ella por comenzar algo que no podía negar. Necesitábamos hablar. Necesitaba explicaciones. Después discutiría si servía para mi perdón.

—¿Eso es un sí?

—Sí —dije, indiferente. Me adelanté unos pasos y vi que se quedaba parada—. ¿Vamos?

—Voy —susurró.

El trayecto en dirección al coche fue callado. Vi a Steve ir hacia el suyo, solo, que no estaba lejos del de Roxanne. Mi amigo me miró varias veces, pero yo solo apartaba la mirada en todas ellas. Me apostaba algo a que Roxy se había dado cuenta.

El viaje al parque también fue silencioso y muy incómodo. Tanto que tuve ganas de decir cualquier cosa. Pensándolo mejor, ni siquiera tenía ganas para eso, el sueño también me afectaba.

—Puedes dejar la mochila aquí —murmuró.

No lo hice. Dimos varios pasos en silencio por el césped. La última vez que fuimos ahí había descubierto una parte de ella y sentía que iba a descubrir

un poco más. Por cada paso que daba a su lado, cada cosa se nublaba cada vez más y más... ¿Cómo alguien como ella pudo haber hecho eso? Claro que no la conocía tanto pero sabía que no era así. Quería creer que no era así. Eso me recordó a la pesadilla. Odiaba mi cerebro por ello.

Tomamos asiento a la sombra de un árbol. Una gota de agua resbalaba por su mejilla y tuve que mantenerme firme para no quitársela yo mismo, era sensible a la gente que lloraba. Sentía que su sufrimiento se me pegaba. Me puse frente a ella con la mirada algo cansada, pero listo para lo que venía.

—Te juro que yo no fui la culpable —empezó—. Ni siquiera sabía que me había seguido. Yo solo te estaba esperando y él me sorprendió. Es mi ex... Tyler.

—¿Aún le quieres? —Fue lo primero que se me ocurrió preguntar.

—¿Qué? Dios, no. —Parpadeó varias veces—. Al contrario... No sé si te acordarás de ese mes de... —Se limpió varias lágrimas—. Creo que fue sobre finales de noviembre y principios de diciembre en los que desaparecí del restaurante.

—Sí, me acuerdo. Creí que te habían despedido.

—Estaba escapando de él. Lo dejé con él porque... Estaba harta de su comportamiento. Él siguió buscándome, iba al restaurante y varias veces fue a mi casa. Me mudé. Compré otro piso mientras me quedaba con Noemí unos días. Un mes después, acabaron las visitas y volví a trabajar. Me ha vuelto a encontrar. No sabes lo que me ha costado perderlo de vista. Perdóname, por favor. Yo no quise que ocurriera.

Esa era su explicación. Solo intentaba escapar y él acabó por encontrarla. No me había dado ni siquiera detalles, pero no los necesitaba, aunque reconstruirlos yo no era lo más recomendable.

Solo podía imaginar que ella había intentado terminar con todo y él no la había dejado. Que ese chico la acosara de esa manera me ponía de los nervios y de un humor que no mejoraba con todo lo que tenía en mente. La verdad, suspiré de alivio, Roxy no tenía la culpa de nada.

Me sentía verdaderamente mal por no haberla dejado explicarse antes. Era lo único que revoloteaba mi mente: culpa y arrepentimiento.

Me quedé unos segundos en silencio recordando las veces que la había visto con esa sonrisa, provocada por él, y la desaparición de sus sonrisas verdaderas después de ir y volver al restaurante. Todo era causa de Tyler.

Ella seguía con algunas gotas de agua bajando por su mejilla. Bajó la cabeza cuando vio que no respondía nada y me di cuenta de que aún tenía una

mirada acusadora. O al menos eso parecía, en realidad me moría de sueño. Mis ojos se transformaron y puse mi mano debajo de su rostro, levantándolo para que me mirara.

—Tyler es un acosador y créeme que huir no va a ser una solución, Roxy. Espero no volver a verlo molestarte o tendré que hablar con él muy seriamente. —Noté una pizca de esperanza en ella—. Siento no haberte escuchado antes. Necesitaba tranquilizarme de aquel día de mierda que tuve. Sé que no es excusa pero...

Asintió, limpiando sus lágrimas, y me acerqué a ella para ayudarla. Aparté su pelo, colocándolo detrás de sus orejas, y me miró con los ojos rojos de llorar, pero con una pequeña sonrisa en el rostro. La miré detenidamente, era verdadera. Bajó de nuevo la cabeza, pero se la levanté suavemente otra vez.

—Nada de llorar por idiotas, reina.

—Tú no eres ningún idiota.

—Yo soy el primero. Lo soy y mucho. No te atrevas a negarlo porque no está bien mentir. —Negó con la cabeza mientras intentaba aumentar la sonrisa.

Observé bien su rostro. Las ojeras habían vuelto. Y todo por mi culpa y la de ese hombre que no se merecía ni un poco de lo que Roxy pudo darle.

De pronto, recordé por qué no había dejado la mochila en el coche como ella me había recomendado. En el fondo sabía que ella no tenía nada que ver y llevé su regalo guardado para dárselo en cuanto pudiéramos hablar los dos solos.

—Tengo un regalo para ti. Es de parte de Annie.

—¿No le has dicho que soy la peor persona del mundo? Yo lo habría hecho.

—Sinceramente, me lo dio y dijo que íbamos a arreglarlo y que eran bobadas de adultos. Parece que no se equivocaba. Creo que sabe leer el futuro.

—Amo a tu hermana.

—¿Y a mí no?

—Claro que sí, idiota.

—¿Lo ves? Admites que lo soy.

Sonrió mientras se secaba las lágrimas y aparté su pelo para ponerlo detrás de la oreja ya que se le había vuelto a caer. Sabía que ella no era capaz de hacer tal cosa y menos sabiendo que ya me lo habían hecho antes. Hay dos tipos de personas: las que sufren y quieren ver el mundo arder o las que quieren ayudar para que no le pase a nadie más.

Ella estaba en el segundo grupo. Era ese chico el que no me daba buena

espina. Si sabía dónde estaba, no pararía de perseguirla. Y yo no iba a permitir que ella viviera con miedo. Había que hacer algo ya.

La besé con desesperación y me correspondió como solo ella sabía. Nos empujé para que se echara en el césped y me puse encima para seguir con el beso. No pensaba pararlo hasta que fuera estrictamente necesario. Saboreé alguna lágrima que murió en nuestra boca.

—Y... —Me tumbé a su lado mirándola—. ¿Ahora sabe dónde vives?

—No tengo ni idea, pero no creo que tarde mucho en averiguarlo. He estado varias noches con Noemí y he utilizado muy poco el coche. No quiero volver a verlo.

—Pues decidido. ¿Te vienes a vivir conmigo?

—Estás loco. ¿Y qué dirá Steve? No quiero molestar.

—Eso no será un problema. Se ha mudado. —Me miró asombrada. Observé el cielo creyendo que me daría la calma que necesitaba para contarle—. Así empezó mi día de mierda. Por la mañana me dijo que se iba a mudar con Naira. Luego te vi y lo único que pensé fue en irme. Quería escapar de aquí. Me ha costado volver.

—Lo siento. Debió ser un día horrible. —Pasó una mano por mi pecho y se acercó hasta poner su cabeza en mi hombro—. Solo... Déjame pensarlo, ¿vale? No quiero entrometerte en todo esto.

—Tranquila, tienes todo el tiempo que necesites, pero... ¿Hoy vienes a ver una película con helado?

—No puedo negarme a tal proposición.

Me dio un codazo flojo, guiñándome un ojo a la vez, y le di un beso en la frente. No iba a permitir que ese chico le hiciera algo. Sabía que él era mayor, se veía solo con mirarlo, aunque quizá me equivocara, pero eso no tenía por qué intimidarme. Todo lo hacía por ella. No tuvo la culpa, yo creía en ella. Sabía que había algo que no me contaba.

No me equivocaba. Alguien no cuadraba. Y era él.

Nos levantamos del césped y me apoyé en el árbol como el otro día que estuvimos allí. Se puso entre mis piernas coincidiendo mi mirada con la suya la mayoría de las veces y compartiendo besos otro tanto de tiempo hasta que la tarde empezó a pasar con rapidez.

—Cuéntame qué tal —dijo de repente—. Cuéntamelo todo sobre tus vacaciones. Día a día.

—Creía que iban a ser peor —empecé mientras acariciaba su pelo. Ella me miró, atenta, y seguí—. Annie me preguntaba por ti, mi padre tiene mejor

humor y... Mi madrastra es genial. Ha conseguido que olvidara todo por unos días. Creo que ella hará feliz a mi padre.

—Me alegro. ¿Y tu madre?

—No me gusta mucho. Y mi padrastro ni te cuento. No sé cómo pudieron engañarse así. Ni siquiera sé quién empezó.

—A veces es mejor no saberlo. Además, no puede ser todo perfecto. —Se encogió de hombros. Sentí un beso en el cuello y un escalofrío me recorrió—. Encontré tu punto débil, ¿eh?

—Para mí no son puntos débiles. Son puntos especiales. Y te equivocas. Mi punto especial eres tú, reina.

29. REINA

*Hacia mucho que no nos encontrábamos.
He vuelto para quedarme
y prometo ahora cuidarte bien,
creer y no dudar de ti.
Bienvenida de nuevo,
doña Suerte.*

Después de pasar un rato sentados por lo bien que se estaba ahí, decidimos ir a por un helado a la plaza. Allí había más heladerías en una calle que en todo mi pueblo natal completo. No había comparación.

Eso era lo que me hacía perderme tanto, no tener ni idea de una ciudad grande. No me podía quejar, prefería no saber nada y haberla conocido a ella y con ella. A veces creía que el destino me quería más que esa ciudad.

No, no lo creía. Lo sabía.

Me acerqué al puesto mientras obligaba a Roxanne a sentarse en una mesa. No iba a dejar que pagara nada después de todo lo que estaba haciendo por mí. Además, se lo debía por lo que había pasado en esos días.

—¿Chocolate?

—Eso no se pregunta. Se pide y ya.

Ella era de las mías.

Cogí dos helados con dos tipos de chocolate negro que no había entendido muy bien de qué tipo eran, pero era chocolate, lo demás daba igual.

—Ya empezaba a tener hambre —confesé—. ¿Cómo no hemos venido antes? Si estaba aquí al lado y ni siquiera me había dado cuenta.

—Porque eres un despistado y el tiempo no estaba de acuerdo con nosotros. Suerte que hoy el sol ha querido aparecer para hacer su trabajo.

—No durará mucho.

Asintió. Miré detrás de ella y me sorprendí al ver a Lily acercándose lentamente. Puso un dedo delante de sus labios y seguí comiendo como si nada. Tapó los ojos a Roxy y, para hacerlo un poco más difícil y seguir el juego a la pequeña, dije:

—¿Quién es?

—Mmm... Creo que diré Lily. Eres inconfundible.

—¿Por qué sabes que soy yo? —preguntó, indignada, poniéndose al lado de Roxanne y metiendo un dedo en su helado. Luego se lo metió en la boca—. ¿Me viste?

—No. Tus manos son pequeñas y no conozco a muchas niñas como tú. ¿Ya has hecho toda la tarea? ¿Dónde está mamá?

—Sí, y allí, viniendo. —Alejé una silla de la mesa para que tomara asiento y lo hizo de un salto—. ¿Me das un poco de helado? —Ella asintió y le dio su helado completo—. ¡Gracias!

—¿Te compro otro? —pregunté con la intención de levantarme para ir a por más.

—No, no. Tranquilo, solo espera unos segundos y se cansará.

Me encogí de hombros y me reí al ver a Lily llena de chocolate por toda la cara y ni siquiera había tomado tres cucharadas de la tarrina de helado. Noemí se acercó a nosotros con una mirada primero confusa y luego sorprendida. Algo me decía que sabía lo que había pasado.

Obvio que lo sabía, eran mejores amigas.

Dio un beso en la mejilla a su amiga mientras sus miradas se contestaban todas las preguntas y Lily disfrutaba del helado.

—Hola, fea. ¡Kyle! ¿Cuándo has vuelto? —Me dio también un beso en el mismo lugar y yo se lo devolví—. ¿Qué tal...? ¿Todo?

—He vuelto hoy. Y todo bien, todo lo bien que podía estar, claro. —Se sentó a nuestro lado y tomé otro poco de mi helado.

—No quiero *má* —comentó Lily dando de nuevo el helado a su primera dueña. No había comido ni cinco cucharadas. Se veía que Roxy la conocía mucho.

—Límpiate —ordenó su madre y le acerqué las servilletas para que lo hiciera. Ella lo hizo sin rechistar—. Así que... ¿Todo bien? —Nos miró a los dos algo interrogativa y nos miramos con una cosa segura.

—Todo bien —dijimos a la vez.

—*Wow*, cuánta conexión. —Se sorprendió ella levantando las manos a la altura de los hombros—. Está bien, vale, lo he pillado. No hace falta que me lo digáis a la vez.

—Eso es de pasar tiempo juntos —murmuró Lily, intentando bajar de la silla, y me miró—. Mamá y Roxy también lo hacen mucho. Yo no lo consigo con nadie. Me voy con George. ¡Hasta luego! —Me dio un beso en la mejilla,

otro a Roxanne y se fue corriendo.

—Esta niña no para quieta ni un segundo. —Se levantó suspirando su madre y nos miró con una sonrisa—. Ya nos veremos. Me alegro que todo se haya solucionado. No hagáis nada malo, niños.

Se despidió despeinando a su amiga y me reí mientras ella le dedicaba una mirada asesina. Luego, cuando ya se había alejado, se intentó poner bien el pelo pasando las manos exageradamente por él. Sonreí sin mucha respiración por la risa y me levanté para sentarme a su lado. Me miró frunciendo el ceño y la ayudé a ponerse bien el pelo. Noemí había hecho un gran trabajo despeinándola. Los coloqué todos en su sitio. Parecía que había memorizado todos sus... A toda ella, en general.

—Gracias.

—No es nada —dije enredando un dedo en un mechón—. ¿Te he dicho alguna vez que me encanta tu pelo? —Negó con la cabeza mientras sacaba una sonrisa—. Me encanta tu pelo.

—Gracias.

—Agradeces demasiado.

—¿Eso es malo?

—Yo no he dicho eso. —La di un beso en la mejilla y me acerqué a su oído—. Eliges tú la película. Vete pensando. ¿Vamos?

Asintió mientras dejaba la tarrina del helado vacío en la mesa y la observé bien. Sonreí, negando la cabeza para no reírme, y cogí una servilleta para quitarla un poco de chocolate que se la había quedado en las comisuras de la boca. Se sonrojó y le di un pequeño beso al terminar.

Las tornas empezaban a cambiarse. Ella comenzaba a sonrojarse con frecuencia y parecer más tímida cuando antes era yo el que me ponía nervioso al verla. Aunque quizá disimulaba bien. No, eso era una completa mentira, todos los que me conocían lo sabían.

El camino a casa fue en un silencio tan cómodo que pude darme la libertad de perder la mirada en la ciudad que pasaba con rapidez por la ventana. El sol comenzaba a caer por el horizonte y la luna ya brillaba en el lado contrario.

*

—¿Quieres algo en especial para cenar? —pregunté abriendo la puerta del apartamento—. Tenemos... Creo que dejé algo antes de irme.

—No tengo hambre, de verdad. Me he llenado con el helado.

—¿No quieres nada de nada? —Negó con la cabeza y me encogí de hombros—. Está bien... Haré palomitas mientras eliges la película. Si me pones de romance no me concentraré teniéndote al lado. Y tampoco dejaré que tú lo hagas.

—Que sea de romance, entonces.

Se fue con rapidez al salón y encendió la televisión. Puse varias opciones hasta llegar al archivo donde tenía las películas y la dejé concentrada leyendo todas las opciones. Tenía un poco de todo, hasta infantiles por Annie... En verdad, yo siempre las veía con ella. Las canciones eran pegadizas.

Fui a hacer las palomitas que, por suerte, me quedaba un paquete.

Nota mental: comprar palomitas. Urgentemente.

—¡Ya está! Voy un segundito al baño.

Cogí el bol con las palomitas quemando y lo puse encima de la mesa del salón. La pantalla de la televisión estaba en pausa. Ya había puesto la película. Fui a recoger las cosas de la cocina y, cuando volví, ya estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas y varias palomitas en su boca.

Se había recogido el pelo en una coleta que se puso a un lado y tenía las mejillas sonrojadas. Su mirada me lo dijo todo.

—Solo las estaba degustando... —Abrazó un cojín—. Oye, ¿y si nos quedamos dormidos? ¿No prefieres ponerte el pijama?

—Sí, quizá sea lo mejor. ¿Te dejo algo?

Asintió y se levantó para ir detrás de mí. Abrí el armario de mi habitación y saqué una de las camisetas que ya me quedaba enorme, pero que usaba a veces, y se la di. Yo me cogí el primer conjunto que encontré cómodo.

Ella ya tenía la camiseta puesta, pero no se había quitado los pantalones aún. Era enorme y a ella le quedaba especialmente bien, mejor que a mí. Frunció el ceño al ver la ropa que tenía en la mano y se sentó en mi cama, mirándome como si no lo entendiera.

—¿En eso consiste tu pijama? Recuerdo haberte visto esa camiseta un día.

—Tengo el poder de convertir cualquier camiseta informal en pijama. Y esta es una de ellas. —Rodó los ojos y me reí mientras me quitaba la camisa.

—Eh, eh, espera. —Se rio ligeramente y se acercó a acariciar mi torso desnudo, sorprendida. Tampoco estaba tan bien si me comparaba con Steve—. No sabía que estabas así.

—Iba a veces al gimnasio con Steve. Él va mucho más.

—Pero a él ya se lo había notado, a ti no. Te pones camisetas muy sueltas y... *Wow*. Sabes cómo sorprender. No me imaginaba esto de ti.

—No exageres. —Le di un beso corto en los labios después de mirarme. No tenía nada muy marcado, me gustaba así—. Las otras dan mucho calor y, además, odio que se acerquen solo por el físico. Ya me pondré alguna camiseta ajustada... Cuando las encuentre. Se perdieron en el armario a principios de curso.

—La verdad es que cualquiera que se fije puede adivinarlo, cosa que yo no hice. Debo verte con alguna antes de morir.

—Y sin ella cuando quieras. —Le guiñé un ojo y sonrió sacándome la lengua. Se sentó en la cama y comenzó a bajarse los pantalones, por lo que aparté la vista—. Por cierto, estás hermosa, reina.

—Gracias, pero aún no tengo mi corona. —Sonreí al instante. No me había acordado de darle el regalo de Annie. No podía ser más despistado.

Oí que dejaba los pantalones en la cama y me cambié con rapidez para buscarla. Cogí su mano para que me siguiera de cerca y nos sentamos de nuevo en el sofá del salón. Agarré la mochila que estaba tirada en el sillón de al lado y la puse entre mis piernas. No fue difícil encontrarla, la dejé cerca para no olvidarla a pesar de que creía tener que guardarla en el fondo de un cajón.

—Aquí está tu regalo.

Era dorada, con tonos claros mezclados con colores vivos y brillantes para las pequeñas joyas que formaban los diamantes. Annie sabía elegir bien. La mirada de Roxy la examinaba con detenimiento. Se la puse con delicadeza para hacerlo bien y prometo que en ese momento vi mi futuro... A su lado. No me importaba lo demás. Todo había pasado a segundo plano.

—Es... *Wow* —Se miró en la pantalla de su móvil y lo volvió a dejar en la mesa—. No me salen las palabras. Creo que cada vez tengo más ganas de ver a tu hermana.

—Un día te llevaré, lo prometo. No creo que tarde mucho porque pensaba ir algún día pronto. Quizá antes de que empiece la época de exámenes. Y tú estás invitada a venir, eso sin duda. Creo que les haría mucha ilusión a todos.

La hija de Brenda podía esperar hasta final de curso. Mi reina tenía que conocerlos y enamorarlos como hizo conmigo. Si todo iba bien, iríamos en la siguiente huelga de estudiantes, que hacían cada poco y, si caía en viernes, podría pedir a Marvin y Rochelle que se encargaran del restaurante y yo les devolvería el favor como ellos quisieran.

Solo quería que Annie conociera a esa persona tan fuerte cuyos consejos y experiencias debía escuchar y aprender de ellos. No tenía ninguna duda de que las dos se llevarían tan bien como dos hermanas.

—¿Y si no le gusto a tu familia? —Bajó la cabeza.

Se la levanté mientras me acercaba a ella.

—Tú procura que no se enamore nadie de ti porque lo único que van a sentir es amor y cariño hacia ti.

No dijimos más. Unió nuestros labios sin ni siquiera esperármelo y sonreí sin poder evitarlo.

La película podía esperar.

30. AMIGOS

*A veces no nos comprendíamos.
Siempre habíamos sido polos opuestos
y no todos se atraen.
Pero sí teníamos algo en común
y eso nos mantenía unidos.*

Las palomitas se acabaron a la media hora de comenzar la película y los bostezos empezaron unos minutos antes de terminar, a pesar de la tensión que me había producido por la intriga. Todavía tenía puesta la corona, decía que no le molestaba y casi se enfadó cuanto intenté quitársela para tumbarse.

Era una reina con carácter.

—Lloraría si no tuviera tanto sueño. —dijo cuando terminó. A mí también casi se me saltaba alguna lágrima. Bostezó y se dio la vuelta para esconderse en mi pecho—. ¿También vamos a dormir hoy aquí?

—No. —Hice el intento de levantarme, pero me costó más de lo que esperaba. Apagué la televisión con el mando y bajé la mirada para verla—. Vamos a la cama que se está mejor.

Asintió y se sentó en el borde mientras cogía los dos móviles. Yo me levanté del todo, cogí la mochila y me agaché delante de ella abriendo los brazos. Su sonrisa adormilada era igual de perfecta que la despierta. Me rodeó el cuello con los brazos, escondió su cabeza ahí y sus piernas me envolvieron la cintura.

La llevé hasta la habitación, abrí la puerta con el pie y me agaché hasta tumbarla con delicadeza en la cama. Dejó los móviles en la mesita mientras buscaba en la mochila la pulsera que compartíamos para volver a ponérmela. Sus ojos coincidieron con los míos, solo reflejaban amor. Y sueño, mucho sueño.

—Échate ya, vas a caerte del sueño.

—No sería la primera vez —confesó tumbándose. Me reí al imaginármelo y me puse a su lado, apagando la lámpara—. ¡Ay, espera! —Se levantó de

golpe—. No me las he quitado. ¿Dónde está mi bolso? —Se fue al salón corriendo y entró en el baño. No cerró la puerta.

Negué con la cabeza, desconcertado. Me levanté hasta donde había entrado. No sabía si mirar, pero al final lo hice. Estaba frente al espejo guardando una cajita redonda en el bolso. Una de esas que tenían dos compartimentos pequeños con líquido. Lentillas.

Me miró con una sonrisa.

—Perdón, soy una exagerada. —Cerró la cremallera—. Es que uso lentillas y, si duermo con ellas, se me pegan. Nunca se me olvida pero hoy me has entretenido.

—¿Es en serio? —Asintió—. Eso no me lo esperaba. ¿Y el día de tu cumpleaños? Dormiste con ellas.

—Me las quité cuando fui al baño la primera vez.

—¿Y no me vas a enseñar cómo te ves con gafas?

—Hoy no. Quizá otro día.

Puse cara de cachorrito y se hizo paso para entrar de nuevo en la habitación. Dejó su bolso en la mesita de al lado junto con la corona y me sacó la lengua. Comenzaba a acostumbrarme a esa expresión tan suya. No insistí, pero de verdad no podía imaginarme que utilizara gafas. Me había acostumbrado a verla sin ellas.

Nos tumbamos y, automáticamente, caí en el sueño.

La alarma del móvil sonó a la hora de siempre. Si no fuera porque estaba puesta automáticamente, se me olvidaría, excepto el día del cumpleaños que la apagué mucho antes. Noté que Roxanne se cambiaba de lado y se estiraba, tirando la manta más hacia ella. Me pegué a su espalda y la rodeé entera.

—Buenos días, reina. —Le di un beso en el cuello e hice pequeños círculos en su estómago con la yema de los dedos. No me hizo falta mover la camiseta, se había levantado sola—. Como no te levantes, las caricias pasarán a cosquillas.

—Buenos días. Aunque, si sigues así, volveré a dormirme en un segundo —dijo de pronto girándose lentamente hacia mí. Me examinó con detención y sonrió—. ¿Cinco minutos más?

—Que sean diez.

*

—Buenos días, querido cliente. ¿Lo de siempre? —Me reí mientras me sentaba en el taburete y asentí, a pesar de que podíamos haber desayunado en casa—. Marchando.

—Boba.

—Hoy hay cosas que hacer —dijo poniéndome el café delante y echando la leche—. Hay que retomar nuestro trabajo y que sepas que, por no aparecer los anteriores lunes y martes, el trabajo de los siguientes será el doble. Al ayudante de la camarera le tocará limpiarlo todo.

—Y como consecuencia de eso se tardará el doble en realizar el trabajo de la limpieza del restaurante.

—*Touché*. —Guardó la jarra de leche caliente y se apoyó en la barra para mirarme fijamente—. ¿Vendrás aquí después de la universidad?

—Tengo un examen por la tarde. —Negué con la cabeza—. Quizá llegue un poco más tarde, pero no me retrasaré mucho.

—¿Tienes examen? Ay... No te dejé estudiar, ¿verdad? —Hice el ademán de hablar, pero me interrumpió—. ¿Por qué no pensé en eso? Es la universidad, tienes mucho que estudiar y yo te quito el tiempo...

—¡Roxy! —Me miró sorprendida y se calló—. Tranquila, son prácticas y la teoría me la sé de memoria. Solo es un pequeño examen de nada.

—Habérmelo dicho antes —gritó dándome en el brazo con el trapo que tenía en la mano. Me eché a reír a carcajadas—. Yo te mando un mensaje cuando termine, si no me contestas, iré a buscarte. —Asentí y terminé el café para darle un beso rápido en los labios—. Suerte.

—Cuídate.

Ese día llegué pronto a clase. Steve llegó de los últimos y Naira no apareció, como el día anterior. Larry me dijo que, desde que empezaron las clases, ella no había dado señales de vida. No debería preocuparme, pero lo estaba consiguiendo. Se suponía que él estaba con ella.

Y ahí estaba, sin ella.

Quizá solo se encontraba enferma y estaba sacando conclusiones erróneas.

En el fondo sabía que no era así. Algo raro estaba pasando entre esos dos y el comportamiento de Steve me daba la razón. Sentía su mirada en mí todo el rato y me ponía cada vez más nervioso. Había algún detalle más que se me había escapado.

A la salida del examen, en el que fui de los últimos en salir, terminé de colocar e hice el ademán de salir, pero Steve me cerró el paso y rodé los ojos. Me moví al otro lado y él volvió a moverse.

—Steve, no tengo tiempo para tonterías.

—Necesito hablar contigo.

—Ya y yo no llegar tarde. Me están esperando, déjame pasar. —Le aparté a

un lado y pasé. Notaba preocupación en su mirada, pero ella me estaba esperando y él ya había hecho bastante.

Salí rápidamente y fui directo al aparcamiento. Oí unos pasos detrás de mí y me di la vuelta un poco antes de llegar al coche de Roxanne. Allí estaba él. Se detuvo en silencio, miró a Roxy que había salido del vehículo y luego de nuevo a mí.

Su expresión pasó al enfado en cuestión de segundos y sabía, por su mirada, que iba a decir algo en contra de ella. Esperaba que no se atreviera a eso porque no tenía ningún derecho a hacerlo.

—¿Yo no merezco que me perdones pero ella sí? Viste lo que hizo.

—¿Perdón? —Abrió la boca pero le interrumpí antes de que dijera nada—. No te atrevas a decir nada y menos de ella, ¿te queda claro? ¿Acaso me he quejado de que te fueras con Naira?

—Kyle, venga... —murmuró Roxy cogiéndome de la mano. Se la apreté ligeramente, quería que supiera que estaba bien, pero que él no tenía por qué decir nada de ella si no sabía lo que realmente había pasado. Eso no se lo iba a permitir—. Yo no me meto en vuestra relación y no voy a permitir que te metas en la nuestra. Si te metes con ella, te metes conmigo. Deja de juzgar sin saber.

—A ver si te escuchas a ti mismo alguna vez. Aplícate el cuento, amigo. — Se dio media vuelta y se fue.

Mi otra mano se convirtió en puño. Cuando los segundos pasaron, me di cuenta de que tenía toda la razón. Steve tenía cosas que contarme, no sabía exactamente de qué o si quería decirme por qué se fue con ella, y yo no lo estaba escuchando cuando me lo pedía.

En ese momento estaba enfadado, no podría hablar con él con claridad. Me conocía lo suficiente como para saber que así no pensaba al cien por cien.

Roxy me despertó de mis pensamientos.

—Kyle, es tu mejor amigo, no dejes que una chica se interponga entre vosotros. ¿Qué pasa con Naira?

—No lo sé... Lleva días sin ir a clase.

—Vuestra amistad no va a terminar por una bobada como esa. Las parejas van y vienen, pero los amigos están ahí siempre.

—Naira me odia. Ella no querrá que me hable.

—Pero lo intenta, ¿no? —Asentí y suspiró—. No soy la mejor dando consejos porque soy la primera que los desobedezco pero... Noemí y yo hemos tenido muchísimas peleas y míranos. No os podéis dejar de hablar así.

—Créeme cuando digo que Steve es muy buen amigo, pero yo no lo conozco de hace tanto tiempo. Él estuvo ahí cuando mi mejor amigo se fue y aún no podía esperar mucho de él, aún así alquilamos juntos el apartamento. En el fondo, sabía que iba a pasar algo como esto, pero no que se descontrolara tanto. Yo soy el blanco y él es el negro.

—Aún así, Kyle, él estuvo ahí y te ayudó con... Tu otro mejor amigo. Apuesto a que ha estado ahí en muchos malos momentos. Este solo es uno más.

—Ya...

—Ya nada. Vas a intentar hablar con él y arreglarlo y como no lo hagas en el plazo de tres días os meteré en una habitación solos hasta que hagáis las paces, ¿te ha quedado claro?

—¿Y si nos matamos ahí dentro?

—Amigos hasta la muerte, ¿no?

31. RETOMANDO

*Comenzabas a desaparecer
y yo no sabía qué hacer.
La preocupación mataba,
no quería que te fueras.
Cuéntame la verdadera realidad
y salgamos juntos del problema.
Recuerda que los verdaderos amigos duran toda la vida.*

Ella hacía olvidarme de todo. Me llevó lejos. Y con lejos me refiero a dar vueltas y vueltas con el coche por la ciudad hacia un lugar de cuyo nombre no quería acordarme. De verdad, ese museo era de las razones por las que comencé a creer que la ciudad me estaba echando.

Bajamos del coche y llegamos a la entrada, donde nos paramos y ella se me quedó mirando por la cara que tenía de sorpresa.

—¿Pasa algo?

—¿Te acuerdas cuando te dije que me perdí yendo a la plaza y llegué a un museo? —Apretó los labios aguantándose la risa—. Bienvenida a ese museo.

—Museo Arqueológico. ¿Tú sabes las vueltas que diste? Estás loco. Aún no sé cómo llegaste a casa.

—Estaba pensando lo mismo. Yo tampoco lo sé.

La entrada de museo era hermosa. Varias columnas decoraban los dos pisos y tuvimos que subir de nuevo escaleras para llegar hasta la puerta. Justo antes de ellas, había una esfinge a cada lado, las cuales me maravillaron por lo bien que estaban hechas.

Roxy ya se estaba encargando de las entradas cuando yo me quedé embobado mirando a nuestro alrededor. Había tanto que visitar que tanta información no iba a poder entrar en mi cabeza.

Visitamos de las salas más luminosas a las más oscuras. De pasar a una sala completamente blanca con pequeñas estatuas que me hacían mucha gracia por no tener la mayoría nariz a una totalmente negra con pantallas en las que representaban imágenes y algunos vídeos de la Antigüedad.

Yo había dado la asignatura de arte en el instituto. Eso me ayudó a ver todo con otros ojos. Las cosas tenían otro significado, algo más allá de lo que solo se podía percibir con la vista.

—Mira, se mueve. —La miré. Estaba moviendo un mapa en una de las pantallas—. Te muestra todo lo que quieras. No recordaba todo esto. Hace tanto que no vengo.

—Hacen reformas cada poco. Es increíble. —Mi mirada no paraba quieta. Esas cosas eran alucinantes y más si se parecían a la nueva pantalla enorme que seguramente tuviera el móvil que fabricarían en unos años. Si seguían aumentando, nos ganarían en altura.

No, no estaba exagerando. Algún día los móviles serían más grandes que el Everest.

También vimos piedras. Nunca faltaban aquellas en las que había escritas cualquier cosa que no entiendes por estar totalmente borroso. Los historiadores que lo entendían tienen que estar acostumbrados. Estaba seguro de que había tenido una asignatura llamada "Cómo descifrar códigos indescifrables".

Negué con la cabeza para dejar de pensar bobadas y seguimos sala a sala hasta llegar al final. Si no se estaba obligado a ver ese tipo de cosas, se volvían más interesantes y más si quien te lo estaba explicando era Roxanne.

—No se puede pasar de una sala tan oscura a una tan blanca y luminosa como esta. —Parpadeé varias veces—. Voy a quedarme ciego.

—Quejica.

Las salas iban de la Prehistoria a la Edad Moderna pasando por la Edad Media, Egipto, Grecia, sus monedas... Lo que me dio repelús fue la momia y el sarcófago. Susurré a Roxanne que en cualquier momento podría abrirse y salir algo de ahí. Y, mercedamente, me gané un codazo.

Me dejó en la entrada de mi apartamento después de haber pasado una tarde entretenida. Insistía en no quedarse y yo me preocupaba por ella. No quería que nadie, y cuando decía nadie me refería obviamente a Tyler, la molestara.

—¿Estás segura? Sabes que puedes quedarte cuando quieras. —Asintió por tercera vez—. De acuerdo, pero cualquier cosa me llamas. Aunque sea una bobada.

—Que sí, tonto. No te preocupes. Nos vemos mañana.

Me dio un beso corto. Fruncí el ceño y se volvió a acercar, prolongando un poco más el momento y deseando en lo más hondo de mí que no terminara

nunca. No quería parar, no quería irme.

—Cuídate. —Lo decía en serio—. Te quiero.

—Te quiero.

*

—¿Hablaste con él? —me preguntó mientras servía un zumo a una chica—. No me digas que se te ha olvidado porque te lo recordé esta mañana.

—No ha venido a clase. Unos amigos no saben tampoco nada de él, no les coge el teléfono y Naira tampoco. Creo que aquí está pasando algo más que no me quiere contar.

—Que no le dejas contarte —me corrigió y yo puse los ojos en blanco. Cogió la bandeja llena de bebidas y se paró un momento frente a mí—. Kyle, llámale. O consigue la dirección de Naira. Intenta contactar con él.

—Lo intentaré.

Me dio un beso en la mejilla y me giré a la barra. Tenía que pensar. ¿Cómo había empezado todo? Steve se fue con Naira por unas amigas. Ellas se habían mudado, pero ¿por qué lo hicieron? ¿De verdad eran tan buenas amigas? Algo grave tuvo que suceder.

Cogí el móvil y marqué el número de Steve, dejando todo a un lado. Un pitido, dos pitidos, tres pitidos... Nada. Llamada finalizada. Roxanne pasó a mi lado y se quedó recogiendo enfrente.

—¿Te lo coge?

—No. —Puse el móvil de nuevo en mi oreja—. Quizá no haya llegado a cogerlo. O aún me odia. —Ella negó con la cabeza.

De repente, los pitidos terminaron. Había respondido.

—Kyle...

—¿Naira? —Separé el móvil para ver la pantalla. No me había equivocado, llamaba a Steve. Mi cara de confusión también pasó a Roxy—. ¿Y Steve?

—Ha ido... —Suspiró—. A buscarte. Necesitamos hablar contigo. Yo... Quiero decirte algo. Te juro que no lo sé de seguro pero... Todo es tan confuso.

—¿De qué hablas?

—Kyle, haz caso a Steve cuando llegue. ¿Podrías venir a casa? Él te traerá. Te necesitamos.

—Iré. Más te vale que no sea otra de las tuyas.

—Te juro que no. Tú solo ven.

Y colgó. Me quedé mudo. Sonaba aterrada de verdad. Si no lo estuviera, no me habría cogido el móvil y menos decirme aquello con la voz temblorosa que

tenía. Sentía cómo sus palabras temblaban al salir. O Naira actuaba muy bien o en realidad los dos tenían escondido un secreto demasiado grave que me involucraba de alguna manera.

Sentí una mano acariciando la mía y me topé con la mirada de la reina tranquilizándome.

—¿Qué te dijo?

—Steve me está buscando. Naira dice que necesita hablar conmigo... Los dos. Tienen algo ahí escondido que no sé lo que es.

—Deberías ir a casa. El primer lugar para buscarte será allí, ¿no? —Oí unos pasos a mi lado y ella dijo directamente colocándose detrás de la barra—. ¿Qué puedo...?

Dio un paso hacia atrás sorprendida y me giré a ver al cliente. Pude reconocerlo a la primera, un *déjà vu* me lo recordó. Era él, estaba seguro. Tyler. De lejos parecía más... Inofensivo. De cerca era robusto, de ojos azules y con una cara de egocéntrico que no se la quitaba nadie. No podía estar pasando en aquel momento. No podía irme a casa y hacer caso a Roxy. Me quedaría solo por asegurarme de que Tyler no montaba ningún espectáculo.

Por si acaso.

—¿Quería algo? —preguntó ella manteniendo la compostura como mejor sabía.

—A ti.

—Si no quiere nada que pueda ofrecerle, debo pedirle que se vaya.

—¿No estás en la carta?

—Ya la has escuchado —murmuré. Me examinó con la mirada—. Si no quieres nada, vete.

—No sabía que tenías un hermano pequeño, cielo. —Soltó una carcajada y tomé un sorbo del poco café que me quedaba—. ¿Quién eres, chico? ¿Su padre? Venga, vete a estudiar. Aquí pierdes el tiempo.

—El que pierde tiempo aquí eres tú, así que, si vienes a molestar, lárgate.

—No quiero peleas en el restaurante —avisó Roxy—. Fuera de aquí, Tyler. No quiero volver a verte por aquí si vas a decir idioteces.

—Dame una cerveza. —Me miró mientras apoyaba un brazo en la barra y le devolví la mirada con dureza—. No necesita un guardaespaldas y menos como tú.

—Tampoco te necesita a ti y aquí estás.

—Mira, niño, no te metas conmigo.

—¿O qué? —me encaré, estaba harto de que tipos como él se creyeran

mejor que cualquiera—. Déjala en paz. Haz lo que quieras con tu vida, pero a ella mantenla al margen, ¿comprendes?

—¿Quién te crees que eres...?

Roxy carraspeó dejándole el vaso delante y haciéndonos callar. Nos dedicó a los dos una mirada asesina. Cuando me di cuenta, las personas que teníamos más cerca se habían quedado calladas. No pretendía subir mucho la voz, pero supuse me había pasado un poco.

Sentí una mano en el pecho distanciándome de Tyler a la fuerza. No comprendí quién era hasta que escuché una voz familiar.

—Se acabó. —Ese era Steve—. Tú, te vas a venir conmigo. Y tú. —Señaló a Tyler—. No sé qué ha pasado, pero hay cámaras. No te aconsejo pasarte de la raya.

—Antes de meterte con ella, métete conmigo.

Fue lo último que dije antes de que mi amigo me tirara del brazo hacia la salida. Dirigí una mirada a Roxy, se mantenía seria pero, cuando me miró, sonrió y movió los labios en lo que entendí que decía "Gracias". Le lancé un beso invisible en respuesta.

No podía creer que él volviera a estar ahí. Seguro que había comprendido que ella nunca se había ido de su trabajo, que solo se fue una temporada para que no la encontrara. El muy desgraciado lo sabía bien. Y estaba ahí.

Steve me llevó fuera y me soltó el brazo con dureza mirándome asombrado y empujándome. No me iba a quedar de brazos cruzados. No sabía toda la historia entre ese tipo y Roxanne pero presentía que buena no era. Si alguien no le paraba los pies, no pararía nunca.

—¿A ti qué te pasa?

—Se meten con Roxanne y no lo permito. ¿Cuál es tu excusa? Te llamé y me cogió Naira. Me he asustado de lo preocupada que la noté. ¿Qué os pasa?

—Algo que no sé quién de los dos es el responsable.

—¿Yo? ¿Con Naira?

—Que te lo explique ella. Tenemos problemas. Y espero que con esto entiendas por qué me fui con ella cuando quizás deberías haber sido tú.

32. PERDÓN

*Descubrí que tenías razón.
No había hecho nada para evitarlo,
pero admite que tú tampoco.
Nos equivocamos, sí, somos humanos.
Aparta la piedra y sígueme.
Comencemos de nuevo.*

Casi temblaba. Casi. En realidad, sí lo hacía. ¿A quién iba a engañar? Intentaba esconder mis manos para disimular el temblor que me rodeaba con tanta fuerza. ¿Por qué yo estaba implicado en todo eso? ¿Qué se suponía que había hecho? Las preguntas me carcomían por dentro.

Steve estaba centrado en la carretera. Tenía la mandíbula apretada y los nudillos blancos de tanto apretar el volante. Me centré en la ventanilla y en las personas que iban con demasiada prisa por las calles.

—¿Qué tal el problema con tus padres?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mis padres. ¿Se han separado? —Asentí—. ¿Te caen bien tus padrastros? Mi madre me ha dicho que tu padre está feliz con su nueva novia.

—Mi madrastra es un amor; mi padrastro, no tanto. ¿Has visitado a tus padres estas vacaciones? —Negó—. Te echan de menos. Los saludé un día, el único que coincidí con ellos. No les he dicho nada.

—Gracias. —Suspiró.

Dimos una vuelta más por no sé qué calle conocida, porque me sonaba, como casi todo. Seguro que de dar una vuelta con Roxy. Me gustaba la sensación de conocer todo un poco más. Aparqué delante de un apartamento muy alto, de unas diez plantas y bajamos del coche. En cualquier momento mis piernas fallarían y caería al suelo vergonzosamente.

Seguí a Steve hasta el cuarto piso en un ascensor diminuto con un pasillo muy bien cuidado, pero a la vez un poco... Viejo. No sabía describirlo. Se paró delante de una de las primeras puertas blancas impolutas y abrió con

llave. No podía soportar más la tensión del momento. Podría cortar el aire si así lo quisiera.

La casa constaba de un pasillo con varias puertas a los lados, parecido al nuestro, pero el salón era la sala principal y lo primero que se veía al entrar. Naira estaba tumbada en un sofá largo con una manta que la cubría. Tenía el pelo en un moño destrozado y unas ojeras enormes. Su piel se había vuelto más pálida de lo normal.

No tenía muy buen aspecto, a decir verdad.

—Siéntate, Kyle —ordenó Steve. No rechisté y me senté en el sillón de al lado—. Creo que te debo una explicación y ella también.

Naira asintió y, con mucho esfuerzo de su parte, logró incorporarse con ayuda de su novio. No noté nada raro en ella, solo había engordado un poco. Cuando puso la mano en su vientre sentí que me iba a desmayar.

O ella.

No, era yo.

Naira estaba embarazada. ¿De cuánto? ¿Uno o dos meses? ¿Y yo qué tenía que ver ahí? Nada, absolutamente nada. Una cosa estaba clara, Steve estaba cuidando de su novia y su bebé. ¿Cómo podría enfadarme por eso?

Debía empezar a hablar las cosas antes de actuar y juzgar de mala manera. La culpa y el arrepentimiento volvieron a visitarme. Era idiota, me lo merecía.

—Steve, siento haberme comportado como lo hice, pero deberías habérmelo dicho antes. Algo así como... No sé, mi novia está embarazada y necesita mi ayuda.

—Lo intenté, pero no tenía fuerzas para pelear más. Sus amigas no quisieron ayudarla ni hacerse cargo. Sus padres la matarían si se enteran.

—Steve fue el único que me ayudó. Yo no supe esto hasta unos días antes de las vacaciones, te lo juro. El médico dice que tiene tres meses y yo ni siquiera me había dado cuenta. Creía que solo estaba engordando o que el periodo volvía a ser irregular... O que estaba enferma de gravedad.

—¿Tres meses?

—Sí, quizá algo más. No pediría tu ayuda si no la necesitara de verdad. Bueno, también porque de entre todos los chicos que he conocido, y Steve obviamente, eres de los que más se han preocupado por mí y cuidado.

—¿Debo creerme los halagos?

—Lo siento, de verdad. Todo esto me ha hecho pensar y así lo creo. La cuestión es que no sé de cuál de los dos es. Puede ser tanto tuyo como de Steve.

—Oh, no. No, no, no, no... —Me reí y me levanté negando con la cabeza. Empecé a andar por la sala pensando, pero no podía ni hacer eso. Comenzaba a marearme. Eso era otra pesadilla—. Ese niño no es mío. Eso te lo puedo asegurar.

—No, no puedes asegurarlo. —Naira también se levantó y se puso delante de mí, deteniéndome—. ¿Y qué si es tuyo? ¿No piensas encargarte de él? Pensabas abandonarme como todas mis amigas, ¿verdad?

—¡Deja de decir bobadas! Sería mi responsabilidad. ¡Pues claro que me encargaría! El problema es qué le digo yo ahora a Roxanne. Joder...

No conté las veces que pasé la mano por mi pelo. Fueron tantas que perdí la cuenta. Comencé a tocar la corona de la pulsera, no podía estar pasando. Eso tenía que ser una broma pesada. Yo no podía ser el padre. Sus padres podían matarla, pero a mí me enterraban directamente. Además, siempre nos protegíamos, aunque ya comenzaba a dudarle todo.

Un hijo con diecinueve años... ¡¿Pero estamos locos?! Eso me cambiaría la vida. Y a ella. O a Steve. Todo se había complicado en cuestión de segundos.

—¿Aún te llevas con ella? ¿No me dijiste que la viste con otro chico? —preguntó ella mirando a su novio.

—Es... Algo largo que contar. ¡No hablemos ahora de ella! ¿Qué tenéis pensado? Porque si vuestro plan era decírmelo, espero que tengáis un plan B.

—No sé qué hacer. A veces quiero deshacerme de él, pero luego pienso en tantas cosas... Y se me pasa. No quiero perderlo. En serio, quiero tenerlo, pero no puedo mantenerlo sin ayuda. Os necesito de verdad. Kyle, por favor... No necesito tu dinero, ni siquiera que creas que es tu responsabilidad. Confío lo bastante en Steve como para saber que él me ayudará, pero necesito saber que no estamos solos, quiero saber que hay gente a mi lado. Me enfadé contigo en parte porque creía que le dirías cosas malas de mí a Steve, por eso quería pasar tiempo con él. No quería que de quien estaba enamorada se alejara de mí por... Por ti. Él me ha dicho que no le has dicho nada sobre mí. Debí preguntar antes.

Todo estuvo en silencio unos segundos hasta que Naira comenzó a llorar. Toda esa confesión me llegó al corazón de verdad, veía la sinceridad más absoluta en su mirada. La rodeé con los brazos teniendo cuidado de no aplastarla y ella lloró aún más cuando lo hice, devolviéndome el gesto.

—Ven a casa.

—¿Qué?

—Que vengáis a casa —murmuré encogiéndome de hombros y

separándome de ella lo suficiente para ver a mi amigo—. Os lo habría dicho si me lo hubierais contado desde el principio. Puedes alquilar este piso mientras no estés aquí y así sacar algo de dinero. Te va a hacer falta.

—¿Lo dices en serio? —Asentí y Naira se tiró a mis brazos—. ¡Gracias! Sabía que eras un buen chico. Me confundí contigo, perdóname.

—Yo también me confundí. Cometimos un error, ya está solucionado. Aunque no necesitabas fingir nada de lo que tuvimos para que hiciéramos bien un trabajo. Piénsatelo para la próxima vez.

—No habrá una próxima vez. No volveré a hacerlo. Gracias, Kyle. ¡Voy a recoger todo! Necesito una hora. O varias. —Dio un beso en los labios a su novio y desapareció por las habitaciones.

Me senté en el sofá pensando en la nueva noticia. Mi vida se estaba descontrolando demasiado.

Steve se sentó a mi lado y me abrazó, sorprendiéndome. Le di unos golpecitos en la espalda mientras sentía que recuperaba a mi amigo. Se separó mirándome con agradecimiento. Nunca olvidaría esa mirada.

—Esto te lo agradeceré siempre. Sabía que eras un cabezota con corazón. ¿Quién diría que un día compartiríamos bebé?

—Ni se te ocurra decir eso ni en broma. Solo os ayudo porque lo necesitáis y soy demasiado bueno como para dejaros aquí solos. No es mi hijo hasta que una prueba de paternidad lo demuestre.

—Iba a pagarte mi parte del apartamento de todas formas. Sé que lo necesitas y...

—No vas a pagar nada. Lo he arreglado con mi padre y mi madrastra, la situación va mejorando. Me han dado lo suficiente para estos meses. Steve... Creo que está claro que sea de quien sea el bebé, tú vas a seguir con ella. Sé cómo os miráis. Necesitas el dinero más que yo. Guárdalo bien, ¿vale? —Le abracé con todas mis fuerzas y él asintió—. Ahora llévame con Roxanne, quiero ver la cara que pone al decirle que puede que sea padre.

—Si se enfada, puedes decirle que era broma y que es mío, no quiero que todo se destroce por esto. Si es a quien quieres, solo espero que salga bien.

—Yo también. Espero que lo vuestro siga así. Al menos sé que con alguien es diferente a la Naira que conocí yo.

También estaba temblando un poco por la reacción de Roxy. Acabamos esperando a que Naira terminara de empacar todo. Dejó el apartamento vacío y nos fuimos. Esa noche haríamos el anuncio para alquilarlo, ya que era propiedad del padre de Naira y por eso todas sus amigas habían decidido irse.

Llegamos un poco antes de que el local cerrara. Cuando fuimos andando después de dejar el coche al lado de nuestra casa, Roxanne y Marvin cerraban el restaurante. Ella se sorprendió al verme y él vino a saludarme con un abrazo. Yo le correspondí y miré a la pareja que me acompañaba para presentárselos.

—Este es mi amigo Steve y su novia Naira. Chicos, él es Marvin.

Los tres se saludaron y yo me puse al lado de Roxanne, rodeando su cintura. Apoyó su cabeza en mi hombro y esperamos a que Marvin dejara de hablar. Era experto en hacer amigos con facilidad por lo que veía.

—Ya veo que todo ha ido bien —susurró mirándome con una sonrisa. Yo asentí—. Tenía una buena razón para irse después de todo.

Abrí los ojos como platos. Su mirada se dirigía a ella como si lo hubiera descubierto todo con una sola mirada. No podía ser posible.

¿Sabía lo del embarazo?

Lo sabía.

¿Cómo lo sabía? ¿Tanto se notaba?

—Tengo que hablar conti...

—Tengo que irme. Nos vemos mañana, Roxy, y seguramente a ti también —dijo. Asentí de nuevo—. Un placer conoceros.

—Igualmente.

Él se fue y nosotros nos quedamos en silencio. Roxy se quedó mirando a Naira con una sonrisa. Miró hacia atrás cuando Marvin ya no estaba en nuestro campo de visión y volvió a mirarlos, sin rastro de duda en su mirada y con ternura instalada en su pupila.

—¿De cuántos meses estás?

—¿Se lo has dicho? —preguntó Steve señalándome con la mirada.

—No me ha dicho nada. Tengo una amiga que la pasó lo mismo. También usaba camisetas anchas al principio, luego no puedes ocultarlo.

—Ya me lo temía. Tiene tres meses, más o menos.

—Felicidades. —Se dirigió a mí con una mirada algo asustada por mi rostro—. ¿Qué pasa? ¿De qué querías hablarme? ¿Es algo malo?

—Hace un poco más de tres meses fue cuando Naira y yo... Ya sabes, salíamos. No sabemos exactamente quién es el padre. Van a quedarse en casa

un tiempo.

No dijo nada más. Se quedó en silencio unos segundos mirándonos a los tres o cuatro si contaba al bebé. Estaba pensando demasiado y el silencio me estaba matando. Quería decir que estábamos seguros de que era de Steve, pero las mentiras me quemaban la lengua y no podía ni pensar en decirlas.

Hizo el ademán de hablar varias veces. Su voz solo llegó a susurrar para que solo yo la escuchara.

—¿Podemos hablar? A solas.

33. REACCIÓN

*No tenías aún la confianza suficiente
como para saber que no te haría daño.
Pasaste un infierno,
te lastimaron
y espero que mi presencia
te curara las heridas.*

Después de mucho insistir, conseguí que fuéramos a casa para hablar con más tranquilidad mientras Naira y Steve se instalaban. Ella necesitaba descansar. Ya decidiríamos qué hacer más tarde. En ese momento, sólo me importaba la opinión de Roxy, había estado callada y con la cabeza baja todo el camino, y eso me daba mala espina.

Dejé a la pareja en el salón y entré en mi habitación con Roxanne, cerrando la puerta tras de mí. Se apoyó en el escritorio con los brazos cruzados, seria, pero con una mirada de temor. ¿Temor? ¡Yo era el que tenía miedo!

Suspiré profundamente y me quedé donde estaba, no di ni un solo paso. No quería meter la pata, así que pensé bien mis palabras antes de hablar. No quisieron salir.

—¿Y bien?

—Estoy esperando tu reacción. —Es lo único que pude decir. Siguió seria, ni una sola expresión cambió—. Roxy, yo no sabía nada, te lo juro. Quiero saber tu opinión. No sé qué hacer. Soy más primerizo que un bebé intentando andar.

—No es la primera vez que me pasa. —Su mirada cayó hacia el suelo—. Un día estás contenta y al siguiente tu novio se va a vivir una vida feliz con su ex embarazada. Kyle, no quiero pasar por lo mismo. No quiero que la historia se repita. Dímelo y ya.

Su voz se había roto al final. Las lágrimas estaban queriendo volver a salir por la nueva confesión que aún no podía creer. Desconocía las veces que había tenido novio, pero empezaba a pensar que había tenido todo tipo de

relaciones, o que, en las pocas que había tenido, había pasado por todas las situaciones por las que alguien podía pasar.

De todas formas, no había entendido muy bien lo que había dicho. Me interesaba que me siguiera contando eso o que profundizara un poco más, pero en ese momento solo quería volver a estar bien con ella y arreglarlo todo.

—¿Decirte el qué?

—¿No vas a dejarme?

Levantó el rostro, dejándome ver que las lágrimas ya se acumulaban en sus ojos. Algunas cayeron mientras me atrevía a dar unos cuantos pasos cortos hacia ella. Su vida anterior cada vez me estaba sorprendiendo más, había pasado por tantas cosas. Y todavía tenía esa fuerza interior que la ayudaba a sonreír cada día con esa firmeza. Ni siquiera lo fingía, sonreía de verdad a pesar de todo.

No sabía ni qué decir.

Ya me consideraba el hombre más afortunado de todo el Universo existente y por existir solo con haberla conocido.

—¡Claro que no, boba! Siento no haberte demostrado aún que no soy como muchos idiotas que están por ahí y que parece que has pasado por todos. —Me acerqué hasta poder quitar con mi mano varias gotas de agua.

Ella asintió, intentando sacar una sonrisa, y parpadeó varias veces mientras un trocito diminuto de sus ojos denotaba esperanza. Las lágrimas aún tapaban ese sentimiento, pero pude verlo intentando no ahogarse.

—No pienso dejarte por tal cosa. Puede que sea mi bebé, que no lo creo, sinceramente, pero lo nuestro se acabó hace meses. Solo quiero estar contigo y eso no va a cambiar por muchas personas que se interpongan. Quiero que te quede claro. Pero si tú no quieres...

Hizo el ademán de hablar varias veces, pero, en vez de eso, apoyó la cabeza en mi pecho, escondiendo su rostro ahí, y sentí que esa parte se mojaba. Al principio no oía que lloraba tanto hasta que sus llantos empezaron a ser más notorios. Sus manos, agarradas a mi camiseta, estaban temblando.

No sabía qué hacer. Estaba tan bloqueado que hasta noté que mis manos también temblaban. La sujeté con fuerza contra mí, rodeando su cintura, y acaricié su espalda con la otra mano. No estaba acostumbrado a que se pusiera a llorar tan desconsoladamente.

Me encontré apoyando la mejilla en su cabeza y cerrando los ojos mientras sus llantos ya estaban cesando y mi respiración iba disminuyendo. Tenía los nervios a flor de piel y las lágrimas a dos pasos de salir.

—¿Qué he hecho yo para merecerte?

—Nada, reina. Te mereces muchísimo más por todo lo que haces. Eres la persona más fuerte que he conocido nunca y apuesto cualquier cosa a que no sé ni la mitad de tu historia. —Negó con la cabeza y me rodeó la cintura con fuerza.

—Gracias. Es demasiado largo. No quiero hablar ahora. ¿Estás molesto por no contártelo? Ya sé que te avisé de que tardaba en confiar, pero a veces tampoco me salen las palabras para contarlo. Me bloqueo.

—Estaré listo para saberlo cuando lo estés tú de contármelo.

—¿Por qué no te he encontrado antes?

—Porque quizá no hubiera sido igual. Además, odiaba las ciudades tan grandes como esta. Echaré la culpa destino que quiso que viniera a conocerte.

—Gracias, destino —susurró.

La abracé con todas mis fuerzas sin querer separarme de ella nunca. Se acomodó más en mis brazos. Ya pude respirar con tranquilidad. Solté un suspiro con todo el aire acumulado que ni siquiera me había dado cuenta de que guardaba en mis adentros. Le di un beso en la cabeza y volvimos a la posición anterior en un profundo silencio de los nuestros.

Hasta que me di cuenta de que la puerta se abría. Steve entró en silencio dando solo un par de pasos. Le dije con gestos que entrara y se quedó en una de las esquinas de la habitación. Quitó un mechón de pelo de la cara de Roxy y me miró. Tenía las mejillas rojas, al igual que los ojos y casi todo hinchado de llorar. Ella me limpió algunas gotas que se habían atrevido a salirse y nos miramos con tanta ternura que casi me hacía temblar por el amor que sentía por ella.

—Ve a limpiarte un poco la cara. —Quitó las últimas lágrimas de su rostro y asintió—. Yo iré a preparar algo.

Posé un beso rápido en su frente con una sonrisa que intenté contagiársela y me sonrió de vuelta. Volvió a bajar la cabeza y se fue rápidamente con la mano secándose la cara. Me senté en la cama cuando salió, agotado por la tensión que había acumulado. Steve se colocó a mi lado poniendo una mano en mi hombro.

—¿Bien?

—Arreglado.

—Menos mal... —Me dio unos golpecitos en la espalda—. Gracias por todo, de nuevo. Me sorprende que hayas logrado todo esto cuando tenías esas posibilidades tan... ¿Lejanas? —Asentí, totalmente de acuerdo—. Me alegro

que estéis así.

—Gracias. Y no me agradezcas más, hiciste bien en irte, pero deberías haber insistido tú en hablar conmigo. Sabes cómo me pongo cuando me enfado.

—Tú deberías haber pensado que no te dejaría sin alguna razón que valiera la pena.

—No sé pensar enfadado. Admito que soy tonto y os lo puse complicado después. Me arrepiento, te lo prometo, no volverá a pasar.

—Menos mal que lo reconoces, cabezota.

Soltamos una carcajada juntos y asentí, no tenía remedio. Nos levantamos a la vez y fuimos a la cocina. Naira estaba allí intentando comprender cómo funcionaba todo eso. Negué con la cabeza y me acerqué a ella, sorprendiéndola.

—Vas a quemar la cocina —dije bajando el fuego del horno y quitando el de la vitrocerámica—. Déjame a mí. Vete a descansar si quieres, no tardaré.

—Estoy harta de descansar. Quiero ayudar en algo. —Quise hablar, pero me interrumpió—. Kyle, soy muy testaruda, no insistas. No veo justo que yo sea una estatua mientras tú lo haces todo.

—Entonces déjame enseñarte.

Escuchó atenta algunos consejos que le di para aquella cocina. No era nueva, tampoco vieja, pero tenía sus trucos para que a veces no fuera tan mal como parecía que hacía. A menudo pensé que esa vitrocerámica estaba poseída y era otra señal para echarme de esa ciudad.

Dejé a Naira terminar de hacer la cena y fui en dirección al baño cuando me choqué con ella por el camino. Estaba como si no hubiera pasado nada. No se notaba todo lo rojo e hinchado que había tenido hacía unos minutos. Me sonrió abiertamente y se escabulló hasta la cocina, cogiendo cubiertos y platos.

—Yo haré eso, tranquila.

—No digas tonterías. Soy profesional poniendo mesas. —Me dio un codazo y cogió todo lo necesario para preparar la mesa. Luego la puso rápidamente.

Cenamos con tranquilidad y con soltura hablando de cualquier tema. Naira ya estaba algo más animada y menos cansada de lo que parecía por la tarde. Hasta que suspiró y soltó la mayor tontería que había escuchado nunca.

—Creo que voy a dejar la universidad.

—Ni se te ocurra —negó Roxanne al instante—. Solo tiene tres meses y no

te queda nada para terminar el curso. Primero térmalo y luego ya verás lo que haces.

—¿Y qué hago con la barriga? No va a dejar de crecer.

—Siento decirlo pero si eres de las que le importa la opinión de los demás tanto como para morirse, deberías dejar de tener esa mentalidad. Tienes a tu novio y a un amigo que no se van a separar de ti y seguramente muchos más a los que te da miedo contárselo y seguro que te ayudan. ¿Qué más quieres?

—Tienes razón, pero no puedo cambiar tan fácil de... Eso, de mentalidad.

—Suspiró dejando caer la cuchara del postre—. Todo esto es tan difícil. ¿Qué pensarán los profesores? Todos los murmullos van a ser sobre mí y mi bebé.

—Los profesores no hacen ni caso. Es tu vida. Tú haces con ella lo que tú quieras.

—Vamos a estar a tu lado, Nai —murmuró Steve cogiendo su mano—. Tus amigas que piensen lo que quieran. A quien no le guste que no mire. Nuestros amigos van a apoyarnos y los demás no importan.

—Gracias.

—Además, tener un hijo es muy bonito. No hacía falta ser tan impaciente, pero, oye, no pasa nada. Créeme, no vas a arrepentirte de nada cuando le veas. Sé que falta mucho, pero piensa en cómo será. Eso ayuda. Puedo darte algunos consejos.

—Eso sería fantástico. Gracias.

—Aunque quizá será mejor que hables con mi amiga. ¿Hablas tú con ella?

El espacio se llenó de silencio. Levanté la mirada y descubrí que me lo decía a mí. Tragué el trozo que tenía de un bollo y me limpié con la servilleta antes de hablar. Menos mal que decidí escuchar. Me habría ganado otro codazo.

—Eh... ¿Que hable a quién?

—A Noemí.

—¿Noemí también ha pasado por lo mismo?

—Algo así. No puedo hablar mucho del tema, eso ya es asunto privado. Puedes pedirle que un día venga para hablar con ella. El domingo por ejemplo, ella no trabaja.

—Claro. Yo hablaré con ella.

No sé si ser curioso es bueno o malo, pero yo lo era mucho y en ese momento me invadió mucho la curiosidad. Nunca se me había ocurrido preguntar a Noemí sobre cómo tuvo a Lily. Nunca había visto ningún otro chico a su lado y estaba seguro de que eran solo madre e hija. ¿Y el padre?

No sabía si Noemí me lo contaría todo ya que era algo demasiado personal, pero por intentar no perdía nada. Además, si Roxy no quería que lo intentara, no me habría enviado a mí. Ella misma podría enviarle un mensaje perfectamente.

Por su mirada descubrí que tenía que pedírselo yo si quería que me lo contara. La confianza entre Noemí y yo había crecido. Eso nos terminaría de unir.

34. LA HISTORIA

*Tu vida era ella:
esa pequeña luz que no dejaba de brincar.
Te iluminaba con su presencia.
Ya todos los de alrededor.
Apóyate en nosotros,
somos la familia que escogiste.*

Sobra comentar que esa noche dormí tan bien como cada vez que Roxy se quedaba conmigo. Esa vez era ella la que tenía el despertador puesto en el móvil y me costó hacerla entender que de ahí no se iba sin mí, aunque fuera sábado y no tuviera nada que hacer. Pasar el tiempo con ella era mi pasatiempo favorito.

Rochelle llegó unas horas después con su bolso de siempre, su pelo negro corto suelto y con una sonrisa al vernos hablar. Toda la gente estaba servida ya, así que era tiempo libre para nosotros. Roxy se puso a fregar un vaso para intentar disimular, pero mi risa lo estropeó un poco.

—Casi me lo creo. —Soltó una carcajada—. Bueno, enamorada, ¿muy atareada la mañana?

—No, nada nuevo.

—Al fin una sonrisa verdadera. —Le dio un beso en la mejilla y a mí un golpecito con la cadera—. ¿Qué estaríais haciendo si no hubiera trabajo, pillines? —Parecía más una pregunta retórica. Igualmente, la respondimos.

—Dormir —contestamos a la vez.

Nos encogimos de hombros y me dio un beso en la mejilla antes de ir a servir a otra mesa que había sido ocupada. Parecía un acosador que no paraba de mirarla. Y cada vez que pensaba en esas palabras me acordaba de Tyler. El Tyler del que presentía que no iba a sacar nada bueno y yo me iba a llevar todo lo malo.

No era partidario de las peleas y menos de provocarlas, pero lo primero que haría como volviera a comportarse como un idiota... No, una pelea no, pero a mí el diálogo no se me daba mal. Si no comenzaba él, todos nos

mantendríamos alejados y todos seríamos felices.

Roxy me invitó a algo para comer y, ya llegada la tarde, vi pasar por el restaurante a Lily con la bicicleta. Me sorprendí cuando pasó de largo. Empecé a reírme cuando vi que daba marcha atrás con las mejillas rojas y sonriéndome desde la entrada.

—¡Kyle! —Dejó a un lado la bicicleta y fue corriendo a abrazarme. Abrí los brazos y la rodeé—. Me pasé —dijo riéndose—. Quiero dar una vuelta. ¿Vienes conmigo? Mamá está viniendo. Me ha dicho que quería hablar contigo porque tú querías hablar con ella. Creo que era así.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté. Ella se encogió de hombros y se fue a abrazar a Roxanne que estaba justo detrás. Ella me sonrió como una inocente y yo la dediqué una mirada acusadora. Había sido ella, sin duda.

—Hola, cielo —la saludó, luego se centró en mí—. Si vas a preguntar... Sí, algo la he comentado yo. Solo te he echado una mano. De nada. Diviértete y llama para cualquier cosa. —Asentí.

—Tú igual, cuídate. Te quiero.

—Te quiero.

Me dio un beso rápido en los labios y Lily se sorprendió cogiéndome de la mano con firmeza, pero mirándome con duda. La noche del cumpleaños de Roxy, la pequeña no llegó a ver nada, por lo que verlo por primera vez pareció asombrarla.

—¿Sois novios?

—A mí nadie me ha pedido nada. —Me reí ante el comentario de Roxy y entró en la cocina con su ya perfecta y completa sonrisa.

—Algo así —respondí—. Vamos a dar esa vuelta. Tú me guías.

En cuanto salimos, Noemí llegaba casi sin aliento. Dejé que Lily se montara en su bicicleta mientras yo abrazaba a su madre. Respiró profundamente y me sonrió. Saludó a sus amigas con la mano desde fuera y me miró, yo asentí. Eso fue lo único que nos hizo falta para empezar a andar.

Lily iba delante de los dos, a la vista. Nos llevó a un parque amplio donde no había que preocuparse del tráfico y se podía andar en bicicleta con libertad, pero con cuidado de no atropellar a los demás. Habíamos hablado de cualquier tema hasta ese momento.

—¡No te vayas muy lejos! Quiero ver dónde vas.

—¡Sí, mamá!

Lily seguía a lo suyo a pesar de haber contestado. Tuvimos un momento de silencio, en el que ella no despegaba los ojos del suelo. Tenía una pequeña

sonrisa en los labios que no sabía descifrar muy bien. Miré el cielo, estaba despejado. Se notaba en el calor que hacía.

No sabía muy bien cómo rellenar el silencio. Me gustaría ser de aquellas personas que podían sacar un tema de cualquier sitio y a todas horas. Yo no tenía tanta imaginación.

—¿Nunca has pensado que las bicicletas son como los adolescentes pero en vehículo?

Me giré de repente.

—¿Qué? ¿Cómo puedes relacionar esas dos cosas?

—Las bicicletas se parecen a los adolescentes. Imagina una bicicleta en una ciudad pequeña. Si va por la acera, puede atropellar a las personas pero, si va por la carretera, puede ser atropellada por los coches. Demasiado pequeña para los coches pero muy grande para las personas.

—¿Y...?

—Los adolescentes son los marginados de la sociedad. Son demasiado grandes para ser niños y demasiado pequeños para ser adultos. Por eso improvisan y viven a su manera. ¿No te parece?

—Nunca lo había visto de esa manera, la verdad.

Ella señaló un banco y nos dirigimos hacia allí, mirando varias veces a Lily, que no paraba de pedalear. En el césped era algo más difícil, pero a ella se veía que le gustaba, lo bueno era que si se caía no se iba a hacer mucho daño. Me acordaba de la reflexión de Noemí con cada bicicleta que veía. Me gustaba cómo lo había relacionado.

Nos sentamos y me miró fijamente con una sonrisa. Roxanne me había dado un empujoncito para hablar con Noemí, pero no sabía cómo empezar esa conversación estando los dos solos. Desvié la mirada a Lily varias veces y miré a Noemí otra vez. Esperaba, paciente.

—¿Es algo importante?

—Sí... Y no. Quiero decir... Mi amigo y yo tenemos... Quería saber cómo pudiste criar a Lily... ¿Tú sola?

—Ah... Ya veo. —Bajó la mirada a sus manos entrelazadas y desvió la mirada buscando a su hija—. No estaba del todo sola. Marvin, Roxanne y Rochelle fueron un apoyo incondicional para mí. —Se encogió de hombros y apoyó la espalda en el banco, quedándose con la mirada en la nada—. Supongo que puedo confiar en ti, somos pocos los que sabemos la historia.

—Sabes que sí. Es más, si necesitas ayuda...

—Haces mucho ya, de verdad. —Me sonrió.

Volvió a desviar la mirada y me puse como ella después de unos segundos en silencio. Esperé con tranquilidad a que siguiera y acabé concentrándome en los sonidos del parque. La hierba moviéndose, los niños gritando y varias personas hablando o corriendo. Me relajaba.

—Tenía veinte años cuando me enteré de que estaba embarazada. Lo había dejado con mi novio hacía muy poco. Le llamé, le dije lo que pasaba y vino a ayudarme. Un día lo estuvo pensando tanto que me dio miedo, pensaba si era buena idea tener al bebé. Yo quería tener a Lily. Tenía hasta su nombre pensado. A los siete meses del embarazo él se fue y no volvió. No he vuelto a verlo y tampoco me he esforzado en dar con él. Por aquel entonces, yo solo conocía a Rochelle y a Marvin, Roxanne aún no había llegado a la ciudad. Aún recuerdo la primera vez que la vi, parecía tan niña... Fue solo un tiempo después. Ella fue la primera en empezar a trabajar en el restaurante. Marvin comenzó al año siguiente del nacimiento de Lily y cuando Roxy ya llevaba unos meses. Yo trabajaba en una tienda y, con el dinero que sacaba, pagaba un apartamento compartido con Rochelle.

—¿Y quién cuidaba a Lily?

—Ella, Rochelle. Quiso ayudarme con la pequeña sin nada a cambio, pero la convencí para que pagara yo todo el apartamento. Lily comenzó a crecer. Cuando empezó el colegio, Rochelle se unió al trabajo con Marvin y Roxanne. Su jefa viajaba, demasiado, lo sigue haciendo y no podía contratar a más gente, así que tuvieron que acostumbrarse a todo lo que se les venía encima.

—¿Seguís viviendo juntas?

—No. Ahora cada uno vive en su casa. Roxanne y yo somos las más cercanas, ella vivió una temporada conmigo, no sé si te lo ha contado. En fin, Rochelle ha conocido hace poco a un chico y Marvin... Marvin es un alma libre. —Se rio—. Un día está aquí y mañana puede estar en Estados Unidos si a él le da la gana. Tiene amigos por todas partes del mundo. Yo pienso que trabaja por hacer algo, pero realmente creo que no lo necesita.

—Pues lleva varios años trabajando, ¿no?

—No tantos. Cuando Lily cumplió cuatro años, se fue de viaje. Nos hablaba cada día y nunca prometía que pronto volvería, que el azar lo decidiría. Volvió por sorpresa en el quinto cumpleaños de Lily. Comenzó a trabajar otra vez y ahora se va todos los veranos.

—*Wow*, él sabe disfrutar de la vida. ¿Y...? ¿No has conocido a nadie más?

—¿A un chico? Sí, pero ninguno que valga la pena. Si a Lily no le cae bien por alguna razón, yo no sigo con él. Ella tiene como un sexto sentido, si ella

dice que no, yo le creo. ¿A que sí, Lily? ¿A que ayudas a mami a saber si un chico es malo? —preguntó justo cuando se acercaba.

—¡Sí! Un chico era malo y yo lo sabía, mamá no me hizo caso al principio. Luego, él se fue. Quería que yo le llamara papá y que le hiciera caso. ¿Puede venir Kyle a casa? Quiero enseñarle mi habitación.

—Ya es un poco tarde, cielo, tiene que ir a dormir con su amigo —murmuró Noemí a su hija, pero ella puso morritos de cachorrito. Me miró y yo me encogí de hombros—. Entonces... ¿Quieres venir?

—Si no hay ningún problema...

—Claro que no. Vamos.

Kyle

¡Reina! Lily quiere enseñarme su habitación. Tardaré un poco en volver. ¿Vas a casa o te

Roxanne

Wow, Lily te quiere de verdad. Iré a casa a coger varias cosas para meterlas en el coche ya que nunca

Kyle

No distingo la ironía en ese mensaje ni nada que me

Roxanne

Idiota.

La noche no tardaría en recorrer el cielo. Seguí a Noemí hasta su coche, donde metió la bicicleta. Abrí la puerta del copiloto, pero Lily me tiró del brazo para que me pusiera detrás con ella. Me reí y la hice caso sin rechistar. Le até en la silla para niños que descubrí que era igual a la que tenía Roxy en su coche. Supuse que se lo turnaban dependiendo de dónde estaba Lily, pero tenía que ser un lío enorme.

La princesita no paró de señalarme parques donde había ido con George. Me dijo que cerca de su casa había uno donde lo conoció. Ese de mayor sería un lugar especial para ellos.

Noemí se detuvo en un semáforo.

—Casi llegamos. —Señaló a una calle cercana—. Girando a la derecha es el barrio donde vive Roxy y un poco más adelante, nuestra calle.

—Si tengo que venir yo hasta aquí, no llego. Primero me pierdo.

Asintió riéndose y miré el semáforo: verde. Fue despacio por aquella calle y giré en lo que entendí que era el barrio de Roxy. Más o menos a esa hora ya debería haber llegado si yo no la entretenía.

Y no me equivocaba.

Giré unos segundos por si la veía. Reconocí su coche aparcado y a ella alejándose hacia una puerta de un apartamento bastante alto. Lo que me sorprendió fue el chico que estaba en la acera de enfrente, escondido detrás de su coche como si creyera que no lo veía nadie.

Él era inconfundible. Tyler.

La rabia me pudo.

—¡Frena!

35. RECUERDOS

*Solo existían recuerdos nítidos.
Sonreías al contarlo,
llorabas al recordarlo,
mi corazón se encogía al escucharlo.
Tuve la suerte de conocer la fuerza y la valentía.
Y ahora las tenía delante, personificadas.*

Sujeté a Lily para que no se cayera a pesar de estar bien sujeta a la silla y me quité el cinto. Noemí me miró alarmada y yo solo pude mirar a Tyler. Creo que me entendió porque aparcó mal a un lado de la carretera, puso las luces de emergencia y salí disparado. Oí otra puerta detrás de mí, pero no me giré.

Anduve lo más rápido que pude hacia Roxanne que ya tenía la llave metida en la puerta y se sorprendió al verme tan cerca. La llave se quedó en la cerradura mientras recuperaba la respiración por el susto, supuse.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba. Me asustaste.

—Lo sé. —Cogí sus llaves y su mano—. Te vienes conmigo, luego te explico. Vamos. —Intenté tirar de ella, pero se quedó quieta, sin moverse ni un músculo.

—¿Qué te pasa?

—He dicho que luego te explico. —Tiré otra vez, pero siguió sin hacerme caso—. Roxy, por favor, confía en mí. Sabes que puedes hacerlo sin problemas. Noemí está allí, ven conmigo.

—Pero, Kyle, tengo que...

—Por favor.

Estuvo varios segundos mirándome a los ojos, no desvié la mirada en ningún momento, no me importaba si descubría todo mi interior si con eso conseguía que me acompañara. Odiaba tener que preocuparme por cosas así provocadas por, supuestamente, un hombre, si es que se le podía decir así.

Agachó la cabeza, cogió las llaves y apretó mi mano para hacerme saber

que estaba conmigo. Anduvimos sin decir nada hasta que llegamos al coche de Noemí. Ahí fue el momento en el que se giró y lo vio. Su agarre aumentó y su amiga consiguió sonreír para calmarla.

—Entra, Roxy. Hoy puedes pasar la noche en mi casa, como en los viejos tiempos.

Miré a Tyler que se había acercado y abrí la puerta de atrás para entrar, no pude hacerlo de inmediato. La rabia había podido conmigo. No sabía qué habría pasado si no me hubiese fijado y cada vez me daba un peor presentimiento. No quería ni siquiera pensarlo.

Lily estaba hablando con Roxy y Noemí ya estaba encendiendo el motor. Cerré un poco la puerta para que la pequeña no me oyera y hablé sin subir el tono. Sabía que iba a escucharme.

—Lárgate a tu casa y pierde el tiempo de otra manera.

—Métete en tus asuntos, niño.

—Eso hago.

Me metí después de dedicarle una mirada no muy agradable y oí que Lily reía. No se había enterado de nada, la hicimos creer camino a casa que Roxanne quería venir con nosotros. Llegamos en unos segundos.

Salimos del coche aparentando normalidad por la pequeña. Noemí miró a Roxanne un segundo. Solo fue un momento que hizo que ella se quedara quieta y madre e hija subieran por las escaleras dejando la puerta abierta.

—Gracias —susurró.

—No me lo agradezcas, reina. —La abracé fuerte contra mí—. Voy a estar siempre a tu lado. Déjame protegerte. Deja que alguien cuide de ti como tú has hecho siempre por los demás.

—Tienes a Naira. —Negó con la cabeza—. Ella os necesita ahora. Yo solo debo tener más cuidado, no me hará nada.

—Lo siento, pero no te creo. Ahora sabe en la zona en la que vives. Tiene algo que no me gusta y no pienso arriesgarme en saber lo que es. Vamos arriba, se acabó la discusión, reina. Puede que llegues a cansarte de mí por verme tanto la cara, pero estarás protegida y es lo único que necesito saber.

—No sé si darte las gracias o llamarte tonto.

—¿Qué tal esto?

Rocé sus labios ligeramente. Sentí que sonreía y nos unía definitivamente contagiándome su sonrisa. Acarició la parte de mi cuello hasta llegar a entrelazar las manos detrás de él y atraerme más hacia ella, mientras hizo que un escalofrío me recorriera entero.

Sentía que no nos habíamos besado tan pocas veces como para que no me supiera todas las sensaciones que me producía de memoria, pero, a decir verdad, sentía que cada vez descubría algo nuevo que me hacía querer más. No, en el fondo, los latidos de mi corazón sabían que nos habíamos besado demasiado poco.

—Mucho mejor —susurró contra mis labios.

—¡Kyle! ¡Roxy! ¿Os habéis perdido?

Nos soltamos de inmediato como si nos fueran a descubrir en cuanto oímos a Lily y nos reímos. Corrimos hacia las escaleras y la vimos bajarlas con Noemí a pocos metros de ella. La alcanzó en cuanto se detuvo al vernos.

—Ven aquí, bruja —dijo su madre cogiéndola como si cogiera un saco de patatas al hombro—. Te dije que estaban hablando. Nunca me haces caso.

—¡Mamá! —exclamó la pequeña riéndose.

Subimos al segundo piso y entramos en la primera puerta. Era parecido a mi apartamento, aunque algo más grande. Tenía dos habitaciones a la izquierda y un baño a la derecha en el pasillo que formaba la entrada. Más allá, el pasillo se ampliaba en un gran salón al lado de una cocina un poco más pequeña. Era simple y sencillo, pero de lo más bonito que había visto nunca.

Noemí nos pidió sentarnos en la mesa que estaba de camino al salón, cerca de la cocina. Nos trajo la cena que ya tenía preparada y cenamos escuchando a Lily, que no paraba de moverse de la silla señalándome todos los detalles con la mano.

—¡Vamos! —gritó cuando terminé de cenar. Me cogió de la mano y me llevó hasta su habitación—. ¡Mira! Duermo con tu peluche. Bueno... Y con tres más.

—Es muy bonita. Me alegro de que te gustara tanto.

Tenía las paredes pintadas de un color claro, como lila. La cama era... Grande para ella, como las de matrimonio. Se veía morada con algunas rayas blancas al igual que la alfombra. El escritorio era pequeño, pero estaba lleno de libros con dibujos y estanterías con más aún. El armario era enorme, sus puertas deslizantes formaban un espejo del suelo al techo.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Jugamos en el salón con varias cosas que me enseñaba Lily. Noemí y Roxanne acabaron uniéndose después de su larga charla en la mesa. No me di cuenta de la hora pero sospechaba que había pasado de medianoche. Los minutos pasaban como segundos jugando a la manera de la pequeña. Cuando

empezó a bostezar con frecuencia, su madre la mandó a la cama.

—Yo quiero que Kyle duerma conmigo —dijo parando a su madre que ya la llevaba a la cama. Noemí suspiró.

—Luego voy contigo, ¿vale? —le aseguré.

—¿Prometido? —preguntó levantando el meñique.

—Te lo prometo —contesté cruzando mi meñique con el suyo, sin trucos.

Sonrió y se fue después de despedirnos a los dos. Noemí la acompañó hasta su habitación y Roxy y yo recogimos lo poco que estaba tirado por el suelo. Nos sentamos en el sofá que tenía en forma de L y me hundí en la comodidad de la parte pequeña. Ellas se sentaron juntas en la parte alargada.

Puse un cojín en mi regazo para ponerme cómodo y lancé la gran pregunta que haría que Roxanne me contara algo más de su pasado. Cada vez me intrigaba más y esa pregunta la había estado pensando desde que Noemí me contó esa tarde su historia con Lily.

Había aún tantos huecos en las historias.

—¿Podéis contarme cómo os hicisteis tan amigas?

—A ver... —Suspiró Roxanne y se acomodó apoyándose en el hombro de su amiga—. Yo tenía... ¿Diecisiete años puede ser? No, cuando nos hicimos amigos ya tenía diecinueve. Me acuerdo que la primera vez que los vi me pareció el típico grupo cerrado en el que nadie entraba ni salía porque eran inseparables.

—Empezamos a vernos y hablarnos más cuando comenzó a trabajar en el restaurante, nosotros íbamos mucho. Era una niña. —Sonrió y pellizcó la mejilla a Roxy. Me reí por su reacción y siguió—. Yo creía que era una broma, los demás camareros eran mucho más mayores.

—Pero todos eran un amor, me daban consejos sobre la vida. Todo mejoró el día que Marvin se unió cuando uno de mis compañeros lo dejó. Sigo sin saber por qué. Marvin fue el único que intentó conocerme un poco más y me sentí una estúpida cuando quiso presentarme a Rochelle y a Noemí... —Ella se echó a reír y Roxy se tapó la cara con las manos. Se había puesto roja—. Pensé que él era el padre de Lily. Ella era un bebé de unos meses y siempre lo había creído. Rochelle no paraba de reírse.

—Fue muy gracioso. Bueno, la cuestión es que, desde ese día, Rochelle también empezó a llevarse bien con ella. Poco después, yo me enfadé, creía que iba a quitarme a mis amigos.

Si me hubieran hecho una foto en ese instante, la habría guardado para la posteridad. Mi cara lo decía todo en ese momento. Estaba tan concentrado en

escucharlas que no oí nada a mi alrededor. Y cuando decía eso, me refería a que mi móvil sonaba, aunque en ese momento no lo sabía.

—Cuando mi novio me dejó por su ex embarazada, comencé a tener más tiempo libre. Salía con ellos, me trataban como una más del grupo. Cogí muchísimo cariño a Lily y casi la trataba como a mi hija.

—Empezamos a caernos mejor. Cuando Marvin se fue, vivimos una temporada todas en el mismo apartamento. Fueron los meses más locos que tuvimos. Creo que olvidé el significado de dormir. Nosotras trabajábamos y Lily tenía que ir a clase. Conclusión: no parábamos quietas ni un maldito segundo.

—Cuando volvió, yo ya había encontrado otro apartamento y ya lo compartía con otro chico. Con Tyler para ser exactos. Eso es otra historia. —Otra historia que me moría por escuchar—. Y, sin darme cuenta, yo ya era parte del grupo.

—Si no hubiera nacido Lily, tú serías nuestra pequeña. —Volvió a pellizcarle las mejillas y ella se las quitó de un golpe amistoso. Noemí y yo no parábamos de reír.

—¿Y qué hay de tu familia? ¿No te ayudaron con ella?

—¿Mi familia? Mis padres no me apoyaron con el nacimiento de Lily. Decían que era una locura, que un bebé me iba a destrozar la vida. Aún así... El día que nació quisieron venir a verla... Y nunca llegaron. —Bajó la mirada y Roxy acarició su hombro.

—Nos persiguen las desgracias —siguió ella—. Tuvieron un accidente de coche y... Bueno, ya sabes. Fueron a un lugar mejor.

—Dios mío. No debí haber preguntado. Lo siento.

Me sentí la peor persona del mundo. Entre esa pregunta y lo que descubrí de Roxanne por contarle lo de la separación de mis padres, no paraba de fastidiarlo todo.

Noemí se apoyó en su amiga y negó la cabeza, mirándome con tranquilidad, pero aún con algunas lágrimas en los ojos.

—No, tranquilo, son cosas que pasan. Me persigue la mala suerte desde que nací. A partir de ese día, si no hubiera sido por mis amigos, no habría podido haber seguido. Lily necesitaba una madre en la que apoyarse ya que su padre no quería ni siquiera saber de ella. Tuve que salir adelante. Estuve unos meses en depresión pero, al ver la carita de mi pequeña, yo no podía decaer. Me necesitaba y, aunque yo aún no lo sabía, yo la necesitaba a ella.

—Lily dejó atrás esa mala suerte, deja de decir eso. Desde que ella nació

no te ha pasado nada malo. Al contrario, ella te ha hecho abrir los ojos. Además, nos ha ayudado a todos. ¿Crees que si no fuera por Lily, Kyle estaría aquí ahora?

—No —respondió sollozando, pero sacando una pequeña sonrisa. Me levanté para ponerme a su lado y quité alguna de sus lágrimas.

—Creo que debo a Lily el estar aquí y haberos conocido tanto como lo estoy haciendo. Ella es la luz que ha iluminado tu vida, no dejes que los recuerdos vuelvan a oscurecerla.

—Muchas gracias, Kyle. —Se limpió las lágrimas—. Venga, anda, es tarde. Vete con Lily. Tenemos que descansar. Ha sido un día largo. Aunque, ¿por qué me preguntaste lo de Lily? Roxy me dijo que necesitabas consejos para alguien. ¿Qué ha ocurrido?

—Eh... —Pasé una mano por el pelo.

—Yo se lo explico. Duerme bien.

No se lo discutí. Le guiñé un ojo y me despedí de ellas para ir a la cama con la princesita de la casa. No tenía ropa de cambio, así que me quedé como estaba. Lily estaba profundamente dormida en el medio ocupando casi toda la cama. No me importó en absoluto, me puse en un lado y cerré los ojos perdiéndome en la comodidad de la cama. La pequeña no tardó en acercarse a mí. No supe si sin querer o queriendo.

Poco después de quedarme dormido, me desperté por una luz que me molestó y un ruido. Oí unas risas que reconocí bien. Al abrir los ojos, descubrí que Lily no se había movido. Reconocí unas siluetas cerca de la cama.

—No somos profesionales, pero has quedado guapo —susurró Noemí.

—La necesito para mi álbum, por favor.

Una foto. Me habían hecho una maldita foto dormido. Las odiaba con todo mi alma.

—Mañana os vais a enterar.

Y caí rendido de nuevo.

36. SENTIMIENTOS

*Engañaba. Nos equivocábamos.
Todos creían que no se daba cuenta.
Siempre supo la realidad.
Siempre tuvo esa carita mágica
que lo adivinaba todo.*

—**K**yle. Kyle. Kyle... —Esa vocecita empezaba a resonar en mi cabeza. Cada vez más fuerte. Cada vez más cerca. Cada vez más nítida.

Abrí un solo ojo por si la luz iba a dañarme demasiado, pero no fue así. No había tanta como me imaginaba. Lily estaba sentada en la cama a mi lado y con una sonrisa al verme despertar. Froté mis ojos y me incorporé con ella. Todo fue silencio.

Pero solo duró unos segundos.

—¡Kyle! —Se tiró encima de mí y volví a tumbarme por la poca fuerza que tenía en ese momento—. Mamá y Roxy están dormidas en la otra cama. Tengo hambre.

—¿En la misma cama? —Asintió—. Bueno, yo te hago el desayuno si me enseñas dónde están las cosas.

Me cogió de la mano y me tiró fuera de la habitación, hacia la cocina. La cogí en brazos para que se sentara en la encimera y me dijera dónde estaba todo con más facilidad. Miró hacia arriba y a sus alrededores varias veces hasta que me señaló una estantería que teníamos detrás.

—Allí están las tazas. La morada es la mía, la verde la de mamá. —Cogí cuatro tazas y las puse a su lado—. La leche está en el frigorífico y aquí arriba el café. ¿Tú qué tomas? ¡Ay! Y no se te olvide el cacao.

—Café. Y no, no se me olvida. Tú lo echas.

—¡Quiero tostadas! No sé dónde están. Mamá siempre las pone arriba para que no las coja y me quemé haciéndolas. ¿Sabes? Un día casi me pasa, pero mamá me quitó a tiempo.

Mientras hacía el desayuno, Lily me contaba historias que la habían pasado

en la cocina como quemarse con la tostadora, que una tostada saltara en su cara por no estar bien sentada en la mesa... Bueno, todo lo que le puede pasar a una niña de siete años, por lo que me dijo ella, pero multiplicado por dos.

Cuando a todo le quedaban unos minutos para terminar de hacerse, Lily quiso bajar de la encimera. La bajé con cuidado y fue corriendo a la puerta de al lado que daba a un pequeño balcón que conectaba con el salón también. Le seguí para ver lo que hacía, pero no encontró nada y siguió corriendo hasta su habitación.

—¿Qué buscas?

—Mi peine. —Abrió un cajón y se puso delante del espejo—. Mamá dice que hay que prepararse y hacer la cama al levantarse. A veces lo hacemos después de desayunar pero vamos a esperarlas, ¿no?

—Claro. Tú te preparas y yo hago la cama. —Asintió y abrió el armario con algo de esfuerzo.

Sacó varios conjuntos y, después de ayudarla a elegir entre si llevar la camiseta o el pantalón morado, acabó poniéndose un vestido de ese color que la llegaba por las rodillas. Puso los muñecos como ella quiso encima de la cama y cogió de nuevo el peine mientras se miraba al espejo.

Me senté en la cama mirándola y solo pude pensar en la suerte que tuvo por tener una madre y unos amigos como ellos, a los que ya prácticamente podía llamar familia. No quería imaginar por lo que habrían pasado si Noemí no hubiera conocido a Marvin, Rochelle y Roxanne. Eran tan unidos como hermanos.

—¿Sabes hacer una coleta? A mí me sale mal.

—Y una trenza también sé hacer.

—¡Vale! Toma. —Me dio el peine y se sentó en mi regazo mirando al espejo. Su pelo no era tan largo como el de Annie, así que terminé antes la tarea. Le dividí el pelo en tres mechones y los crucé—. Creía que a los chicos no se les daba bien.

—Siempre hay excepciones.

—¿Es verdad que quieres a Roxy?

Esa pregunta me sorprendió. Tuve que volver a hacer un trozo de la trenza de nuevo por el despiste que me había provocado.

—Sí, mucho.

—Ella a ti también. Un día oí que lo hablaba con mamá en el salón. Desde que llegaste, cada vez hablan más sobre ti. —La miré en el espejo y vi que miraba sus zapatillas—. ¿Te cuento algo? Promete que no se lo dirás a Roxy.

—Prometido.

—Yo sabía que el otro chico no era bueno. Un día iba a decírselo, pero él me daba miedo. Siempre me miraba raro, como si no me quisiese. Sabía que Roxy se lo contaría y él se enfadaría conmigo, nunca dije nada. ¿Crees que hice mal? Quizá ella habría llorado menos. Creen que no las veo, pero sí lo hago. A veces.

Lo que creía de Lily se había esfumado por completo. Podría ser una niña que gozaba de su niñez y todo lo que conllevaba esa época, pero había visto muchísimas cosas más que nadie sabía. Era más madura de lo que yo pensaba y todo lo que me decía me había dejado perplejo.

Ellas creían que no se daba cuenta, que era una niña ciega, pero ella sabía más de lo que pensaban. Lily tenía un corazón de oro y nadie se había detenido a mirarlo para descubrirlo.

—No digas eso. —Até el final de la trenza con una coleta que me dio y la di la vuelta en mi regazo para que me mirara—. Tienes razón, él es un chico malvado, pero quizás ella no te hiciera caso hasta que se diera cuenta por sí misma. Tú no tienes la culpa de nada, Lily, los adultos necesitamos ver para creer.

—Nadie me hace caso. Creen que son bobadas de una niña.

—Yo sí te creo. —Cubrí sus manitas con las mías y sonrió de oreja a oreja.

—¿Sí? —Asentí—. Sabía que tú ibas a ser diferente, tú siempre intentas que la gente sonría y eres muy bueno con todos, hasta conmigo. Entonces... ¿Roxy y tú sois novios? —Reí mientras me encogía de hombros—. No me gusta verla triste. Contigo está feliz.

Eso era lo más bonito que me habían dicho nunca.

—¿Así que crees que yo soy bueno? ¿Me dejas estar con ella? Necesito tu permiso para saber si no soy un hombre malo.

—Sí, tú sí puedes. Eres bueno.

Nos reímos mientras la abrazaba con suavidad y ella me rodeaba el cuello con demasiada fuerza. Me sujeté en la cama para no llegar a caerme hacia atrás. Era tan sabia desde tan pequeña que tuve que pensar varias veces en esa conversación por si no la había soñado. Pero no, Lily era real, y una de las personas más curiosas que había conocido en mi vida. Me sentía afortunado por ello.

Lily era luz. Y un pilar fundamental en aquella familia.

Oí unos suspiros en el pasillo y su madre entró con una sonrisa en la habitación. Nos levantamos de la cama y miró con asombro a su hija.

—Se te dan mejor las trenzas que a mí.

—Eso no me lo creo.

—Vamos a ir poniendo la mesa tú y yo, ¿vale? —dijo cogiendo la mano de su hija. Su mirada hacia mí cambió de repente—. Está en la otra habitación. Vete a verla, por favor.

Asentí sin pedir explicaciones de nada. Fui directo al cuarto de al lado y la vi sentada en la cama mirando al suelo y sujetándose la cabeza con las manos. Oí varios suspiros antes de acercarme.

Me vio de reojo mientras me sentaba a su lado y rodeaba su cintura con el brazo. No estaba feliz, ¿qué había pasado en ese tiempo? ¿Cuándo habían despertado? Suspiró de nuevo y se apoyó en mi pecho. Intenté comprender lo que había pasado, pero nada me encajaba.

—Os hemos oído. Íbamos a daros un susto, pero te comenzó a contar eso y... No pude. Tyler decía que era una niña adorable, se caían bien... O eso quería aparentar. No puedo creer lo equivocada y lo ciega que estaba.

—No te tortures, reina. El amor a veces nos hace ciegos. No podías adivinarlo, no pasa nada.

—Creía poder conseguir que no supiera nada...

—Es más lista de lo que parece, no podíais ocultarlo tanto tiempo. —Cogí su cara con las manos—. Nada de pensar en eso. Además, Lily es feliz si tú lo eres, lo he visto en sus ojos cuando habla de ti.

—Te quiero.

—Te quiero, reinita.

Le di un toque en la nariz, haciéndola reír, y ella me lo devolvió con un golpe flojo en el hombro. Ese había bajado considerablemente la intensidad. Noemí nos avisó en ese momento de que el desayuno estaba listo.

Era la hora de mi venganza por la foto de la noche anterior. De mí nadie se libraba con facilidad.

—Hemos echado un poco de azúcar en el café. Espero que no os importe.

Las dos negaron con la cabeza. Lily se quedó mirando a su madre con firmeza y yo las miraba a las dos con tranquilidad. En cuanto tomaron un poco, Noemí lo tragó con dificultad y Roxy lo escupió en la taza otra vez. Esa reacción era la que esperaba ver.

—Quizá te pasaste un poco con la sal —dije tomando un poco de mi café.

—Me dijiste que echara lo que yo quisiera —murmuró Lily en su defensa y nos echamos a reír. Levanté la mano en su dirección y ella la chocó con la suya. Éramos un buen equipo.

*

—¡Ya estamos aquí! ¿Steve? ¿Naira?

Cerré la puerta después de que las tres entraran y busqué con la mirada a la pareja. Él salió de su habitación y ella nos saludó desde el salón. Noemí fue a conocerla y Roxy se sentó en un sofá con Lily, cerca de las dos, ya que la pequeña también quería conocer más a esa chica que ya no recordaba ni el nombre.

Steve me siguió a la habitación.

—¡Los desaparecidos! ¿Sabes las veces que te hemos llamado?

Miré el móvil y sonreí mientras lo tiraba en la cama. La verdad era que nunca lo miraba ni lo utilizaba con frecuencia. Mi padre hacía bien en no comprarme uno nuevo, gastaría el dinero en algo que no valía la pena.

Bueno, sí me sentía algo culpable, debía haber avisado a mi amigo al menos con un mensaje para que no se preocupara.

—Ocho. Estaba ocupado, deja de preocuparte tanto.

—¿Y si te pasa algo?

—Entonces lo verás al día siguiente en las noticias. Lo mucho que puede pasarme es perderme y que Tyler aparezca.

—¿Le has vuelto a ver?

—Ayer siguió a Roxy a casa. Noemí vive cerca, así que pasamos por allí y vino con nosotros. Empiezo a verle por todas partes. Creo que me estoy volviendo loco.

—Prométeme que me llamarás si lo ves y va a por ti. Kyle, júralo por lo que más quieras.

—Te mandaré un mensaje, pero no esperes que te conteste después. Voy a cambiarme.

—Qué paciencia. —Suspiró y yo no pude evitar reír.

Pasé de largo delante de él y me metí en el baño.

Lily ya había conocido al bebé y también había puesto la oreja en su barriga para ver si le oía. Todos nos reímos al ver su emoción y a Naira se la alegró la cara. Steve no era mucho de niños. Recordaba bien cuando me decía que él no los tendría, pero que no había que decir nada seguro porque todo podía ocurrir. Y ahí estaba. Además, Lily era lo bastante divertida como para hacerle cambiar de opinión.

Al menos, me atrevería a decir que le hizo amar más al niño que venía en camino.

—¿Cuántos años decías que tenías?

—Siete. ¿Y tú cuantos tienes? —contestó Lily a Steve mientras estaba sentada en su regazo.

—Diecinueve.

—Solo nos llevamos... —Contó ella con los dedos—. Once años. —Me miró y negué con la cabeza—. ¿Doce? —Asentí—. ¡Doce!

—Hablando de doce —murmuró Roxy desviando la mirada hacia mí. Se levantó y me ofreció la mano, a lo que yo fruncí el ceño. ¿Qué se supone que íbamos a hacer con el número doce?—. Nos vamos. Tenemos lugares que visitar.

—Roxanne...

—Roxanne nada. ¿Por qué no vamos todos? Un día en el parque de atracciones no nos vendrá nada mal.

—Pero...

—Pero nada. ¿Tenéis examen o tareas que hacer?

—No, pero...

—Entonces no se hable más —volvió a interrumpirme por tercera vez y suspiré, rendido—. No hay excusas. Todos arriba.

Ya no podía hacer nada. Lily saltó en el regazo de Steve, contenta, y este se rio. Por primera vez, sentía que mi compañero quería estar más tiempo con la pequeña.

Tampoco tenía mucha prisa en decirle una cosa.

Dejé de replicar, me encogí de hombros sin muchas posibilidades de poder hablar y contárselo todo y me levanté con ella. Les convenció a todos para ir. Esperamos a que Naira se vistiera con la ropa que Noemí le aconsejó para que no se viera mucho su barriga, que era lo que ella quería, y salimos.

Un sonido en mi pantalón me hizo detenerme. Había olvidado que lo había vuelto a poner en sonido para que Steve no se enfadara conmigo por no cogérselo. Recibí un mensaje que me hizo sonreír con solo leer el autor.

Brenda

Kyle, me ha contado tu padre que te gusta un poco leer... ¡Feliz día del libro! La semana que viene se celebra aquí, aunque supongo que ya lo sabías. Espero que vuelvas a visitarnos para no

Kyle

No me había acordado, pero es una gran idea, a pesar de que aquí también se celebra a lo grande. Lo utilizaré de excusa, sin duda.

Miré a Roxanne de inmediato, ella también lo hacía por lo que nuestra mirada conectó al instante. Estaba desconcertada y yo quería dar saltos de alegría, pero me contuve por no captar la atención de todos.

Steve y Naira fueron a su coche y nosotros fuimos al de Noemí. Mientras ella ataba a Lily a la silla, Roxanne me miraba con curiosidad. Ella no tenía muchas vacaciones, pero solo quería que los conociera, ir y venir en el mismo día también me bastaría. Y haría lo que fuera para que todo saliera bien, aunque tuviera que trabajar yo en el restaurante una semana para que Rochelle y Marvin me hicieran el favor pequeñito de cubrir a Roxanne.

—¿Todo bien?

—Estupendamente. ¿Crees que Rochelle y Marvin pueden cubrirte el siguiente fin de semana? Annie debe conocerte. —Frunció el ceño—. Quiero que me acompañes a casa. —Kyle... ¿No...? ¿No es muy precipitado? Ay, no puede ser tan pronto y avisarme de tan poca antelación. Debo prepararme mentalmente.

Rodé los ojos, sonriente.

—Roxy, no hay nada que preparar mentalmente, solo tienes que ser tú misma. Así me enamoraste a mí y así les vas a caer bien a todos.

37. OCTAVO LUGAR

*Odiaba discutir
y más si era contigo.
Quería protegerte,
pero no te dejabas.
Ya sabía que habías pasado por muchas cosas
pero no estabas sola.*

El abrazo que me dio y la felicidad que me transmitió en ese momento no pude compararlo con nada. Me dio un beso en los labios, cogiendo mi cara entre sus manos y volviendo a reír, abrazándome de nuevo.

Su mirada me lo decía todo.

Y yo no pude evitar sonreír como un bobo enamorado.

—Pero yo no tengo vacaciones... ¡Ah, espera, sí! El lunes el restaurante cierra, es el día del trabajador. ¿Solo vamos a ir dos días? Es poco para lo lejos que está.

—Mejor eso que nada. Además, el martes no tienes que trabajar por la mañana. Voy a mirar los billetes, mi padre nos recogerá allí.

La verdad, si ella era feliz yendo solo domingo, lunes y martes, yo lo era también. Al final no necesitaría pedir nada a Marvin o a Rochelle, aunque sabía bien que lo harían sin problemas. O al menos eso esperaba, pero ya no lo necesitaba. Vendría conmigo. No podía parar de imaginarlo.

—Cuando dejéis de hablar, podéis meteros en el coche —dijo Noemí con los brazos cruzados, apoyada en él—. ¡Vamos! ¡Dentro ya!

Roxanne se puso delante con ella y yo al lado de Lily. No me había dado cuenta de que Steve ya nos estaba esperando en la salida del aparcamiento. No sabía que habíamos tardado tanto, o quizás eran ellos los que hacían todo demasiado rápido. Roxy me dedicó una mirada cómplice y yo le guiñé un ojo. La princesa que tenía al lado solo quería llegar al parque.

El tráfico, como de costumbre en esas ciudades tan enormes, era horrible. Lily ya daba saltos de alegría. Por suerte, conseguimos un espacio cercano entre los dos coches que estacionaron en el aparcamiento. Ese día, el tiempo

nos quería. El sol no daba mucho calor, pero hacía bueno. Todo me sonreía, por suerte.

—¡Yo quiero montarme ahí! ¡Vamos!

La emoción de la princesita hizo a Naira reír y mirar a Steve con un brillo especial en los ojos. Desvié la mirada hacia Roxy que también les observaba y Noemí siguió a la pequeña apresuradamente antes de que se fuera corriendo de la felicidad.

Roxanne ya tenía tres entradas así que entré con ella y Lily mientras los demás compraban las suyas para lo que quedaba de día.

—¿Puedes dejar de gastar tanto dinero en mí y dejarme pagar algo? Que te dijera que no tenía lo suficiente para pagarme un guía, no significa que me lo pagues todo.

—No. —Negó parándose en la sombra—. Uno, acepté ayudarte para que gastaras lo menos posible de dinero. Dos, muy tarde, ya está todo pagado. La semana que viene ya habremos terminado todo.

—Quedan cuarto lugares.

—Tres se pueden visitar en el mismo día. Por cierto, ahora que hablamos de eso... ¿El miércoles tienes algún examen o clase importante?

—No, ¿por qué?

—Porque me parece que vas a tener que irte las últimas horas. Tenemos una obra de teatro que ver.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Comimos algo cuando todos entramos y dimos una vuelta entera al parque mientras reposábamos la comida. Montamos primero en atracciones no muy fuertes, por miedo a echar lo que habíamos comido de golpe. Luego comenzamos a montar en las más grandes, como las montañas rusas.

En una enorme tuvimos que engañar a Roxanne para que subiera. Noemí me dijo que se montó con su primer novio que tuvo allí y por eso no quería montarse. Por recuerdos, pero acabamos pasándolo bien por las fotos que nos hicieron al final. Roxy la imprimió para su álbum y se estuvo riendo de nuestras caras toda la tarde. Naira y Lily se hicieron tan amigas que acabaron yendo por su lado a las atracciones que le gustaban a la pequeña.

Los pelos con los que acabó Roxanne en la siguiente atracción me hicieron reír. Me lanzó una mirada asesina y me dio un codazo antes de intentar alisar su cabello con las manos. Ese sí dolió.

—¡Vamos a las atracciones de agua! Lily y Naira seguro que están allí.

Y no se equivocaba.

Instinto de madres lo llaman.

La tarde pasó demasiado rápido. Noemí nos obligó a sentarnos al sol cuando salimos del parque porque estábamos mojados. No nos dejaba entrar en el coche hasta que no nos secáramos, al menos, los pantalones. En cambio, Lily que tenía ropa de cambio en el maletero, se reía de nosotros.

Mi sonrisa se apagó en cuanto vi que Steve se ponía serio en dirección a una parte concreta del aparcamiento. Me levanté de donde estaba sentado y la ira empezó a crecer en cuanto lo vi. ¿No la iba a dejar nunca en paz? No podía ser que tuviera que estropear un día como ese.

—Ni se te ocurra moverte, Kyle.

Ella se sorprendió por el aviso de Steve y se puso a mi lado observando a Tyler. Él sonreía apoyado en su coche y con los brazos cruzados. Esa mirada me hervía la sangre como nunca antes.

—Vamos entrando al coche, cielo —oí decir a Noemí.

—Ignóralo —dijo Roxanne.

—No puedo simplemente ignorarlo. Está tramando algo, se ve a kilómetros. ¿Acaso tú no lo sospechas? No estás ciega.

—No, solo soy miope, pero gracias por recordármelo. —Su expresión había cambiado por completo—. No vas a enfrentarte a él. Punto. Nos largamos de aquí antes de que hagas algo de lo que te arrepientas.

—No me arrepentiría demasiado. Será mejor que no te acerques a él. Puedo leerle el pensamiento desde aquí y no me gusta nada.

Desvié la mirada hacia él y puse una mano en la espalda de Roxy para acercarnos de nuevo al coche. No iba a esperar más a que ese hombre se aprovechara de la situación. No se acercaría más por todos los que éramos, pero seguro que se estaba divirtiendo.

Cerré los puños sin querer y Roxanne se soltó de mi agarre, molesta. No quería ni imaginar mi rostro por el enfado que comenzaba a fluir. Estaba harto de no hacer nada contra él. La cosa iría a peor en cuanto él quisiese pasar los límites y eso no podía suceder.

—Deja de empujarme, Kyle, no soy una niña. Soy lo bastante mayorcita para saber lo que tengo que hacer sin que me lo mandes.

—¿Te crees que no lo sé?

—A veces lo parece.

—Oh, por Dios. No puedo creer que estés hablando en serio. Solo intento...

—¿Protegerme? ¿Cuándo has decidido que necesito tu protección? Tengo veintiséis años. Sé lo que tengo que hacer, ¿vale? Él puede destrozarte, será

mejor que no te acerques tú tampoco.

—Quizá no tenga veinte años, pero sé dónde me meto y también sé cuidarme solito. Lidia tú con él si tanta seguridad tienes. Yo solo intentaba ayudarte. Parece que no me necesitas.

No podía creer la seriedad que tenía en su rostro. El mío tampoco se alejaba mucho de esa expresión, aunque el enfado quizás tenía más poder en ese momento.

Cada uno fuimos a una dirección. Roxy se metió en el coche de Noemí y yo, en el de Steve. Me crucé de brazos como un niño pequeño y perdí la mirada en el paisaje. Esa discusión había sido una bobada, en mi opinión.

Giré a ver a Tyler durante el trayecto a casa, no nos seguía. ¿Para qué quería seguirnos si lo que quería era a Roxanne? Podía estar enfadado y quizás un poco molesto, pero eso no quitaba que me preocupase por ella. Porque lo hacía, y mucho.

Miles de posibilidades me rondaron la cabeza. Ninguna buena y eso me hacía odiarme por hacer que mi preocupación aumentara sin motivo. O con motivo. No estaba seguro de nada. Necesitaba aclarar mis dudas.

Kyle
¿Está todo

Noemí
Sí, acabo de dejarla

Suspiré aliviado y seguí mirando a lo que fuera que pasaba en las calles. Nada, como siempre. Steve me miró varias veces, sentí su mirada encima de mí, pero no me giré en ningún momento. Subí a casa delante de los demás y me encerré en mi habitación por unos segundos mientras intentaba despejar la mente. Después, me encargué de hacer la cena a pesar de que no tenía ni una pizca de hambre. Naira entró cuando ya me quedaba poco.

No quería hablar del tema, por lo que negué la cabeza, intentando que lo entendiera a la primera. Lo hizo, asintió y me ayudó a terminar con la comida.

—¿Qué tal con Noemí y Lily? —pregunté para terminar con el silencio que había entre nosotros.

—¡Genial! Noemí me ha enseñado mucho y Lily... Es un amor. Si tuviera que enamorarme de una niña, sería de ella, aunque si tuviera que estar celosa de una... También sería de ella. Es tan linda. Y además Steve parece muy contento con ella.

—Lily está ayudando mucho. Luego es cuando le dices a Steve que, para que sea así, tiene que esperar unos años ya que al principio no son tan adorables.

—No me desanimes —dijo él entrando en la cocina—. Al principio siguen siendo adorables solo que lloran, comen, duermen y cagan mucho.

—Bonita descripción —comenté—. Cambia llorar por estudiar y te describirías a ti mismo.

—Qué gracioso eres.

Cenamos los tres viendo las noticias. Steve y yo volvimos a hacer lo de siempre, criticarlas y comentarlas, lo que hizo que mi humor mejorara un poco, a pesar de no poder dejar de recordar nada. Naira se reía a veces y otras nos daba un capón por la estupidez dicha.

Y eran muchas.

Ellos dos se quedaron en el salón. Yo me encerré en mi habitación de nuevo mirando el móvil demasiadas veces. El pensamiento ya jugaba a los contrarios. Solo intentaba protegerla. No me importaba enfrentarme a Tyler si con ello no tocaba a Roxanne. Era más que obvio que él quería más de ella. Y ella no.

Una llamada. Brenda. Ella ya sabía que había vuelto con la chica que me ayudaba con el trabajo. Lo sabía todo mejor dicho, no con demasiados detalles, pero lo sabía. Aunque no dije nada de la discusión. Si se podía llamar así. Pasamos el tiempo hablando de lo que pasaba allí y de que ya había comprado dos billetes de tren por si quería llevar a alguien. Me los mandaría por correo. No tardarían mucho. Hablar con ella me alegraba el día. Además, también saludé a papá y a Annie mientras oía a Brenda reírse desde detrás.

Eso era contagiar la felicidad.

Cuando colgué, tenía varios mensajes de Roxanne y una llamada perdida suya. Me alegré de inmediato. Si ella no hubiera dado el paso, lo habría dado yo en cuestión de minutos. No me gustaba discutir con ella ni nada parecido a eso.

Estuve a punto de devolver la llamada, pero me dio curiosidad ver los mensajes. Verlos no había sido tan mala idea si no fuera porque empeoraban con cada uno que leía. El miedo me entró de repente y comencé a temblar de arriba abajo. Miré por la ventana creyendo que ahí encontraría algo, pero solo vi lluvia cayendo.

Roxanne, 23:30

Kyle... Llámame, quiero arreglar las cosas. No me

Roxanne, 00:00

Voy a ir.

Roxanne, 00:05

Creo que Tyler me

Roxanne, 23:50

Kyle, por favor...

Roxanne, 23:43

¿Voy a tu casa y hablamos? No quiero ir sin avisar o que sin que tú no lo sepas pero lo haré si no me

38. TE LO CONTARÉ

*Apóyate, aráñame, rómpeme...
Pero no lo hagas tú,
ya te ha pasado demasiado.
Ya es suficiente. No estás sola,
compréndelo, amor, estoy contigo.*

No sé si lo que sentía en ese momento era ira o miedo. El enfado se había esfumado por completo. Recordé de pronto la discusión. Ni siquiera me acordaba por qué había sido. Tuve que hacer memoria unos segundos. ¡Pues claro que no era una niña! Pero a veces necesitábamos la ayuda de los que nos rodean, y ella nos necesitaba más que nunca.

Marqué su contacto que ya empezaba a saberme de memoria y me cogió al tercer tono. No se oía nada, a veces una respiración agitada. Y eso me dio más miedo que nunca. Las películas de terror no eran nada comparado con eso.

—¿Roxy?, ¿dónde estás?

—En... El parque. —Estaba llorando—. Ese que... Al que fuimos.

—Ya sé cuál es. ¿Y Tyler?

Tenía miedo de la respuesta.

—No sé, lo he perdido. Me ha seguido hasta aquí pero le llevaba ventaja y me he escondido. Si a esto se le llama esconderse —susurró. Cada vez hablaba más bajo y yo la entendía menos.

—Voy para allá, ¿vale? No te preocupes, quédate ahí.

Steve estaba dormido en el sofá con Naira. Yo no tenía carné, sabía conducir, pero no había tiempo ni dinero para tanto. Llamé al taxi más cercano y lo esperé cerca de la carretera principal, debajo del techo que me daba un apartamento. Aunque fuera corriendo al parque no llegaría pronto, y seguro que con la prisa que tenía podía ir por otro camino y perderme.

Y no podía arriesgarme tanto.

Cuando llegó el taxi, entré con prisa y le señalé el parque en el mapa del móvil. La conductora me entendió con facilidad y, en unos minutos, ya

habíamos llegado. Le dije de parar en cuanto vi el coche de Roxanne mal aparcado. Le pagué lo que debía sin esperar el cambio, diciéndola que se podía ir, y bajé corriendo. Me mojé al instante, la lluvia caía con demasiada fuerza.

—¡Roxy! —Busqué el coche de Tyler, pero el más cercano era el de ella—. ¡Roxy!

Nadie contestó. Seguí corriendo por todo el espacio, pero era tan grande que no sabía por dónde ir. Aunque si tenía que esconderse, podía reducir el camino en los árboles. No había más escapatoria. Si yo podía encontrarla, me temía que Tyler también había podido. Eché a correr. Seguí sin ver nada.

El miedo se apoderó de mí.

Su coche no estaba. ¿La había encontrado antes que yo y se la había llevado? No quería pensar aquello, había tardado demasiado. Si no hubiera tardado tanto tiempo hablando con Brenda, eso no habría pasado. Habría visto su primer mensaje en cuanto lo hubiera enviado y habría corrido hacia su casa yo solo si hubiera hecho falta.

Mi respiración nunca había estado tan agitada, pero ni siquiera por ello me detuve. Iba a encontrarla aunque fuera lo último que hiciera en toda mi vida. Tyler me la iba a pagar.

Recorrí todos los árboles y todos los bancos posibles, aunque era imposible esconderse en ellos, me daba totalmente igual. Tenía que estar en alguna parte. Las lágrimas comenzaron a recorrer mis mejillas. Se disimulaban bien con la lluvia, pero aún así las notaba salir y salir por mis ojos. Me nublaban la vista y hacía que me retrasara. Eso no podía permitírmelo.

Mis piernas me dieron un calambre que me obligó a parar. Cojeé varios metros y me caí al suelo, llenándome de barro por todas partes. Debía ponerme de pie, no podía rendirme por nada. Me levanté y seguí cojeando. Llegué a una arboleda que ni siquiera había visto por lo lejana que estaba y me apoyé en un árbol por falta de respiración y de todo, en realidad.

De esperanza también, comenzaba a disminuir por momentos, defraudándome a mí mismo. No quería aceptar que Tyler hubiese llegado antes que yo. No podía imaginar la rabia que me daría si fuera cierto. No debía pensarlo hasta que no estuviese del todo seguro, me quedaba mucho parque por recorrer aún.

Me tropecé con una raíz de un árbol que sobresalía del suelo y caí al no poder apoyarme con la pierna que aún me dolía. La oscuridad era cada vez más notable en ese lugar. Me frustré. Era un inútil. Debí haber mandado yo el

mensaje mucho antes, cuando tuve oportunidad. Debí haber ido corriendo a su casa por sorpresa y pedir disculpas por todo. Era un idiota de verdad.

Oí unos sollozos a lo lejos. Ellos fueron mi nueva guía. Me levanté como pude y los seguí con cautela hacia un árbol grande, enorme, pero allí no había nadie. Di la vuelta hasta rodearlo y descubrí a Roxy escondida al otro lado. Casi no se la veía. Estaba hecha una bolita, con las manos rodeando sus piernas y su cabeza escondida entre ellas, apoyada en el tronco y casi convirtiéndose en parte de él.

Un alivio me invadió de golpe. Corrí hacia ella a pesar del dolor y me tiré de rodillas a su lado. Subió la mirada que casi no podía distinguir por la oscuridad y mis lágrimas se multiplicaron por mil.

—Ya estoy aquí, reina. —Me quité la chaqueta que tenía y se la puse encima—. Ya ha pasado todo, estoy aquí. No me voy a ir de tu lado.

—Kyle... —Guardó su rostro en mi pecho y la abracé con fuerza mientras se agarraba a mi camiseta con fuerza—. ¿Se ha ido?

—¿Vino en coche? —Asintió levemente haciéndome soltar un suspiro—. Entonces sí. Lo siento muchísimo.

—No, Kyle, yo lo siento.

Todo se tornó silencio. Solo se oía la lluvia caer y empapar las hojas que nos protegían un poco de ella. Los minutos que tardamos en tranquilizar nuestras alteradas respiraciones se me hicieron eternos gracias a mis pensamientos. Todos desembocaban en él. ¿Tyler habría llegado a hacer algo antes de que llegara?

Cogí su cara con las manos, ya me esperaba lo que iba a ver. Tenía las bolsas de los ojos hinchadas, las mejillas rojas y el poco maquillaje que tenía, corrido. Yo debía de estar mucho peor, aunque sin el toque del maquillaje. Me puse de pie con bastante esfuerzo y le ofrecí la mano para que hiciera lo mismo. La cogió y la impulsé hacia arriba, sus piernas temblaban.

—Yo te llevo.

—Puedo sola, tranquilo.

—Lo sé, pero no estás sola. Yo estoy aquí y puedes apoyarte en mí. Déjame ayudarte.

Me rodeó el cuello con los brazos y saltó para pasar sus piernas por mi cintura. Lo hacía con tanta fuerza que creí que me quitaría la respiración. A medida que daba pasos, sus músculos se relajaban. Puse la chaqueta por encima de su cabeza para que no se mojara más e intenté recordar por dónde se iba al coche a pesar de lo mal que me orientaba, lo que llovía, lo oscuro

que estaba todo y lo que me dolía la pierna.

Tardé, pero lo conseguí. Unos segundos antes de llegar, cogí las llaves del bolsillo trasero de Roxy y abrí el coche a distancia. Posé su cuerpo temblando en el asiento de atrás y yo subí por el otro lado para no molestarla. Abrí los brazos y ella se apoyó en mí, tumbándose.

—Estaremos aquí hasta que lo necesites y entremos un poco en calor.

Asintió casi imperceptiblemente mientras se giraba para mirarme. Acaricié su mejilla helada, aunque no supe distinguir si lo frío era mi mano o su cara. Ella también levantó su brazo para tocarme el rostro y quitarme algunas lágrimas que ya se distinguían frente a la lluvia, puesto que ahí dentro no llovía, obviamente.

—Te he visto llorar más veces a ti en un mes que a todas mis relaciones en un año.

—¿Eso es malo?

—No, eso es que eres auténtico, que no te da miedo expresar lo que sientes y que no te importan los estereotipos del hombre o la mujer fuerte. Tú lo eres y lloras. Una cosa no tiene que ver con la otra. Ojalá la gente lo entendiera como tú.

—Ojalá la gente lo notara como tú.

Cerró unos segundos los ojos mientras se abrazaba a mí. Yo hice lo mismo. Sabía que no iba a quedarme dormido del todo, pero la sensación de saber que estaba bien y a mi lado me reconfortaba mucho, además ahuyentaba los malos pensamientos.

Duramos unos minutos más en esa posición hasta que el calor volvió a nosotros a pesar de seguir un poco mojados. Debíamos cambiarnos ya o acabaríamos con una pulmonía de mil demonios. Y nadie quería eso. Ella se levantó con cuidado y movió la cabeza en dirección a los asientos delanteros. Saltamos desde donde estábamos hasta llegar a ellos.

—Cogeremos frío si seguimos ahí. Vamos a mi casa.

—¿A la tuya?

—Claro, es una bonita ocasión para que la veas. No quiero despertar a Steve ni a Naira y en la mía no hay nadie a quien molestar. —Decía las palabras despacio y en voz más baja de lo habitual, lo cual me sorprendió.

Llevaba aún la chaqueta en su regazo tapándola a pesar de que seguro que la daba más frío. Llegamos a su casa en poco tiempo por la poca circulación que había a esas horas, como era de esperar. Recordaba dónde vivía, al menos el apartamento, pero no el piso exacto.

Bajamos despacio y fui detrás de ella al apartamento. Subimos en ascensor hasta el quinto. Lo malo de ese cubículo que subía era que tenía un espejo enorme para recordarte que estabas horrible y deberías arreglarte. Nos asombramos cuando nos reflejamos en él. Luego me reí, estábamos horribles y eso no podía discutirlo nadie. Teníamos la ropa pegada al cuerpo por lo empapada que estaba y su pelo se pegaba a los lados de su cara, además de que teníamos los pantalones marrones por el barro.

Ella comenzó a reírse conmigo justo al instante. Se revolvió el pelo empeorando la situación y me reí con más ganas.

—Estamos ridículos.

—¿A que estás mucho mejor cuando te despiertas? Y tú decías que estabas horrible...

—La verdad es que, comparado con esto, por las mañanas estoy preciosa.

—Ahora también, pero no lo sabes porque solo te fijas en el exterior. Mírate por dentro, quizá encuentres una belleza distinta.

Me miró a los ojos en el espejo. Me acerqué a ella por detrás y rodeé su cintura, apoyando mi cabeza en su hombro. Sentía mi camiseta mojarse mucho más por las gotas de agua que soltaba cada uno de sus mechones de pelo. Una pequeña sonrisa permaneció en nuestros rostros sin querer mientras el ascensor nos llevaba a nuestro destino.

Ella vivía en el quinto B. Me asomé al verlo. Era un apartamento pequeño, pero muy cómodo. Tenía una entrada semicircular donde había chaquetas y zapatillas muy bien recogidas. Allí me obligó a quitarme los zapatos para no mojar toda la casa. Luego ella me dejó unas que tenía más adecuadas. A eso le seguía un pasillo con dos habitaciones, uno a cada lado, y otras dos puertas que daban a un baño y a la cocina. Todo desembocaba en un pequeño salón que tenía un balcón con vistas a la ciudad, aunque en ese instante eran todo luces en la oscuridad.

—Es muy bonito. Perdona por mojar te el coche, mañana lo limpio.

—No pasa nada. —Tiró mi chaqueta a la lavadora y me sonrió—. No tardo nada en limpiar un poquito de barro, no es la primera vez que lo hago. Viajar con Lily es saber que cada día te espera una sorpresa, una de ellas fue barro. —Se encogió de hombros y me miró de arriba abajo—. Oye, ¿quieres ducharte tú primero? Puede que te deje entrar en mi coche así, pero no a la cama.

—No tengo nada para cambiarme.

Me cogió de la mano y me tiró hasta el baño, donde me dejó tirado. Desapareció en lo que supuse que era su habitación y salió con un pijama en la

mano. No éramos tan distintos en altura, pero en anchura era otra cosa muy diferente.

—Me gustan la ropa ancha para estar en casa. Quizá me hagas grandes los pantalones, pero no pasa nada. Coge la toalla amarilla para secarte.

—Gracias.

—No, a ti.

Le di un beso rápido en los labios y me duché. No tardé más de diez minutos, pero me sentía bien estar tan limpio después de lo horrible que parecía estar en el espejo. Hice mi ropa una bola y me dio asco hasta cogerla de nuevo. Lo envolví todo en la toalla amarilla y me puse el pijama que me dejó. Era de una tela tan suave que me daban ganas de abrazarme a mí mismo.

Ella estaba apoyada en la barandilla del balcón cuando salí, perdida en sus pensamientos, como siempre. Me oyó aparecer con toda esa masa de ropa y ella se echó a reír. Entró y me señaló la lavadora, donde lo metí a presión para que no me manchara nada.

—Mi turno. Puedes salir al balcón, es muy relajante y puedes pensar con tranquilidad. Es una recomendación.

Asentí. Era una buena idea. Cogí el móvil para avisar a Steve antes de que se diera cuenta él al despertar por la mañana y darse cuenta de que no estaba, ni siquiera para ir a clase porque estaba allí todo lo que necesitaba. Le dije que no se preocupara y dejé el móvil en la mesa que había en el balcón. Tenía también dos sillas. Me senté en una.

Perdí la mirada en toda la cantidad de luces que eran visibles. Algunas eran de apartamentos en los que alguien se había olvidado la luz encendida, o quizás estaba estudiando para un examen... Había tantas posibilidades, y nosotros éramos una de ellas, aunque era más complejo que todo aquello que pensaba. El aire corría muy despacio, me acariciaba y tranquilizaba. La lluvia ya no caía, pero había dejado rastros sobre la calzada mojada. Las estrellas aún no habían aparecido, por lo que perdí la mirada en las nubes.

Cuando me quise dar cuenta, oí unos pasos acercarse. Roxanne estaba en la puerta mirándome. Palmeé mi regazo para invitarla a que se sentara conmigo y lo hizo. Se sentó con delicadeza con su pijama blanco y morado suave, como el que llevaba yo. Se apoyó la cabeza en mi hombro y acaricié su pelo mojado.

—Gracias por estar aquí a pesar de todo.

—Basta de agradecer cosas que no hacen falta, tonta.

—Puede que te agradezca mucho, pero son las únicas palabras que

describen lo que siento. En realidad, se quedan cortas. No podría describirlo con palabras.

—Yo tampoco lo que siento por ti.

Bajé la mirada cuando noté que su rostro se movía hacia mí y nuestra mirada se unió, explotando. Su mano acarició todos y cada uno de mis rincones de la cara, haciendo que quisiera dormirme por la nube en la que me encontraba. Sentía que eran esos sentimientos los que quería sentir siempre, y transmitirlos.

No pude aguantar mucho tiempo hasta que mis manos la impulsaron a besarme. Fue tan diferente de las otras veces que ni siquiera nos reconocí. Ese beso estaba lleno de seguridades, de tranquilidad, de secretos que nunca dijimos, de nosotros mismos.

Así estuvimos una hora, hasta que comenzó a dormirse y la levanté en brazos para ir a la habitación. Escondió su rostro en mi pecho hasta que la posé en su cama. Me arrastró con ella y, aunque creía que estaba dormida, susurró:

—Te lo contaré todo... Te lo prometo.

39. LA VERDAD

*Lo hiciste.
Lograste confiar en mí,
te apoyaste, recordaste y lloraste,
y no hay mejor manera de dejarlo ir.
Ideemos soluciones de todo tipo
por si cambian los problemas.
Pero hagámoslo juntos.*

—**E**sto te lo voy a repetir antes de contártelo, pero quiero que lo tengas claro: no quiero que sientas lástima por mí. Nunca he entendido esa frase hasta que la he sentido en la mirada de los demás. Sé que al principio la pondrás, pero no más. No quiero que pases por el trabajo, por ejemplo, y me veas con esa mirada. Puedes ponerla cuando te lo cuente y ya, ¿comprendes?

—No lo haré. Nunca he sentido lástima por ti. Bueno, algunas veces, pero no he tardado nada en darme cuenta de lo fuerte que has sido por pasar todo lo que quiera que hayas pasado tú sola y aún así sonríes como lo haces.

—Lo sé, tu sonrisa siempre te delata. Gracias por ello.

Le di un beso en la frente y otro en la nariz. El último la hizo reír. Y a mí sonreír. Siempre conseguía ese efecto en mí. Se separó un segundo de mí, sacó un pañuelo de su bolsillo y estornudó. Sí, al final habíamos cogido un bonito resfriado.

Pasé por mi casa cuando Roxanne aparcó donde siempre. Ella se fue a trabajar y yo subí a mi apartamento. No había ido ni a clases. Nos quedamos durmiendo toda la mañana y nos obligamos a comer algo para ir frescos a ser productivos, ella trabajando y yo a seguir con los trabajos que había dejado acumularse.

Abrí la puerta con el móvil en la mano. No lo había cogido desde que mandé el mensaje a Steve y acababa de ver su contestación. Nada importante, solo preguntaba qué había pasado. Estornudé cuando cerré la puerta y eso provocó que mi amigo saliera de su habitación al instante, con mirada preocupada.

—¿Por qué no contestas a mis mensajes?

—Los acabo de ver —dije enseñándole la pantalla del móvil—. Perdona, no me acuerdo de mirarlo.

—¿Qué ha ocurrido?

Le conté lo sucedido en mi habitación mientras me cambiaba de ropa y recogía todos los papeles tirados en la mesa del escritorio. No aumenté en detalles, pero los mínimos los conocía. Me dijo que había hecho bien y sus ánimos me hicieron sonreír. Había recuperado a mi mejor amigo a pesar de todo por lo que habíamos pasado y no podía sentirme mejor.

Por la noche, cuando nos quedamos solos Roxy y yo en el restaurante, cenamos algo rápido que hice y pusimos música para recoger y limpiar como de costumbre. A mí no me dejó ni fregar ni barrer. Aunque le tiré un poco de agua al suelo queriendo. Habían sido dos gotitas de nada y, ún así, me gané un golpe en el brazo, el más fuerte que me había dado nunca. Dolió de verdad.

—A veces no te aguanto. —Me dio la fregona y se sentó en una mesa mirándome fijamente—. Ahora, por mucho que me niegue dejarte, vas a fregar tú. Arregla el desastre.

—Te dije que iba a acabar limpiando yo. —Sentí un trapo en la cara y me reí, devolviéndoselo—. Encima que te ayudo, me tratas así.

—Menos hablar y más fregar. ¡Vamos! No me pagan lo suficiente para aguantar esto.

—Eso ha sido un golpe bajo. Me ha dolido. —Bajé la cabeza indignado y seguí fregando. Oí que se levantaba de la mesa y sentí unas manos que me rodeaban la cintura—. No, ahora no te quiero.

—Pero si estás sonriendo, mentiroso. Aprende a actuar mejor.

Era mal actor, eso era verdad. Hice el intento de quitar la sonrisa, pero no pude, no podía enfadarme con ella, no otra vez. Posó la cara en mi hombro, como yo había hecho en el ascensor con ella, y giré la cabeza para ver su sonrisa. No había un espejo para poder verla como yo hice.

Me di la vuelta para estar frente a frente. Me rodeó el cuello y yo la sorprendí al pasar mis manos por detrás de sus muslos. Se subió a mi cintura, como había hecho la noche anterior, y la posé en la mesa más cercana colocando mis manos en ella. Nuestras frentes estaban unidas y de nuestra mirada parecía salir fuego.

—Es una pena que tenga que limpiar aún —susurré.

—Eso puede esperar.

Me separé unos segundos con una mirada pícara, pero la suya multiplicó la

mía. Me empujó hacia ella y terminamos en escasos centímetros de distancia. Repartí besos por todo su rostro haciéndola sonreír, hasta que no me dejó entretenerme más y me besó en los labios.

La pesadilla se cumplió con la diferencia de que se convirtió en un sueño. No era Tyler quien estaba con ella, sino yo. En ese momento, tenía más que claro que él no volvería a dañarla mientras yo estuviera vivo. Primero tendría que pasar por encima de mi cadáver.

Tardamos más de lo que esperábamos en el restaurante. Terminamos de limpiar y recoger y fuimos a casa cogidos de la mano y andando lentamente. Cada vez tenía más curiosidad por saber más de ella. No sacaría el tema de nuevo hasta que ella no lo hiciera. Quizá estaba medio dormida y no se acordaba ya de lo que dijo, aunque lo dudaba mucho.

—Ven conmigo a casa. Hablaremos allí mejor.

Me cogió de la mano con fuerza y no me la soltó hasta que tuvimos que separarnos para subir al coche. Allí, de camino a su casa, pues no me negué al respecto, le mandé un mensaje a Steve diciendo que no iría a dormir y que seguramente no volvería a coger el móvil hasta el día siguiente. El que avisa no es traidor.

El trayecto en el ascensor esa vez fue muy distinto. Di al número cinco y atrapé a Roxanne en la esquina. Su sonrisa me decía que se lo esperaba y me acercó a ella hasta terminar con el espacio que nos separaba. Se paró en el piso cuarto y aparentamos normalidad mientras entraba un señor que nos saludó alegremente.

Ya en su casa, hizo un chocolate caliente y salimos al balcón. Nos sentamos uno en casa silla, uno frente al otro.

Ese era el momento de la verdad.

—¿Quieres preguntarme algo?

—¿Lo que quiera?

—Te dije que te lo contaría todo.

Se acordaba, lo sabía. Rodeé la taza con las dos manos para que me las calentara, y me apoyé, acomodándome, en el respaldo de la silla. Roxy rodó los ojos, y se echó a reír por mi postura de detective que quería saberlo todo para resolver el crimen. En este caso, el crimen eran las sonrisas fingidas.

Pensé muy bien las preguntas, haciendo una lista en mi cabeza. Acabé borrándolas todas y volviendo a empezar. Fui al grano directamente.

—Cuéntamelo todo. Lo que ocurrió ayer, el porqué de que tu familia no viniera a tu cumpleaños, tu ex que te dejó por la chica embarazada... Ni

siquiera sé dónde vives en realidad.

Estaba preparado para la historia que tenía que contar. Y ella estaba lista para abrirse a mí. Ella lo sabía prácticamente todo de mí, sin muchos detalles, pero eso se los daría cuando quisiera.

—Quizá a una hora o así de tu ciudad paterna.

—¿Y qué te trajo a la ciudad?

—Todo comenzó cuando nací, obviamente. No va a ser bonito lo que escuches, por cierto. Mi padre no fue bueno con nosotras, por decirlo de alguna manera. De pequeña, mi hermana intentaba cuidar de mí y distraerme de lo que realmente pasaba, pero, cuando crecí, ya lo notaba por la forma en la que nos trataba.

Eso solo podía significar algo y ojalá no fuera lo que estaba pensando.

—¿Te pegaba?

—No, hasta que se fue mi hermana. Cuando cumplió dieciocho, yo tenía trece, ella se fue a estudiar lejos, demasiado lejos para venir a visitarnos. Entonces papá empezó a pagarlo todo conmigo. Dos años después...

—Espera, espera, espera. Ya me perdí. ¿Tu hermana se fue sabiendo todo lo que había en casa?

—Intentó convencer a mi madre de que fuéramos con ella y dejáramos a mi padre allí, pero ella no quería. No sé si era por el gasto de dinero, porque aún quería a mi padre... No lo sé. Un día tuvieron una discusión por mi protección y ella se fue. Dos años después, mamá se separó de él y sobrevivimos como pudimos en un pequeño apartamento.

Tomó un poco de su taza y la dejó en la mesa. Levantó las rodillas para rodearlas con los brazos y mantuvo la mirada perdida en la ciudad mientras seguía contando.

—Cada vez teníamos más discusiones: que si gastaba mucho saliendo por ahí, que debería controlarme más, que rompiera con mi novio... Y yo, como mala hija que era, me fui con él, concretamente a esta ciudad. Sus últimas palabras fueron: "Vas a arrepentirte y te acordarás de mí". Lo hice. Me acordé de ella cada maldito segundo, pero nunca volví para hacerla saber que podía yo sola. Ya me conoces. Él pagó mis estudios, ya que solo me faltaba el último año de Bachillerato, y vivimos felices unos años.

—¿Cuántos años tenías?

—Dieciocho. Él tenía veinte y tenía un piso aquí, así que no dudé en aceptar su invitación. Yo comencé a trabajar en el restaurante para sacar mis ahorros. Siempre me fijaba en Noemí y en los demás. Frecuentaban mucho el

lugar y yo no paraba de imaginarme historias sobre ese grupo. Siempre los atendía yo. —Sonrió—. Marvin comenzó a trabajar al año siguiente y unos tres años después, Rochelle.

Eso me sonaba por lo que me había contado Noemí.

—Marvin, cuando empezó a conocerme mejor, me presentó a las tres. Esa parte ya te la dije con Noemí. Un tiempo después, no sé cuánto exactamente. Quizá un año y medio, mi novio me dejó por su ex embarazada, aunque ni siquiera el hijo era suyo. Rochelle empezó a trabajar, Marvin se fue y yo me hice inseparable de las demás. Viví en el piso con Noemí hasta que conocí a Tyler. Me mudé con él antes de que el alma libre, Marvin, volviera y pasamos por muchísimo juntos... Dos años fueron.

Puse una mano encima de la suya y me acerqué a ella con una sonrisa, animándola a seguir. Su mirada se iluminó cuando siguió sin quitarme la vista de encima.

—Luego te conocí. Sabía que eras universitario por el horario. Viniste tan serio el primer día. Después llegaste con una sonrisa y yo no entendí tu cambio de humor. No le di importancia porque... Bueno, conocí a Tyler de la misma manera. Él empezó siendo mi cliente habitual, pero la conexión que tuvo Lily contigo no había pasado nunca.

—Pero eso fue más tarde.

—Sí, pero me resultó raro. Tyler era su amiga, pero nunca le quiso tanto como a ti. Eso ya te lo contó Lily. Apareciste tú y, poco después, rompí con él porque... Empezó a ser muy sobreprotector, me chillaba, Marvin empezó a no hacerle gracia y a advertirme de que no podíamos seguir así. Tenía razón. Me agobió y me fui. Con mis ahorros compré un apartamento que tuve que dejar unos meses después porque me empezó a perseguir. Dejé de trabajar y de verte, solo por intentar escapar. Rochelle y Marvin me dijeron que venías algún día, esperando a que yo volviera aunque tú no se lo contaras, se veía que buscabas a alguien.

—Y no se equivocaban.

—Acabé acostumbrándome a tus visitas y, cada vez que no venías, me inventaba cualquier historia. A veces creí que no volvería a verte cuando no venías por las mañanas. No sabía por qué, pero me animabas, siempre llegabas con tu sonrisa.

—Eso fue al revés, no te confundas, querida. Tú me la contagiaste el primer día. Tu sonrisa tiene algo mágico.

—No digas bobadas. Es mi trabajo, tengo que estar alegre.

—Pues me contagiaste tu alegría. —No pudo reprimir una sonrisa y cogió el chocolate para tomarlo—. ¿Y qué hay de tu familia? ¿No has vuelto a verla?

—¡Uhm! —Estaba tomando un poco cuando la interrumpí—. Sí, una vez. Menos a mi padre, él ha desaparecido del mapa. Fue en mi diecinueve cumpleaños. Mamá ya empezaba a llamarme para pedirme que volviera y llamó a mi hermana. En verano, se presentaron las dos en el restaurante. Me felicitaron, pasamos un rato juntas... Y todo se volvió negro. Mamá me obligó a que me fuera con ella, mi hermana la apoyaba y yo no quería irme. Estaba enfadada con ella por dejarnos, nunca se lo perdoné, y con mi madre... Bueno, siempre tuve una relación rara, empecé a reprocharle que dejó que papá nos tratara mal.

—Eso fue un golpe duro.

—Lo sé, me pasé, pero me salió sin querer. Mi novio fue a buscarme y me fui con él, como la última vez. Me llevo bien con mi madre y voy a verla cuando puedo, pero con mi hermana... A veces hablamos, hace mucho que no viene. —Soltó una risa sin humor—. Ahora vive con su novio, creo. Al menos eso es lo último que sé. La veo una vez al año como mucho.

—Eso es muy poco.

—Lo sé. Tuvo que estudiar mucho para ganarse la vida en el extranjero y ahora trabaja todavía más. Pero le va bien, espero. Ojalá pudiera coger el primer avión para hacerle una visita sorpresa, pero no soy millonaria ni tengo vacaciones hasta agosto.

—¿Y tu madre? ¿Por qué no has ido alguna vez?

—No sé. —Se encogió de hombros y puso la taza en la mesita—. Antes iba más a menudo, pero ahora ya tengo mi vida hecha aquí y ella también allí. Tiene novio desde hace mucho. Es feliz con él. Yo ya no encajaría ahí, me siento incómoda, como si ya no fuera parte de esa familia.

—No digas eso. —Dejé la taza al lado de la suya y envolví sus manos entre las mías mientras bajaba las rodillas de la silla y se inclinaba hacia mí—. Siempre serás su hija y eso no va a cambiar nunca. Es hora de que cambies eso, reina. Vas a llamar a tu madre, a decirla que la quieres y que vas a ir a verla en verano. Después a tu hermana y a obligarla a mover su trasero hasta aquí. Tienes que arreglar las cosas con ellas antes de que sea demasiado tarde.

Sus lágrimas me dieron todas las respuestas. No necesitaba palabras.

40. PENÚLTIMOS

*No me gustaba echar la culpa a nadie
pero él la tenía toda.
Arruinaba momentos,
destrozaba relaciones,
y ¿quién sabe más?
Problema. No tenía otro nombre.*

No sé cuánto tiempo estuvo llorando en mis brazos, pero yo no la detuve en ningún momento. Dejé que lo soltara todo para que se sintiera mejor. Su respiración estaba muy agitada, pero, en cuanto los sollozos cesaron, empezó a respirar con más tranquilidad. Volvimos a la posición de la anterior noche. La sujeté con fuerza, haciéndola saber que estaba a su lado y que no me iba a ir nunca.

La había costado abrirse a mí y, una vez que lo hizo, estalló en lágrimas. Cuando paró, se frotó los párpados y se separó de mí lo suficiente para mirarme a los ojos.

—Gracias, Kyle —Negué con la cabeza mientras le quitaba algunas gotas de agua de las mejillas y daba pequeños besos por todo su rostro—. No voy a parar de agradecértelo cuando te lo merezcas por muy pesada que sea. ¿Crees que soy mala hija?

Sonreí al oír su pregunta, había parecido como si fuera Lily pidiendo consejo. Busqué las palabras perfectas para no estropear el momento y las solté.

—Creo que no hay hijos perfectos. Tuviste tus fallos, tu hermana tuvo sus fallos y tu madre otros más... Y aún así no dejáis de ser vosotras mismas. Eso es lo que nos hace únicos y no por eso tienes que ser mala persona.

—En serio... —Sonrió mientras colocaba las piernas a los diferentes lados de mi cadera para ponerse más cómoda. Se frotó los ojos de nuevo—. No te conozco cuando te pones así de... Lindo. Deberías pensar en ser poeta. Gracias —susurró.

—Solo las personas que me importan conocen esa parte de mí, y cuando lo necesitan. Y que sepas que si tu intención era disimular todo lo que te pasaba detrás de esa sonrisa, lo estabas consiguiendo.

—No del todo. Mi mirada me delató ante ti. Me sentí tan débil...

—Lo que me atrajo de ti fue la seguridad que tenías a pesar de la situación que llevabas en los hombros. A pesar de que tú estabas terriblemente destrozada, eras capaz de sonreír ante los demás con toda la sinceridad del mundo. Yo a eso lo llamo fuerza, no debilidad. Eres una mujer fuerte, no débil.

*

Antes de que nadie hiciera muchas preguntas ni me viera huir de las clases, fui corriendo a la salida de la universidad donde Roxanne me esperaba para ir al Teatro Real, el primer lugar del día. Insistí tantas veces en que no me importaba perderme esas clases que perdí la cuenta de las veces que lo dije.

La sorprendí por la espalda abrazándola y echando a reír por su pequeño grito de sorpresa. Dejé que se diera la vuelta y junté nuestros labios en cuanto lo hizo. Ni siquiera le di tiempo a que respirara.

—Tranquilo, fiero. —No contesté, le di otro beso como respuesta. Ella siguió con otro cuando intenté separarme y acabamos sonriendo como casi siempre.

El día anterior no quise levantarme de la cama. Después de la charla hasta altas horas de la mañana, nos dormimos en los brazos del otro y ella, con su gran suerte, pudo dormir hasta que yo volví de clases. Esa noche dormimos más porque casi nos caíamos de sueño.

El Teatro Real es un edificio de tres plantas con una entrada formada por cinco arcos enormes cuya puerta de acceso se encuentra en el centro. Frente a ella se sitúa una fuente junto con una estatua. Parecía una rotonda, pero para personas. Aunque toda esa fuente estaba rodeada de lo que se llamaba la Plaza de Oriente, llena de caminos y vegetación cortada perfectamente para asemejarse a distintas figuras geométricas, muy bonita de recorrer. Roxy no me dejó entretenerme pues la plaza estaría ahí siempre y la obra de teatro no.

Entramos en una sala tan grande que estuve tanto tiempo mirando hacia arriba que perdí la noción del tiempo. Predominaban los tonos rojizos y anaranjados sumando el amarillo de la iluminación. Además, por fuera parecía tener tres plantas, por dentro eran cuatro pisos de butacas. Los colores tan vivos hacían que todo pareciera parte de una película.

—Esto es más enorme por dentro —dije mirando todas las filas de asientos rojos que había—. He visto miles de imágenes, pero verlo en persona es

alucinante. ¿Cuál es nuestro sitio y qué vamos a ver?

—En la segunda planta y una obra de teatro que, si no he leído mal, también interpretan algunos bailes. Ya lo verás.

El lugar me encantaba y las vistas solo lo mejoraban. El escenario era tan enorme que en algún momento pensé que todos los que asistimos podríamos entrar en ese espacio. Era una exageración, claro.

Después de que todo se llenara por completo y el presentador interrumpiera en la mitad del escenario, el espectáculo comenzó. Mi cara de emoción lo decía todo. Los protagonistas también cantaban y fue como estar leyendo un libro, pero solo la parte de mi cabeza que lo imagina. Solo giré un par de veces a mirar a Roxy por no perderme nada y ella se divertía con mi cara.

—No quiero que termine —murmuré y recordé las cosas que hacía con Steve. Sonreí a Roxy mientras me fruncía el ceño y grité—. ¡Otra! ¡Otra!

—¡Cállate! —Me tapó la boca mientras algunas personas nos miraban sorprendidas y me empecé a reír—. Hay mucha gente. ¿Estás loco?

—Por ti. —Se sonrojó. No era la primera vez que la veía hacer eso pero me gustaba que sus mejillas se volvieran de otro color por lo que yo decía.

—No digas bobadas.

—No son bobadas.

—Pues... Calla y ya. —Me reí de nuevo.

Esperamos a que las luces del teatro se encendieran y salimos en orden. Eché un último vistazo antes de salir para que no se me olvidara ningún detalle y me cegué por los rayos de sol. Roxanne ya iba preparada, llevaba gafas de sol. Se rio a carcajadas al ver mi expresión y me hice visera con la mano mientras ella se iba en dirección al coche riéndose de mí.

—¿De qué te ríes, bruja?

—Nada, nada —respondió—. ¿Comemos algo?

Asentí. Fuimos a un restaurante el cual pagué yo. Me costó convencerla, pero sin cartera no se podía pagar y yo se la había quitado. Al salir se la devolví con una sonrisa triunfadora. Me gané otro codazo. Cada vez eran más cariñosos.

La siguiente parada fue la Real Academia de Bellas Artes. Aparcó lejos, así que tuvimos que andar un poco más de lo normal. Era otro de los edificios más grandes y emblemáticos de la ciudad. Tenía cuatro plantas (incluida la planta baja) con siete ventanas cada una menos la cuarta que tenía cuatro pequeñas visibles y la baja que tenía seis. La entrada estaba en el medio, para variar.

Por lo que había leído, descubrí que antes de ser la Real Academia de Bellas Artes fue el palacio de Goyeneche, aunque a veces también se le conocía por ese nombre.

Por dentro me fascinó, tenía una parte de museo, que fue la que visitamos, lleno de cuadros de autores españoles e italianos, estatuillas egipcias... También constaba de salón de actos, un patio central sin techo con buenas vistas... Yo estaba fascinado.

—¿Nos vamos ya o quieres quedarte a mirar más hacia arriba? Vas a marearte y te vas a caer como hizo Lily en el Palacio de Cristal.

—Estoy disfrutando del momento hasta que la realidad me caiga encima, o el cielo, lo que tarde menos.

—Tú ya vives en las nubes, querido, no te hace falta.

Nos echamos a reír a carcajadas.

Muy a mi pesar, salimos. Solo nos quedaban dos lugares y yo aún no le había dicho nada. Steve o Naira se adelantarían si no se lo decía yo antes. Decidí dejarlo pasar hasta que termináramos. Igualmente, estábamos disfrutando y ya estaba todo encargado, no podía hacer nada aunque se lo dijera.

Dar tantas vueltas me empezaba a marear más que quedarme mirando hacia arriba tanto tiempo como hacía unos minutos. Cuando aparcó cerca de la plaza, me miró, se quitó el cinto y sonrió.

—Penúltima parada.

Anduvimos un poco y nos quedamos en el medio de la calle, o lo que fuera eso pues era demasiado grande para llamarlo así. Se dio la vuelta y abrió los brazos para señalarlo todo.

—Puerta del Sol, otra de las muchas plazas de la ciudad y Kilómetro Cero de todas las carreteras de España donde se encuentra la famosa Casa de Correos con el reloj de las campanadas, varias estatuas, la estación de Cercanías... Digamos que ahora mismo estás en todo el medio, literalmente.

—¿Tenías ese chiste pensado ya?

—Sí —admitió comenzando a reír.

Se había parado en ese punto porque había una placa en el suelo que afirmaba que estábamos en el Kilómetro Cero, origen de las carreteras radiales de España.

Dimos una vuelta por allí hasta que el sol cayó por el horizonte. Visitamos, cómo no, la estatua que salía en todas las fotos de los que visitaban Madrid: el Oso y el Madroño. Yo llevaba viviendo ahí más de medio año y ni siquiera me

había acercado. Me contó curiosidades mientras tomábamos algo en un bar y yo atendía, curioso. Su forma de explicar me mantenía enganchado.

Hasta que mi móvil vibró en mi pantalón. Le dije que siguiera hablando pues la seguía escuchando mientras respondía rápidamente el mensaje de Steve.

Steve

Kyle, ha llegado una carta para ti. Lo siento, la he abierto. ¿Son

Kyle

¿Me lo preguntas porque no estás seguro de leer bien? Sí, vuelvo a

Steve

Hay dos. De

Kyle

Roxanne se viene

Steve

Eres

Esperé a que terminara de explicarme aquello para hablar. No me gustaba interrumpir a nadie, a no ser que ya me lo hubiera dicho miles de veces y lo supiera de memoria.

—Buenas noticias, ya tengo los billetes para irnos el sábado. No sé si ya te dije que era ese día. —Negó con la cabeza—. Tengo ganas de que te conozcan.

—Sigo estando nerviosa.

—Lo sé, pero yo voy a estar ahí. —Cogí su mano—. Además, necesito tu ayuda para decirles lo de Naira. Annie te caerá bien.

—Eso está hecho. ¿No decías que se lo decías todo?

—Hay cosas que son imposibles de decir por teléfono.

Cuando desvié la mirada por un segundo, tuve que hacerlo dos veces. No me podía creer lo que veía.

Tyler. Cruzando la esquina. Sonreía.

¿Por qué siempre tenía que aparecer en el momento más insospechado? Si las miradas matasen, yo habría desaparecido del planeta y él seguro que hacía

muchísimo más tiempo por las mías. Ella lo notó, me miró con el ceño fruncido y negué con la cabeza para que no girase a verlo.

—Vendrás con una condición.

—¿Ahora hay condiciones?

—Vas a arreglar el tema de Tyler antes del viernes o me encargaré yo, porque como aparezca en el restaurante, vas a necesitar llamar a Steve. — Suspiró pesadamente y me retiró la mirada junto con la mano—. No, Roxy, no suspires. ¿Vas a dejar el tema pasar hasta que pase algo grave de verdad?

Miró atrás de reojo y bajó la cabeza.

—Lo arreglaré.

—Roxy...

—Lo arreglaré.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Si no fuera por la promesa, no la habría creído del todo. Sus palabras distaban mucho de ser seguras y su mirada se perdía en la infinidad de cualquier cosa. Eso no era seguridad.

41. ÚLTIMO LUGAR

*Creía que no podrías sorprenderme más,
pero, una vez más, me equivoqué.
Siempre tendrás algo debajo de la manga,
algún verso que dedicar,
que me enamore cada vez más de ti, poeta.*

Nos fuimos de inmediato. Me empujó hasta su coche, mejor dicho, ignorando que Tyler había pasado alguna vez por ahí. Nos vigilaba. Estaba harto de sentirme observado cada vez que pasaba tiempo con ella.

—Te he dicho que lo ignores. No vamos a discutir otra vez por su culpa, es lo que él quiere. —Me crucé de brazos y ella arrancó—. Yo lo solucionaré, le pondré una orden de alejamiento o algo así.

—Eso solo hace que se acerque más.

—¿Alguna idea, genio?

—Denúnciale. —Rodó los ojos y entró en la carretera—. ¿Nunca lo has intentado? No es la primera vez que se pone así por lo que me has dicho.

Tardó unos segundos en contestar.

—Sí, sí lo he hecho. Pero, ¿y qué? No tenía pruebas de nada. Él negaba todo, borré los mensajes que tuvimos para olvidarle y fue el error más grande que hice. ¿Qué quieres que yo haga? Sí, lo denuncié, pero era tarde, no tenía nada que hacer contra él. Tuve demasiada suerte. Hay personas que denuncian y luego desaparecen del mapa. Ya me entiendes. Tuve miedo y lo sigo teniendo, aunque no lo creas.

—Hay testigos, Roxy. Somos testigos. Además, ahora que me acuerdo: no me has contado lo que hizo el otro día por la noche, antes de que yo llegara. ¿Qué pasó?

—No es el momento ahora.

—¡Roxanne! No intentes escabullirte.

Suspiró mirando por el espejo retrovisor y parando en un semáforo. No quitó la vista de la carretera, pero su expresión cambió por completo.

—Me persiguió, solo eso. Lo vi en cuanto salí del apartamento y corrí hasta el coche. Me siguió con el suyo y logré despistarlo dando vueltas. Me quedaba poca gasolina y no tendría para volver si continuaba hacia delante, por lo que me paré en el parque y salí corriendo. Oí llegar a su coche poco después, pero yo ya me había escondido.

—¿Ves?! ¿Quieres alguna prueba más de que tengas que denunciarlo? Imagínate que no llegas a verlo y te alcanza. ¿Sabes el miedo que tuve al no encontrarte en el parque?

—No, Kyle, por favor. Basta.

No dije nada por nuestro bien. No era bueno tener esa discusión mientras conducía. No quería un accidente.

El camino hasta casa fue en silencio. Ella agarraba el volante con fuerza y yo seguí de brazos cruzados mirando por la ventana. Sabía que él iba a intentar algo así. ¿Cómo no me lo imaginé? ¿Y por qué no se lo pregunté el día anterior? Tanta historia me hizo olvidarme de lo que realmente quería saber en ese momento.

No sé qué habría hecho si hubiera llegado a hacer algo grave de verdad. Tenía que entender que eso no podía volver a ocurrir y menos si era a la fuerza. Yo no podría soportar tal cosa ni quedarme de brazos cruzados. No quería ni pensarlo.

En las escaleras de mi apartamento, un poco antes de llegar a la puerta indicada, me detuve y cogí su mano para que se detuviera. Estaba delante de mí, a una diferencia de escalones. Se giró con una expresión que no reconocí.

—Perdona, no quería obligarte así a que me lo dijeras. Fue peligroso, además.

—Déjalo, Kyle. —Bajó los escalones que nos separaban y se detuvo en uno más arriba que yo—. No ha ocurrido nada, ni con él. Sí, pudo haber ocurrido, pero no pasó y no debes pensar en ello. Lo denunciaré mañana a primera hora, te lo prometo.

—No, lo haremos juntos.

—¿Y si no sirve solo eso?

—Entonces habrá que darles pruebas. Tyler es demasiado predecible. Solo te busca a ti. —Su mirada decía que me comprendía—. Se acabaron las discusiones por él, necesitas olvidar esa etapa de tu vida.

—Solo lo haré contigo. —Asentí, totalmente de acuerdo—. Gracias.

—Deja de agradecerme tanto, pesada. —Le di un beso en la cabeza y sonreí.

La puerta de mi casa se abrió de pronto, dejando salir a Naira con una cara de tensión. Nos había oído.

—Siento haberos escuchado, no he podido resistirlo —nos interrumpió—. Tengo una idea para que os crean.

*

Fuimos directos al Palacio Real, nuestro último lugar. Ella me cogió con felicidad la mano haciéndome sonreír de par en par. ¿Era ya obsesión el no querer soltarla nunca? Quizás un poco. Además, ese día, sus ojos volvieron a su brillo natural y, aunque me preguntaba por qué sería si aún no habíamos hecho nada sobre Tyler, me alegraba por ello.

Primero vimos el exterior. Yo solo con la fachada me quedé sin palabras. El alzado se componía de una base almohadillada estructurada por columnas gigantes entre las que sobresalían ventanas y balcones. También destacaban las esculturas.

Después de visitar las dos plazas y el enorme jardín que componen el exterior, pasamos al interior.

En la planta baja, tal y como me explicó ella, se encuentra la Real Biblioteca, la Real Botica y la Real Armería. No entiendo el porqué de poner tanto *Real*. Está dentro del Real Palacio, con eso ya sobra. En fin, libros, medicamentos y armamentos. Todo eso en salas enormes y en una sola planta. No podía imaginarme lo que nos faltaba.

La siguiente planta tenía aún más. Vimos la escalera principal donde me sentí como protagonista de una película, varios salones como el de Columnas, el de Espejos, el de la Corona, el del Trono... Ahí nos paramos. Me miró con una sonrisa que parecía esconder algo.

—¿Por qué me miras así?

—Tengo algo que darte. —Sacó de su bolso la corona que le di de parte de Annie y se la colgó en la mano, buscando otra cosa más dentro—. Toda reina tiene su rey.

—También pueden gobernar solas. Tienen grandes ideas y saben cuidarse sin necesidad de tener a alguien a su lado.

—A veces también necesitan saber que hay alguien ahí que las apoya a pesar de pensar que ellas pueden solas. A menudo les cuesta admitirlo o confiar tanto en esa persona hasta que no se lo demuestran de verdad.

Estaba hablando de ella misma, lo entendí a la primera. Fruncí el ceño y ella sonrió, los dos lo sabíamos.

—¿Adónde quieres llegar, reina?

—A eso. —Sacó otra corona y la miré sorprendido—. Si yo soy tu reina, quiero que tú seas mi rey.

No podía verme en ese mismo instante, pero puedo adivinar que mis ojos brillaban tanto como los de ella. Ese lugar no era del todo sorpresa ya que me sabía los doce de memoria y solo quedaba el Palacio. No supuse que fuera sorpresa. La sorpresa la trajo ella personalmente.

—¿A pesar de que el rey sea más pequeño que tú?

—La edad no importa. Mi rey es demasiado alto y me hace sentir que no he crecido casi nada a pesar de que hace mucho me sentía alta. Además, eso tendría que decirlo yo. La reina es mucho mayor que él. Puedes rechazar la proposición, claro.

—No lo haría nunca. ¿No te has dado cuenta? Nos llevamos siete años.

—Lo tengo en cuenta. Lo he pensado muchas veces.

—Siete, el número de la suerte universal. ¿Es o no casualidad? —Sonrió de oreja a oreja—. Además, si estuviésemos en épocas anteriores, yo sería un simple campesino... Un peón. No tendría nada de importancia comparado contigo.

—Hasta la reina puede perder la cabeza por un peón. Los llaman campesinos por no tener riqueza, sin buscar realmente en su interior. —Me puso la corona, concentrada. A pesar de ser una simple cosa de plástico, para nosotros significaba mucho más de lo que algún día pude haber imaginado—. ¿Quién sabe? Quizás... Un niño que no tiene dinero para sus estudios tenga en su cabeza la cura para el cáncer. No prestamos atención a lo que realmente importa, sin saber que ahí puede haber alguien que valga la pena.

—Me has dejado sin palabras.

—Esa era la intención. ¿Aceptas?

—Claro que acepto. Te quiero, mi reina.

—Te quiero, mi rey.

*

Me tumbé en la cama cogiendo el papel especial de la magdalena que siempre había conservado y me hacía sonreír sin poder evitarlo. Aún oía el secador desde ahí, Naira se lo había dejado para secarse el pelo después de la

ducha. Mi casa era la suya.

El móvil me asustó cuando sonó. Un mensaje de mi padre.

Papá
Kyle!! Soy Annie.

—¡Roxy! —A pesar de que estaba en la habitación de al lado, grité demasiado alto por la emoción—. ¡Es Annie! ¡Sal ya del baño!

—¡Voy!

Kyle
¡Dale!

Encendí el portátil y recibí la notificación de la llamada con el usuario de mi padre. Annie utilizaba la electrónica de él hasta que le compraran un móvil que, según papá, tendría que esperar bastante, pues era pequeña aún. La acepté de inmediato y puse el ordenador al borde de la cama para que luego se nos viera bien a los dos.

En cuanto vi el rostro de mi hermana pequeña, sonreí. Me saludó con la mano y le devolví el gesto.

—¡Kyle!

—Hola, Annie. ¿Qué tal todo?

—Bien. Necesito un descanso, nos mandan muchos deberes en clase. ¿Te puedes creer que ya tengo dos exámenes seguidos en un día?

—Eso no es nada. —Reí—. Aún estás en lo fácil. ¿Y papá y Brenda?

—En el salón, como siempre. Cuéntame tú. ¿Qué tal con aquella chica? ¿Lo solucionasteis? ¿Le diste la corona? ¡Dime algo!

—Pero si no me dejas hablar. Ya estamos bien y sí, se la di. ¿Adivina quién va a ir a verte este fin de semana para conocerte? —La puerta se abrió, dejando pasar a Roxy, y le dejé un hueco en la cama—. Hablando de la reina de Roma, por la puerta asoma.

Roxy se puso a mi lado sentada con las piernas cruzadas y mirando a la pantalla. Se quedó mirando fijamente a Annie, luego me miró a mí y de nuevo a mi hermana. Soltó un pequeño grito de alegría y se puso cómoda.

—¡Sois tan parecidos! Hola, Annie, cuántas ganas tenía de verte. ¿Sabe cómo me llamo? —Negué con la cabeza—. Me llamo Roxanne, pero puedes llamarme Roxy.

—¡Roxy! ¡Qué lindo! Creí que tardaría meses en conocerte. ¿Te gustó la corona?

—Me encantó. ¡Mira! —Cogió las dos coronas y me puso la mía. No había duda en que las dos iban a caerse demasiado bien—. Le regalé una parecida a la tuya porque no encontré una igual. ¿Qué te parece?

—¡Rey y reina! ¡Me encanta! ¿Cuándo llegáis?

—El domingo por la mañana.

La conversación duró hasta más allá de medianoche hasta que obligué a Annie a irse a dormir o al día siguiente se moriría de sueño en el colegio. ¿Quién sabe? Quizá fuera su primera vez quedándose dormida en clase. Siempre hay una primera vez para eso.

Roxy estaba más contenta de lo que la había visto nunca. Entonces me acordé de lo que tenía que decirle desde hacía un tiempo y dejé el ordenador en el escritorio para que no sufriera daños, al igual que las coronas.

—¡Oye! —gritó. Me giré para averiguar lo que pasaba y vi que había cogido el papel de la magdalena—. Aún lo conservas.

—Fue la primera sonrisa que me robaste. Antes la veía más a menudo para recordarlo y así sonreír, ahora no la necesito tanto porque te tengo más cerca. —Me dio un rápido beso en los labios y dejó el papel donde estaba. Era el momento—. Tengo que decirte algo... Sobre el trabajo.

Su cara de preocupación se hizo notable cuando me senté recto en la cama. Se veía que se temía lo peor, pero la verdad era una bobada por la cual quizá moría esa misma noche. Sabía que un golpe de su parte iba a llevarme sí o sí, quizás más fuerte que los anteriores.

—Se te ha borrado. No, peor. Te han cambiado de ciudad en el último momento.

—No. La cosa es que... Ya está entregado. —Frunció el ceño—. Tenía que darte antes de Semana Santa y...

—¿Quieres decir que todos los lugares visitados después de las vacaciones no te han servido para el trabajo? —Negué con la cabeza y entrecerré los ojos intentando prepararme para el próximo golpe—. Voy a matarte.

Se abalanzó sobre mí con una mirada que nada tenía que ver con el tono en que lo había dicho. La miré frunciendo el ceño, sabiendo que no estaba enfadada, y se la escapó una sonrisa. Me ganó el golpe en el hombro por no habérselo dicho antes, pero acabamos riéndonos a carcajadas.

Al fin y al cabo, fueron los lugares los que acabaron uniéndonos.

42. LA TRAMPA

¿Estás preparada para ahuyentar los problemas?

Tranquila, será fácil.

*Creen que no buscamos soluciones
y tienen miedo de nuestra seguridad.*

Perderán. Y los veremos caer.

Antes amaba que sonara la alarma. Cuando sonaba, significaba que podía prepararme para ir al restaurante y así poder encontrarme con ella un día más. La universidad no importaba en ese instante.

Luego, más bien, empecé a odiarla porque, en ese momento, en la que ella estaba entre mis brazos, la alarma solo significaba que tenía que levantarme y así romper nuestra cercanía. Tenía varios mechones tapándole el rostro, pero aún así notaba que sus párpados se levantaban.

—¿Por qué siempre nos quedamos hasta tarde despiertos? Luego nos arrepentimos. Como ahora.

—Porque hay mucho de qué hablar y poco tiempo en toda nuestra existencia.

—Deberías dormir un poco más. Se te va la olla.

—Solo tú me vuelves loco. No eches la culpa al sueño.

Su sonrisa se hizo notable al instante y yo me reí, achuchándola contra mi pecho. Soltó un pequeño grito de sorpresa y comenzó a reírse conmigo a pesar del poco aire que seguramente dejaba que entrara en sus pulmones por el achuchón.

Eso era felicidad: partirnos juntos de risa por nada.

Rocé sus labios con delicadeza mientras nos íbamos despertando, más o menos de golpe, pero alegremente. Oímos a Steve salir de la habitación y vimos que ya habían pasado quince minutos desde que había sonado la alarma. Nos levantamos rápidamente y, en un tiempo récord, ya estábamos en la cocina.

—Me quedan cinco minutos. —murmuró Roxy mirando su reloj y tomando

la taza de café de un trago—. Como llegue tarde, te echaré la culpa.

—La asumiré. —Me encogí de hombros y cogí un paquete de galletas de la cual quedaba solo la mitad.

—¡Vamos, vamos!

—Espera, Roxy —dijo Naira rodeando la muñeca con su mano—. ¿Quedamos en hacer eso esta noche?

—Sí, tenemos que hacerlo.

—¿Segura? —preguntó Steve.

—Segura. Necesitamos pruebas o no nos creerán. Lo he prometido —murmuró cogiéndome la mano. Tyler no iba a salirse con la suya—. Nos vemos luego.

Bajamos al restaurante con prisa a pesar de que llegábamos con tiempo de sobra. Yo coloqué las mesas de fuera y ella comenzó a repartir los manteles individuales por ellas. Nos sentamos en una y suspiramos a la vez.

Se sorprendió cuando saqué las galletas y la ofrecí una.

—¿Quieres?

—¡Sí!

Hasta que terminamos el paquete entero. No fueron muchos clientes mientras yo estaba, ni siquiera quería irme. Podía pasarme allí todo el día sin aburrirme ni un solo segundo aunque no me dejara ser cariñoso en ese entorno.

Me dio un pequeño beso y sonrió, dándome un empujoncito y un bollo con chocolate para el camino. Puse cara de cachorrito, pero negó con la cabeza, segura de sí misma. Comenzaba a acostumbrarme a faltar a clases, eso era un vicio del que no podías escapar si lo hacías mucho.

Nunca creí que lo sentiría y que me diera igual.

—A clase, mi universitario. Tienes que darlo todo hoy o no te dejaré ir de viaje.

—¿Prefieres ir sola?

—No, pero como sé que vas a darlo todo, no me preocupo. Lo sé porque estás obligado. ¡Venga! —Me tiró de la mano hasta que me levanté de la silla y aterricé en sus labios. Me empujó con suavidad, pero con prisa—. ¡Kyle! Vas a llegar tarde. Vete ya.

—Vale, vale. Ya me voy. Si pasa algo...

—Te llamo, sí. Ya lo sé. ¿Alguna excusa más para quedarte?

—Si no fuera por el viaje del fin de semana me tendrías aquí molestando. El trabajo te tiene agotada, necesitas vacaciones.

—No te enrolles. No me obligues a echarte, cliente pesado.

Le di otro beso rápido y me fui medio corriendo al ver que me quedaba el tiempo justo para llegar. Le saqué la lengua cuando pasaba por el ventanal del restaurante y ella me dedicó una mirada asesina. Las clases pasaron algo más rápido que los anteriores días ya que me pasé dos horas con Naira en la biblioteca organizando el plan de esa noche. Tyler no se daría cuenta de nada si las cosas no se pasaban de lo propuesto.

Aunque yo sabía que él no era así. Lo poco que le conocía sabía que iba a actuar con rapidez pues no la dejábamos sola con frecuencia. Aprovecharía hasta el último segundo. El plan estaba mal planteado.

—No, Naira. No va a salir bien. —Negué—. Tyler va a ser rápido. Demasiado. No podemos dejarla así.

—Va a tener una cámara y un micrófono que me ha costado horrores conseguir. Va a estar vigilada y solo van a ser unos segundos para tener las pruebas suficientes. Además, tengo una idea. Tú vas a ir con ella.

—Eso no va a colar.

—Tú déjame a mí. Roxy va a estar segura en todo momento y no dejaremos que la pase nada. Todos estaremos seguros esta noche cuando denunciemos a Tyler de una vez por todas. Los policías harán lo demás. Nosotros no podemos hacer más.

—Gracias, de verdad.

Estuve dando vueltas al plan todo lo que quedaba de la mañana. Fui andando al restaurante mientras seguía pensando las teorías o algo que se nos pudiera escapar. No, todo tenía que salir perfecto. Nadie debería interponerse más de lo necesario y establecido.

Lo que sí sabía era que si le tocaba un solo pelo, se las vería conmigo. Y me daba igual que viniera o no en el maldito plan. Yo lo escribiría con letra grande después si hiciera falta.

Entré mientras veía lo ocupadas que estaban las mesas y me senté en una. Tenía que hacer toda la tarea ese día si no quería llevar nada pendiente al viaje. Roxy pasó varias veces a mi lado preguntando cómo iba todo. Ni yo tenía idea.

Quedaban sesenta minutos. Ni uno arriba, ni uno abajo. Todos nos reunimos en la salida del local mientras Roxy cerraba con llave. Noté que la mano le temblaba levemente y anduvimos hacia el aparcamiento mientras recordábamos las instrucciones.

Abrió el coche y la rodeé con todas mis fuerzas cuando estábamos casi llegando. No tenía miedo, pero sabía que para ella sería duro volver a

recordar todo lo del otro día. Yo también lo recordaba.

—No permitiré que te pase nada —susurré cerca de su oído—. Voy a estar ahí observando cada movimiento. Cualquier paso que dé sospechoso, saldré corriendo por ti.

—No tengo miedo, de verdad. Sé que estarás ahí. Confío en todos vosotros.

—Ya nos vamos —informó Naira y señaló a Roxanne—. En tres minutos salís y en cinco, nosotros.

—Es fácil si lo hacemos bien. Te tenemos rodeada. Actúa lo mejor que podáis. —Ella asintió y Noemí siguió hablando mientras le ponía el broche que contenía una pequeña cámara—. Listo, cielo.

Naira, Steve y Noemí fueron los primeros en salir. Roxanne y yo los siguientes. Rochelle y Marvin irían un minuto exacto después. Por suerte, no había venido Lily, se había quedado con su amigo George.

Mi expresión cambió a una felicidad fingida cuando torcimos la esquina de su apartamento y repasé el plan de nuevo en mi cabeza. Completo. Estaba bien. Miré disimuladamente todos los rincones de la calle, no había rastro de él, lo que me pareció muy raro. Había pasado demasiado tiempo sin actuar de verdad. No tardaría mucho.

Bajamos del coche con una sonrisa y cogí su mano mientras íbamos hacia la puerta de entrada. Justo antes de llegar, se tocó los bolsillos de los pantalones, buscando algo, y fruncí el ceño.

—Me he olvidado las llaves del restaurante en el coche. Vete subiendo, yo voy ahora.

Asentí y le besé la mano antes de soltarla. Ella negó la cabeza, feliz, y se dio la vuelta medio corriendo para no tardar mucho. Saqué las llaves que tenía de su casa y abrí el portal dejando la puerta abierta para que entrara luego ella. Al dar dos pasos, una mano me tapó la boca, empujándome hasta donde ella quería. O mejor dicho, donde él quería.

Tyler estaba dentro.

Eso era el detalle que se me escapaba por mucho que me dijera a mí mismo miles de veces que todo en el plan estaba perfecto. Sentí algo en mi cuello y me inmovilicé.

—No pretendía meterte en esto, pero parece que te has acabado metiendo tú solo. Me temo que voy a utilizarte.

Cuando Roxy entró, su cara se transformó en miedo al instante. Eso no estaba previsto, teníamos pensado que él la interrumpiera en el coche, mientras iba a buscar unas llaves que nos dejamos aposta.

—Tyler, no hagas tonterías y suéltalo.

—Sabes que no soy violento, cielo, lo haré —dijo tan seguro que casi me lo creí— si vienes conmigo.

—¿Qué? ¿Dónde...?

Se paralizó. Me utilizaba para que ella no se negara a cualquier proposición que él la hiciera. Roxy me miraba a veces. No podía moverme, pues eso significaría cortarme con lo que me amenazaba, supuse que fuera un cuchillo. Solo me estaba rozando la piel. Acumulaba una tensión en mi cuerpo que casi podía explotar en ese momento.

—Nos vamos, tú y yo. Mandas un mensaje a tus amigos y les dices que te has ido sin muchas posibilidades de volver aquí. Tómalo como una luna de miel, pero sin casarnos y por mucho tiempo más. Haremos un viaje por el mundo. Solo nosotros. ¿No era lo que queríamos?

—Sí, claro... Pero no tengo dinero, Ty, ¿de dónde lo sacaremos?

Mis piernas me fallaron por un segundo. Tyler me sujetó con más fuerza sin prestarme mucha atención, por lo que parecía. La mirada de Roxanne cambió por completo, solo le miraba a él, divertida, segura y, a la vez, confiada.

—Trabajaremos un poco en cada lugar, así podremos conocerlo todo. Tengo ya preparado la primera ciudad, solo nos queda ir. Vendrás conmigo, ¿no?

—Claro, fue lo que siempre soñé, ya sabes. Y visitar a mi hermana. ¿Iremos?

—Será nuestra segunda ciudad, te lo aseguro.

Sentí un dolor que se agudizaba en la parte baja de mi rostro y supe al instante que me había cortado queriendo. No había sido tan grande el corte, supuse, aunque me sorprendió lo bastante como para inmovilizarme de nuevo. Cambió su mano de la boca al cuello y me obligó a andar con él hasta el ascensor. Lo abrió y me tiró ahí sin ninguna delicadeza, pulsó un número al azar y lo perdí de vista. Lo último que vi fue su malvada sonrisa.

El aturdimiento me llevó unos segundos en los que no supe en qué pensar. Roxy estaba bien protegida por los demás, pero ahora Tyler no la soltaría tan fácilmente. Me levanté con un dolor horrible de cabeza y conseguí mirarme al espejo, tenía un corte entre la cabeza y el cuello que sangraba sin parar. No podía detenerme en eso.

El ascensor se detuvo en la planta ocho. Miré por la ventana que había en todas ellas y vi cómo agarraba a Roxy a la fuerza para entrar en el coche. Entonces el coche de Steve se detuvo en mitad de la calle, cortándole el paso.

No podía quedarme parado. Tyler no movió el coche. Tenía que utilizar esa ventaja. No nos dimos cuenta de que su coche estaba aparcado cerca de la entrada al apartamento. No supe reconocerlo, pero en ese momento lo tenía a tiro. Miré la planta en la que estaba y, hablando de plantas, había una maceta con una bastante grande. Podrían denunciarme por ello, pero era por una buena causa.

La cogí acumulando todas mis fuerzas en ello, lo apoyé en el marco de la ventana y lo empujé en la trayectoria que supuse que funcionaría para dar a su precioso coche. No le di del todo, pero cayó sobre su espejo izquierdo y una parte de su coche se metió hacia dentro, formando una abolladura.

—¡Siento decirte que conducir sin el espejo retrovisor izquierdo está prohibido! —grité.

De repente, el ascensor se abrió. Naira vino corriendo hacia mí y me abrazó. Me quejé un poco por tocar la herida, haciendo que se separara con rapidez. De todos los que éramos, ella había subido a buscarme.

—Me he preocupado muchísimo. ¿Estás bien? Toma, pónitelo. —Sacó una bola de pañuelos de su bolso y la colocó encima de mi herida. El impacto me dolió bastante a decir verdad. Lo sujeté, sustituyendo su mano—. Perdona, tenía miedo de que te desangraras. He visto la sangre que has dejado en el ascensor y casi me da algo. Tranquilo, lo tenemos todo controlado para que Roxy salga. Tu distracción nos ha ayudado. Por cierto, buena puntería.

—Gracias. ¿Qué habéis pensado?

El plan que habíamos hecho se había esfumado. Tocaba improvisar.

—Roxy está en el asiento de atrás, sola. Tyler cerró con seguro todas las puertas por si intentaba irse. Se ha visto rodeado y quiere escapar haciendo lo mismo que hizo contigo.

—¿La está amenazando con el cuchillo?

—Lo está intentando. Observa.

Me acerqué a la ventana para ver lo que ocurría. Noemí tenía un extintor en la mano y se acercaba agachada hasta la ventana del conductor. Miró hacia nosotros, Naira asintió. Se levantó de golpe y rompió la el cristal del conductor. Lo siguiente no me lo esperé.

Tyler se giró hacia ella aún con el cuchillo en la mano. Tuve miedo por ella y casi me lanzo por la ventana si no fuera porque Naira me rodeó la cintura con fuerza. Vi una mano que sujetó la el brazo que tenía el cuchillo en alto, Roxy sin duda, y Noemí aprovechó para darle un codazo en la cabeza, dejándole inconsciente.

La mejor de las sensaciones me invadió. Cogí la mano de Naira y nos subimos al ascensor para bajar. Aún sujetaba el pañuelo en mi cara, no quería ni verlo en el espejo. Seguro que tenía tan mala pinta que me asustaría. Salí corriendo cuando se abrieron las puertas y llegué al coche en cuestión de segundos. Coincidí la mirada con Roxy, que se tapaba la mano con un pañuelo que le sujetaba Noemí.

La había herido.

—Kyle... —Corrió hacia mí los pocos metros que nos separaban y me abrazó con cuidado—. Dios, ¿estás bien? Perdóname, lo siento. Sabía que te haría daño. Intenté calmarlo...

—Lo sé, lo sé. Tú no tienes la culpa de nada. Además, es un corte pequeño y un mareo sin importancia. ¿Qué te ha ocurrido en la mano?

Solté el papel que tenía mi herida y Naira me lo sujetó de nuevo, dedicándome una mirada de fastidio por haber quitado la mano. No me importó, era más prioritario su corte. Quitó el papel que lo envolvía y vi cómo sangraba. Se parecía al mío.

Su mirada ni siquiera se preocupó al verlo. Estaba fija en mí. Sabía que intentaba tranquilizarme con su sonrisa, ya verdadera, pero no lo consiguió del todo. No quería que la pasara nada. También debía pensar que estaba todo solucionado, teníamos lo que queríamos: pruebas para recriminar a Tyler.

—La rapidez no me hizo calcular bien y sujeté su mano para que no cortara a Noemí, pero me corté sola por cogerlo mal. Es algo profundo. Nada grave por lo que me vaya a morir, eso seguro.

—Creía que te perdía.

—No me perderás y te lo debo a ti. ¿Cómo se te ocurre tirar una planta desde tan arriba? Creía que se me iba a caer el techo. He pasado más miedo en ese momento esperando que algo me cayera encima, que estando con Tyler en el coche.

—Exagerada.

Steve aparcó su coche cerca y acabamos todos haciendo un círculo. Marvin traía el móvil desde donde se controlaba la cámara que llevaba en el broche Roxy. Se lo quitó para devolvérselo a Naira y vimos el vídeo. Se veía y oía todo perfectamente. Teníamos las pruebas suficientes para que la policía nos creyera cuando les dijéramos que era un loco que debía estar encerrado una temporada.

Oímos un coche arrancar detrás de nosotros. Tyler se había despertado del golpe demasiado pronto y antes de lo que nos esperábamos.

—Acordaos de mi cara, no será la última vez que la veáis.

Steve se adelantó y comenzó a correr hacia él. No llegó a tiempo. Tyler arrancó y se fue sin dejar rastro. Me fijé en su matrícula y la memoricé con la mayor rapidez que pude. No se nos iba a escapar tan fácilmente.

Cogí mi móvil y apunté el número antes de que se me olvidara. El rostro de Roxy mostraba frustración, pero mejoró un poco en cuanto le enseñé lo que había puesto. Lo reconoció, lo supe por cómo me miró. Había aún algo de esperanza.

—¡Maldición! No creí que despertara aún —se quejó mi amigo.

—Es duro —dijo Roxy—. Lo más probable es que no regrese. Me contó que había estado en muchos lugares. Quizá solo escapaba de circunstancias parecidas a esta, no dudo en que lo haya hecho más veces.

—No estés tan segura. Mira lo que ha dicho. Yo no me fiaría mucho. Vamos a hacer la denuncia cuanto antes.

Fuimos todos juntos, como una piña. Le explicamos todo a la guardia civil, investigaron el caso con todas las pruebas y nos dijeron que ellos se encargarían de su detención. Lo habíamos logrado.

Horas después, a altas horas de la madrugada, nos llegó un mensaje mientras descansábamos en la cama. Era del número que nos dejó el agente para comunicarnos con él si dábamos con alguna pista que nos llevara al escondite de Tyler.

Agente

Hemos encontrado su coche a veinte kilómetros de las afueras. Tyler ha desaparecido. Seguiremos buscando, pero puede estar en

43. DULCE HOGAR

*¿Ahora me comprendes cuando te decía
que las casualidades nos persiguen?
Nacemos por casualidad,
nos encontramos por casualidad...
Pero lo nuestro no lo es, es amor puro,
y para eso no necesitamos casualidades.*

Maletas preparadas.
Billetes a la vista.

Tyler desaparecido. Y eso es lo que más miedo me daba. No hubo rastro de él en las últimas horas. La denuncia se nos hizo complicada si al que iba dirigida se había esfumado. La policía seguía intentando dar con él. De todas formas, nos aseguró que el caso estaba guardado y, si daban con él, lo encerrarían de inmediato.

El sábado, Roxy anduvo un poco torpe en el trabajo, así que acabé siendo su ayudante. No hice mucho pero la recordé varias cosas como coger una libreta y apuntar los pedidos. Lily me acompañaba en completar lo que se la escapaba u olvidaba. La pequeña nos había preguntado por nuestras heridas en cuanto nos vio. La mía era muchísimo más visible. Por suerte, el médico me dijo que no había sido muy grave. Al contrario, la mano de Roxy debía estar unos días vendada, por lo que entendía que no era su mejor momento en el restaurante si no podía utilizar una mano.

—Esto es demasiada presión —se quejó, limpiando unos vasos antes de volver a una mesa que acababa de ser ocupada—. Es la primera vez en años que me pasa esto. ¡Me pones nerviosa!

—Toda la culpa para mí.

En los últimos minutos, Noemí llegó para ayudarnos. Nos trajo las maletas pequeñas que íbamos a llevar al viaje y lo miramos todo. Se probó las gafas, pues no quería dejarse las lentillas puestas si se dormía en el tren. Me enamoró aún más cuando se las puso, la quedaban estupendas.

—Ni un comentario, Kyle, te aviso.

—¿No puedo decir lo hermosa que estás?

—No —dijo dándome un codazo mientras intentaba disimular el rojo que subía por sus mejillas.

Steve y Naira ya nos habían despedido y Rochelle y Marvin nos acompañaron hasta la estación con Noemí y Lily. Tenía malos recuerdos de la última vez que estuve ahí, pero las cosas habían cambiado del todo.

En ese momento caminaba de la mano de la chica que me enamoró y de la niña más linda que había conocido de la ciudad. Ojalá hubiera podido también venir con nosotros para conocer aquello.

—¿Preparada? —pregunté.

—¿Sinceramente? No.

—¡Venga! —Nos empujó Marvin—. Adentro, nos vemos el martes. Ni que os fuerais un año, exagerados.

—¡Adiós! —exclamó Lily despidiéndonos con la mano. Nosotros hicimos lo mismo antes de entrar al tren.

Buscamos nuestro asiento, dejamos la maleta en la parte de arriba y nos sentamos con una manta para cada uno de las que nos daba la compañía del viaje, ya que era un viaje de noche y duraría hasta la madrugada. Ella se puso en el lado de la ventana. Les despedimos por última vez antes de que el tren se pusiera en marcha y apoyó la cabeza en mi hombro, mirando el billete.

La emoción me invadía. Volvía a casa, aunque hubiera ido hacía muy poco, y lo hacía con ella. Mi padre estaba encantado de conocerla y Annie me había llamado varias veces para hablar con los dos. Quería vernos ya.

—¿Quién va a buscarnos?

—Seguramente un taxi. Llegamos temprano y mi padre trabaja. Además, podemos dejar las cosas y luego hacer lo que queramos. ¿Has traído bikini?

—Sí. ¿Vamos a ir a la playa?

—Tengo piscina en casa.

Me lo dijo Brenda en una de nuestras llamadas de largo tiempo. Antes no estaba del todo arreglada, pero ya estaba lista para ser usada y estrenada. Aunque también podríamos dormir un poco, sabía que en el tren no íbamos a coger el sueño.

Y no me confundí.

Pasamos dos horas hablando, o susurrando porque éramos de los pocos despiertos, de lo que se nos ocurría. No había mucho de qué hablar, pero sus nervios acabaron en conversación constante por lo que descubrí que, estando nerviosa, no dejaba de hablar. Me gustaba tener siempre algo de lo que hablar.

Ella sacaba cualquier tema para no dejar de charlar.

—¿Sabes? Te hice caso. Hablé con mi hermana. —La miré sorprendido y me sonrió. Después siguió haciéndome caricias en el brazo. Me estaba quedando dormido—. Me dijo que tenía pensado venir algún día de estos, pero que pretendía ser una sorpresa. No tenía pensado que la hablara. Quizás la conozcas la semana que viene.

—Me encantaría. ¿Y tu madre?

—Mi hermana irá a recogerla para visitarme juntas.

—A esto se le llama la semana de las presentaciones —bostecé—. Me estoy quedando dormido por tu culpa.

—¿Te aburro?

—No, por las caricias, boba.

Me dio un beso en la mejilla y volvió a apoyarse en mi hombro. Nos dormimos, al menos yo, porque no recuerdo más. Cuando desperté, ella seguía dormida sobre mi hombro. Solo quedaban quince minutos para llegar. Me levanté al baño con cuidado y, al volver, Roxy ya estaba mirando por la ventana con las gafas.

—Buenos días, reina.

—Buenos días, mi rey. —Eso me hizo sonreír—. ¿Nos vamos ya?

Asentí. Cogimos las maletas y, cuando el tren paró, siempre puntual, bajamos. Solo puedo comentar que en cuanto el taxi nos dejó a la puerta de casa, fuimos directos a la cama de mi habitación. Y volvimos a quedarnos dormidos.

No es que durmiéramos mucho, pero sí lo suficiente para levantarnos con más energía. Nos cambiamos con algo más veraniego por el calor que nos sorprendió. Bajamos a la cocina, no había nadie en casa. Roxy cogió una nota pegada al frigorífico y la leyó.

"Buenos días, dormilones. Espero que os fuera bien el viaje. Annie se ha ido con una amiga a pasar el día, llegará por la tarde, supongo. Hay comida de sobra para los dos. Nosotros llegaremos a la cena. Portaos bien."

—Casa libre hasta la tarde —resumí—. ¿Damos una vuelta y te enseño la ciudad? Te invito a comer.

Pasamos lo poco que quedaba de la mañana buscando un buen restaurante. Encontramos uno interesante donde comimos sin prisa, no había tanta hambre después de haber dormido a ratos. Miré por el ventanal que teníamos al lado de la mesa y vi pasar a una chica que parecía perdida. No sabía por qué me fijé en ella hasta que su rostro se asimiló al de Roxy.

¿Podía alguien pellizcarme?

Roxanne miró como yo lo hice y se tapó la boca con las dos manos. Susurró no sé qué y se levantó de inmediato hacia la salida. La mirada de la chica coincidió con la mía a través del ventanal y luego se desvió a la entrada del local, donde Roxy salía disparada.

—¡Mi niñita!

—¡Aisha!

Si no cayeron al suelo del abrazo que se dieron fue porque Dios no quiso.

Se separaron unos segundos para verse, pero volvieron a abrazarse por otros cuantos segundos. Su hermana mayor, la que iba a ir a verla la semana que viene. ¿Qué hacía ahí? Estaba confuso. Mi mente daba vueltas como una peonza.

Se separaron otra vez y Roxy la cogió de la mano para entrar al restaurante. Me levanté para unir otra silla a la mesa y volví a distinguir ese brillo de mi reina en la mirada. Por un momento, creí que era superior a cualquiera que había visto antes.

Soltó la mano de Aisha cuando estuvo delante de mí y nos saludamos con dos besos en la mejilla. Era de la misma altura que yo con el pelo marrón y los ojos del mismo color, aunque un tono más claro. Eran muy parecidas, casi clones.

—Kyle, ella es mi hermana Aisha. Aisha, él es mi novio Kyle.

—Me gusta más que los anteriores solo con verlo. Tiene cara de bueno y es lindo. ¿Molesto o interrumpo algo?

—Claro que no. ¿Comes con nosotros? —pregunté. Roxy la miró ansiosa, esperando la respuesta, y, cuando asintió, casi grita de felicidad.

Cuando se sentaron una al lado de la otra, me reí al imaginar encontrarme con Aisha por la calle. La habría confundido con Roxy y habría sido muy vergonzoso. Agradecí que la encontráramos allí. Ellas solo me miraron raro.

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo podría preguntarte a ti.

—Visitar la familia de mi novio. ¿Cuál es tu excusa?

—Me he perdido. Estaba buscando la casa de mamá o la de su pareja, no estoy segura. En fin, vine a buscarla para ir a verte, pero ya veo que no me ha hecho falta moverme mucho. ¿Cuánto os quedáis?

—Hasta el martes por trabajo. ¿Y tu novio?

—¿No te lo conté? Lo dejamos hace... Dos semanas, más o menos. — Sonrió—. Era tan... Bah. No sé describirlo, no me gusta. Quiero a alguien que

se anime a vivir aventuras conmigo.

—¿No le has presentado a Marvin? —pregunté al instante. Solo la palabra *aventuras* me recordó a él. Roxy negó—. Deberías. Seguro que se llevarían bastante bien.

—Kyle, me encantas. Preséntamelo ya. Voy donde haga falta. Tengo pensado hacer un viaje en verano y no pienso hacerlo sola, tengo tiempo para conocer a alguien. Ayúdame a decírselo a mamá.

En fin, la comida fue una completa locura. Hablamos más que comimos. Corrijo. Reímos más que comimos. Aisha estaba loca, tanto o más que su hermana. Juntas eran un torbellino que se llevaba todo por delante. Roxy se convertía en una persona más alocada con ella.

Al terminar, como ellas no sabían mucho de aquella ciudad, dimos una pequeña vuelta hasta la playa.

Mi móvil sonó en el mejor momento. Papá.

—Kyle, necesito un favor. ¿Puedes recoger a Annie? Está en la heladería esa que tanto le gusta de la playa con su amiga. Nosotros ya estamos en casa. Ha venido alguien a verte.

—De acuerdo, papá. Ya voy para allá.

Las dos me miraron con una mirada tan parecida que me asustó. No podía acostumbrarme a eso, necesitaba distinguir las de alguna manera física porque en expresiones eran iguales. Guardé el móvil y observé la playa, no estábamos tan lejos.

—No me miréis así, parece que veo doble. Era mi padre, tengo que recoger a Annie para ir a casa.

—¡Perfecto! ¿Dónde está?

Señalé la heladería que había a unos pasos en la playa. Asintió y fue la primera en bajar las escaleras de piedra. El otro día se hicieron demasiado amigas en la llamada. Si no fuera porque era tarde, habrían seguido hablando horas y horas. Aisha y yo fuimos detrás de ella y, en cuanto vi a mi hermana, ella giró la cabeza hacia Roxy. Las dos se saludaron con un abrazo.

—Sustituido por mi novia.

—¡Mentira! —Me abrazó—. ¿Quién es tu amiga?

—Yo soy Aisha, la hermana de Roxy. ¿Y tú quién eres, cielo?

—Annie, la hermana de Kyle.

—Qué ricura. Estáis adorables juntos.

—Deja de enamorarte tanto —dijo Roxanne, riéndose mientras se ponía a mi lado—. Los dos son míos.

—Ni que estuvieras marcando territorio —contraatacó.

—¿Son así siempre? —me preguntó Annie.

—No tengo ni idea. Acabo de conocerla.

En el fondo, queremos más a nuestros hermanos que a nuestra propia vida. Solo nos cuesta demostrarlo.

*

—¡Ya hemos llegado!

Oí más voces de las que debería provenientes del salón. Me esperaba dos, pero había dos risas masculinas.

Entramos en la sala y Brenda me abrazó tan fuerte que casi quedé sin respiración. Papá estaba sentado en el sofá con otro chico que no sabía quién era. Cuando fui a presentar a Roxy y Aisha, me di cuenta de que se habían quedado petrificadas.

—¿Mamá?!

Eso no podía ser cierto.

—Oh, Dios mío. Ahora veo triple. —Parpadeé varias veces. Por eso la voz de Brenda en el sueño se me parecía a la de Roxy. Por eso me era tan familiar.

Mi padre y su acompañante se levantaron y entonces fui yo quien se quedó petrificado. El chico me sonrió. Su nombre no paró de rondar en mi cabeza y los recuerdos se amontonaron todos a la vez en el mismo rincón. La cabeza me daba vueltas casi llegando al mareo.

Dean. Dean. Dean...

Él se había ido. ¿Qué hacía ahí?

—¿Dean?

—Qué bueno verte de nuevo, Kyle.

Annie comenzó a reírse a carcajadas en ese silencio que se había formado en la sala. Fue la única en hablar por unos segundos.

—El mundo es un pañuelo.

44. TODO ENCAJA

*El puzzle se había descompuesto,
pero fue cuestión de tiempo encontrar las piezas
y unir las de nuevo.
Aunque hubiésemos tardado una eternidad en hacerlo,
nos habríamos convertido en uno.
Encajamos, aunque a veces el destino lo dude.
Volvámonos indudables.*

Me reí. ¿Qué más iba a hacer? La situación era muy graciosa. Mi madrastra era la madre de mi novia y mi antiguo mejor amigo, al cual creía que no iba a volver a ver, estaba en mi salón esperando que yo llegara. La vida nos quiso juntar todos los acontecimientos en el mismo día.

Y lo había conseguido con éxito.

Después de reírme, abracé a Dean dándole unas cuantas veces en la espalda y viendo lo poco que había cambiado. Le habría reconocido a kilómetros, solo había crecido en altura, alcanzándome. Ya éramos iguales.

—Vaya sorpresa. —Sonreí—. ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has venido?

—Llevo en Madrid unas cuantas semanas, pero no sabía que te habías ido tan lejos a estudiar. Estábamos en la misma ciudad y no nos habíamos dado cuenta. He venido con mi novia Cristina. Creo que va a la misma universidad que tú...

—¿Estás se broma? Cristina es mi compañera, estamos todos los días juntos. Llevaba días escaqueándose con su novio y... Pienso llamarla y pedirle una explicación de por qué no nos ha presentado antes.

—Sí, yo también pienso hacerlo. Tenía tantas ganas de verte, creía que me habías olvidado. O que me odiabas.

—Bobadas, eso solo fue al principio. Desapareciste del mapa sin explicaciones pero bueno, creo que podré perdonártelo si me las das ahora.

—Eso está hecho, pero prefiero que me expliques primero lo que está pasando aquí. ¿Y qué te has hecho en la cara? ¿Cómo te haces una herida ahí?

Es imposible.

—Una larga historia.

Brenda estaba llorando y abrazando a sus hijas. Papá y Annie estaban mirando el panorama, asombrados. Eso no nos lo esperábamos nadie. Como dijo mi hermana, el mundo era un pañuelo que quiso que todo ocurriera y nos diera una amistosa bofetada en dos segundos.

Cuando Brenda se separó y se secó las lágrimas, se dio cuenta de una cosa y nos miró a Roxy y a mí varias veces, girando la cabeza con sorpresa. Lo sabía. Los dos sonreímos. Alcé la mano en dirección a la reina de mi realidad y ella se acercó para cogerla sin dejar de mirarme, poniéndose a mi lado.

—Te dije que traería a tu hija y te presentaría a mi novia, ¿no? Dos por uno. Aunque haya sido por accidente.

—Mira qué lindos son —comentó Aisha a su madre que estaba buscando las palabras adecuadas—. Además, ya es de la familia. Él es del que me hablaste, ¿no?

—Vosotros dos vais a hablar muy seriamente conmigo más tarde.

—Acabas de estropear el momento, Brenda, tenías que decir algo bonito —me quejé en broma y Roxanne me dio un codazo en el brazo—. ¿Qué? Es verdad. —Miré a papá que seguía esperando y me reí—. Papá, Dean, ella es mi novia, Roxy. Y su hermana Aisha.

—Encantada —dijo saludándoles a los dos—. ¿Dean es amigo tuyo?

—Es el que te mencioné.

—¿Ese que dijiste que se había ido y en lo que te apoyó tanto Steve? —Asentí. Su cara se volvió pálida en segundos—. Ay, Dios... Pero yo creí que... Te referías a...

Dean y yo nos echamos a reír a carcajadas. Me explicaba fatal. Me dio un golpe en la espalda mientras Roxy se ponía roja. Mi amigo negó con la cabeza.

—Te expresaste de pena, querido. Se creía que estaba muerto. Solo me había mudado perdiendo todo contacto con este lugar, básicamente.

—Lo siento —me disculpé—. Culpa mía.

Nos sentamos en el salón. Brenda, papá y Annie en el sofá del medio, Roxanne y Aisha en el de la derecha y Dean y yo en el de la izquierda. Ellos hablaban de un tema y yo comencé a pedir explicaciones. Esa sería una tarde muy larga y con demasiadas confesiones. Iba a ser divertido.

O no tanto. Descubriendo todo eso, Roxy y yo nos convertíamos en hermanastros. Eso sí era una situación algo extraña. No sabía qué pensar ni lo que pensaba ella.

—¿Ahora vas a explicarme por qué te fuiste?

—Trabajo. Mis padres se mudaron y yo tuve que ir detrás. Viajamos a Londres. Un día te llevaré, es una ciudad preciosa. Cambiamos todo contacto posible por un error de no sé qué, pero conservamos nuestra casa de siempre aquí. Tengo pensado estudiar cerca, Cristina se viene conmigo.

—Sí, ya me dijo que iba a cambiarse. Al menos ahora te tendré más cerca. ¿Tus padres también se quedan?

—Así es. Hemos ahorrado lo suficiente estos años y ya han encontrado de nuevo un trabajo aquí. Cuando tu padre me dijo que estabas estudiando en Madrid, creo que casi me da un ataque de risa.

—Madrid es demasiado grande como para encontrarse. Podías haber ido a recoger a Cristina alguna vez, habríamos coincidido.

—Estaba trabajando. Trabajaré allí hasta que el curso termine y luego vendremos aquí.

—¿Otro viaje?! ¿Quieres perdernos de vista acaso? No te comprendo, hija —gritó Brenda. Aisha ya le había contado sobre el viaje de verano.

—Oh, venga, mamá. Solo van a ser dos meses. Me merezco un descanso. Agradece que te lo haya contado ahora y no unos días antes.

—Hablando de contar cosas —comenzó Roxanne, su mirada coincidió con la mía—, me parece que Kyle también tiene algo que decir, ¿verdad? Querías que te diera un empujoncito, ¿no?

Todas las miradas se clavaron en mí. Unas de confusión, otras de curiosidad y la de Roxy derrochaba diversión. Quería contarles lo del bebé de Naira, pero en ese momento se me secó la boca. No sabía cómo decirlo. Me quedé sin palabras. Se habían quedado atascadas en la garganta, por eso no podía ni tragar. No me esperaba eso tan de repente, al menos necesitaba pensarlo bien para que no se asustaran.

Me había metido en un lío.

—Bueno... A ver... Es algo difícil de contar.

—Tiene un posible bebé en camino.

—¿Qué?! —exclamó papá.

—¿Estás embarazada?! —preguntó Brenda a su hija pequeña. Ella negó con la cabeza, asombrada, y me miró casi asesinándome—. Iba a pedir explicaciones luego por lo que me contaste que te engañó, pero ahora te las voy a pedir a ti.

—Es más gracioso de lo que parece. La chica con la que estuve antes de ella está embarazada, pero poco después estuvo con mi compañero de piso

Steve así que no sabemos de quién de los dos es.

Dean comenzó a reírse a carcajada limpia. Me crucé de brazos los largos segundos que lo estuvo haciendo. Annie se unió a él. Los dos acabaron por quedarse sin respiración. Tres, Aisha se unió después. Yo me contuve, la risa era demasiado contagiosa, pero esa situación no tenía gracia. Al menos no para mí.

Suspiraron, intentando recuperar el aire, y mi amigo me sonrió, a punto de reírse otra vez. Carraspeó varias veces para controlar su risa y yo fruncí el ceño en su dirección.

—Tu suerte se mudó conmigo por lo que veo.

—Cállate.

—Y el sentido de la orientación —añadió Roxy.

Qué golpe más bajo.

—Dejad de meteros conmigo.

Volvieron a partirse de risa un rato más.

Él se fue un poco antes de la cena. Nos cambiamos los números y nos despedimos como si nos viéramos todos los días. Brenda y yo nos encargamos de preparar la comida con la compañía de Roxanne porque fue obligada por su madre. Los demás estaban en el patio preparando la piscina para meternos luego.

Roxy sacó varias cosas que necesitábamos para ayudarnos en algo. Yo seguía esperando la charla que nos daría y que seguramente no tardaría mucho.

—Creía que juntaros me iba a costar más. —Los dos la miramos confundidos y ella sonrió—. En cuanto te conocí, sabía que serías perfecto para ella. El mundo ha querido hacerme caso.

—Me alegro de que lo hiciera. —Le guiñé un ojo a la observadora—. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes? ¿Tan poco obvio era?

—Sí —respondió con seguridad Roxy—. Yo decía que estaba saliendo con un chico y tú siempre la nombrabas como tu madrastra. Si te das cuenta, nunca hemos dicho nombres concretos. Estamos hechos unos genios.

—De eso no hay duda. Me alegro de que todo se hubiese solucionado entre vosotros. ¿Ya estáis bien del todo? —Los dos asentimos—. Estoy tan orgullosa de mis niños —siguió su madre dándonos un beso en la mejilla fuerte a cada uno.

—¡Mamá! —Me reí ante su comportamiento de adolescente que se avergonzaba de su madre—. Somos adultos ya. Es más, soy mayor que él.

—No lo parece.

Me gané un codazo por reírme del comentario de Brenda.

La cena fue tranquila. Brenda nos preguntaba todo sobre nosotros (cómo nos conocimos, qué hacíamos en ese momento, dónde vivíamos...) y mi padre se hacía más amigo de Aisha. Annie estaba atenta a todo y se reía de vez en cuando. Recogimos al terminar y salimos al patio donde en la piscina se reflejaba la luz de la luna y todas las estrellas que había esa noche.

Cada uno nos sentamos en una tumbona menos Annie que se tiró a la piscina de cabeza. Las personas fueron desapareciendo a medida que pasó el tiempo. Mi hermana fue la primera; Aisha, la segunda; y los padres, los terceros.

—Descansad —nos dijo Brenda dándonos un beso a cada uno—. No os quedéis hasta muy tarde.

Asentimos. Unos minutos después en completo silencio, nos miramos. Sabía desde que vi sus ojos que estaba pensando lo mismo que yo.

—¿Piscina?

—Piscina.

Subimos corriendo hasta la habitación, nos cambiamos, se quitó las gafas y nos metimos en el agua sin hacer mucho ruido por si despertábamos a alguien. Lo dudaba, todas las ventanas estaban cerradas. El patio era todo para nosotros.

La piscina era alta en algunos lugares y con algunos escalones en la esquina derecha para los que no llegaban hasta el final. Su temperatura era perfecta. Podría pasarme ahí toda la noche.

Ella empezó salpicando y los dos acabamos riéndonos lo más bajo que pudimos. Tuve que taparle la boca varias veces, recordándoselo. Hubo veces que lo hizo aposta y acabé repartiéndole besos para que bajara la voz. Solo así lo conseguía.

—Al final el día no ha sido tan malo. Después de todo, mi familia es tu familia, literalmente. Lo era desde mucho antes que nos viéramos por primera vez.

—Sí. Es todo tan extraño. No sé si podré acostumbrarme. Si se casan... Que algo les he oído decir sobre eso, seré tu hermana, Kyle.

—No, hermanastra. No compartimos sangre, así que no cuenta. ¿Piensas dejar todo por eso? ¿Acaso importa que nuestros padres tengan algo?

—No, pensaba fugarme otra vez —dijo rodeándome el cuello—. Annie puede venirse cuando termine el curso, Aisha se irá en verano y nuestros padres serán felices aquí. ¿Qué te parece?

—Todas tus ideas me parecen geniales. ¿Acaso ves algo sin gafas?

—Algo. —Sonrió—. Te veo a ti que es lo que me importa. Lo demás puede irse a la porra.

Esa noche, las sonrisas no se esfumaron.

Menos cuando nos quedamos los dos mirándonos fijamente, sin lentillas de por medio ni ninguna barrera que nos pudiera separar. Solos con la luna y las estrellas de testigos, y nosotros, como víctimas, cayendo presas del amor que sentíamos.

Yo solo pedía tener cadena perpetua.

EPÍLOGO

*Sonrisas.
Alegrías.
Sin secretos.
Libres.
Infinitos.*

CUATRO MESES DESPUÉS

— ¡Oh, Dios mío! ¡No, no, no! ¡Steve! ¡Kyle! ¡Quien sea! ¡Me da igual!
— ¡Voy a morirme como siga así! ¡Roxanne! ¡Alguien!
Eran las cinco de la mañana.

Nos vestimos con lo primero que pillamos por el suelo o por la cama, eso era indiferente, y corrimos hasta la habitación de al lado. Steve salió del baño terminando de subirse los pantalones.

Naira estaba en el borde de la cama con una mano en su ya enorme barriga y otra intentando sujetarla en el sitio. La ayudé a levantarse por un lado y Roxy por el otro. Se estaba retorciendo de dolor.

—Me duele mucho... No han pasado ni ocho meses. ¿Qué me pasa?

—Respira, tranquila. Ya nos vamos —dije.

Steve los cogió en brazos, a ella y a su bebé en proceso de nacimiento, y bajamos con rapidez. Me coloqué en el lugar del conductor y, en dos segundos, estábamos en marcha hacia el hospital. Me había sacado en esos últimos meses el carné, ya que nuestra situación económica mejoró en cuanto comencé a trabajar como cocinero en el restaurante mientras Marvin no estaba. Desde que él se fue con Aisha de vacaciones, nadie sabía seguro si iban a regresar alguna vez. Al menos, por el momento, yo le cubría mientras seguía pensando en volver o no.

Gracias al GPS que me había descargado, llegamos en unos minutos gracias a haberme saltado varios semáforos. Trajeron una camilla para ella y Steve la acompañó hasta donde quiera que fueran mientras Roxy y yo esperábamos

noticias en la sala de espera.

—No puede ser bueno que quiera nacer antes —dijo ella dando la milésima vuelta a esa minúscula sala—. ¿Y si les pasa algo a alguno? ¿O a los dos?

—Ya basta, te vas a marear. —La abracé con fuerza y escondió la cabeza en mi cuello—. Todo va a estar bien. Quizá solo tenga prisa y ya quiera nacer, no le juzguemos por ello. Nosotros ya no podemos hacer nada más.

Esperamos por horas. La luz del sol ya se había asomado hacía tiempo por la ventana y el hospital seguía con su ritmo mientras nosotros nos habíamos estancado, imaginando un espacio en el que Naira y Steve estaban sanos y salvos con el pequeño. Tenía que ser así, no podía sucederles nada. No podríamos soportarlo. Todo estaba yendo demasiado bien.

Noemí, Rochelle y Lily llegaron sobre las diez, preocupadas, pero no tanto como nosotros. Tuvimos la gran suerte de que ese día fuera miércoles y el restaurante no abriera.

Nos abrazaron y nos dieron conversación para distraernos. No lo consiguieron.

Una hora eterna más tarde, Steve salió de la sala con las manos llenas de sangre. Llegué hasta él con una mirada preocupada mientras notaba que estaba llorando, pero con una sonrisa de lado a lado.

Asintió varias veces y le abracé con todas mis fuerzas.

—Todo ha salido bien... Están bien...

—Cuánto me alegro. ¿Se puede entrar?

—En cuanto los trasladen a una habitación. Van a meter al niño en una incubadora, ha nacido demasiado pronto. Solo necesita unos pocos cuidados de más.

—¡Es niño! —exclamó Roxy tirándose en sus brazos—. ¡Enhorabuena!

—¿A quién le damos la enhorabuena? —bromeó Rochelle. Aún seguíamos sin saber de quién era. Yo negué con la cabeza y él se rio—. Enhorabuena.

—Gracias —susurró Steve.

Le acompañé a limpiarse mientras esperaban y, cuando volvimos, ya estaban en una habitación. Naira sonreía con el niño en sus brazos, puesto que se lo habían dejado unos minutos, y nos unimos al círculo que les rodeaba. Lily estaba mirando al niño de cerca, sentada en la cama.

Me dejó cogerlo. Recordé cuando era pequeño y cogía en brazos a mi hermana recién nacida. Fue el mejor regalo que me dieron mis padres y aún lo sigue siendo. No podía dejar de mirarlo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Noemí.

—Álex —se adelantó Naira. A Steve le brillaron los ojos de una manera que nunca había visto antes.

No tardaron demasiado en poder volver a casa con el pequeño Álex. Aunque yo me negara al principio, acabamos haciéndonos la prueba de paternidad y, poco después, llegó la respuesta.

Estábamos en casa de mi padre, en el patio. Habíamos guardado una semana de vacaciones para gastarla en ese momento. Nos encontrábamos en las tumbonas. Steve tenía el sobre con la respuesta y Naira se encontraba a su lado con Álex dormido entre sus brazos.

Noemí y Rochelle no pudieron venir, pero Lily había ido con nosotros y jugaba con Annie en la piscina. Se habían hecho buenas amigas. Brenda y mi padre estaban en una tumbona esperando, al igual que Roxy y yo.

—No sé si quiero saberlo —murmuró.

—Yo no quiero saberlo, fuiste tú el que te empeñaste —le culpé con algo de dureza, pero era la verdad. Yo me negué a hacer la prueba. ¿Quién sabía cómo reaccionaría si fuera yo?

—Steve, no seas cabezota, has querido hacer esto desde el principio —comentó Naira—. ¿Vas a echarte ahora hacia atrás?

—Podemos guardarla hasta que estéis los dos preparados. Nadie la abrirá —ideó Brenda.

—Está bien —afirmó él. Le dio la carta a mi padre y la guardó en un cajón que todos vimos y recordamos.

Nos volvimos a sentar en las tumbonas y fue hora de que hablara yo. Estaba harto de ocultarles la verdad, tenía que salir a la luz de una vez. Me acordé de Dean en ese momento, él me apoyó con mi decisión. No había dejado de hablar ni un solo día con él desde nuestro reencuentro.

—Voy a cambiarme de universidad.

—¿Qué?! —exclamaron todos. Roxy me miró menos sorprendida que los demás.

—Voy a venir a estudiar audiovisuales aquí, a Barcelona, junto con Dean y Cristina. Y... No sé, esperaba dejaros la casa para que mi habitación se convierta en la de Álex.

—Kyle, te dije que no era necesario... —siguió insistiendo Naira.

—Quiero hacerlo. Madrid está bien, pero Barcelona es donde he crecido y vivido. Quiero mudarme a la capital para estar más cerca de aquí y seguir estudiando lo que me gusta.

—Te oí hablar con Dean del tema mientras tú creías que hablaba con mi

madre. No eres el único que va a venir a estudiar aquí. —Eso me sorprendió—. ¿Adivina quién va a estudiar Psicología?

—Pero... ¿Qué hay del trabajo?

—Nuestra jefa tiene otro restaurante cerca del centro de Barcelona y estamos los dos contratados, trabajamos las mismas horas por el horario de la universidad. Sorpresa.

Nunca le había dado un abrazo tan fuerte a alguien. Ese día casi la dejé sin respiración.

En conclusión, Steve y Naira volvieron a Madrid con su pequeño Álex y una nueva habitación por decorar. Después de insistir, los padres de los dos conocieron al niño y no vi a unos padres tan felices desde que los míos tuvieron a Annie. Gracias a su ayuda, los dos pudieron seguir estudiando hasta que terminaron la carrera con notas altas que les permitió tener trabajo y luego se centraron en su familia. Se mudaron al apartamento de Naira finalmente.

La carta con la prueba de paternidad desapareció la primera noche. Y cuando digo que desapareció, me refiero a que la quemé a escondidas. Por la mañana, todo el mundo se sorprendió, pero digamos que no la echamos mucho en falta. Steve supo que fui yo por cómo me miró al día siguiente y nunca dijo nada.

No supimos nada más de Tyler. Bueno, al menos en unos años, pero eso ya es otra historia que no contaré yo.

Desapareció al igual que el padre de Roxy, nadie supo nunca dónde encontrarlo hasta que un día nos llegó un mensaje con un texto enorme que, en resumen, ponía que les echaría de menos, que se arrepentía de todo lo ocurrido y que esperaba que hubieran comenzado una nueva y mejor vida.

Al día siguiente descubrimos que murió por cáncer.

Brenda y mi padre fueron almas inseparables. Al contrario que mi madre y su novio, los cuales se separaron unas semanas después. No supe mucho más de ella.

De Aisha y Marvin solo quedaba el recuerdo y las fotos de sus viajes. No parábamos de hablar con ellos, pero en persona nos costaba verlos.

Noemí al fin consiguió su príncipe azul, aunque a la princesa la costó darle el visto bueno. No se equivocaba. Lily y George comenzaron a salir juntos años después y ayudaron a cuidar de Noemí mientras su novio trabajaba. Y esperaban un hijo. Rochelle también los ayudaba a veces. Ella llegó a ser la jefa del restaurante y se enamoró de la camarera. Había descubierto el problema que tenía con los hombres: es lesbiana.

Dean y Cristina viven juntos en la capital donde han abierto una tienda de fotografía.

Y en cuanto a nosotros... Nosotros, aunque no lo queramos admitir, nos parecíamos a Aisha y Marvin. Estudiamos nuestras carreras mientras viajábamos todos los veranos aprovechando nuestras vacaciones. Conseguí trabajo como fotógrafo varios años, pero acabé siendo cocinero en el restaurante que compramos. Hacía las dos cosas en realidad. Annie fue la camarera para ganarse unos ahorros.

Mi reina dejó de trabajar por estar embarazada. Ahora tenemos a la princesa de la casa, Tracy, y a su caballero andante, como ella le llama, Daniel. Los dos han crecido sabiendo que no importa la edad, ni lo que digan los demás, ni tampoco lo duro que pueda resultar conseguir eso que deseas.

—Normal —me dijo mi reina un día—. No paras de contarles nuestra historia. Nunca les has dicho que solo nos llevamos siete años. A ver si ahora van a enamorarse de uno que tenga... Veinte años más.

—Mientras sea amor. —Suspiró mientras negaba, cansada—. Deja que haga lo que ella quiera.

—Habló el que estaba pendiente del novio de Lily y le amenazó varias veces. Tracy tiene diecisiete años. Aún es joven. Espera que crezca y luego la dejaré hacer lo que ella quiera.

—Ay, reina. —Le abracé por la espalda y repartí besos por todo su cuello mientras le recorría un escalofrío—. Nunca cambiarás. Le queda un año para crecer, ya tiene elegida la universidad. Nuestra princesa se va del castillo.

—Y pensar que fue ayer cuando descubrí que estaba embarazada de ella... —Se dio la vuelta para abrazarme y escondió la cara en mi pecho—. ¿Por qué crecen tan rápido? Además, mi hermana me ha dicho que va a regalar a Tracy un viaje a Grecia por su decimoctavo cumpleaños. No sé si dejarla. Es muy pequeña.

—No lo es. Aisha y Marvin estarán con ella.

Ella se encogió de hombros. Su hermana nos lo contó hace unos días. Un viaje a Grecia era mucho, pero nuestra hija se merecía eso y más. Yo no tenía duda en dejarla. Solo me quedaba convencer a Roxy.

—Conociendo a Daniel también se irá con su tía Aisha de mayor. Ahora están dando una vuelta por Japón.

—Pues anda que no les faltan lugares. Y hablando de lugares. La palabra me recuerda a ti. No puedo estar más orgulloso de todo lo que has conseguido.

—No hubiera hecho nada sin ti.

—Solo necesitabas un empujoncito. Además, cumplí mi misión de hacer desaparecer todas sonrisas fingidas que pude. La tuya especialmente. Ahora ilumina mis días y, aunque no pare de repetirlo, fuiste, eres y serás lo mejor que me ha pasado y va a pasarme en toda mi vida.

No me canso de repetírselo.

—Nunca he sido tan buena poeta como tú. Solo tú puedes encontrar las palabras exactas en el momento más inesperado. Te amo, mi rey.

—Te amo, mi reina.

AQUÍ NO HAY FINES,

SOLO COMIENZOS.

AGRADECIMIENTOS

Creo que los agradecimientos son la parte que más he editado. Empezaré con mi primer apoyo, persona que nunca he conocido en persona, pero sigo teniendo el sueño de hacerlo algún día: Fer, mi gemela del otro lado del mundo. Gracias por tu opinión sincera en cada capítulo, darme ideas, apoyarme en mis bloqueos y ayudarme a seguir. Un día te pregunté qué sería de mis historias sin ti. Te respondo: nada. Tú eres parte de ellas.

Y muchas más personas con las que hablo diariamente (especialmente mi Anita). Gracias por dejarme ser parte de vuestra vida a pesar de los kilómetros que nos separan. Algún día los acortaremos.

No he podido evitar añadir a unas profesoras que marcaron mi etapa del instituto e hicieron que fuera posible todo esto ahora: Itziar, Concha, Beatriz y Almudena, ojalá poder volver a repetir esas clases. Y a Cristina, del colegio, que marcó mi infancia y me alegro de tener tan cerca.

Gracias a mi familia. A mi madre, por hacer el duro esfuerzo de leer esta historia a pesar de que no ser muy lectora. A mi padre, por resumir el libro en dos líneas. A mi hermana, por casi tener más ganas que yo de publicarlo. A Paola, por no parar de llamarme solo para decir que estaba orgullosa de mí y estar ahí cuando lo necesitaba. A María (mi prima tardíamente descubierta), por estar siempre ahí. A mi prima pequeña, Yaiza, por enseñarme a crear a Lily. Su energía y su luz es la tuya. Tú eres ese pequeño monstruito que ilumina la familia. Y a los demás, por apoyarme en aquella manía de leer tanto.

Quiero agradecer a mis amigos cercanos por estar siempre y poner la cara más graciosa de sorpresa al saber de este libro. Julia, tú eres la ganadora de la cara más graciosa al saber que aquella sinopsis era mía; Tamara, no me esperaba tu reacción, tú veías mi futuro como escritora y eso no me lo habían dicho nunca; Javi, gracias por enseñarme a querer y hacer de esta novela algo más real; Adrián (Marce para los amigos), gracias por compartir mi manía lectora a pesar de no tener exactamente los mismos gustos. No he visto a

alguien tan centrado en la lectura y escritura como tú; Gala, solo por estar, sois de lo mejor; y Lorena, gracias por contar conmigo en tus proyectos y dejarme a mí hablar como una loca de los míos. Siento que no puedo expresar con palabras lo agradecida que estoy por todo. Por estar ahí. Gracias.

A Pilar, Laura, Aramy, Sofía, Fran y Hernán, mis queridos compañeros de clase. Amo haberos conocido. Nos quedan aventuras aún por vivir y espero que las pasemos siempre juntos.

A María, mi nueva y loca hermana mayor —y compañera de habitación a partir de ahora (y para siempre) — a la que nunca creí que cogería tanto cariño. Gracias por haber aparecido en mi vida, nada habría sido lo mismo sin ti.

A Marta, de Munyx Design, la creadora de la portada de esta historia (y la siguiente), sin ti esto no habría sido posible. Escribiría miles de libros solo para llamarte de nuevo.

Y a ti, por estar aquí leyendo mis locuras. Espero que esta te haya gustado porque habrá muchas más, eso te lo aseguro. Nos leemos en la siguiente.

SOBRE LA AUTORA



Raquelita Gómez, nacida en Palencia (España) en el 2000, es una estudiante universitaria de Salamanca en el Grado de Filología Hispánica. Amante de las letras y la literatura desde pequeña y escritora unos años después cuando descubrió la magia de la escritura.

Escribe su primer libro, *El secreto de tu sonrisa*, y lo publica independientemente en 2019 por la plataforma de Amazon. El segundo tomo se publicará unos meses después con el nombre de *El secreto de tu mirada*, dando por finalizada esta bilogía.

Por otra parte, ha conseguido que uno de sus poemas sea incluido en la *Antología de poemas* de Sinergias Editorial.

Y pronto más historias.

Esto solo es el comienzo.

LA BILOGÍA

La continuación y última parte de la bilogía.

El secreto de tu mirada (Secretos #2)



REDES SOCIALES

Instagram — @raquelita_gd12

Facebook — Raquelita Gómez

Twitter — @Raquelita_gd12

Correo — raquel9@hotmail.es

¡Contacta conmigo y cuéntame si te ha gustado!